ISRAEL DÍAZ REINADO

EL FIN DE NINGUNA PARTE

UN APASIONANTE *THRILLER* QUE
NOS REVELA LA CARA OSCURA DE UN PARAÍSO
QUE TODOS CREEN CONOCER.



HarperCollins
Thriller

EL CADÁVER DE LA JOVEN AURORA FERNÁNDEZ APARECE OCULTO BAJO UNAS REDES EN UNA PLAYA ABANDONADA DE ALGECIRAS.



El inspector de origen asturiano Hugo Monforte, recién incorporado a la comisaría de Cádiz, se hace cargo del caso junto a su nueva compañera Candela Martín. Sus personalidades opuestas pondrán a prueba su capacidad para trabajar en equipo, obligándolos a ceder y adaptarse. La investigación les conduce hasta las playas al sur de la provincia gaditana, donde una industria conservera de primer nivel es sospechosa de ocultar información vital para la resolución del caso.

Los policías deberán hacer frente a los obstáculos impuestos por su principal adversario, el ambicioso empresario Lucio Parraverde. La ciudad de Cádiz, a través de sus personajes singulares, se convertirá en el refugio accidental de Hugo Monforte, a cuyo desafío profesional se suma una convulsa crisis familiar. Los inspectores no tardarán en conocer la verdadera naturaleza del enemigo al que se enfrentan.

El fin de ninguna parte es un thriller trepidante a través del litoral gaditano en compañía de personajes pintorescos y paraísos perdidos, donde la comida, el vino y el mar son testigos de las adversidades de un hombre y una mujer que luchan por buscar justicia.

Portadilla

ISRAEL DÍAZ REINADO

EL FIN DE NINGUNA PARTE

Dedicatoria

Para Ángeles

Cita

«Aquel día el Señor castigará con su espada feroz, grande y poderosa a Leviatán, serpiente huidiza, a Leviatán, serpiente tortuosa, y matará al dragón que vive en el mar».

Isaías 27, 1

Capítulo 1

Las olas golpeaban la piedra. Era un compás de minúsculos azotes que agredían y acariciaban la roca a intervalos exactos, como si se arrepintieran en cada sacudida. Mario observaba el hipnótico vaivén ocultando a su padre el aburrimiento.

—Ayúdame con el cebo, niño.

El pescador no atinaba con la gusana. Agitaba la linterna una decena de metros más allá pidiendo ayuda para preparar el anzuelo. Se le escurría entre los dedos y era imposible de clavar. Mario se aproximó y cogió la linterna. Procuró observar las manos curtidas de su padre, pero se abstrajo en el horizonte, donde un tenue resplandor inauguraba el nuevo día. Al niño no le gustaba la pesca, pero sí el agua. La silueta de la inmensa roca proyectaba sobre la bahía una sombra hechizada que se replegaba como una alfombra a medida que el sol ascendía. Una extraña bruma comenzaba a impregnarlo todo. Advirtió una barca desmenuzada que se pudría sobre las piedras, rozando el mar. Mario recibió en la cabeza el impacto de una colleja a traición; parecía que el cielo se le hubiera caído encima. Los dedos callosos de su padre sacudían como vigas de hormigón.

—Atento, coño.

Mario cuidó de no volver a despistarse de la faena. Aguantó la linterna con diligencia y luego ayudó a su padre a terminar de colocar los cebos.

El pescador lanzó uno tras otro los plomos de cinco cañas que luego plantó en el suelo como palmeras. Tomó asiento en una tumbona de playa traída para la ocasión y dejó al niño de vigilante.

Mario curioseaba el suelo buscando piedras pequeñas en cuclillas. Tomaba una, la lanzaba al aire no más de tres palmos y atrapaba otra mientras bajaba la primera. El pescador había cerrado los ojos.

De repente sonó un cascabel.

Mario se acercó a su padre y le tocó el brazo. El hombre abrió un ojo que miró muy serio al niño.

—No han picado, hijo.

Su progenitor tenía el oído más fino de la bahía tras décadas de entrenamiento frente a las cañas. Sabía distinguir la fuerza y el tamaño del pez por el sonido del cascabel.

Mario se arremangó y caminó hacia el agua, dejando que el sedal se deslizara entre sus dedos. Era peor de lo que imaginaba: se había enredado en la barca. La marea castigaba la madera, transformándola en una ballena varada que se mecía moribunda. El niño se asustó. En estos casos, el hilo se volvía una maraña insalvable que siempre acababa en un manotazo reglamentario de su progenitor.

Subió a la barca y comenzó a desenredar. Dentro había redes tan antiguas como el mundo, amontonadas en un ovillo del mismo tamaño que el bote.

—Papá, aquí se han olvidado la pesca.

El padre abrió los ojos, sorprendido. Se rascó la cabeza, arrimándose con la colleja cargada. Mario sabía que levantar a su padre de la tumbona sin causa justificada era actividad de riesgo. Apartó las redes sin éxito. Eran mullidas y enormes. En el fondo del bote podía intuirse una masa deforme sin escamas, blancuzca y húmeda. A Mario le temblaron las manos de la emoción:

—Creo que es un mero, y parece enorme.

El pescador levantó las redes muy despacio.

—Hijo, esto no es un pez.

Capítulo 2

El inspector Hugo Monforte dio varias vueltas más a la manzana, molesto. No encontraba aparcamiento. Quizá los policías tenían la posibilidad de estacionar su vehículo particular dentro de la comisaría o en algún garaje reservado, pero era su primer día de trabajo y desconocía completamente las normas de aquella jefatura. El día no acompañaba. El cielo se tornó de color plomizo y el parabrisas comenzó a ensuciarse de unas molestas gotas amarillas.

Una sonrisa afloró en su cara. Localizó un hueco en pleno paseo, mirando al mar. Señalizó con el intermitente y se lanzó en picado sobre la plaza.

—Maldición —dijo.

Un utilitario rojo con un peluche colgado del retrovisor invadió su carril a todo gas y en sentido opuesto para tomar su plaza. Monforte detuvo el vehículo y se bajó sin parar el motor. Golpeó con los nudillos la luna del conductor. La ventanilla descendió y tras ella apareció un rostro joven, femenino y perfecto, de pómulos firmes y ojos profundos. Sonrió como si el incidente no fuera con ella.

—¿Le ocurre algo? —preguntó la chica.

—Disculpe, he señalizado antes para aparcar aquí. Quizá no se ha dado cuenta.

Ella miró hacia atrás con cierto desdén, recorriendo el coche de Monforte a todo lo largo. Respondió seria:

—Hay que ser más rápido.

La frescura de la joven desconcertó a Hugo. Ella se apeó del coche sin mirarle, cerrando la puerta tras de sí con elegancia. Él observó confuso unos vaqueros ajustados que flotaban sobre tacones rojos.

Se alejaron triunfantes por la acera de la avenida. El inspector insistió:

—¿Disculpe?

—Esto es Cádiz, amigo —respondió la mujer sin mirar atrás, dando buena cuenta del acento foráneo de Monforte. Y desapareció tras una esquina.

Hugo hizo el intento de soltar un exabrupto que murió ahogado a mitad de la garganta. Permaneció con la boca abierta y la mirada perdida. Se subió al vehículo y lo dejó en un aparcamiento público quinientos metros más adelante. Caminó de vuelta a la comisaría aguantando un breve chaparrón que maldijo entre dientes. No se explicaba aquel tiempo en primavera y en plena capital de la Costa de la Luz.

La comisaría era un edificio nuevo y reluciente, con un diseño moderno. En Madrid estaba acostumbrado a agujeros de todo tipo, desde cubículos inmundos sin un mísero ventilador hasta oficinas parecidas a un club de golf. Se presentó a la entrada y le condujeron al despacho del comisario. Lo dejaron solo frente a una puerta cerrada sin muchas explicaciones. Golpeó con los nudillos y la abrió levemente. Dentro un hombre menudo y de bigote espeso vociferaba apretando el teléfono contra su oreja. Hugo hizo el ademán de volver a salir para no molestar, pero el policía tapó el auricular y le preguntó no sin cierta rudeza:

—¿Eres el nuevo?

Hugo afirmó en silencio. El comisario señaló con el dedo una silla libre sin dejar de caminar en círculos. Prosiguió con su encendida discusión a través del teléfono sin prestarle ninguna atención. Hugo se sentó y allí permaneció varios minutos totalmente ignorado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el comisario una vez que hubo colgado.

—Hugo Monforte.

El inspector había contestado entre susurros, perturbado por el hecho de que su propio jefe no supiera a quién fichaba. El comisario apenas lo miró. Abrió el cajón de su mesa y revolvió el contenido. Apareció un arma. Pero no un arma cualquiera. Monforte reconoció tanto la culata como el cañón largo y delgado. Era un Colt cuarenta

y cinco. Pero no un Colt cuarenta y cinco de fogueo robado en un bazar, ni una réplica de *airsoft* adquirida en eBay. Era realmente un Colt cuarenta y cinco de culata oxidada fabricado a finales del siglo XIX. El comisario escrutó brevemente el rostro de Monforte advirtiendo su curiosidad:

—¿Te gustan las películas del Oeste, Hugo?

El inspector lo observó en silencio, alzando las cejas. No era la pregunta que esperaba de la persona que iba a decidir su futuro profesional a corto plazo. Agrió un poco el rostro y se encogió de hombros. Su gesto pasó desapercibido. El comisario miraba hacia abajo. Registraba unos documentos desordenados en el cajón que depositó sobre su mesa.

—A mí me encantan —prosiguió—. Creo que representan la hombría que necesita esta profesión. ¿Has visto a John Wayne en *Centauros del desierto*? Camina como solo lo hacen los hombres que no temen a su destino.

—No soy mucho de películas —dijo Monforte.

—Ya.

Hugo averiguó de un vistazo la naturaleza de los documentos que revisaba el comisario. Eran hojas de su expediente. Un tanto revueltas, pero inconfundibles. Sobre el escritorio descansaban sus diez años de servicio en la Brigada de Homicidios de Madrid. Los dedos lentos y arrugados del comisario acariciaban el diploma de su cruz al mérito policial. El rostro de aquel hombre no se inmutaba ante las bondades que pregonaban los escritos. No tardó Hugo en descubrir que se enfrentaba a uno de los huesos más difíciles de roer que jamás hubiera conocido.

—Mi nombre es Antonio Redondo —continuó el comisario sin levantar la cabeza—. ¿Habías visitado Cádiz con anterioridad?

—No tengo el gusto.

—Te encantará. Aquí la gente es muy acogedora y el clima mejor que de donde vengas.

Monforte recordó con amargura el chaparrón traicionero y la discusión que había tenido con aquella mujer tan desagradable:

—Bueno es saberlo.

El comisario amontonó las hojas con la aparente intención de volver a guardarlas en el cajón.

—Sé que sabes lo que estoy leyendo ahora mismo —dijo—, y sé que lo sabes porque también sé que eres muy listo. Pero quiero que entiendas que a mí todo esto no me impresiona mucho. Solo espero que no me toques demasiado los cojones.

Se escucharon unos golpes en la entrada del despacho y Antonio Redondo dio permiso. En el borde de la puerta asomaron unas uñas rojas impecables y tras ellas unos brazos femeninos y tonificados. Los remataba un bello rostro sonriente que no se inmutó al descubrir la cara de Hugo. Acababa de entrar en el despacho la mujer que le había robado la plaza de aparcamiento.

—Candela, pasa. —El comisario Antonio Redondo sonrió. Era la primera vez que Hugo lo veía sonreír. Era un dibujo artificial sobre su rostro, como un brochazo errático a manos de un niño de primaria —. La inspectora Candela Martín será a partir de hoy tu compañera.

Hugo Monforte se levantó como un resorte mostrando su gesto más inexpresivo. Maldijo para sus adentros, aunque mantuvo el tipo y tendió su mano abierta:

—Un placer.

La mujer respondió manteniendo la calma y la sonrisa. No abrió la boca.

—Dado que eres nuevo y no conoces la zona —prosiguió el comisario—, Candela será tus pies y tus manos en los diferentes casos que se os asignen. Ella tiene muchos años de experiencia y es natural de esta ciudad. Conoce cada rincón palmo a palmo. Sus dotes sociales son la envidia de la comisaría. Aprovéchalas.

—Lo haré.

—Pues no vamos a esperar más. Ya tenéis vuestro primer caso. Candela está al corriente. Te informará de camino.

El comisario dio una palmada seca en la mesa y abandonó el despacho.

Sobre la moqueta quedaron las figuras vacilantes de los dos inspectores. La tensión se podía cortar con un cuchillo. El comisario había golpeado un folio con cinco líneas que descansaba en la mesa. Hugo lo cogió con las dos manos.

—Un homicidio —leyó torciendo el rostro—, ¿en Algeciras?

—Pues sí —habló Candela, al fin.

—Es una ciudad muy grande. Deben de tener recursos de sobra.

—Ya, pero esta comisaría es provincial, Don Listo —agregó la mujer volviéndose hacia un ventanal y arreglándose el pelo.

El rostro de Candela se reflejaba débilmente en el vidrio. Era un retrato difuso que tenía por lienzo un mar azul como el cielo. Monforte se inquietó con el comentario. Si era cierto aquello que decía la inspectora, solo podía esperar la continuidad de los problemas que había venido sufriendo en Madrid. Él aguardaba un remanso de tranquilidad al sur del sur. Si las expectativas sobre su persona eran muy altas, presagiaba un calvario de responsabilidades muy diferente de lo que necesitaba.

El comisario asomó la cabeza por la puerta:

—Tengo que salir, Candela. ¿Necesitáis algo?

—Una plaza de garaje —observó la mujer antes de que Hugo pudiera abrir la boca.

El comisario se giró mirando al pasillo y exclamó:

—Denle una tarjeta de aparcamiento a este hombre.

Capítulo 3

Hacia el sur el cielo se mantuvo igual de gris. Las colinas verdes se alternaban con los trigales. Los campos estaban salpicados de toros negros y colorados. El silbido del viento cortaba el silencio incómodo que el inspector Hugo Monforte y la inspectora Candela Martín habían interpuesto entre ellos. La chica conducía y Monforte reflexionaba si no había sido un tremendo error descender de su olimpo madrileño para acabar recorriendo la campiña entre reses bravas a lomos de un utilitario rojo locomotora.

Monforte observaba el horizonte, pero de vez en cuando ojeaba furtivo el perfil de Candela, recta y seria, sin apartar los ojos de la carretera. La chica era realmente guapa.

—Mira, Hugo. O Monforte. Como te llames.

El inspector se puso firme.

—Ya sé que no hemos empezado con buen pie —continuó Candela —. Pero por si no te has dado cuenta yo soy una profesional.

Aconteció un breve silencio y tres toros bravos.

—¿Y? —dijo el inspector.

—Que no voy a tolerar que un desencuentro fortuito joda esta investigación. Debemos tener buena relación para que el trabajo salga adelante. Así que en lo que a mí respecta, no tengo ningún problema contigo. Mejor ir de buen rollo. ¿No crees?

Hugo no contestó. Las palabras de la inspectora parecían sinceras, pero de acuerdo con su experiencia convenía mantenerlas en cuarentena.

—Vale —prosiguió—. Veo que eres un poco tímido, así que tomaré ese silencio como un sí. Empezaré yo.

Hugo asintió con la cabeza.

—Ya has oído al comisario: nací aquí. Llevo diez años en el cuerpo, cinco ejerciendo de inspectora. Amo este trabajo y a mis compañeros. Así que mucho cuidado con lo que haces. Vivo en un pisito de la avenida en compañía de una persona que no es ni mi marido ni mi amante. Por las mañanas me gusta correr por la playa y machacarme en el gimnasio. Por las tardes prefiero ir de compras y tomarme un *gin-tonic.*

Candela alternó la mirada entre Hugo y la carretera. Él se preocupó más de la poca atención al tráfico que de las afirmaciones de la inspectora. Quería retomar la conversación aportando de su cosecha, pero no le apetecía en aquel preciso instante contarle su vida a una excéntrica con placa.

—¿Te has criado en Madrid? —preguntó ella.

Pasaron dos toros más. Estos eran bragados.

—Soy de Asturias.

—Pues serás del Sporting, ¿no?

—No me gusta el fútbol.

Candela lo miró de reojo torciendo el labio superior, rojo como la sangre.

—¿Es lo único que conoces de Asturias? —agregó Hugo.

—No tengo prisa. Esperaré a que me lo enseñes.

El horizonte se convirtió en un mar de molinos blancos y esbeltos que cortaban el aire a una velocidad endiablada. Jamás había visto Hugo tal cantidad de aerogeneradores trabajando al unísono, en perfecta armonía como *majorettes*. Los toros hacían cerco a los gigantes, alejándose del extraño zumbido que producían.

—¿Eso es un chaleco antibalas? —dijo Hugo.

Le eran inconfundibles el color y la textura de la prenda que asomaba bajo el cuello de la camisa de Candela. A medida que finalizaba la pregunta se arrepentía de haberla realizado. Parecía la señal inequívoca de pretender observar el escote, y él no había recorrido media España para vigilar escotes. O quizá sí.

—Siempre lo llevo si la ropa me lo permite.

—¿No lo crees excesivo? Es preferible dejar estos recursos para los policías que patrullan.

—Este me lo he pagado yo. Mejor prevenir.

—Con tu sueldo no puedes costearte ese chaleco.

Candela se abrochó de manera instintiva el último botón de la camisa.

—Vale, me lo ha regalado un geo.

—¿Un novio geo?

La inspectora no rio el chiste de Monforte. Se hizo un largo e incómodo silencio.

—¿Dónde te alojas, Hugo?

—He alquilado un piso en el centro.

—¿Por qué te fuiste de Madrid?

La capital había sido la amante que dio sentido a su vida. La jeringa de adrenalina en el pecho que lo sacaba del averno cada mañana. No tenía ganas de explicar por qué la había abandonado. Tragó el silencio y negó con la cabeza. Pero no estaba mal que le preguntasen. Esto era bueno. Plantearse una respuesta activaba los resortes neuronales que llevaban meses aletargados. Negó de nuevo con la cabeza. Necesitaba una voz joven y desconocida que le ayudara a superar el calvario, pero no aquel día.

—No estoy autorizado a contarlo —contestó serio.

La mujer comenzó a reír:

—No me jodas, Monforte. Que soy muy vieja. A ti te han echado. Estás castigado en la Tacita de Plata. Como los niños chicos.

Hugo no pensaba picar el anzuelo. La mujer se equivocaba, pero él callaba. Comenzó a caer un ligero chubasco y los limpiaparabrisas bailaron al compás. Ella lo miró y preguntó:

—Tú hablas muy poco, ¿no?

La mujer conectó la radio del coche y pulsó varios botones buscando música. De cada dial sonaron los primeros dos segundos. Parecía no atinar con sus gustos musicales y terminó golpeando la radio con ira. Agarró con las dos manos el volante y habló resoplando como un ternero:

—Anda, pon lo que quieras.

Hugo fue a tiro hecho y pulsó un botón. Conocía el dial como la palma de su mano. Los altavoces comenzaron a rugir con la batería de los Rolling Stones.

—¿Qué mierda has puesto? —dijo Candela.

Hugo ignoró el comentario y subió el volumen. Ella lo miró con desprecio:

—No sé si esto va a funcionar, Monforte. Pero al menos no será aburrido.

Capítulo 4

Los toros fueron devorados por unas torres infinitas que vomitaban humo blanco. Rodearon la ciudad de Algeciras. Candela se desenvolvía con soltura en las carreteras del Campo de Gibraltar. No le podía restar razón al comisario, pensó Hugo.

—Hemos llegado —dijo ella.

Descendieron una pendiente imposible hacia una playa de rocas. A ambos lados se levantaban unos edificios medio derruidos. Monforte nunca había visto algo igual.

—¿Qué es este sitio? —preguntó.

Candela no contestó. Abrió los ojos prestando atención a la difícil maniobra que le obligaba a realizar el camino de tierra. Dos coches de la Policía custodiaban la entrada al perímetro. Era mediodía, pero la densa bruma persistía. Inundaba la bahía de Algeciras como un segundo mar encima del primero. La roca de Gibraltar apenas podía distinguirse.

—Qué niebla tan extraña —pensó Monforte en voz alta.

—Es algo habitual aquí —contestó Candela.

Hugo recordaba haber visto la misma niebla en el Cantábrico, sobre un faro al que subía de pequeño. De aquello hacía años y había olvidado hasta el olor del mar. Evocó su paso a la madurez y cómo se marchó a la capital huyendo de los pequeños pueblos y las pequeñas vidas. Implicó despedirse del mar para siempre. Observó a través del parabrisas la serenidad del océano. A partir de ahora tendría que enfrentarse a él cara a cara, tal como lo había contemplado desde la comisaría. Quizá era hora de reconciliarse.

—Ahí está el forense —comentó la inspectora.

Aparcaron el vehículo entre cuatro edificios, dos de ellos utilizados como almacén de botes o aparejos de pescadores. Los otros dos carecían de tejado y sus muros se sostenían como naipes, estremeciéndose bajo el rumor de las olas. Una de las naves improvisaba una terraza con un chamizo desmoronado. La entrada la adornaban tres vigas extrañas y enormes; dos verticales y una cruzada superior. Hugo las acarició con curiosidad:

—Parecen de madera.

—Son huesos de ballena —aclaró Candela—. A este lugar se le conoce como la Ballenera de Getares. Fue una factoría de despiece. El estrecho de Gibraltar se encontraba atestado de estos bichos hace cincuenta años.

—Vengan conmigo, por favor —les pidió el forense.

Cuatro policías habían acordonado la zona. Se cuadraron ante los inspectores. Hugo respondió con amabilidad al saludo y se acercaron a una vieja barca que mantenían bajo vigilancia.

—Joder —exclamó Candela.

Dentro yacía el cadáver de una mujer joven con el pelo negro enredado. Se encontraba completamente desnuda. Su tez era muy blanca; un reguero de leche sobre la podredumbre de la madera. Una palidez artificial que Hugo no había visto en toda su carrera.

El rostro de Candela se mantuvo tenso durante la inspección. Su dilatada experiencia, que había alabado el comisario en el despacho, no le servía para afrontar aquel horror.

—La hemos identificado. —Uno de los policías le mostró una foto en la que una bellísima mujer de rostro poco o nada parecido al del cadáver presumía en la punta de un embarcadero haciéndose un selfi—. Sus padres denunciaron la desaparición hace dos días. Se llama Aurora Fernández.

—¿Dónde está el juez? —preguntó Hugo sin apartar la vista del bote.

—Tengo autorización del juez instructor —contestó el forense—. Como inspector usted sabrá que la ley me ampara.

—¿Qué hacen estas redes en el suelo? —continuó preguntando Monforte.

En torno a la barca se esparcían restos de redes estropeadas por el sol. El rastro de cordelería se derramaba dentro y fuera del bote. Otro de los policías contestó:

—Ya estaban cuando hemos llegado.

—Estas redes tapaban el cadáver. —Hugo levantó ligeramente la voz, lo suficiente para que los policías se miraran entre ellos, desconcertados.

—Habrán sido el pescador y su hijo —contestó el forense con cautela.

—¿Qué pescador? ¿Y qué hijo? ¿Dónde están para que les tomemos declaración? —replicó Hugo mostrando una cierta desazón.

—Señor, ya los hemos interrogado nosotros —aclaró uno de los policías, un poco avergonzado.

Monforte clavó su mirada en el forense y luego en la inspectora.

—¿Veis como sí que hacía falta un juez?

Hugo se aproximó al agua, caminando por el rompiente unos veinte pasos. Simuló buscar una pista, pero en realidad pretendía alejarse un poco del grupo y recuperar el aliento. Desde las piedras obtuvo una visión más general del escenario. La niebla comenzaba a disiparse. Las aguas tranquilas le aclararon las ideas.

—Monforte.

Candela se había acercado a sus espaldas haciendo equilibrios sobre las rocas entre charcos salados.

—Esta chica no ha sido asesinada aquí por casualidad —dijo Hugo sin apartar la mirada de las olas.

—Quizá la mataron en otro lugar y la trajeron en barco —agregó Candela.

—Lo dudo mucho. Bajar un cadáver de un barco a través de este rompiente de rocas no es tarea fácil. Es más probable que la trajeran hasta aquí en coche viva y luego la asesinaran sobre la barca o en una de las naves.

—Desnuda y arrojada como una ballena.

—He dicho que no ha sido asesinada aquí por casualidad —insistió Monforte—. Quien sea ha buscado el sitio a conciencia.

—Quizá un grupo —agregó Candela—. Puede que una violación.

—A primera vista no hay ningún indicio de agresión sexual —aclaró el forense retirándose los guantes de látex—. No hay restos de fluidos. Apenas hay pistas de nada en la zona. Las ropas no han aparecido.

—Creo que es obra de una sola persona —afirmó Hugo, convencido—. Quizá un pescador o un bañista. Alguien que conoce muy bien este lugar y los horarios de tránsito de personas.

Candela no relajó el rostro. Tampoco puso objeción a las palabras de Hugo. Su actitud hacia él se había endulzado a lo largo de la mañana. En cierto modo se estaba ganando el respeto que merecía, pensó el inspector. Recordó que no era ningún recluta y que con la sangre que había pisado a lo largo de su carrera se podría montar un banco de transfusión. Sobre todo, gracias a los ajustes de cuentas de variadas mafias internacionales. Había fotografiado gargantas rebanadas de rumanos, ucranianos, chinos y españoles. Todos parecían haber sido pillados in fraganti, vestidos con sus mejores galas. Pobres almas en pena con los cuellos asfixiados en oro y calzados con Air Jordan de tres mil euros, bien afeitados y con la cena preparada reservando cinco rayas blancas para el postre. Monforte pensaba que el mundo civilizado acababa en la Cañada Real y en aquella ocasión se encontraba a las puertas de África con una muchacha desnuda y sacrificada, cosa a la que no se había enfrentado en su vida.

—Candela, por favor. —Monforte solicitó la ayuda de la inspectora. Extrajo su arma reglamentaria de la funda y se la entregó. Se calzó dos guantes blancos que escondía en los bolsillos y clavó las rodillas junto al cadáver de Aurora Fernández—. ¿Cuándo piensan trasladar el cuerpo? —preguntó examinando a la difunta.

El forense tardó unos segundos en contestar:

—Los operarios están esperando nuestras instrucciones.

Monforte se tendió junto al cadáver. Aquel cuerpo olía todavía a gel de baño.

—No la toque —dijo el forense.

Hugo cogió el hombro de Aurora. Era de una redondez blanquecina y tersa. Hizo presión con la mano y tiró hacia arriba,

separando la espalda de la víctima de los tablones de madera salados.

—He dicho que no la toque.

El inspector no contestó a los comentarios del forense, más que nada porque se había quedado sin aliento. Contempló horrorizado la espalda de Aurora Fernández, desde la nuca hasta la rabadilla. Lo soltó y el cadáver retumbó sobre la madera. Hugo miró a Candela, estremecido:

—Hay que llevarla ahora mismo al anatómico forense.

Capítulo 5

Durante el traslado Candela permaneció callada. Hugo se encontraba desconcertado ante la actitud de la mujer. No era la misma persona que le había robado la plaza de aparcamiento aquella mañana.

En el instituto anatómico forense dispusieron el cadáver para su autopsia. Hugo y Candela se prepararon con discreción. Ella trató de colocarse unos guantes de látex sin poder disimular cierta torpeza. Se le atascaban y no lograba meter todos los dedos correctamente. Hugo se acercó y le cogió los filos del guante, tirando hacia abajo para ayudarla:

—Dime que has tenido mañanas mejores.

Ella no contestó. Asintió en señal de agradecimiento y se lanzó hacia la sala de autopsias. Él la retuvo agarrando su brazo. Palpó un músculo fornido envuelto en una piel aterciopelada:

—Quizá no hace falta que entres. Somos un equipo.

—Pero ¿quién te has creído que eres? —replicó Candela, airada—. No tengo hijas ni hermanas. Aunque sí una amiga que es mi única familia. Tiene la misma edad que esa pobre desgraciada a la que han asesinado. Si alguien debe estar ahí dentro soy yo.

El cadáver de Aurora Fernández reposaba sobre la mesa de autopsias en una exhibición de extraordinaria placidez. Los focos acentuaban la tez blanca de la joven, que parecía dormir una siesta eterna. El cuerpo desnudo casi brillaba bajo los cielos de la morgue. Monforte habría jurado que la chica estaba sonriendo.

El forense se dispuso tras la cabeza del cadáver y explicó unas breves instrucciones de buenos modos dirigidas a los inspectores. Entregó a Candela una cámara fotográfica. Ella cazó al vuelo el

aparato y ajustó la distancia focal en solo un movimiento. No era la primera vez que realizaba aquella tarea. Comenzó a fotografiar cada detalle de manera milimétrica.

El forense cogió un termómetro y lo introdujo en el ano del cadáver.

—Treinta y un grados —dijo.

—La muerte se produjo en torno a las dos de la mañana —dedujo Candela.

—Hay que afinar —agregó el facultativo.

Cogió una jeringa y la clavó a traición en el ojo de la joven. Un fluido transparente brotó dentro del cilindro como una fuente. Lo depositó en varios tubos de ensayo y aplicó una serie de reactivos de colores exóticos. Introdujo los resultados en su ordenador portátil y obtuvo un dato más preciso:

—Falleció a las tres horas treinta minutos.

—Uñas limpias. Sin rastro de piel ajena fruto de un forcejeo —dijo Candela—. Tampoco rasguños o señales de violencia diferentes a la de la espalda. Pero hay marcas de ataduras en muñecas y tobillos. Quizá son de bridas. La inmovilizaron antes de matarla.

El forense abrió las piernas del cadáver y examinó sus genitales. Su rostro era un puzle de muecas.

—Confirmo que no ha habido agresión sexual —dijo.

Monforte inspeccionó de cerca el cuerpo. Se entremezclaron los olores de los fluidos corporales de la difunta con los mejunjes antisépticos propios del lugar. Se dirigió al forense sin apartar el ojo de Aurora, cuyo apacible rostro le tenía hipnotizado:

—¿Le ha realizado un análisis toxicológico?

—Todavía no. ¿Por qué?

—Aurora no opuso ninguna resistencia. La persona que le hizo esto era de confianza o bien la víctima estaba drogada.

—O bien las dos cosas —añadió Candela.

El forense cogió una nueva jeringa y extrajo sangre del cadáver. Solo pudo conseguir una pequeña muestra. Se acercó a una mampara de cristal protegida por una veneciana. Apartó dos lamas con sus minúsculos dedos y golpeó el vidrio. Asomaron dos ojillos jóvenes. La puerta de la sala de autopsias se abrió y el forense le

entregó el tubo a un auxiliar vestido con un inmaculado pijama sanitario.

Una vez cerrada la puerta, los inspectores y el forense se miraron en silencio. El momento más esperado había llegado, aunque ninguno se atrevía a pronunciarse. Finalmente, Hugo abrió la boca:

—Vamos a darle la vuelta.

Tomaron a la chica en volandas. En el forcejeo se desprendieron fluidos propios del cadáver que regaron la mesa como una lluvia de barro.

Lo que vieron los dejó sin palabras.

Una hendidura recta y limpia recorría la espalda de Aurora Fernández desde la nuca hasta el coxis. El forense acercó sus pulgares y separó con suavidad la abertura. Las paredes interiores del músculo estaban pálidas.

—Santo Dios —dijo.

—La han drenado —susurró Hugo.

—Herida inciso-contusa, con seguridad causada por un arma cortante unida a una empuñadura. —El forense hablaba mientras examinaba cada centímetro de la lesión—. Apuesto por un cuchillo de carnicero.

Hugo acercó sus manos enguantadas a la herida, pidiendo permiso al forense con una mirada. Abrió las carnes e inspeccionó a fondo.

—Los filos son delgados y precisos —explicó Monforte—, pero a los lados hay una lesión inconfundible. En efecto, ha sido un cuchillo de carnicero. Puede que tenga un borde romo y sea de tamaño considerable. Pero lo ha manejado una persona muy diestra. La hendidura es perfecta.

—Una obra maestra —murmuró Candela.

—Ha destrozado la columna —precisó el inspector.

—Podemos extraer una de las vértebras lesionadas. —El forense asomó una linterna al interior de la hendidura—. La incisión nos podrá aportar mucha información sobre el arma.

—Aún mejor —dijo Hugo—. Sugiero que hagamos una radiografía.

El forense le miró en silencio, cuestionando la idea.

—Aunque la incisión es perfecta —prosiguió Monforte—, el asesino ha tenido que emplear mucha fuerza para romper piel, músculo y hueso de un solo movimiento. La parte ósea puede que conserve pequeños restos de metal que podríamos ver mediante rayos X.

—No es lo habitual —señaló el forense.

—Tampoco nos hemos enfrentado a nada igual nunca —insistió el inspector.

El facultativo resopló contrariado, lanzó sendas miradas a los policías y abandonó la sala:

—Buscaré un equipo de radiología.

Unos nudillos golpearon la mampara de cristal. Asomó la cabeza el mismo chico que antes se había llevado las muestras de sangre. Portaba un documento en la mano que entregó a Hugo, quien le devolvió una sonrisa.

—El resultado de la analítica —comentó mientras lo leía—. Hay morfina como para dormir a un elefante.

—Alguien obligó a Aurora a ingerirla —afirmó Candela convencida — o quizá la pinchó. La persona de confianza que tú has comentado antes.

El forense regresó con un aparato portátil de rayos X. Pidió a los inspectores que abandonaran la sala de autopsias. Tomó las radiografías en unos segundos y los hizo entrar de nuevo. Posteriormente les mostró la pantalla de su ordenador, donde ya aparecía la columna vertebral de Aurora Fernández. Unos pulmones preciosos, se dijo Hugo. Un corazón que jamás volvería a enamorarse de nadie.

—No hay nada —declaró el forense.

Monforte señaló una zona de la pantalla:

—Amplíe, por favor.

La imagen se duplicó en el monitor. El índice del inspector apuntaba a una marca blanca. Un cuerpo extraño con forma redonda entre dos vértebras. El forense volvió a examinar el cadáver con sus propios ojos. Ensanchó la hendidura a la altura que le revelaba la radiografía. Aplicó un retractor para dilatarla y acto seguido introdujo un laparoscopio, cuya pequeña cámara mostraba una imagen difusa del cuerpo extraño. Cogió unas pinzas y escarbó

en la espalda de Aurora Fernández. Extrajo un círculo rojizo que al lavarlo se volvió acero. Candela se lo robó al forense, arrancándolo de las pinzas. Todos observaron el anverso y el reverso. Por un lado, lucía unos símbolos extraños, por el otro era completamente liso.

—Me lo llevo —dijo ella.

—Eso no es lo correcto —exclamó Hugo.

El forense intercedió:

—Le hacemos una foto. La prueba se queda en el juzgado.

Candela lanzó la pieza al inspector, quien la cazó al vuelo. La mujer se quitó los guantes y agarró su chaqueta, visiblemente contrariada:

—Me voy a casa.

Capítulo 6

El nuevo hogar de Hugo Monforte era un vano propósito de reforma en una antigua casa de vecinos. Se alzaba en pleno corazón de Cádiz, en el barrio de La Viña. Él se sentía un extraño en aquella tierra, tan desconocida como exótica. Hugo venía del centro del mundo: un castizo Madrid invadido por infinidad de culturas. Estaba curado de espanto. Sin embargo, en las calles de Cádiz le sorprendió un excepcional mestizaje de turistas, buscavidas y músicos de medio pelo. Los bares y ultramarinos eran minúsculos, pero sus puertas vomitaban arte y gracejo, inundando de ingenio los barrios.

En el portal de su casa se topó con una señora muy anciana vestida de negro que le saludó con una sonrisa:

—Buenas noches.

La ayudaba su hija de mediana edad, uniformada con unas mallas fluorescentes, top deportivo morado y un cigarro en la mano.

—Buenas noches, señoras.

Hugo saludó con sobriedad y subió a su piso. Tras una puerta vecina retumbaba una ristra de tosidos de viejo que terminó con una blasfemia.

La vivienda era pequeña pero muy digna. Muros gruesos bien enyesados sobre cimientos centenarios. Un corralón tradicional adaptado para el urbanita moderno. El reducido espacio había sido aprovechado de manera ingeniosa. A través de la ventana casi podía dar la mano al vecino de enfrente. Sobre una estantería descansaba un tocadiscos en evidente estado de abandono, quizá propiedad del casero. Lo acompañaban algunos vinilos de viejos éxitos. No eran de su gusto, pero ya tendría tiempo de traer su colección de discos, que había abandonado en Madrid.

Conectó el aparato y se dejó acompañar por los compases de Bob Marley. *No woman, no cry.* Se repitió el estribillo una y otra vez recordando la tristeza vestida de ira que mostrara su compañera Candela ante el cadáver de Aurora Fernández.

No había tenido tiempo de hacer la compra y elaborar una cena decente. Tampoco de perderse entre los bares como le hubiera gustado. Desenvolvió un bocadillo de lomo preparado en el ultramarinos de la esquina y subió a la azotea, donde podía tender la ropa a la vez que admiraba el mar. El paisaje era espectacular, y la brisa, fresca. Le acompañaba la sombra de una torre mirador medio en ruinas. Allí se comió el bocadillo al son de Jamaica.

Bajó al salón y se tumbó en el sofá con el portátil sobre las piernas. Abrió su correo. Había recibido un *mail* del forense con la foto del objeto extraído de la espalda de la víctima. Era un círculo perfecto forjado en acero inoxidable. En su centro se distinguía un símbolo. Parecían dos letras de un alfabeto desconocido. Una especie de hache mayúscula estilizada con el rabillo de la pata derecha torcido a la izquierda y una equis dibujada a trazos rápidos. Buscó información utilizando el ordenador. Probó varios buscadores y bancos de tipografías: todo sin éxito. Nada se parecía a aquellos extraños símbolos. Pensaba que podía ser algún idioma de Asia Central, como el kazajo. Quizá alguna lengua muerta de Oriente Medio. O simplemente el invento de algún psicópata. No obtuvo resultados. Cerró el portátil bastante molesto, abrió una cerveza y conectó el televisor. El audio sonaba impecable, pero la imagen era defectuosa; hacía años que nadie lo utilizaba. Desconectó el enchufe y se asomó por la ventana para tomar el fresco.

De noche aquel lugar mostraba mucha vida. La primavera regalaba a la ciudad sus mejores temperaturas nocturnas y la ventana hacía las veces de televisor, contando historias extrañas: en la calle un chico rasgueaba la guitarra y le cantaba a su novia una romántica copla de carnaval. Él no desafinaba demasiado y ella escuchaba con indiferencia. Lucía unos senos elevados y el tatuaje de un dragón que le abrazaba la cintura y se alargaba hasta el hombro. La chica puso sus uñas de porcelana sobre las cuerdas cortando al muchacho. Aparentaba estar bastante enfadada y

empezó a echarle en cara viejos asuntos que al parecer tenían pendientes y él creía poder zanjar imitando a un juglar del Medievo. Ella acabó marchándose sin decir adiós y él se quedó planchado, acariciando las cuerdas de su guitarra, brillantes y con seguridad compradas aquel mismo día para la ocasión. Escupió un «puta» con la ira de un león y se alejó en dirección contraria casi llorando.

Hugo cerró la ventana buscando un poco de silencio y se tiró en el sofá. Había sido un día muy duro. Entornó los ojos y contempló la imagen de la espalda abierta en canal de Aurora Fernández. Sintió el bisturí abriéndole el tórax en una improvisada mesa de disecciones. Olió el dulce aliento de Candela acercando los labios a su cuello. Ella gimió. Él se tocó la garganta para limpiarse el beso ilusorio y cayó en un profundo sueño. Sonaron unos golpes. Abrió los ojos. Más golpes. Alguien llamaba a la puerta. Se levantó y observó por la mirilla. El pasillo estaba vacío. Miró su reloj: eran las dos de la mañana. Los porrazos procedían de la pared que comunicaba con el vecino. Se volvieron rítmicos: una armonía pasional bajo el silencio de la noche. Se repitió el gemido de una mujer, o de un hombre. Los vecinos hacían el amor a una hora intempestiva. Les concedió una tregua acorde al sentido común, pero tras largos minutos de jolgorio decidió detener la fiesta: golpeó la pared. Los ruidos bajaron de volumen, pero ella se moría de placer y no parecía dispuesta a renunciar a su rosario de gemidos, llantos y plegarias. Finalmente, los aullidos cesaron y el sueño se apoderó de los tres.

Capítulo 7

Un molesto pitido despertó a Hugo en plena madrugada. Se descubrió sentado sobre una cama extraña en un lugar extraño. La noche era todavía cerrada y maldijo entre dientes al causante de aquel atropello, que no era sino él mismo, permitiendo que su *smartphone* avisara cuando no debía.

Sobre la mesa de noche vibraba una pantalla de cuatro pulgadas mostrando la espalda de una mujer madura, sin ropa y sin sentido del ridículo. Ella miraba hacia atrás, desafiando atrevida a la cámara. Hugo cogió el aparato y fue pasando varias fotos de mujeres diferentes, sin saber muy bien quiénes eran. De repente recordó la terrible realidad: varios días antes, en plena víspera de su marcha a Cádiz, se había registrado en una aplicación de citas a través del móvil. La había olvidado por completo, al igual que silenciar sus avisos. Deslizó las imágenes con el dedo, acariciando los cabellos virtuales de las señoras que muy dignas exponían sus mejores galas para conseguir pareja. Hugo supo que tenía un problema: aquello no iba con su persona. Además, seguro que le habían cobrado dinero. La curiosidad le pudo y se detuvo en un rostro. Mayte, treinta y nueve, enfermera. Muy guapa. Le gustaban los animales, las comedias románticas y bailar salsa. Buscaba un hombre sincero, de conversación interesante y que no fumara. Bailar precisamente no era el punto fuerte de Hugo. Tampoco hablar. Se preguntó si en realidad aquello era lo que buscaba. Quizá amor. Quizá solo sexo. Quizá una bailarina que le enseñara unos pasos y olvidar así la presión de aquel trabajo por unas horas.

Hugo tomó la calle antes del amanecer. A las seis de la mañana solo algunos vecinos caminaban en silencio hacia sus trabajos. Se

bebió un cortado en la primera cafetería que encontró abierta y pidió referencias para comprar comida. El camarero le recomendó el mercado de abastos.

Caminó hacia el citado lugar y se llevó una inmensa sorpresa. No era un mercado al uso, sino todo un museo viviente de verduras, pescados y personajes peculiares bajo unos preciosos pórticos centenarios. Todavía no habían abierto los establecimientos al público, pero Hugo se filtró sin miedo junto a los repartidores. Le atendió una señora gruesa, con los labios rigurosamente perfilados y voz chillona. Compró cinco chorizos frescos, queso, jamón y huevos.

—¿Quiere usted una mantequita colorá de la sierra? —dijo la mujer, ofreciéndole un bote con manteca de cerdo y pimentón.

Hugo no la rechazó.

—Póngame también esa botella, por favor. —Señaló con el índice una sidra de origen dudoso por la que pagó dos euros.

Ya de regreso al piso, tostó pan como para un regimiento y lo untó de manteca. Se sirvió una taza de leche fría y se comió el pan bebiendo a cada mordisco. Mientras desayunaba pinchó los chorizos con un tenedor, los puso en una cazuela y vertió por encima la botella de sidra. La combinación hirvió hasta impregnar la vivienda de unos aromas que se podían cortar con cuchillo. Tras apagar el fuego dejó sumergidos los chorizos bajo la salsa de sidra. A la hora del desayuno ya estaba preparado su almuerzo, que acompañaría, pensó, con un par de huevos fritos.

El timbre de la puerta sonó.

Que Hugo supiera, nadie conocía su dirección. Observó en silencio por la mirilla.

—Buenos días —escuchó al otro lado.

Era un anciano de rostro afable que saludaba con la mano. No era cuestión de parecer un antipático el primer día, así que el inspector carraspeó y abrió la puerta.

—Disculpe —dijo el hombre examinando a Hugo de arriba abajo—. Soy su vecino de al lado. No quisiera molestar, pero no es habitual que en esta casa huela tan bien. ¿Le importaría decirme qué está cocinando?

Era la primera vez en su vida que atraía a un vecino con el olor de su comida. El anciano era bajito, muy arrugado y con la piel curtida por el sol. Seguramente de su garganta, pensó Hugo, habían salido las toses enfermizas que oyera la noche antes. Monforte estaba indeciso. Puede que fuera una imprudencia hacer entrar al abuelo. Quizá metía al enemigo en casa; o, por el contrario, era un pobre indigente cuya pensión no le llegaba para unos chorizos a la sidra.

—Mejor aún —contestó Hugo—. Pase y véalo usted mismo.

Aquellos no eran los modos de un antiguo inspector de la Brigada de Homicidios, se dijo, abriendo la puerta de par en par al extraño a la vez que extendía su brazo y su sonrisa hacia el interior de la vivienda. Solo podía ser una orden del subconsciente: se encontraba huérfano y cualquier ser humano era bienvenido a su casa.

—Me bastaba con que me diera la receta —dijo el anciano asomándose a la cocina y abriendo la cazuela. Cerró los ojos y murmuró con placer—: Chorizo a la sidra.

El viejo tenía buen olfato. Aquel giro sorprendió a Hugo.

—Lo hacía mi abuela cuando yo era pequeño —dijo—. Me trae recuerdos.

—¿Es usted asturiano?

Monforte afirmó con la cabeza.

—Qué bella tierra —agregó el anciano observando el mobiliario con una curiosidad desvergonzada—. Y qué buena comida.

—Por favor, llévese uno.

Hugo puso un chorizo en un plato. Lo cubrió con una tapadera de metal y se lo ofreció al vecino.

—No, por favor. Solo era curiosidad.

—Hacemos una cosa —propuso Hugo—. Usted se lleva el chorizo y me trae otro día una comida suya.

Aquel trato le pareció correcto al vecino. Asintió, cogió el plato y buscó la salida del piso.

—Por cierto, mi nombre es Cruz —dijo sujetándose a la puerta—. Prefiero que nos llamemos de tú, por favor. Traeré fideos. Las personas que comparten una olla de fideos no pueden llamarse de usted.

—Encantado. Yo soy Hugo.

—Hugo —rio el viejo entre dientes—. No parece un nombre muy asturiano.

Sin embargo, Cruz era un nombre que podía proceder de cualquier parte del mundo, se dijo Monforte. Al menos tendría con quien charlar por las tardes. El anciano desapareció por donde había venido y cerró la puerta tras él.

El móvil vibró en el bolsillo del inspector. Era el número de Candela. Él contestó de inmediato:

—Dime.

—No vengas a la comisaría. Vamos a ir directamente a interrogar a los padres de Aurora.

—Estoy cocinando.

—No me jodas, Monforte.

—Era broma.

—Te recojo y tiramos para allá.

Capítulo 8

Los padres de Aurora recibieron a los inspectores en su domicilio: una construcción robusta pero elaborada a base de sobrantes de calería; levantada en un punto indeterminado de los extensos cultivos de secano, muy alejada de la ciudad.

Fue Candela quien se prestó a rebajar tensiones:

—Buenos días. Gracias por atendernos.

Los recibió la madre, que vestía riguroso luto y tenía la mirada perdida. Ofreció café de puchero. El padre era un señor de amplia barriga y estrecho de hombros, camisa de felpa a las puertas del verano y una cara de muerto en vida que sobrellevaba a medias con su esposa. El viento aullaba azotando las ventanas.

—¿Saben ustedes si Aurora tenía pareja? —preguntó la inspectora.

El padre dio un sorbo al café y habló mirando al suelo:

—Nuestra hija llevaba una vida muy independiente. Jamás trajo un amigo o una amiga a casa. Siempre nos decía que nunca tendría pareja o hijos. Yo pienso que era porque cambiaba mucho de trabajo.

—¿A qué se dedicaba ahora? —inquirió de nuevo Candela.

—Comenzó como cajera en un supermercado de barrio, no muy lejos de aquí. —El padre hablaba lanzando miradas de complicidad a su esposa, pero la señora se encontraba en estado de *shock*—. De aquello hace muchos años. No sé a qué se dedicaba ahora. Nunca me lo decía. Sé que todo su afán en la vida era prosperar, tener al menos un trabajo estable, no las mierdas que encontraba por aquí. Era un niña muy inteligente. Todo un prodigio. Me hubiera gustado darle estudios, pero yo hace años que no trabajo. Estamos enfermos. Aurora tuvo que traer el pan a casa.

—¿Mantenían una buena relación? —Era la primera vez que la grave voz de Monforte retumbaba en aquella sala.

El padre lo miró inquieto, quizá turbado por la seriedad del inspector.

—Me llamaba una vez por semana.

—No vivía aquí, entonces —dijo Candela.

—Así es —prosiguió el padre—. Ella dejó esta casa muy joven. Era una niña. Quería encontrar un trabajo con el que pudiera viajar por el mundo. Pero luego alquiló una casita en Los Caños de Meca.

—¿Tienen la dirección? —continuó preguntando la inspectora.

—Deme un papel y se la apunto.

—Podemos ir juntos a echarle un vistazo —agregó Monforte.

—No tenemos llave de esa casa. —El padre comenzó a encenderse un cigarrillo—. Aurora jamás nos la habría dejado, aunque se la hubiéramos pedido.

El hombre cogió la hoja que le tendió Hugo y apuntó una dirección con mano temblorosa.

—¿Podemos ver su habitación? —preguntó Candela.

—Por supuesto. —El padre señaló el fondo del pasillo.

Mientras la inspectora atendía a las indicaciones, Hugo escrutaba a su alrededor. Buscaba quizá una foto de Aurora; algún detalle que recordara a la joven. Pero allí solo veía unas paredes limpias de polvo, muebles y lujos. El lustre paciente de la pobreza dignificada. La que no contemplaba desde los tiempos de la Cañada Real, donde eran frecuentes las reyertas, pero donde jamás vio una mancha de sangre en el pulcro suelo de una chabola. Donde una vez tuvo que ayudar a los servicios sociales para rescatar a un niño de sus padres, narcotraficantes con varias decenas de muertes a sus espaldas, pero que exigían que el niño se marchara bien peinado.

El dormitorio de Aurora era igual de modesto que el resto de la casa: una cama sin vestir, una cómoda de pino y dos pósteres de algún cantante de baladas con más de una década. En efecto, Aurora hacía muchos años que no compartía techo con sus padres.

—Bonitas flores —susurró Candela a espaldas de Monforte.

Sobre la cómoda descansaba un florero alargado del que brotaba un manojo de claveles frescos. La inspectora se acercó para olerlos.

Monforte alzó la palma de la mano para detenerla. Ella retrocedió contrariada mientras él examinaba de cerca el recipiente. Lo levantó y apareció un posavasos redondo de cartulina blanca, típico de los bares.

—Queensway Garden —pronunció Hugo.

Las letras impresas rodeaban el borde del posavasos. En el centro de la cartulina aparecían flores y una corona.

—¿Qué crees que es? —dijo Candela.

—Queensway es una calle de Londres, muy famosa. La conozco.

La mujer se guardó el posavasos en un gesto furtivo. Hugo no se esperaba tal reacción y la miró de manera inquisitiva. Aunque, de todos modos, pensó, difícilmente los dueños de la casa se percatarían de la desaparición del posavasos, más aún cuando su tamaño era inferior a la base del florero.

De improviso, la madre apareció en la puerta del dormitorio. El codo de Hugo rozaba levemente el de Candela, y a través del hueso sintió cómo el corazón de la inspectora daba un vuelco. La señora abrió uno de los cajones de la cómoda y extrajo un objeto brillante. Se situó frente a ellos y les mostró lo que parecía ser una cadena de oro con la imagen de una Virgen. Hizo el ademán de colocársela a Candela, gesto que ella rechazó de inmediato.

—Por favor —insistió la madre—. Es la Virgen del Carmen. Perteneció a Aurora. Los ayudará a encontrar al asesino.

Candela se dejó, quizá hipnotizada por la resurrección de la madre. Se palpó la medalla con delicadeza y cogió la mano de la mujer.

—La llevaré unos días —dijo—, pero luego la dejaré sobre el cuerpo de Aurora.

El padre también entró en el dormitorio y al ver la joya se le endureció el rostro. Habló mirando a los ojos de Candela:

—Aurora no se merece la protección de esa medalla, que ella rechazó hace años. Les he dicho que era independiente y trabajadora. Lo que quizá deberían saber es que también era ambiciosa. Estoy seguro de que lo ocurrido es fruto de esa ambición y de su falta de paciencia.

Tras aquel comentario, la madre volvió a observar un horizonte inexistente sobre los hombros de Hugo y Candela. Se hizo un silencio eterno, acariciado por el silbido del viento. Los inspectores se miraron y comprendieron que poco más podían sacar de aquella visita. Con delicadeza dieron la mano a los padres de Aurora Fernández.

Una vez en la puerta, el rostro del progenitor se tornó un poco más afable:

—Disculpen mis palabras. Estoy destrozado. Es la segunda vez que pierdo a mi hija y esta vez es para siempre. Por favor, hagan lo posible para que esto no se repita. No quiero que ningún otro padre pase por el mismo trance.

Los inspectores guardaron silencio y tomaron su camino. Se introdujeron en el coche y allí permanecieron reflexivos. Candela habló sin apartar los ojos del volante:

—¿Te apetece una copa a la vuelta?

Hugo afirmó con un gesto. La inspectora arrancó el coche y se alejaron con el viento a favor.

Capítulo 9

Al terminar la jornada, Candela dejó su vehículo tras la catedral, rozando el mar. Guio a Hugo por un laberinto de callejuelas rectas y estrechas, de adoquines brillantes, pulidos por el ir y venir de estudiantes, turistas y poetas. El tiempo se detuvo. Los balcones eran minúsculos, aunque cuarteados de color, radiantes de geranios, claveles y petunias. Hugo buscaba el cielo, pero los muros casi se besaban. Se podía saltar sin peligro entre balcones opuestos.

—Esta zona me gusta mucho —susurró Candela—. Se llama el Pópulo.

Hugo tuvo la sensación de que un pirata los estuviera esperando tras una esquina para robarles el botín.

—Es bonito —dijo.

—Creo que es el barrio más antiguo de Cádiz —agregó la inspectora.

Tomaron asiento en un pequeño bar. Era muy acogedor. Unos grandes cuadros de motivos marineros tapaban las paredes. Hugo escuchó de fondo un tema de Led Zeppelin versionado en piano y se sintió como en casa.

Candela abrió su portátil sobre la mesa. También una libreta. Copió una ristra de apuntes al ordenador.

—Pensaba que tomaríamos una copa en paz —dijo el inspector.

—Déjame mirar una cosa y acabo. Si ves a la camarera pídeme una caña.

Una figura femenina con vaqueros ajustados y un pequeño delantal negro se movía entre las mesas. Les daba la espalda mientras entregaba el cambio a un cliente. Hugo levantó la mano, esperando a que se diera la vuelta.

—He recibido por *mail* una respuesta de la central —comentó Candela sin apartar la vista de la pantalla—. No hay datos sobre el propietario de la casa que alquiló Aurora.

—Eso es imposible. —Hugo continuaba con la mano en alto—. Miraremos en el Registro de la Propiedad.

—Cuando te digo que no hay datos es que no hay datos. Pertenece a una sociedad de la cual no tenemos acceso ni siquiera al nombre. Quizá esté afincada en un paraíso fiscal. Opacidad absoluta. Además, tampoco hay pagos por este alquiler en las cuentas de Aurora.

—No me cuadra que esa chica alquilara algo así. Era más sencillo buscar casa a través de anuncios.

—No conoces aquella zona. —Candela cerró el ordenador y miró directamente a Monforte—. Hay mucho extranjero viviendo como un *hippie* y forrado a costa de este tipo de chanchullos.

—Pues no lo tenemos fácil. —Monforte bajó la mano—. No hay amigos, ni conocidos, ni casero, ni empleo estable.

—Buenas tardes. Decidme qué os pongo.

Era la voz de la camarera, que acudía a la llamada de Hugo. Se trataba de una chica muy joven, morena, de ojos grandes. Sostenía la bandeja sobre sus manos con maestría. Entre las copas, Monforte distinguió un sugerente escote flanqueado por los botones de una estrecha camisa negra, del mismo color que el delantal que le colgaba de la cintura.

—Hola, guapa —dijo la inspectora con descaro—. A mí una caña.

—¿Qué vino tenéis? —preguntó Hugo.

Candela y la camarera entrecruzaron unas miradas que iban más allá de la relación habitual con un cliente. Sonrieron.

—Te presento a mi nuevo compañero, Hugo —dijo la inspectora—. Como puedes comprobar es un poquito especial.

—Ahora mismo traigo una carta de vinos —dijo la camarera, sonriente.

—Ella es Laura, mi compañera de piso —prosiguió Candela dirigiéndose a Hugo—. La que me aguanta.

Los labios de Laura rieron y se hicieron muy grandes, muy rojos y muy bellos.

—No te molestes —replicó el inspector—. Me traes una copa de rioja. El que tengas abierto.

—Pensaba que ya acababas tu turno. —Candela se dirigía a la camarera con la frescura propia de una hermana mayor.

—Me quedan cinco minutos para salir. —Laura contestó resoplando—. Pongo la copa y os acompaño.

La chica trajo una caña de cerveza y un crianza de marca desconocida y calidad mediocre que a Hugo le supo a gloria.

—El vino es para los viejos —bromeó Candela.

—Es más sano que eso que estás bebiendo.

—Las dos bebidas tienen alcohol. Son iguales de malas o buenas.

—El vino no tiene alcohol.

Candela comenzó a reír:

—¿Entonces, qué tiene, tío listo?

—Espíritu.

—No me jodas, Monforte.

El inspector ignoró el último comentario de la inspectora porque observaba en la distancia el cambio de turno de Laura, quien le cedió el puesto a un chico joven, con los brazos enormes, camiseta ajustada y un tatuaje tribal en la muñeca. Ella se quitó el delantal y tomó asiento a la mesa de los inspectores.

—¿Y esa Virgen? —preguntó.

—Es una larga historia —contestó Candela tocándose la medalla—. La llevaré pocos días.

—¿Qué tal el nuevo caso? —Laura comenzó a soltarse el pelo.

Candela torció el gesto y pegó un buche a la caña.

—Vale, no pregunto —prosiguió la camarera—. Secreto de polis. Hablaremos de otra cosa entonces. ¿A qué te dedicas cuando no investigas, Hugo?

Monforte se sintió amenazado. Laura era demasiado atractiva y demasiado joven. Entraba en su intimidad por la puerta de atrás. Apenas estaba salvando el escollo de trabajar con una compañera que le superaba en ganas de vivir y ahora eran dos las mujeres que se aliaban en su contra. Experimentó entonces un extraño ímpetu de resurgir de las cenizas, dar la espalda al Monforte cuarentón y reservado para aparentar delante de una chica joven y guapa. Dio

un sorbo al rioja e intentó relajarse. Solo era una pregunta para romper el hielo. No había demonios ni sirenas que le susurraran al oído y condenaran a muerte. Todo estaba en su cabeza.

—Me gusta cocinar —contestó.

—Un chef —exclamó Laura—. Nos tendrás que hacer una demostración.

Candela se mantuvo seria. Hugo supuso que también ella se sentía amenazada. No había intimado con él al mismo ritmo que la joven camarera, que corría veloz como requería su juventud.

—Cuando queráis os preparo una cena —les dijo a las mujeres.

—A mí no me saques del McDonald's —replicó la inspectora.

—Qué antipática —agregó Laura—. Es cierto, a Candela le trae sin cuidado la comida. Prefiere invertir en calidad para un *gin-tonic.* Mejor me invitas a mí sola.

Hugo se sintió esta vez amenazado y acorralado. Él apenas supo contestar con una sonrisa. Candela le miró de reojo, aparentando saber lo que estaba ocurriendo, y habló levantando la mano:

—Pues ya que lo dices, me pido un *gin-tonic.*

—No tienes acento de aquí, Laura. —Hugo se sorprendió de sí mismo iniciando conversación con la chica—. ¿Llevas mucho tiempo en Cádiz?

—Soy de Madrid. Vine hace tres años, a la aventura. A conocer el sur.

—¿Y qué tal?

—Al principio, la cosa estuvo jodida. Hay poco trabajo. Busqué piso y me topé con Candela.

—¿Dónde tenéis el piso?

—A la entrada de Cádiz, frente a la playa de Cortadura.

—Debe tener buenas vistas —respondió Hugo.

—Y buena compañera. Candela es un encanto.

—¿No es algo mayor para ti?

—Monforte, ¿eres imbécil? —protestó la inspectora—. ¿Qué te hace pensar que somos pareja?

—Si así fuera, no sería nada malo —replicó Hugo con calma.

—En efecto, pero si así fuera, no se lo contaría a mi nuevo compañero al que conozco desde ayer y del cual lo único que sé es

que le gusta el vino.

—Te pido disculpas por mis palabras, si es lo que quieres —prosiguió Hugo—. No es normal que una mujer de tu edad comparta piso con una chica de la juventud de Laura. Parecéis tía y sobrina.

—Y qué es lo normal, ¿atarse a un fulano como tú y criar churumbeles? Monforte, no me des lecciones. Ya tuve un amor.

—¿El novio geo? —bromeó Hugo.

—Ocurrió lo típico. Me dejó por otra, me hundí en la miseria, resucité de entre los muertos y me dediqué a vivir la vida. No creo en los hombres ni en el amor eterno. Eso se lo dejo a mi sobrina, como tú dices.

—Cuidado —intervino Laura—, que rara vez Candela se abre en canal.

—Y tú qué tal, Monforte, ¿crees en el amor?

El *gin-tonic* se había entremezclado con la caña ascendiendo como un cohete a la cabeza de la inspectora, cuyos labios no vocalizaban con la misma eficiencia que horas antes.

—Creo que es mejor que ahora no conduzcas tú —dijo Hugo.

—Menudo aguafiestas —replicó Candela.

—Nos vamos ya. Mañana hay mucho trabajo.

—No eres mi jefe. Hoy hay tiempo de sobra y mañana ya me encargo yo de planificar el día. Entraremos en la casa de Aurora.

Hugo se sorprendió de que Candela hablara del caso en presencia de Laura.

—No tenemos orden judicial —dijo—. No podemos entrar.

—Lo haremos sin orden judicial. Tardaría demasiados días. Se nos acaba el tiempo.

—Eso no va a ocurrir. —Hugo endureció el rostro.

—Mira, Monforte. No sé cómo coño haréis las cosas en Madrid, pero aquí resolvemos casos, no perdemos el tiempo detrás de una mesa. —Candela se levantó con vehemencia—. Si quieres hacer las cosas a tu modo, de acuerdo. Pero no me salpiques con tus mierdas. No cuentes conmigo para eso.

La inspectora pegó un último sorbo a la copa y arrojó las llaves de su coche sobre la mesa:

—Daré un paseo hasta mi casa. Nos vemos mañana.

Capítulo 10

La puerta sonó. Un bombardeo incesante de golpes a la hora de la cena. Hugo saltó de la ducha y se enfundó unos vaqueros sin calzoncillos. No le hizo falta husmear por la mirilla. Los tosidos del anciano eran inconfundibles.

—Ya era hora —maldijo el vecino—. Llevo un buen rato llamando.

Cruz atravesó la puerta del domicilio como si fuera el suyo propio. Sujetaba una cazuela humeante que olía de maravilla.

—¿Qué es esto? —preguntó Hugo.

—Coño, lo acordado esta mañana. Fideos con caballas.

Monforte echó un vistazo a la marmita. Varias tajadas de pescado flotaban entre gruesos fideos y pellejos de tomate y pimiento.

—No he visto unas caballas así en mi vida —dijo.

—Pues ya era hora. Esto es típico de aquí.

—Quédate y nos lo comemos juntos. Elige un vino de ahí, bajo ese estante.

El viejo husmeó donde le indicó Hugo. Había no menos de veinte botellas de vinos tintos y blancos de toda España. A Cruz se le volvieron los ojos:

—Chico, ¿de dónde has sacado esto?

—Me gusta el vino.

—Ya lo veo.

Cruz eligió un priorato de diez años a la altura de las circunstancias. Sabía lo que tenía entre manos. Hugo puso la cazuela en el centro de la mesa y volcó las caballas sobre dos platos que ambos devoraron sin apenas cruzar palabra. Jamás había comido un guiso de pescado tan exquisito.

—En mi casa tenía una pequeña bodega —explicó Monforte al terminar su plato—. Estaba suscrito a un club de amigos del vino y cada semana me obligaban a seleccionar una botella del catálogo.

—Como el Círculo de Lectores —rio Cruz—, pero de borrachuzos.

—Siempre tenía la bodega repleta de los mejores caldos. Aquí no tengo tanto sitio. Es lo único que me he traído de Madrid. No iba a dejar que se avinagraran.

Cada uno sorbió de su copa y se hizo el silencio.

—¿A qué te dedicas, Hugo?

El inspector comenzó a lavar los platos y el anciano se apuntó a secarlos. No supo qué contestar. Era prudente mantener una cierta privacidad. Contó una verdad a medias:

—Soy funcionario.

—Me vendrá bien cuando tenga que renovar la fe de vida para cobrar la pensión.

—Puedes estar seguro. Tú debes de ser marinero.

—Solo un marinero sabe cocinar estas caballas —dijo Cruz con cara de asombro—. ¿Seguro que no eres detective o algo parecido?

—Vamos arriba. Aquí hace mucho calor.

Subieron a la azotea. La noche se cernía sobre la silueta de Cádiz. Desde allí se apreciaba la peculiar geografía de la ciudad: una pequeña península unida al continente por un finísimo istmo de playa que se deshacía en las marismas de la isla de León. Echaría de menos todo aquello si lo destinaran a otro sitio.

Bajó a por otra botella. Se sirvió una generosa copa de frío rosado pontevedrés de cepa bastarda que Cruz rehusó probar y observó la luna espléndida sobre las aguas del océano Atlántico. La brisa marina acarició la nariz de Hugo. Los aromas frutales del vino se entremezclaron con la sal y brotaron nuevas sensaciones que sorprendieron al inspector. Se embriagó como nunca. Disfrutó de su hechizo. Se merecía, pensó, aquel atardecer y aquella botella.

—Qué bonita torre mirador —comentó Cruz—. Aunque el dueño la tiene poco cuidada.

—Está hecha una pena. Se desmorona con solo mirarla.

—Hay torres repartidas por las azoteas de toda la ciudad. Eran utilizadas hace más de dos siglos por los comerciantes para vigilar la

llegada de sus barcos cargados procedentes de las Américas.

—Tú tendrías la tuya, ¿no es así?

—No soy tan viejo —rio Cruz—, ni tan rico.

—A los marineros les suele quedar una buena pensión.

—A mí me dejaron una miseria. Después de años huyendo de los moros.

—¿Los moros?

—Sí, señor. Cuando el Sáhara era español todo era abundancia gracias a aquellos caladeros. Teníamos una flota espectacular. Nos salían las caballas por las orejas. Algo increíble. Lo que más cogíamos eran pulpos y chocos. Y sardinas. Toneladas de sardinas brillantes y saltarinas. Unos bichos recios, grasientos, sabrosos como nunca se han visto. Cuando España regaló el Sáhara a los moros, porque ellos no nos robaron nada, porque fue eso, un regalo ruin, una traición, una violación de los derechos de los nativos de allí y de los marineros de aquí, y no me des cuerda que me enciendo…, te digo, cuando perdimos aquel caladero, España intentó llegar a acuerdos con Marruecos que nunca terminaban de cuajar. Nosotros seguíamos pescando allí, más al norte o más al sur. Hasta que la Policía marroquí nos interceptaba y a la chirona mora durante varios meses. Así estuve años. Huyendo como si fuera un delincuente en vez de un honrado trabajador.

Cruz terminó su discurso entre jadeos. Comenzó a toser. Logró controlar su diafragma cerrando los ojos y tapándose la boca. Permaneció en silencio durante unos minutos, recuperando el resuello, observando el mar en el horizonte. Hugo respetó su clamor en el desierto sin agregar palabra. El marinero recogió sus cosas.

—Me vuelvo a mi cuchitril. Los viejos nos vamos a la cama temprano.

Hugo acompañó a Cruz y tras despedirlo aprovechó los últimos minutos del día para recoger la casa. Estaba muy cansado. También se metió en la cama, como los viejos.

Tras varias horas un tremendo ruido hizo vibrar la casa. Era una sucesión de golpes, como el traqueteo de un ejército que invadiera la vivienda. Hugo salió del duermevela desorientado. No tardó en descubrir el origen. Otra vez la pareja de vecinos fogosos cumplía de

manera fiel sus obligaciones maritales despertando a todo el barrio. La pared de su dormitorio comunicaba con el de los amantes. Pero Hugo no iba a claudicar aquella noche. Las dos botellas de vino le habían hecho perder la vergüenza.

Buscó en su *smartphone* una web de pornografía. La primera que apareciera en la búsqueda. Luego conectó el aparato de manera inalámbrica a su altavoz portátil y le dio potencia a tope.

El vídeo porno que apareció en pantalla sonó a un volumen colosal en plena madrugada. Sentía los gemidos de un señor mulato y una joven blanca haciendo vibrar la estructura de la cama, la mesa de noche, las finas paredes. Mantuvo el espectáculo durante veinte segundos. Luego detuvo el vídeo. Los vecinos habían parado su orgía, o decidieron bajar el volumen de sus gemidos. Quizá por sorpresa, quizá por vergüenza. En todo caso, el vídeo de Hugo había representado un arma infalible que le devolvería milagrosamente el sueño. Se tumbó y cerró los ojos.

Le despertó un pitido descomunal. Hugo dio un salto en la cama.

Era el sonido de su *smartphone.* Una notificación mil veces amplificada. Había olvidado desconectar el altavoz portátil. Se preguntó quién podría enviarle un mensaje a aquellas horas.

El teléfono marcaba las ocho de la mañana. La noche había pasado fugaz de tanto cansancio. Un minúsculo cerrar de ojos de varias horas de duración. Leyó con atención el mensaje, cuyas líneas se multiplicaron. No era de Candela, ni del comisario, ni de una admiradora *online.* Era de la última persona con la que esperaba comunicarse: Elena, su exmujer.

Buenos días, Hugo.

Es urgente.

No me has devuelto los formularios que te envié por *mail* para la vista del divorcio, el tiempo se nos echa encima.

Durante unos instantes no supo a qué se refería Elena. Luego recordó que habían pactado preparar toda la documentación del divorcio antes de su marcha a Cádiz. Pero el trabajo y la precipitación de los acontecimientos lo mantenían cegado. Para él no existía su vida anterior en Madrid. En cierto modo se sentía

satisfecho de que su huida hubiera surtido efecto. Los demonios de la noche ya no le acosaban y casi podía dormir con normalidad. Comenzó a escribir una respuesta. Pero ¿qué decir? Era un total negligente. No tenía excusa. Borró la frase a la mitad y dejó que Elena volcara sobre él toda su indignación:

Hugo, por favor, colabora. No lo empeores.
Cumple lo que hemos acordado.
Recuerda contestar a tu abogado y al mío. Todavía tenemos pendiente la venta del piso.

A Hugo no le importaba nada. Ni los abogados, ni el piso. Se levantó para beber un vaso de agua.

Recapacitó. Sí había algo que le importaba.

Hizo bailar sus dedos sobre el teclado del *smartphone.* Era la única frase que estaba dispuesto a escribir:

Hola, Elena. Sara no responde a mis mensajes. Por favor, dile que revise las notificaciones.

Se hizo un largo silencio digital. Elena no contestaba. Un escueto mensaje apareció en la pantalla:

Sara no quiere hablar contigo.

Hugo sintió un tremendo vacío. Un vértigo capaz de helar al más valiente de los policías. Arrojó el aparato sobre el fregadero como si fuera un plato sucio. Había tres dedos de agua entremezclados con la salsa de las caballas. Entre los fideos, la pantalla del *smartphone* siguió brillando. Vibraba y pitaba como un niño que se ahoga en la orilla. No había reparado en que el móvil era sumergible. Lo volvió a coger, secándolo con un trapo. Apareció un texto remitido por Candela:

Han encontrado otro cadáver. Te recojo.

Capítulo 11

Los policías esperaban erguidos y serios como faros. Iluminaban con su severidad un pequeño puente que comunicaba la ciudad de Tarifa con la isla de las Palomas. Ante la llegada del inspector Hugo Monforte los dos agentes se cuadraron. El vehículo de Candela se detuvo sobre la pasarela. Aquel espectáculo no le dejó indiferente: al fondo, la pequeña isla que tenía el honor de ser el punto más al sur del mundo conocido por Monforte; tras ella se distinguía un velo gris que descansaba sobre las aguas formando el continente africano.

—¿Dónde me has traído, Candela?

Dos carteles para turistas muy despistados indicaban claramente que se encontraban entre el océano Atlántico y el mar Mediterráneo. Las dos aguas se besaban bajo un viento inclemente.

—Al fin del mundo.

—Querrás decir al fin de ninguna parte.

La maldición le perseguía. Aquel paisaje era de una belleza increíble, pero se dejaba arrastrar por sus miserias personales. Era su mochila. Allá donde él permaneciese siempre sería el fin de ninguna parte.

—Busquemos el cadáver —dijo.

Bajaron del coche y recorrieron el puente al encuentro del forense, que surgió de entre las rocas. Levantó la mano y les lanzó un grito:

—Hay que bajar.

Hugo se asomó al borde del puente. La arena esperaba tres metros más abajo. Otro policía acotaba la zona junto a los pilares. Le saludó y prosiguió su labor intentando no mojarse demasiado los pies. Los inspectores y el forense descendieron hasta el talud del

camino, casi despeñándose. Bajo el puente, la playa era minúscula y enigmática. Una delgada lengua de arena encharcada que comunicaba los dos mares. Sobre ella descansaba el cuerpo de la mujer que Hugo ya había visto en fotos. Uno de los policías se cuadró ante él:

—Al principio pensamos que era un inmigrante caído de una patera. En esta época el estrecho de Gibraltar es un ir y venir de embarcaciones ilegales. Hoy con el fuerte viento de levante ha remitido un poco la cosa.

No era un inmigrante, comprobó Hugo. La chica era blanca como la nieve y se encontraba desnuda. Tenía un pelo largo y rubio en forma de greñas mojadas que se esparcían en torno a su cabeza como si fuera la griega Medusa. Estaba tendida bocarriba, recta, en la misma postura que el cuerpo de Aurora. Hugo se agachó con intención de inspeccionar el cadáver por debajo.

—Ya he mirado yo —dijo el forense—. Tiene un corte igual en la espalda.

El modo de proceder había sido idéntico al anterior homicidio, pensó Hugo. Ni rastro de la ropa; en el filo del mar; una mujer joven. El asesino quería dejar su marca. Un estilo sin precedentes y difícil de imitar. Un desafío. Demasiadas molestias para un delincuente común. Demasiado refinamiento para un desequilibrado.

—¿Estamos muy lejos del lugar donde hallaron el anterior cadáver? —preguntó Monforte mientras con las manos enguantadas inspeccionaba el cuerpo de la mujer asesinada. Su piel era tersa y turgente. La estatua funeraria en mármol de una noble del Renacimiento. Su palidez delataba la ausencia de sangre. Un drenaje meticuloso semejante al que realizaron a Aurora.

—Unos veinte kilómetros —contestó un policía.

—La tenemos —dijo Candela, mostrándole a Hugo su teléfono móvil. El rostro de una muchacha de cabellos dorados y mirada profunda le observaba en la pantalla—. Lucía Pascual; llevaba dos días desaparecida. Era de por aquí.

No era frecuente este tipo de perversiones en España. Los asesinos en serie habían sido a lo largo de la historia muy pocos y débilmente metódicos. Más se asemejaban estos dos crímenes a los

que todavía acompañaban a Hugo por las noches, fruto de los malos tropiezos con la mafia rumana que operaba en el país: drogas, falsificación de tarjetas, trata de mujeres. Quizá estas dos jóvenes se habían negado a ser extorsionadas. Pero el hecho de que fueran españolas las excluía de este grupo. No necesitaban pagar ningún billete de vuelta a un país del Este, ni podían temer que un capo rapado al cero y con los dientes enfundados de oro les escondiera el pasaporte en una caja fuerte.

—¿Tenía alguna relación con Aurora?

—Dame tiempo, Monforte.

Candela telefoneó desde el mismo aparato a la comisaría para ordenar la búsqueda de pistas que relacionaran a las dos víctimas, ahora que sabían la identidad de la segunda.

Hugo observó a su alrededor: la arena húmeda bajo la sombra matinal del puente. Los pilares débiles tras décadas de oleajes y mareas. Los muros de la isla protegiendo la fortaleza militar que había sido siglos antes, ahora asediados por unas algas verdes y brillantes como el cielo.

—¿Ha llegado el juez? —dijo.

—Hay que esperar —replicó el forense.

—¿Esperar?

—Viene de camino. Además, van a traerme un equipo del instituto.

—La marea está a punto de subir —insistió Hugo—. Hay que transportar el cuerpo cuanto antes. De otra manera corremos el riesgo de que se pierdan pruebas.

—Nosotros decidimos cuándo se levanta el cadáver.

El forense tenía la razón en ese aspecto y Monforte decidió tragarse sus palabras. Cerró los ojos y aspiró el aire azotador de Tarifa. Observó el cielo, se quitó los guantes y trepó el talud del puente. Arriba no tardó en hacerle compañía Candela.

—Ayúdame abajo —dijo la inspectora—. Quiero buscar huellas.

—¿Qué es este sitio? —Hugo señaló la puerta de entrada a la isla, vigilada desde una garita y cerrada a cal y canto.

—Es un antiguo cuartel. Ya está abandonado.

Hugo dio un salto y trepó por la verja de entrada. No la franqueó, sino que la utilizó de escala con intención de alcanzar la garita de vigilancia.

—¿Qué pretendes? —exclamó Candela.

El cubículo estaba vacío y mal cuidado. Hacía años que solo los gorriones o los murciélagos ocupaban aquella garita.

—Sube —dijo Hugo.

—Tú estás mal de la cabeza.

El inspector le tendió la mano. Ella miró a izquierda y derecha con desconfianza.

—Vamos —insistió Monforte.

Candela cogió la mano de Hugo y este la aupó hasta que pudo sentarse no sin dificultades en la cornisa de la garita. Los dedos de la mujer le resultaron suaves como los de una marquesa.

—Desde aquí hay mejor perspectiva —explicó el inspector.

Candela no lo sabía, pero Hugo se refería a la tirantez de su escote, a su melena electrizante desafiando al viento, a sus tacones rojos aguijoneando la piedra.

—Desde aquí no se ve el cadáver —dijo ella.

—No hace falta.

Candela se agarraba a la cornisa de la garita como un gato.

—Yo me bajo —exclamó la mujer arrodillándose—. Nos vamos a matar con el maldito vendaval.

—¿Siempre hace aquí el mismo aire?

—Gracias a Dios no. Mi padre me contaba que los romanos consideraban este viento como atenuante en caso de homicidio. El levante te vuelve loca la cabeza. Ya sabes: Tarifa, paraíso entre dos mares. La mare que parió al levante y la mare que parió al poniente.

—¿Eso es un chiste?

Candela apoyó las dos palmas y su redondo trasero sobre la cornisa y saltó hacia el firme del puente.

—Vámonos.

—No te muevas —susurró Monforte.

La inspectora clavó los pies en el suelo, desconcertada. Él bajó de un salto y se arrodilló ante ella.

—Dame un bolígrafo, Candela.

La inspectora rebuscó en su bolso y tendió a Hugo lo que le pedía. Él cogió el boli con delicadeza y lo acercó al suelo. Luego lo levantó delante de sus ojos. Colgaba oscilante una pequeña joya dorada. Una especie de esclava. Candela extrajo una bolsa de plástico transparente para salvaguardar pruebas. Hugo introdujo la pulsera y sonrió:

—Creo que aquí están tus huellas.

Capítulo 12

El sur también existe. Benedetti lo escribía y Serrat lo cantaba. Hubiera estado mejor con arreglo de batería y guitarra Stratocaster, pero eso era lo de menos. Monforte recordaba aquellas palabras mientras en su boca se derretía el sur. Las mejores gambas al ajillo que había probado en su vida. Se las servía un camarero imberbe con dos aros en las orejas. Hugo pidió un verdejo blanco afrutado de Rueda sobre el que navegaron las gambas y se humedeció la lengua, seca de tanto levante abrasador.

—Vaya viento que hace, ¿eh, amigo? —dijo el muchacho en tono cordial.

—Por favor, trae pan.

El inspector había ocupado una pequeña mesa al final del restaurante, vigilando la puerta de entrada y tras ella un lejano fondo de crestas blancas, olas que se difuminaban como palomillas. Hugo tenía por costumbre pegar la espalda a la pared y comer de cara a la galería, como en las peores operaciones madrileñas, previendo el ataque de narcotraficantes, sicarios y, en otros tiempos, etarras.

—Gracias —dijo al recibir el pan.

Comenzó a mojar trocitos en la salsa. Quedaban solo dos gambas flotando en el delicioso líquido. Entre pan y pan, Hugo contemplaba la fauna que en primavera aprovechaba para conocer la belleza del Estrecho. Parejas de novios, ellas muy rubias y ellos aspirantes a *windsurfer.* Otros duetos, en segundas nupcias, compuestos por señora con implantes mamarios y caballero tostado con sombrero Panamá. También abundaban las amigas que ya no cumplirían los cincuenta, buscando el mar, la brisa y una segunda juventud.

Tras el desfile sonó el repique inconfundible de los tacones de Candela. Demasiado pronto. Tenía la ilusión de comer tranquilo frente a aquel paisaje.

—No parece que te alegres de verme —dijo la mujer tomando asiento.

—Todo lo contrario. ¿Quieres comer?

—Se me ha pasado el hambre. Que aproveche. ¿Has encontrado algo?

El hallazgo de la esclava había animado a Hugo a rastrear el escenario del crimen en vez de asistir esta vez a la autopsia; sin embargo, no logró encontrar nada. Decidió entonces ahogar sus penas con unas gambas. Candela prefirió acudir al instituto forense a recabar información sobre el cadáver.

—Este bar —contestó Monforte—. ¿Y tú?

—No he llegado a tiempo para la autopsia, pero gracias a la excelente red de contactos del comisario tengo todo lo que nos hace falta.

Candela se situó frente a Hugo bloqueando el mar y las parejas. Sacó una pila de documentos que depositó junto a la cazuela de gambas. Entregó una carpeta a Hugo.

—La autopsia —dijo.

—Hazme un resumen —replicó Monforte mojando pan.

—Nada diferente a lo que vimos con Aurora. Un corte limpio y experto en la espalda desde la nuca hasta el coxis. Drenaje total del cadáver. Sin rastro de agresión sexual. Altas dosis de morfina. Ha tomado muestras de una de las vértebras fracturadas. El análisis microscópico de la hendidura confirma que han usado la misma arma homicida. Por cierto, no han dejado regalo, como la vez anterior. Nada de sello metálico entre las vértebras.

—El laboratorio ¿ha dicho algo de la pulsera?

—Queda confirmado mediante testigos que pertenece a la segunda víctima, Lucía Pascual. Hay huellas de ella y de otras personas, pero no coinciden con ningún registro nuestro. He intentado localizar a los padres de la chica. Regentaron hace años una pequeña tienda en Chiclana, pero ya son muy mayores. Desconocemos dónde viven. Lucía tampoco tiene domicilio conocido.

Te preguntarás: ¿a qué dirección le llegan las multas, la publicidad de fibra óptica o los poemas de amor? Pues agárrate, Monforte. Le enviaban la correspondencia a su trabajo.

El rostro de Hugo se mostraba inexpresivo y hambriento.

—He consultado la vida laboral de Lucía Pascual —prosiguió Candela—. Su perfil profesional es muy parecido al de Aurora. Trabajos poco remunerados y de alta rotación. Camareras, cuidadoras, limpiadoras. Ya sabes.

—Continúa.

—Actualmente, Lucía trabajaba en una conservera de pescado. Resulta que Aurora también, en la misma fábrica, pero lo dejó hace un año más o menos y no volvió a trabajar en ningún sitio.

—¿Quieres decir que fueron compañeras de trabajo?

—Así es. Desconozco qué labor desempeñaron en la fábrica. Es una conservera de mucho prestigio llamada Tunafish dedicada sobre todo a procesar atún. Está situada entre Los Caños de Meca y Barbate.

—¿Alguna pista más? ¿Matrícula del coche?

—No tenía carné de conducir —contestó la inspectora.

Candela dio un rápido sorbo a la copa de Hugo y puso cara de asco:

—Estoy muerta de sed —señaló el vino—. ¿No se supone que estás de servicio?

—Hay excepciones.

—No me digas nada. El espíritu, ¿no?

Monforte comenzó a reír.

—Me voy a pedir algo —agregó ella.

—Has dicho que no querías nada.

—Te veo y me da hambre. ¿Dónde está el camarero?

—Aquí no hay hamburguesas.

—Quiero unas gambas de esas.

Candela alzó la mano y acudió el chico. Mientras se aproximaba, ella aprovechó para quitarse la chaqueta, dejarla sobre la silla y abanicarse con la carta del restaurante. Vestía una camiseta blanca de tirantes muy sugerente. En el giro hacia el camarero quedó al descubierto su hombro derecho, y sobre él un laberinto de tatuajes

perfectamente ensamblados que evocaban el complejo mundo de *Alicia en el País de las Maravillas.* Monforte distinguió el Gato de Cheshire, el Conejo Blanco y la Reina de Corazones.

—Por favor, tráeme unas iguales. —Candela señaló el plato de Hugo con una larga uña roja.

El camarero era demasiado joven y su profesionalidad quedó comprometida al lanzar una incauta mirada al escote de la inspectora.

—Señora —respondió el chico con voz temblorosa—, tenemos también un pulpito a la gallega espectacular; o si quiere un choco a la plancha.

Hugo observó que Candela era plenamente consciente del desliz del camarero y que incluso disfrutaba con ello.

—Tráeme lo que quieras —ordenó la mujer—, y una cerveza.

El chico se marchó un tanto aturdido. En unos minutos, estaba de regreso con la comanda.

—Que aproveche —dijo depositando el plato frente a la inspectora y volando de regreso a la cocina.

—Candela, que puede ser tu hijo.

—Así sabré lo que es tener hijos. ¿Tú tienes hijos, Monforte?

—Cómete las gambas.

—Es que eres un gilipollas. Vi cómo mirabas a Laura, que puede ser tu hija.

Mientas la inspectora almorzaba, Hugo echó otro vistazo al informe. Cogió nota de la fábrica donde habían trabajado las víctimas. Consultó la dirección en el *smartphone.* Organizó la agenda y los horarios de los próximos días. Dejó el móvil en la mesa y miró cómo Candela disfrutaba las gambas.

—¿Y ese tatuaje? —preguntó Hugo.

Ella se volvió para observarse el hombro, mostrando mejor el dibujo:

—Así es un poco mi vida.

No agregó nada más. Candela siempre tan arrogante como enigmática, guardando distancias. Como él, se dijo Hugo, pero dando una de cal y otra de arena. El inspector reconocía su propia

timidez, aunque lo de su compañera parecía un desafío personal por mantenerle en un permanente desconcierto.

—¿Te han gustado las gambas? —preguntó el inspector.

—No han estado mal —contestó ella limpiándose los labios con el mantel—, pero ahora toca probar el atún.

Capítulo 13

Abandonaron Tarifa y se dirigieron hacia el norte. Todo se volvió muy verde y muy azul. En el parque natural de La Breña una multitud de pinos se asomaba al océano, agolpándose junto al acantilado como niños esperando el primer chapuzón del verano. Hugo volaba sobre una eterna recta que atravesaba el bosque. Al contemplar el mar recordó los rostros de Aurora y Lucía. Los árboles le susurraban al oído los crímenes. Si pudiera hablar con ellos, se dijo, les entregaría en ofrenda el recuerdo de las dos jóvenes a cambio del nombre de quien atravesó sus espaldas.

—Es por allí —señaló Candela.

Habían dejado atrás Bolonia, Zahara y Barbate. Olía a marinero sin rumbo, a la roca mojada por la sal, a marisma y enebro.

—Qué callado vas siempre, Monforte.

El inspector emergió de sus reflexiones y distinguió a lo lejos un edificio industrial de aspecto moderno e impecable. Un enorme cartel rezaba «Tunafish».

En la recepción, una joven con el auricular enredado en un cabello largo y negro les mostró su mejor sonrisa.

—Buenas tardes —dijo Candela enseñando su placa—. Por favor, quisiéramos hablar con el gerente.

—No se encuentra en las instalaciones ahora mismo —contestó la recepcionista—. Si prefieren esperar, pueden tomar asiento.

—¿Sobre qué hora vuelve?

—Eso nunca se sabe.

Mientras Candela conversaba con la chica, Hugo deambuló por la sala. Leyó muy atento los carteles explicativos de peces y

cefalópodos expuestos en unas paredes altas y blancas. Luego se dirigió a la recepcionista:

—Solo vamos a echar un vistazo.

La chica dudó unos instantes. Se ajustó el auricular y contestó con su mejor sonrisa:

—Llamaré a alguien para que los ayude. Puede ser peligroso deambular solos por la fábrica. Por favor, tomen una bata para no mancharse.

La recepcionista les señaló unas taquillas donde los inspectores colgaron las chaquetas y se vistieron con sus respectivas batas blancas. Un operario entusiasta los guio por los pasillos mientras les hablaba de las bondades y glorias del atún rojo de almadraba, que era la especialidad de la conservera. Hugo supo de aquella tradición pesquera milenaria. Los hizo pasar a un laboratorio donde se alternaban las peceras y las pantallas digitales. Los recibió un chico alto también de bata blanca. El operario entusiasta le presentó a los agentes.

—Buenas tardes. Me llamo Marcial —dijo el técnico de bata blanca —. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Hola. Solo estamos curioseando un poco. ¿Qué es todo esto? — preguntó Hugo señalando los instrumentos.

—Se trata de la tecnología de última generación que hemos implantado en Tunafish. Es un sistema único en el mundo creado por nosotros mediante el cual colocamos a los atunes un localizador para seguir su rastro por satélite y conocer su comportamiento. Hacemos un seguimiento individualizado de cada ejemplar y medimos de manera remota su longitud y anchura para estimar su peso casi exacto.

El técnico, pese a su timidez, describía todo el proceso con fervor. En ocasiones tartamudeaba.

—Esto ¿para qué sirve? —preguntó Candela.

Hugo se acercó a la inspectora, que señalaba algo. Era un aparato indescriptible de funcionamiento seguramente también indescriptible. Reparó entonces en que el tal Marcial era bastante atractivo y parecía gustarle a Candela. Pese a los pocos días en su compañía, Hugo empezaba a reconocer la inconfundible sonrisa fatal

de la inspectora. Escuchó las explicaciones del técnico con suma atención hasta que se le acabó el repertorio. Tras ello, Marcial se dirigió a una señora de mediana edad de rostro afable y bata blanca.

—Por favor —dijo con un ligero tartamudeo—, ¿puedes atender a los señores agentes?

—Por supuesto —contestó la mujer con amabilidad—. Acompáñenme.

—Muchas gracias —agregó Marcial—. Aquí termina mi zona de trabajo. Ella los ayudará en adelante.

Se despidieron del técnico, tras lo cual recorrieron unos pasillos largos y limpios donde sin embargo no se podía disimular el olor a pescado. El suelo brillaba como un espejo.

—Les enseñaré la sala de despiece —dijo la señora.

—¿Es usted nueva? —preguntó Candela.

—Qué va, hija. Llevo aquí desde mi adolescencia. Soy de las más veteranas, conozco todos los trabajos de esta fábrica y he pasado por todos los puestos. Lo mismo limpio pescado que piloto el barco. Hasta debajo del agua me he metido a bucear. Pero entre nosotros: aquí solo ascienden a los enchufados.

En la solapa de la bata lucía una credencial con el nombre de Carmen Ronda. La señora continuaba con sus explicaciones mientras competía con Candela en un incesante martilleo de tacones de aguja. Los de Carmen eran igual de altos, aunque no rojos, sino de un gris brillante. Las dos, se dijo Hugo riendo, rendían pleitesía a su majestad el atún rojo, una a la carne y otra a la piel.

—Cualquier cosa que quieran saber no duden en preguntar.

A Hugo le cayó bien la tal Carmen.

—¿Cómo funciona la almadraba? —preguntó.

—La almadraba no es más que un laberinto de redes —explicó Carmen, muy flamenca—. Los atunes que vienen del norte buscando el Mediterráneo quedan atrapados en este laberinto, pero solo los grandes. Los pequeños escapan. Cuando hay muchos juntos se realiza una levantá, que no es más que sacar estas redes y con ellas los atunes, que son subidos a los barcos todavía vivos.

—¿También ha trabajado usted en la almadraba? —preguntó Candela.

—Ya le he comentado que he hecho de todo.

El paseo terminó en una sala mucho más grande que las anteriores, con atunes rigurosamente colocados en batería como soldados caídos en el frente. Un nuevo operario de blanco hizo acto de presencia con un cuchillo de enormes dimensiones en la mano derecha y un gancho en la izquierda. Hugo aguzó el oído.

—Vamos a dar paso al ronqueo —susurró Carmen.

—¿El qué? —inquirió el inspector.

Dos trabajadores arrastraron uno de los atunes al centro de la sala. Era una bestia enorme; tan larga y ancha como dos hombres abrazados. Yacía inerte en el suelo, con los ojos orientados hacia Hugo, redondos y profundos. La boca abierta, agónica, propia de la asfixia. El inspector recordó aquella ocasión en la que tuvo que retirar y esposar las manos que apretaban un cuello amoratado: el de un traficante, Juan el Polaco, que se negó a suministrar a un yonqui la dosis que le reclamaba. El drogadicto era flaco y de profundas ojeras, pero la abstinencia había armado sus dedos de una fuerza descomunal que le hizo oprimir aquella garganta hasta la muerte. Los ojos del Polaco ya cadáver eran igual de redondos y profundos que los de aquel pobre atún.

—Apártense un poco —dijo el cortador—, que esto salpica.

Mientras advertía a los presentes, el gancho en la mano izquierda del trabajador se clavó en la piel del animal, a la vez que el cuchillo de la derecha asestaba unos tajos certeros. Primero separó la cola, luego la cabeza y terminó sacando las tripas.

Lo que sucedió a continuación sobrecogió a Hugo.

El pescadero introdujo su enorme cuchillo en el lomo del animal, cortándolo de cuajo desde la cola hasta donde minutos antes se hallaba la cabeza. Fue un tajo perfecto que recorrió el espinazo produciendo un ruido extraño. Un abrir de cremallera. Un siseo cruel. Un leve ronquido de muerte.

Candela y Hugo se miraron. Existía una similitud más que evidente con el modo en el que habían asesinado a Aurora y a Lucía. El atún fue despedazado en piezas enormes, cuadradas y perfectas. Allí quedaron expuestas a la vista de los inspectores. Hugo le hizo a Candela una señal para abandonar la sala. Ella negó con la cabeza y

apuntó su mirada al otro extremo de la habitación, detrás de él. Los esperaba un caballero muy grueso, alto y vestido con traje. Su cara era redonda como un plato y la coronaba una minúscula mata de pelo engominado. Vigilaba con atención a los dos inspectores. El recién llegado se acercó a ellos.

—Buenas tardes, señores. Mi nombre es Lucio Parraverde, gerente. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Soy Candela Martín y él es el inspector Monforte. Necesitaríamos que nos dedicara unos minutos, por favor.

—Con mucho gusto —dijo aquel hombre exhibiendo una amplia sonrisa—. Acompáñenme.

Capítulo 14

El despacho de Lucio Parraverde era una jaula de cristal, un lujoso cubo de paredes transparentes. En su interior solo había una mesa de caro diseño minimalista con un ordenador portátil y una estantería repleta de premios de calidad industrial. El gerente los instó a tomar asiento. En las distancias cortas, aquel hombre perdía todo el esplendor que le proporcionaba el traje, aunque fuera caro y hecho a medida. Sus ojos enormes poseían un brillo insalubre. Le sudaba el poco cuello que tenía. Su frente relucía como el lomo de un atún. Se frotó el rostro con un pañuelo blanco con sus iniciales bordadas. Tomó asiento con un suspiro y apoyó los codos sobre la mesa.

—Dispongo de poco tiempo —dijo—. Tengo una visita en una hora.

—Seré breve —replicó Hugo.

El inspector mostró varias fotografías almacenadas en su móvil. Luego preguntó:

—¿Conoce a estas mujeres?

Pues claro que las conocía, se dijo Hugo. Pero era fundamental prestar atención al primer gesto del interrogado. Era aquí donde realmente se distinguía al policía profesional. Los siguientes segundos eran cruciales.

Lucio miró las fotografías y ajustó la distancia a su cara esquivando una supuesta presbicia. Alzó las cejas sorprendido y habló:

—Estas mujeres han trabajado en esta fábrica. ¿Les ha ocurrido algo?

—Han sido asesinadas —dijo Hugo.

El inspector había lanzado aquellas palabras como cuchillas, intentando conmover al gerente. Advirtió en Lucio Parraverde un frío estremecimiento. Le pareció sincero:

—Pero ¿qué me está usted diciendo? ¿Cómo ha sido?

—Me temo que no podemos darle detalles —prosiguió Candela—. Hay que respetar el secreto de sumario. Solo puedo decirle que han sido unas muertes muy violentas y que el asesino anda suelto.

—No lo he visto en la prensa —afirmó el gerente.

—No saldrá por ahora —dijo la inspectora.

—Me permitirán que lo comunique al personal, por su seguridad.

—Por supuesto —agregó Hugo—, pero a cambio de su colaboración.

—Por favor, díganme qué necesitan.

—¿Qué puede decirnos de estas mujeres? —El inspector se guardó el móvil.

—Ni siquiera recuerdo sus nombres. Hay mucha rotación de personal y la plantilla es grande. La rubia trabajaba con nosotros en la actualidad. A la morena hace uno o dos años que no le veo el pelo.

Candela arrugó el rostro ante el tono despectivo con que se refería Lucio a las dos mujeres. Habló mirándole con dureza:

—Se llamaban Aurora Fernández y Lucía Pascual.

—En efecto —dijo Lucio—. Ahora las recuerdo. Muy guapas.

La sonrisa del gerente crecía con los comentarios de Candela. Sus ojos redondos lanzaron varios leves vistazos a los senos de la inspectora sin demasiado reparo. A Lucio Parraverde parecían gustarle las mujeres jóvenes. Fueran pescaderas o policías.

—¿De qué trabajaban? —preguntó Hugo.

—De todo un poco. La recepción del pescado, el despiece, el envasado. Aquí vamos rotando para buscar lo mejor de cada empleado. Les transmito todos mis conocimientos, como hicieron conmigo desde niño.

—¿Tiene alguna otra información sobre ellas que nos sirva de ayuda?

La propuesta de Hugo no agradó al empresario, cuya sonrisa se borró.

—Poco más puedo hacer. Pero esperen. —Cogió el teléfono y pulsó una tecla—. Marisa, por favor, trae los expedientes de las empleadas Aurora Fernández y Lucía Pascual. —Entrecerró los ojos para recordar los apellidos.

—¿Era usted pescador? —preguntó Candela.

—No. Era ronqueador. Me dediqué al despiece de los atunes hasta que monté mi propio negocio. Este que ustedes ven.

Tenían enfrente a un luchador; un hombre hecho a sí mismo. Cada centímetro de grasa de aquel cebado cuerpo se lo había ganado con el sudor de su frente. Hugo intuía que aquello no les facilitaría la tarea.

—Con permiso. —La recepcionista hizo acto de presencia para entregar a los policías dos carpetas con la información laboral de las dos mujeres.

—Lamento decirles que no se las pueden llevar —dijo Parraverde.

Hugo quedó sorprendido con el comentario. Hizo entonces fotos con su teléfono móvil a todo lo que pudo: contratos, fichas de riesgos laborales, órdenes de trabajo y otros documentos sin importancia aparente.

—Necesitaremos una lista con los empleados —dijo Candela—. Especialmente de los maestros ronqueadores. También sus domicilios, si es posible.

El rostro de Lucio Parraverde se endureció:

—¿Insinúa que el asesino es un trabajador de esta fábrica? Permítame que lo ponga en duda. Yo mismo entrevisto a mis empleados y todos son buenos chicos. Por otra parte, no puedo darles esa información sin una orden judicial. Eso sería violar la intimidad de mis trabajadores. Me debo a ellos y tengo que protegerlos. Una cosa es darles información sobre un fallecido. Pero esto es muy diferente.

Candela enmudeció. Hugo mantuvo la calma; había olido el temporal.

—¿Nos obligará a volver con una orden? —susurró el inspector.

—Hagan lo que quieran. En cualquier caso, me atendré a la ley para ayudarlos. ¿Sabe dónde estarían todos estos hombres y mujeres si no les hubiera ofrecido trabajo? Habrían tenido que

emigrar o dedicarse a la droga. Por no hablar de las lamentables condiciones a las que se hubieran debido enfrentar al trabajar en el pescado como lo hacía yo de joven. Horarios inhumanos, medios insalubres, sueldos de miseria. Hoy estas instalaciones son unas de las más modernas del mundo. Esto es el futuro. ¿Creen ustedes que dos policías sin papeles me van a doblegar?

La respiración de Candela se agitaba a cada palabra de Lucio. El discurso de aquel hombre no era una improvisación de pocos minutos, pensó Hugo. Aquello estaba bien tramado. Quizá no a raíz de estos crímenes, pero sí de otras situaciones que le habían puesto contra las cuerdas. Hugo puso la mano sobre la rodilla de Candela bajo la mesa intentando calmarla y habló cordialmente:

—Lamentamos haberle molestado, señor Parraverde. Le dejo mi tarjeta por si recuerda alguna información que crea pueda servirnos de ayuda.

Los gruesos dedos de Lucio tomaron la tarjeta y la depositaron en un bolsillo de la chaqueta.

—Siento no poder atenderlos más —dijo—. Como les he dicho, estoy esperando una visita.

Lucio se levantó y les tendió la mano. Los policías respondieron al gesto manteniendo la compostura. Los acompañó a la puerta del despacho y se alejaron por un interminable pasillo que comunicaba con la recepción.

—Habrá que insistir un poco —apuntó Hugo—. Este tío es duro.

—Este tío es gilipollas. Si tanto le preocupa la confidencialidad, a qué viene mostrarnos los expedientes de las dos mujeres.

Las instalaciones estaban vacías. Ya casi era la hora del cierre y todo el personal se había marchado a su casa. Pero al fondo del pasillo Hugo divisó un pequeño grupo de personas que se aproximaba en dirección opuesta. Estaba encabezado por la recepcionista, a quien seguían unos señores de poca estatura y vestidos con traje y corbata. Se trataba de la visita que estaba esperando Lucio Parraverde. Los policías se apartaron para facilitarles el paso. Hugo pudo entonces reparar en los detalles. Eran orientales, apostaba que japoneses. Caminaban en fila y el último de ellos portaba con solemnidad un pequeño estuche del tamaño de

una caja de zapatos construido en madera, quizá caoba, lacada y con remaches dorados. Candela prosiguió su camino, pero Hugo se detuvo. No se lo pensó dos veces. Sacó su *smartphone,* se volvió y disparó al fondo del pasillo. Guardó el móvil y buscó a Candela, que lo esperaba en el exterior.

—¿Dónde estabas? —preguntó la inspectora.

Monforte echó un vistazo a la foto que acababa de tomar: los japoneses se inclinaban ante Lucio Parraverde y le hacían entrega de la caja de madera.

—Vamos al restaurante —dijo Hugo.

—¿Qué restaurante? No son horas. Yo me quiero ir de este sitio —protestó Candela presionándose las sienes—, estoy agotada.

—No pensarás dejarme sin atún.

Hugo había visto el establecimiento en el mismo edificio que la fábrica. De hecho, era una prolongación de esta. Convenció a Candela y pasaron al interior.

Era una sala grande orientada al sur y decorada con motivos marineros. Algunos carteles eran los mismos que habían visto en la propia fábrica. Formaba parte del negocio regentado por Lucio Parraverde. El camarero, con acento argentino, les ofreció mesa, pero Hugo prefirió quedarse en la barra y tomaron asiento en unos taburetes altos. Pidieron al chico que les describiera las tapas de atún que aparecían en la carta. Al final decidieron dejarse aconsejar.

—Ponme una copa de albariño, por favor —dijo Hugo.

Candela pidió una cerveza bien fría y preguntó al inspector:

—¿Qué piensas de todo esto, Monforte?

Era la primera vez que la mujer le pedía opinión desde que se conocieron. Observó cómo Candela se iba mostrando más cordial a medida que tomaban confianza.

—No cabe duda de que el estilo del asesino y la tradición del ronqueo guardan bastante relación. —Hugo dio un largo sorbo a la copa de albariño—. El cuchillo se utiliza de la misma manera.

Les pusieron dos generosas tapas. Consistían en sangacho a la plancha con el interior poco hecho. Descansaba sobre una cama de zanahorias y champiñones. La salsa era exquisita y ensalzaba la

jugosidad del atún casi crudo. Hugo no recordaba haber probado uno tan delicioso en toda su vida.

—¿Pretendes volver otro día a la fábrica? —preguntó Candela.

—Por supuesto —masticó Hugo—. Creo que aquí están las respuestas.

Ella le acercó su tapa. No parecía tener la menor intención de probar el atún.

—Este hombre no nos dejará trabajar —dijo—. Hay que interrogar al personal de otra manera.

La inspectora paladeó su cerveza mientras observaba la pared tras la barra. Un enorme cartel invitaba con letras grandes a visitar una caseta de feria regentada por Tunafish. Dos mujeres ataviadas con vestidos de flamenca bailaban sin descanso en una pintura al óleo. Más abajo, el patrocinio del ayuntamiento y algunas entidades privadas.

—Monforte.

—Dime.

—¿Tú sabes bailar sevillanas?

Capítulo 15

Regresaron a la Janda el domingo. Hugo no lograba comprender cómo aquella mujer le había empujado a semejante despropósito. Él no era lo que se suele decir un hombre folclórico. Le gustaban la comida y el vino de su tierra natal, eso era innegable, pero la huida a la ciudad tuvo lugar en plena juventud efervescente. Durante años su vida giró en torno al *rock* madrileño. No dio tiempo a cuajar el sonido de las gaitas o el tintineo de la sidra escanciada. Así que aún más lejos le quedaban a Monforte los trajes de faralaes y las palmas sordas.

—Pero ¿qué miras, saborío? —exclamó Candela.

Hugo contemplaba atónito el laberinto de lunares rojos que recorría el escultural cuerpo de Candela Martín. Ella se mostraba espléndida, con los brazos en jarra y dando vueltas sobre sí misma, levantando la cola.

—¿Te gusta el traje? —dijo—. Me lo hizo una amiga hace años, pero este corte todavía está de moda.

Hugo evitaba mirar el escote del ceñido traje de flamenca. No entendía qué necesidad tenía Candela de vestir de aquella manera. Sin embargo, cuando bajaron del coche nadie reparó en su aspecto. Al parecer era algo habitual en aquellas fechas.

—Alégrate, hombre. —La inspectora era un torbellino intentando caldear el ambiente—. Disfruta de la noche.

El plan ideado por Candela tras la primera visita a la fábrica era el siguiente: aquella semana celebraba su feria la pequeña pedanía de El Colorado, a media hora de allí. Era habitual que algunas de las grandes empresas de la zona montaran su propia caseta con el objeto de promocionar sus productos y ofrecer al personal un punto

de encuentro donde rebajar las tensiones del trabajo. Un fin de semana de reciclaje a base de música y vino. Candela lo puso al corriente de estas costumbres. Tunafish no iba a ser menos: tenían su propia caseta y era una buena oportunidad para establecer contacto con los empleados sin levantar sospechas.

Hugo se sorprendió de lo pequeño que era el pueblo y la enorme extensión de terreno que ocupaba la feria en medio de los pinares. La brisa arrastraba una mezcla de resina, vino y piñonate mientras la noche se cernía sobre los miles de personas que allí se daban cita con ganas de beber y bailar.

—Vamos —dijo Candela.

El rugido de la música amortiguó su voz. La avenida principal era un río de luces. Al final les esperaba un enorme letrero de la factoría atunera sobre un toldo de franjas rojas y blancas. Candela entró decidida y se dirigió directa a la barra. Hugo aguardó de pie sin saber muy bien qué hacer. Se diluyó de manera involuntaria entre el centenar de personas que allí se entregaban a la lujuria del flamenco y el vino. Reconoció algunos rostros de la visita a la fábrica. No tardó en percatarse de que era blanco de las miradas.

—A ver qué te parece esto —dijo Candela a sus espaldas.

Apareció con una jarra y dos vasitos de plástico. Los llenó hasta el borde. Hugo la notó a ratos un tanto forzada. Ella había propuesto aquel absurdo plan y el fracaso no era una opción.

—Es rebujito —aclaró la inspectora—. Vino fino de Jerez y Sprite.

Monforte se mojó los labios.

—Me pediré una copa sin Sprite —dijo.

—Allá tú. Me lo beberé todo.

Desconocía la popularidad de aquel mejunje. Él era gran aficionado al vino de Jerez, pero prefería disfrutarlo como está mandado. Pidió una botella para él solo y la colocó en una mesa junto a la jarra de rebujito. La botella parecía vigilar a la jarra con desprecio. Hugo se tomó dos catavinos enteros. Candela bebía feliz a sorbos su rebujito. Ninguno de los dos perdía detalle de lo que sucedía en aquella caseta. En principio, nada fuera de lo normal.

Se dirigió hacia ellos una pareja de mujeres. Conocía a la menos joven. Se trataba de Carmen Ronda, la señora que los había guiado

a través de la fábrica.

—Qué sorpresa verlos por aquí —dijo.

Intercambiaron unos besos. Hugo se sorprendió de la complexión de Carmen: el traje de faralaes dejaba al aire una musculosa espalda y unos hombros tonificados. Realmente aquella mujer había trabajado duro desde joven.

—Les presento a mi compañera Teresa —agregó Carmen.

Hugo no recordaba haber visto en la fábrica a aquella chica. Era mucho más joven que Carmen. Llevaba el pelo recogido en un perfecto moño negro y vestía un traje de flamenca color turquesa como los mares de Cádiz. Los ojos le brillaban.

—Teresa ¿qué más? —preguntó Candela.

—Martínez —contestó la chica.

—Bonitos pendientes, Teresa Martínez —añadió la inspectora.

La mujer llevaba unos pendientes dorados con corales a juego con una gargantilla. Los acarició con la mano derecha y sonrió a los inspectores. Hugo callaba.

—Me encanta el oro —dijo Teresa. Se recogió ligeramente la falda para aliviar el calor—. Así que son ustedes policías —agregó.

—En efecto —contestó Candela.

—Ya nos hemos enterado de lo que les ha ocurrido a Aurora y Lucía. Es terrible.

—¿Las conocíais? —preguntó Hugo.

—No eran muy habladoras —prosiguió Teresa—. Hacían bien su trabajo y parecían buenas compañeras, pero jamás crucé una palabra con ellas. No tenían amigos.

Carmen asentía con cara de preocupación a cada frase de Teresa. La cogió del brazo y habló:

—Tenemos mucho miedo. Por favor, hagan lo posible por encontrar a ese asesino.

—Lo atraparemos —dijo Candela—. Podéis estar seguras.

La inspectora sacó una de sus tarjetas y garabateó algo en ella. Hugo comprobó atónito que se trataba del domicilio personal de Candela. La observó en silencio, esperando algún tipo de respuesta en lenguaje no verbal. Pero ella iba a su aire. No necesitaba la aprobación de nadie.

—Si veis algo sospechoso, me llamáis. Si os encontráis en peligro, buscadme directamente en comisaría o en mi casa.

Entregó la tarjeta a Carmen, que a su vez se la cedió a Teresa. Era esta última quien portaba una pequeña cartera en un bolsillo oculto bajo el traje de flamenca. A cambio, las dos trabajadoras facilitaron a Candela sus números de teléfono. La inspectora les ofreció sendos vasitos de rebujito. Teresa lo cogió y se lo bebió de un sorbo. Carmen lo rehusó con amabilidad. Le dio un beso a su compañera e hizo el ademán de despedirse:

—Me voy a marchar a casa. No me encuentro muy bien. Nos vemos otro día. Cuídate.

—Me quedo en buenas manos —bromeó Teresa mirando a Hugo, quien se turbó con el comentario.

Carmen abandonó el lugar.

—¿No te importa quedarte sola? —preguntó el inspector.

—Estoy con vosotros.

—Puedes irte con tus compañeros si quieres.

—Prefiero sola que mal acompañada. Esto para mí es una válvula de escape. Como le sucede a Carmen.

—¿Qué le pasa? —preguntó Candela.

—Viene conmigo porque al marido no le gusta la feria —explicó Teresa—. Sin embargo, a ella esta fiesta le encanta, la hace feliz. En realidad, Carmen está mejor que nunca. Se encuentra en tratamiento desde hace meses. Enviudó joven, y el año pasado falleció su hijo. No ha tenido una vida fácil. Ahora tiene nueva pareja. Aun así, todavía no se ha recuperado, aunque lo intenta disimular. Prefiero que se mantenga alejada del alcohol, porque está dopada de tranquilizantes.

—Pobre mujer —dijo la inspectora—. ¿Era su hijo muy pequeño?

—Un adolescente. Leucemia.

Hugo pegó un buen sorbo de su botella personal sin saber cómo salir de aquel atolladero. La conversación de las dos mujeres le incomodaba. No era muy bueno escuchando desgracias ajenas.

—A ver, hemos venido a pasarlo bien —dijo—, ¿no es así?

Teresa le hizo a la inspectora señas para animarla a bailar. Candela aceptó el ofrecimiento y se dispuso a marcarse unas sevillanas

frente a ella. Comenzaron a danzar al ritmo de la música, haciendo revolotear sus manos como palomas. A cada giro de aquellas mujeres, las faldas volaban mostrando sus bellos colores como peonzas pintadas.

Cuando acabó una tanda completa de bailes, Hugo se vio acorralado. Candela lo cogió de la mano, lo arrastró hasta el tablado de madera y lo abandonó frente a Teresa. La inspectora salió corriendo, atravesando la inmensidad de la caseta para lanzar dos besos a un joven. Hugo no lograba distinguir su cara entre los focos y las sombras. Al fin lo identificó: era Marcial, el técnico de la fábrica.

—Esto no es lo mío. Quiero salir un poco —se excusó Hugo—. Hay mucho ruido.

Le pareció que la chica se le insinuaba. Abandonaron la caseta y caminaron hasta el aparcamiento. Teresa sacó tabaco de la guantera de su coche.

—Qué raro eres —dijo ella—. Hablas poco.

Le ofreció un pitillo que Monforte rehusó.

—¿De qué trabajas en la fábrica?

—Apenas la piso —contestó Teresa—. Soy submarinista.

—¿En serio?

—Qué ocurre, ¿una chica de flamenca no puede bucear?

—Ahora veo que sí.

—Pues tengo la titulación profesional. Me encargo de instalar y revisar la almadraba.

—Me disculpo por mi ignorancia —dijo Hugo.

—Se acepta.

Teresa levantó el trasero de su propio capó y sacó una fotografía en papel del coche. Era una imagen subacuática. Un enorme pez.

—¿Eso es un atún?

—No —rio Teresa—. Es un mero. La foto es mía. Me gusta la fotografía.

—¿Fotos en papel? ¿No eres un poco antigua?

—Todas mis cámaras son analógicas. Me encanta el revelado químico.

—Pero ¿para debajo del agua también?

—Soy la única que lo hace.

Ella se sentía tan genuina como él coleccionando inútiles discos de vinilo. Se habían juntado dos buenas piezas, pensó Hugo.

—Pues sí que es grande el pez —dijo—. ¿Qué hay detrás?

—Es una cueva. Este mero siempre se esconde allí.

—¿Es un lugar famoso? ¿Tiene algún nombre?

—Solo yo conozco el sitio. No hay nombre.

—Pues habrá que ponérselo. —Hugo se echó a la garganta otra copa de fino—. Yo qué sé. La cueva del mero, por ejemplo. No tengo ni idea. No he buceado en mi vida. ¿Me recomiendas este lugar para empezar?

—Esto no es Egipto, pero tiene sitios bonitos.

—¿Qué pasa en Egipto?

—El mejor lugar para bucear del mundo —contestó Teresa entornando los ojos—. Allí me iré a vivir cuando me jubile.

Lo único que Hugo conocía de Egipto eran las pirámides y el falafel en pan de pita.

—Ayer al marcharnos de la fábrica entraron unos orientales —comentó Hugo cambiando de tema.

—Pues claro —replicó Teresa—. Clientes japoneses.

—¿Japoneses?

—Japón es uno de los principales importadores de atún del mundo.

—No lo sabía.

—Se lo comen crudo. Lo llaman *sashimi.*

—Entregaron a Lucio Parraverde una caja —comentó Hugo—. ¿Sabes algo?

—Ah. Pues ni idea.

Monforte prestó atención tras la cabeza de Teresa. Corrieron dos sombras en la lejanía. Una de ellas le resultó demasiado familiar. Se ocultaron en la oscuridad de los pinares, aunque el reflejo de los farolillos le ayudó a identificarlos.

—Discúlpame un momento —se excusó Hugo.

El inspector corrió hacia las sombras. Se trataba de Candela y Marcial. Se introdujo pinar adentro y solo distinguió maleza bajo el leve resplandor de la feria. Ni rastro de ellos.

Se preguntó entonces qué hacía allí. Él creía proteger a la inspectora. Pero ¿y si en realidad eran tan solo unos cochinos celos?

Sintió ganas de orinar. Se acercó a un árbol e intentó abrirse la bragueta.

El cielo cayó sobre su cabeza. Un dolor insoportable le sacudió el cráneo como una campana. Quiso agarrarse al pino, pero sus brazos desfallecieron y perdió el conocimiento.

Capítulo 16

Llovía a mares. La tierra mojada le calaba la nuca. El ruido de las atracciones retumbaba en su cabeza. Hugo oyó una voz desconocida:

—Levanta, cabrón.

No era lluvia, sino agua de un botellín. Se la arrojaba sobre la cara un joven guaperas con chaqueta *bomber,* gorra y deportivas. Hugo no entendía lo que estaba ocurriendo.

—Dale otra vez, Choco. —Sonó muy cerca una voz diferente.

Entonces lo vio claro. Era víctima de una agresión callejera. El segundo individuo, este menos agraciado, ayudaba al primero. Le habían atizado en la cabeza con algún objeto contundente. Quizá una botella. Se palpó el cráneo. Notó un terrible chichón, pero no sangraba.

—Déjalo que se levante —contestó el agresor.

Hugo se agarró al árbol y consiguió ponerse de pie. La cabeza le daba vueltas. Las dos botellas, la de fino en su estómago y la que le había golpeado, habían resultado letales. No podía defenderse.

—¿Qué es lo que queréis? No llevo nada —gritó a los desconocidos.

Su pistola y su placa estaban muy lejos. A kilómetros. Horas antes pensaba que no las iba a necesitar. Se suponía que sería una noche de ocio a base de vino y música. Nada de entrar en acción.

El feo le agarró por la espalda y el guapo le estampó el puño en el hígado. El dolor retorció a Monforte como una serpiente.

—Queremos firmarte esa carita.

La amenaza procedía del tal Choco, quien sacó una navaja del bolsillo y la blandió como un mosquetero. Agarró a Monforte por el

cuello y lo aprisionó contra el pino.

Hugo respiró hondo y agarró con la mano izquierda el brazo amenazador mientras con la derecha apretaba los testículos del Choco. Hugo sintió triturar entre sus dedos un par de ciruelas maduras. El Choco aulló descuidando su centro de gravedad. Hugo le asestó un derechazo en el ojo para a continuación embestir el brazo armado de su enemigo contra el compañero, provocándole una raja en el costado. El otro también comenzó a gritar, pero se mantuvo en guardia. Mientras el Choco se estremecía en la hierba con las manos en la entrepierna, Hugo se enfrentaba al compinche. El joven mostraba los puños exhibiendo algún tipo de habilidad en boxeo. Intentó lanzar un derechazo al rostro de Hugo, quien lo esquivó sin demasiado esfuerzo. Monforte agarró brazo, hombro y cuello, placando la cabeza de su adversario contra el famoso pino. Observó en el suelo el brillo de la botella de vino que le había provocado el chichón. Monforte la cogió y asestó luego con todas sus fuerzas un golpe seco en la cabeza del feo, quien cayó al suelo inconsciente. Esta vez sí hubo sangre.

—Tira la botella, hijoputa —gritó el Choco, aferrando el cuello de Monforte desde atrás.

El inspector sintió el frío metal de la navaja sobre su yugular. Escuchó a una tercera persona en la oscuridad:

—Suéltalo, Choco.

Hugo conocía aquella voz.

—He dicho que lo sueltes —insistió el recién llegado.

El matón soltó al inspector, quien se acarició el cuello buscando sangre. Estaba a salvo. La navaja no le había causado ningún daño. Localizó a su salvador, una sombra gruesa en la penumbra.

Era Lucio Parraverde.

—¿Es esa la manera de tratar a un invitado? —dijo el empresario al Choco—. Este hombre es policía. Puedes ir a la cárcel por lo que has hecho.

—Lo lamento, señor —contestó el joven, azorado—. No sabía nada.

—Pídele disculpas.

—Lo siento —gimió el Choco mirando a Hugo—. Lo siento de veras.

El macarra recogió sus cosas y levantó a su amigo. Desaparecieron entre los pinos dando tumbos.

—Le debo dar las gracias —dijo Hugo—. Casi no salgo vivo.

—No se lo tenga en cuenta al Choco. Es buen chico.

Hugo no daba crédito a aquellas palabras. Un minuto antes tenía una navaja a punto de rebanarle una arteria.

—De verdad —insistió Parraverde—. Es solo un ataque de celos. Su exnovia es Teresa, la chica con quien usted tonteaba.

Monforte no quería tontear. Solo buscaba un poco de información. Él no tenía culpa de que Teresa le estuviera cortejando, si es que era así.

—Pues muchas gracias de nuevo.

—¿Le pido un taxi?

—Muy amable —rehusó Hugo—, pero he traído mi coche.

—Lo pediré. Creo que no se encuentra en condiciones.

—Descuide. Estoy bien.

Hugo no estaba bien. Unos dolores insoportables le incapacitaban. Pero no quería seguirle el juego a aquel hombre. Era preferible mantener distancias. En ese momento solo deseaba arrojarse sobre una cama y dormir cien años.

—Entonces, buenas noches —dijo Parraverde—. Tenga cuidado.

—Lo tendré, gracias.

Hugo no preguntó a Lucio qué hacía en aquel bosque ni por qué su palabra amansaba a las fieras. Se alejó del pinar lo antes posible. Corrió a lo largo del recinto ferial en busca de su vehículo. Casi se desmayó en el intento.

Capítulo 17

Cuando apareció la inspectora, Hugo descansaba en el asiento de su coche. Intentaba bajar la inflamación de la cabeza con el hielo de una jarra de rebujito.

—Cielos, Monforte. ¿Qué te ha pasado?

Candela le desabotonó con cuidado la camisa. Estaba empapada en sudor y sangre de su agresor.

—Trae el botiquín del maletero, por favor —dijo Hugo con voz de ultratumba.

La inspectora le curó las heridas una a una como si fuera una madre. Eran solo desollones, pero el bulto en su cabeza era preocupante.

—Tienes una buena conmoción. Necesitas un médico.

—Necesito una ducha.

—Vamos a urgencias.

—Déjame en mi casa.

El recinto ferial había quedado desierto. Tan solo algunas parejas intercambiaban besos en los bancos del paseo principal. Los farolillos se apagaron. Se subieron al vehículo y regresaron a Cádiz.

La carretera era un reguero de luces en la oscuridad de la noche. Hugo viajó tendido en el asiento trasero. Le dolía cada músculo del cuerpo. Observaba cómo el moño flamenco de la mujer asomaba sobre el respaldo del conductor.

—Apareció, Candela —susurró.

—¿Quién?

—Parraverde. Dos tipos me dieron una paliza en el pinar, pero el dueño de la fábrica apareció de la nada. Eran unos salvajes, pero aquel hombre los detuvo con tan solo mirarlos.

—¿Los conocías?

—En absoluto. Uno era exnovio de Teresa, me dijo Parraverde.

—¿Qué hacía ese hombre en el pinar?

—Eso me pregunto yo. —Hugo pensó que quizá el mismo empresario había mandado a los matones para montar una puesta en escena.

—¿Y qué hacías tú allí?

Le quiso contestar que temía por su seguridad, pero en realidad le molestaba que se hubiera adentrado en el pinar oscuro con un desconocido. No entraba todavía en la categoría de celos, pero faltaba poco.

—Mear.

Candela no quiso dejarlo solo. Detuvo el vehículo en el portal y le acompañó escaleras arriba hasta meterlo sano y salvo en su cama. Él se tomó dos ibuprofenos con agua y pudo conciliar el sueño. La inspectora le acompañó junto al cabecero varias horas. Despertó al amanecer y de ella solo quedaba la fragancia de su perfume.

Capítulo 18

El pasillo de la comisaría olía a café con leche.

—Creía que te tomarías el día libre. —La inspectora revisaba la pantalla de su ordenador portátil mientras desayunaba una palmera de chocolate—. Le dije al comisario que hoy no vendrías a trabajar.

Hugo se había despertado con fuertes y variados dolores. El peor de todos en la cabeza. También una lumbalgia tremenda fruto del forcejeo con los dos matones. Tomó asiento en su escritorio y abrió un cajón. Rebuscó entre lápices y grapas. Se echó a la boca un comprimido, se bebió un vaso de agua mineral y se reclinó en la silla. En aquellas condiciones era inhumano trabajar, pero no podía permanecer tirado en la cama mientras el asesino andaba suelto.

El comisario salió de su despacho con un vaso de café en la mano. Caminó con aire pausado a través del pasillo hasta detenerse frente a la mesa del inspector:

—Monforte, ya me han contado que te han dado para el pelo. ¿Qué haces aquí?

—Hay mucho trabajo, señor.

—No quiero problemas. Si te emborrachas y acabas provocando una reyerta, al día siguiente te quedas en tu casa.

—No pasó nada, comisario. Tan solo un poco de mala suerte.

Antonio Redondo ignoró las palabras de Hugo y le entregó un papel brillante y colorido doblado en cuatro partes:

—Candela ha conseguido esto.

Monforte lo desplegó y se encontró con un díptico publicitario con las fotos de unas modernas instalaciones con pádel y piscina:

—¿Una residencia de ancianos?

—Es donde viven los padres de Lucía —aclaró la inspectora.

—Quiero que vayáis, Monforte —ordenó el comisario—. Es hora de mover el culo. Los días pasan y no veo resultados.

—Iremos en mi coche —prosiguió Candela—. Hacia el sur, como si volviéramos a la Janda.

—No. Hoy le toca conducir a Monforte —agregó Redondo—. Me da igual esa resaca. Candela, me tendrás al tanto por teléfono de los avances. Te necesito con las manos libres. Tú llevas el caso.

Hugo torció el gesto.

—Si hay disputa prevalecerá su palabra, ¿de acuerdo? —El comisario señaló a Monforte con el dedo—. Ya sé que no te gusta, pero ella tiene más experiencia por estos lares. Si no te parece bien, ya sabes dónde está la puerta.

Volaron hacia el sur en el vehículo de Hugo. Recorrieron la costa a través de carreteras secundarias que separaban las olas de campiñas a medio sembrar, salpicadas de juncos y cabañas desordenadas. Bordearon un campo de golf que se perdía en el horizonte. El territorio entre Chiclana y Conil se encontraba despedazado en miles de fincas que gozaban de pinos, aguas cristalinas y un extraño lujo mal correspondido con el nivel de vida de aquella zona.

—Me pareció entender que el paro tenía condenada a esta provincia —comentó Hugo.

—No te dejes arrastrar por las apariencias —dijo Candela—. La mayoría son viviendas de fin de semana. Hay muchos madrileños, sevillanos y centroeuropeos enamorados de esta tierra.

Llegaron al destino antes del mediodía. Sobre un edificio moderno de una sola planta un letrero rezaba «Residencia Costa de la Luz». Era un palacete elegante, con unos jardines mimados con esmero. En el aparcamiento se alineaban perfectos más de un centenar de vehículos de alta gama. Hugo observó las cámaras de seguridad.

—¿Alguien de la familia de Lucía se ha interesado por su muerte? —dijo.

—No tenía familia, salvo sus padres. ¿Por qué lo preguntas?

Monforte no contestó. Caminó hacia el interior del edificio, cuidando cada paso. Candela le siguió.

En la recepción, un señor vestido de elegante uniforme trabajaba concentrado frente a un ordenador.

—Buenos días —dijo con amabilidad Candela—. Venimos a visitar al matrimonio Pascual Brenes.

El hombre los saludó cordial, pero se le agrió el rostro al escuchar aquellos apellidos:

—Lamento decirles que el señor Pascual falleció hace varias semanas. ¿Son familia?

Se produjo un silencio incómodo. Hugo contestó:

—No lo somos.

—Lo siento —dijo el recepcionista—. En ese caso no les puedo autorizar la entrada.

Candela mostró su placa de policía:

—Solo queremos hacerle unas preguntas a la señora Brenes.

El caballero elegante se alarmó ante la identificación de la inspectora. Durante unos segundos pareció no saber cómo reaccionar.

—No estoy seguro de que puedan entrar sin autorización. ¿Traen algún tipo de orden?

—¿Cuál es su nombre, amigo? —preguntó Hugo.

—Emilio.

—Emilio, ella es la inspectora Martín y yo soy el inspector Monforte. Venimos a decirle a la señora Brenes que su hija ha fallecido.

El recepcionista se quedó desolado. Era evidente que en la residencia nadie tenía noticias de aquella muerte, dado que no había parientes, tal como comentara Candela. La mala nueva surtió efecto y Hugo se sintió dichoso. Emilio les habló con voz temblorosa:

—Pasen, por favor. Yo les guío.

—¿A qué hora terminan las visitas? —preguntó Candela.

—No se preocupen. No creo que les lleve mucho tiempo.

Recorrieron un jardín infinito. Las madreselvas se extendían hasta donde se perdía la vista. Aquello era como pasear por Versalles.

Encontraron a la señora Brenes observando el horizonte. Parecía buscar la nada entre árboles, flores y nubes. Vestía una camisa de tulipanes y tenía el pelo muy blanco.

—Hola. Buenos días —dijo Candela—. ¿Cómo se encuentra usted?

La mirada de la señora Brenes atravesó a la inspectora. La anciana alzó la mano y le acarició la cara. Sonrió creyendo que Candela era otra persona. Quizá la propia Lucía.

—¿La tratan bien aquí?

La pregunta de Hugo se disipó en el aire como una bocanada de humo. La anciana no entendía nada. Las palabras no hacían ningún efecto en ella.

—Esta mujer sufre una demencia muy profunda —agregó Candela.

El gesto de la anciana cambió. Observó el cuello de la inspectora. Palpó la medalla que colgaba en su escote. Habló en un susurro:

—Llévame a la playa, Lucía.

Los policías se miraron.

—¿Cómo se encuentra usted, señora? —dijo Candela.

—La Virgen del Carmen de tu medalla le ha recordado al mar —comentó Hugo.

La inspectora le preguntó con el mayor de los cariños. Sonrió como una hija, aceptando la fantasía de la anciana:

—¿Cómo vamos a ir a la playa?

—Pues en tu coche, Lucía, como siempre —susurró la mujer. Luego volvió a observar la nada en el horizonte, alejándose de la realidad aún más.

Candela cogió las manos de la señora y las acarició con ternura. Aquella mujer no sabía que habían asesinado a su hija, y con seguridad se lo ocultarían para siempre. Quizá fuera mejor así. Hugo y Candela la acompañaron durante largo rato en completo silencio. Empujaron su silla de ruedas entre los impecables jardines de aquel paraíso encerrado. El sol tocó su cenit y una muchacha de pijama blanco les dio el aviso para el almuerzo. Hugo y Candela le dieron a la anciana un beso de despedida. Quizá, se dijo el inspector, el último que recibiera en su vida.

Se dispusieron a buscar la salida.

—Si no tenía carné, ¿cómo la llevaba? —comentó Hugo.

—¿Qué dices?

—Mencionaste en Tarifa que Lucía no tenía carné. ¿Cómo llevaba a su madre a la playa?

En la salida, Emilio detuvo a Hugo:

—Disculpe la molestia, inspector. ¿Sabe cómo ha ocurrido la muerte de Lucía? Estamos consternados.

—Ha sido asesinada.

El recepcionista se quedó sin palabras.

—¿Sería tan amable de decirme qué día vino la hija de la señora Brenes a visitarla por última vez? —prosiguió Hugo.

—Ahora mismo.

Emilio tecleó con desenvoltura en su ordenador y de inmediato les ofreció la información solicitada:

—El pasado jueves. De cinco a seis de la tarde.

Hugo se dirigió en silencio a Candela, quien le devolvió una mirada de sorpresa. La inspectora hizo el ademán de contestar, pero se contuvo. Era el día en que habían asesinado a Lucía.

—¿Vino acompañada? —preguntó Candela.

—Aquí no consta que entrara con nadie —contestó Emilio—. Recogió a la señora Brenes y la llevó a la playa a dar un paseo. Volvieron pronto, en una hora. Está todo anotado.

—¿Tienen guardadas las grabaciones de las imágenes del aparcamiento?

—Vengan conmigo, por favor.

Emilio los condujo a una habitación anexa a la recepción. Era un cuarto pequeño y oscuro, con una taquilla para el personal de vigilancia. Había varios monitores conectados a las cámaras. El recepcionista manejó un ordenador portátil donde localizó la grabación del día solicitado por Hugo:

—Solo guardamos las imágenes una semana.

Aquel jueves primaveral comenzó a desfilar ante sus ojos. Las cámaras habían captado el aparcamiento, y tras él un trigal verde que acariciaba un cielo azul intenso.

—Avance hasta las cinco de la tarde —pidió Monforte.

La imagen se aceleró como una película de Chaplin. Entraban y salían coches del aparcamiento. Cuando el pequeño reloj digital en una esquina de la imagen marcó las diecisiete horas, Emilio detuvo la veloz carrera a través del tiempo.

—Es ella —dijo.

Hugo y Candela acercaron sus caras a la pantalla. La imagen se había detenido en el momento en que una joven descendía de un coche marrón no muy cuidado, sucio y con algunas piezas de chapa repuestas sin pintar. El inspector no logró reconocerla. Emilio amplió la imagen congelada. Los rasgos de Lucía se apreciaron mejor.

—Deje que continúe —dijo Hugo al recepcionista.

Lucía se había bajado del vehículo por la puerta del copiloto. Monforte esperó ansioso a que el conductor también descendiera, pero tal hecho nunca se produjo. Pasaron los minutos y volvió a verse la imagen de Lucía, en esta ocasión regresando al vehículo, empujando la silla de ruedas de su madre y ayudándola a entrar en el asiento trasero.

—¿De qué marca es ese coche?

Hugo se extrañó ante la pregunta de su compañera. Era algo importante, pero en aquel momento, prescindible. El inspector intentó también reconocer la silueta del vehículo, aunque le pareció extrañamente antigua.

—No puede ser —dijo.

—¿El qué? —Candela se acercó aún más a la pantalla.

—Es un Talbot —afirmó Hugo con asombro—. Un puñetero Talbot Horizon.

Aquel vehículo era una reliquia que debía de rodar a duras penas. No parecía un modelo de colección. No se trataba de un coche retro que soliera desfilar en ferias con los faros y el capó relucientes. Era el vehículo de alguien que tenía poco dinero o pocas ganas de vivir.

—Hace años que no veo uno por la calle —dijo Emilio, quien se podía permitir el comentario dado que parecía pasar el medio siglo de edad.

—No se distingue al conductor —afirmó Candela—. Está bastante lejos y el reflejo del parabrisas no permite ver la imagen.

—Vamos a sacar una copia y la enviamos a la científica —agregó Hugo—. Disponen de herramientas informáticas que hacen milagros.

—También sacaremos foto de la matrícula. —La inspectora señaló con el dedo—. No se distingue bien.

Observaron cómo el coche desaparecía del aparcamiento y regresaba en una hora. Aceleraron de nuevo la reproducción del

vídeo. Lucía sacaba a su madre y la acompañaba hasta la entrada de la residencia. El conductor movió el vehículo fuera del ángulo de la cámara.

—Qué hijoputa —profirió Candela—. Sabe que lo están grabando.

—¿Creen que es el asesino? —preguntó Emilio.

—Es posible —afirmó Hugo—. Pero sería difícil de demostrar. De otra manera, no le habría importado enseñar la cara para ayudar y consolar a la madre de una amiga. Además, tuvo que ser alguien cercano. Nadie muestra a su madre enferma a un simple conocido.

Salieron de la residencia y volvieron a montarse en el coche. Hugo se sentó en el asiento del conductor, pero permaneció unos instantes pensativo, sin girar la llave.

—Arranca —dijo Candela.

Hugo observó a su alrededor, en silencio, para luego hablar en susurros:

—Lo que en verdad me desconcierta es que esa mujer se encuentre ingresada aquí.

—Creo que estás pensando lo mismo que yo.

—No es una residencia convencional. Es un lugar acorde al nivel de estas urbanizaciones. Un negocio para ricos. Tanto Lucía como sus padres eran gente trabajadora. No se podrían haber costeado este lugar ni ahorrando cien años.

—¿Cómo han podido pagarlo entonces?

—Habrá que solicitar una orden al juez para intervenir sus cuentas.

—Monforte, me tienes hasta las narices. —Candela se enardeció—. Estamos en un callejón sin salida y no voy a permitir que la burocracia nos arruine siempre el trabajo. Hay que investigar más a fondo a las víctimas antes de seguir con la pista del asesino. Registraremos la casa de Aurora.

—La orden judicial todavía no ha llegado —replicó Hugo.

—Si tú no vienes, me encargaré yo sola.

El inspector reposó la cabeza en el asiento y cerró los ojos resignado.

—La casa no está lejos de aquí —agregó Candela—. Es el momento.

Él abrió la puerta del vehículo y salió, plantándose frente a la ventanilla de la inspectora:

—Conduce tú.

Capítulo 19

No era la primera vez que se veía obligado a asaltar una vivienda por encima de la ley. La Cañada Real, por ejemplo, la recordaba Hugo como un hervidero de injusticias donde la norma era incumplir la norma. Para sobrevivir en aquella selva no podías medirte con los parámetros de la gente corriente. Lo habitual era que un niño nacido y criado en el mayor supermercado de heroína del país respondiera a la violencia con más violencia. Era el único lenguaje que había conocido. Los clanes de la droga mantenían un caos contenido a fuerza de leyes no escritas que bien poco consideraban la dignidad humana. Sobrevivir era un modo de vida. Hugo comprobó desde muy pronto que debía a veces pasar de lado entre las tablas de la ley. Sus compañeros lo tenían claro. Si había que salvar a un niño, se salvaba. Si debían hacer sangrar a un camello, pues lo hacían.

—Este sitio es precioso —dijo Candela.

El rumor del mar y el graznido de las gaviotas eran la única compañía elegida por Aurora en aquel rincón apartado. Una casa a medio camino entre chalé y cabaña, construida quizá por algún alemán jubilado. Los matojos y los juncos crecían sin orden por toda la finca. Una veleta con forma de sirena había olvidado hacía siglos la dirección correcta del viento.

—Por detrás —observó Monforte.

Mientras Candela vigilaba, Hugo manipulaba una de las ventanas. No había rejas ni persianas, al estilo centroeuropeo.

Saltó al interior. Olía a huerta descuidada. Las cortinas estaban echadas, la ropa recogida y las minúsculas carpas de la pecera vivas y coleando gracias al dispensador automático de comida. La luz no estaba cortada.

—No toques nada —susurró Hugo—. Toma esto.

Candela había saltado a sus espaldas ventana adentro. El inspector le ofreció una linterna. Las cortinas eran lo suficientemente opacas como para conservar la penumbra. Hugo iluminó el suelo.

—Por allí —indicó Candela.

Un haz de luz bañaba el salón en una imagen onírica. El sol se reflejaba en una huerta donde el sistema de riego automático había encharcado los pimientos. Dos macetas más al norte se alzaban varias plantas de marihuana. Sus hojas eran verdes y brillantes, pero nada susceptible de denuncia. Hugo abrió la nevera. Todavía guardaba una tarrina de mantequilla sin abrir, dos yogures y leche de soja para varios meses.

—Qué demonios —exclamó la inspectora.

El salón estaba decorado con una enorme fotografía de John Lennon y Yoko Ono mostrando un cartel blanco con el mensaje *War is over!*

—A la chica le gustaban los Beatles —agregó Candela—. ¿No era demasiado joven para eso?

—Tampoco son de mi época y tengo algunos discos.

—Pero tú eres un carca, Monforte.

—Puede que pretendiera vivir como una libertina con aspiraciones *hippies.*

Candela iluminó un rótulo en la parte inferior de la fotografía donde figuraba el año 1969.

—¿Es el año en que acabó la guerra de Vietnam? —preguntó.

—En absoluto —susurró Hugo acercándose al rótulo y haciendo una foto con su móvil—. Terminó en 1975. La imagen es de una campaña contra la guerra que hizo Lennon ese año. Pero estoy seguro de que si le pudiéramos preguntar a Aurora diría lo mismo que tú.

Bajo la fotografía había un pequeño escritorio. Monforte abrió los cajones. El primero solo contenía una cajetilla de tabaco abierta. Al abrir el segundo se encontró una pila de documentos que escondían un diploma enmarcado con el cristal roto. Hugo alzó las cejas:

—Joder.

—¿Qué es?

Se trataba de un título universitario. Se lo pasó a Candela, quien no dio crédito:

—¿Oxford? ¿Me estás diciendo que Aurora estudió en el puto Oxford?

—A ninguno se nos ocurrió consultar su formación en los registros oficiales.

—Monforte, pero si los padres estaban pelaos. ¿El trabajo en la conservera da para poder costearse un Master of Science in Financial Economics?

—Yo qué sé. Tendría beca.

—No seas gilipollas. ¿Sabes cuánto vale allí un título de estos?

De repente un ruido. El golpe imprevisible de un mueble contra el suelo. Hugo sintió que se le erizaba el vello tras las orejas. El inspector hizo a Candela la señal de silencio con el dedo sobre los labios. La casa no estaba vacía.

—Al final del pasillo —susurró la inspectora.

No cabía vuelta atrás. Habían invadido aquel refugio con todas las consecuencias. Caminaron de puntillas. El corazón de Hugo trepidaba como una locomotora.

Tras una puerta se escuchaba un siseo de ropas y muebles. A cada lado, los dos policías se agazaparon tensos. Alzaron sus armas sobre la cabeza. Hugo le mostró a Candela el puño. Levantó un dedo, levantó el segundo y el tercero:

—Ahora.

Monforte asestó tal patada a la puerta que arrancó las bisagras, cayendo sobre una cama.

—¡Alto! —gritó Candela.

Frente al colchón se alzaba una cómoda clásica de tres cajones. El segundo se encontraba abierto y en su interior serpenteaba la mano de un joven de melena rubia, piel sonrosada y camiseta de tirantes. De un salto trepó a la ventana entreabierta y se deslizó sin miedo por la abertura, tan rápido como una salamandra.

—Tras él —gritó Candela—. Lleva las manos llenas.

El cajón estaba revuelto y el melenudo corría entre las retamas con lo que había podido robar. Saltaron por la ventana e intentaron

darle alcance. Era muy veloz. Su rastro se perdió en el camino a la playa.

—Volvamos —dijo Hugo.

—Una mierda —escupió Candela—. Yo hoy no me voy a mi casa de vacío.

Volaron en busca de la presa entre las zarzas y los poleos. No tardaron en darle alcance. El ladrón huía hacia el mar, no tenía escapatoria.

—Te tengo —exclamó la inspectora.

Se detuvo en seco. Apuntó con su arma al individuo y se concentró en disparar.

Hugo reparó tarde en las intenciones de Candela. Le dio un manotazo en las muñecas. Un trueno ensordeció sus oídos y la bala impactó en un árbol que la mujer tenía a su izquierda. Monforte la recriminó:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Candela se sentó en el suelo, exhausta. Hugo estaba desconcertado ante la actitud de la inspectora. Disparar a un delincuente que huye desarmado puede significar el fin de tu carrera. La mujer se tomaba este caso de una manera muy personal. Demasiado. Defendía la causa de Aurora y Lucía como si fueran sus hermanas.

El inspector le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Lo siento, Monforte.

—¿Quieres que sigamos tras él?

—Creo que lo hemos perdido del todo.

La brisa trajo consigo un rumor lejano. Una cadencia de golpes rítmicos. Cambiaba de volumen a cada giro del viento.

—¿Eso es música? —dijo Hugo.

Candela sonrió alzando el rostro al poniente:

—Tendremos que ir a comprobarlo.

Capítulo 20

Un sendero entre pinares los condujo hasta las dunas. No era de piedras, asfalto o grava. Se trataba de fina arena de playa que se deshacía bajo los pies de Hugo. De no haber perseguido al intruso jamás habrían localizado aquel atajo, que atravesaba un tupido seto. Sintió cómo el volumen del ritmo crecía. Era un ejército de tambores que rugían sin descanso. Hasta que al fin salieron a campo abierto.

La playa se extendía ante ellos en un singular espectáculo de naturaleza y música. La tarde ya caía. Una cálida brisa mantenía la temperatura perfecta para entregarse a la purificación de las olas. Cientos de personas golpeaban todo tipo de tambores. La mayoría eran bongos y timbales artesanos. Formaban un enorme círculo en cuyo centro comenzaban a arder varias hogueras que en pocas horas se convertirían en una pira descomunal. Todos los improvisados músicos presentaban aspecto *hippie,* o lo intentaban, algunos de ellos semidesnudos y la mayoría en evidente estado de embriaguez. Candela dio la espalda al espectáculo y abrió los brazos mirando a Hugo:

—Bienvenido a Los Caños de Meca.

El inspector no se dejó impresionar por el acontecimiento. Se encontraban allí con un objetivo claro.

—Pensaba que estas tamboradas las habían prohibido aquí hace años —agregó Candela—. Parecen *hippies.*

—Los *hippies* se murieron todos en los setenta. Estos son borrachos —dijo Hugo—. No te duermas. Tú busca por ese lado. Yo iré detrás de la hoguera, cerca de la orilla.

El inspector caminó entre la multitud narcotizada que bailaba, gritaba o tocaba como si no hubiera un mañana. Gentes de todos los

países, edades y sexos. Monforte destapaba mantas y escrutaba rostros en busca del ladrón, sin éxito. Dos chicas con enormes rastas lo agarraron de las manos para bailar. Una iba desnuda de cintura para arriba. Movía los hombros de lado a lado intentando que la trepidación del baile se transmitiera a los senos. Hugo las esquivó con vehemencia y preguntó por el ladrón a un grupo que hablaba español. Las mujeres, al ver que no les hacía caso, comenzaron a besarse.

Reparó en un reducido corro que conversaba tranquilo. Uno de los *hippies,* sentado como los demás, se tapaba el cuerpo y casi medio rostro con una enorme sábana de playa. Hugo se acercó con intención de descubrirle la cara, pero se interpuso un trío de rapados y tatuados del tamaño de una montaña.

—¿Qué quieres? Esto no es para ti —dijo uno de ellos—. Déjanos en paz.

Hugo mostró su placa. Los tres hombres se quedaron clavados en la arena. El resto de las personas que los acompañaban detuvieron sus cánticos. Era el momento de desenmascarar al sospechoso. Ante la actitud decidida del inspector, la figura tapada dio un salto y comenzó a correr. La sabana cayó a los pies de Hugo. La silueta que distinguió bajo la penumbra de la tarde era inconfundible: el mismo hombre con el que se habían topado dentro de la casa de Aurora.

Comenzó una nueva carrera a través de la arena, casi rozando las olas. La intención clara del sospechoso era adentrarse en los retamales y perderse para siempre. Parecía conocer al dedillo la zona. Era de piernas delgadas y largas. Sus jóvenes zancadas eran muy superiores a las de Hugo, cuyos pulmones no daban abasto. El inspector se ahogaba. El sudor resbalaba por su frente hasta empaparle los ojos. No puedo más, se dijo.

Una pierna ágil y moldeada apareció de improviso tras un seto. Se lanzó sobre la arena de un impulso hasta obstaculizar por completo la carrera del ladrón. Este cayó al suelo de bruces tragando polvo y piedra.

—No te muevas —gritó Candela.

Era la inspectora quien le había bloqueado el paso. Hugo saltó sobre él, inmovilizándolo. Ella le ajustó las esposas.

—Por favor, no me haga daño —dijo el sospechoso.

Tenía un acento musical inconfundible que Hugo identificó como italiano. Candela, al oír el lamento, apretó aún más las esposas. El inspector advirtió en ella un comportamiento excesivo.

—Tranquila —le susurró—. No es quien crees.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Pregúntaselo tú.

La inspectora, iracunda, se dirigió al detenido voceando en su oreja:

—¿Qué hacías en aquella casa?

—Pues lo que todo el mundo —gritó entre sollozos el ladrón—. Ocuparla. Sabemos que la dueña ha muerto. Era amiga nuestra.

—Y entonces, ¿qué es esto? —Candela introdujo la mano en sus pantalones. Le palpó el culo y los genitales. Sacó un monedero de mujer y unas llaves—. ¿Por qué corrías entonces?

—Joder, si me estabas disparando.

Hugo cogió del brazo a la inspectora y la retiró aparte. Le habló en voz baja sin perder de vista al detenido:

—Vamos a soltarlo.

—Ni se te ocurra.

—Nos hemos colado en la casa para localizar pruebas, pero no con intención de detener a nadie, aunque fuera un ladrón. Te recuerdo que no tenemos orden judicial. Creo que dice la verdad, no se va a meter a pecho descubierto en una casa tras asesinar a su dueña.

—Debemos llevarlo a comisaría —dijo Candela.

—Aguanté tu ridículo plan de infiltrarnos en la feria para ganarnos la confianza de las pescaderas. Ahora me dejarás que escuchemos lo que este hombre y sus amigos tienen que contarnos de Aurora.

La inspectora alternó la mirada entre su compañero y el sospechoso. Arrugó la frente y resopló como un búfalo:

—Monforte, me tienes harta de tus mierdas.

Se acercó al italiano y le quitó las esposas. Este se acarició las muñecas aliviado.

—Muchas gracias, guapa —dijo con suave acento.

—Como me toques, me hables o me mires, te mato.

El italiano enmudeció ante el carácter de Candela. Comenzó a toser a causa del forcejeo y tras recuperarse se dirigió a Hugo con timidez:

—¿Quieren tomar algo?

Candela se mostró reticente. Monforte le hizo señas con la mirada para que se aproximaran al grupo del italiano. El extranjero se identificó:

—Mi nombre es Fabio. —Y se quedó a la espera de los nombres de los inspectores, sin éxito.

—Háblanos de Aurora, Fabio —dijo Hugo.

—Les contaré lo que quieran sobre Aurora. Pero antes nos dejarán que los invitemos.

En el grupo de *hippies* los esperaban las tres montañas tatuadas. En esta ocasión sonreían afables, amansados tras los susurros cómplices de Fabio. El que antes se enfrentara a Hugo le tendió la mano, a lo que el inspector respondió con el mismo gesto.

—El grandullón es quien mejor la conocía —dijo Fabio.

Uno de los gigantes *hippies* levantó los hombros aceptando con resignación las palabras del tal Fabio. En un santiamén, Hugo y Candela sujetaban un mojito en vaso de cristal con rodaja de lima. El inspector miró a su alrededor buscando la nevera o cubitera. Como un milagro, las bebidas habían surgido de la nada. Los tambores tronaban por doquier. Era imposible mantener una conversación, pero el grandullón se esforzaba en cuidar la comunicación con Hugo, aunque fuera a gritos o mediante gestos.

—Era buena chica —dijo—. Me gustaba. Pero no quería nada conmigo.

—¿No te comentó de dónde venía o por qué se instaló aquí? —preguntó Monforte.

—Aurora era una tía muy rara. Se mezclaba con nosotros para participar de la juerga, pero nadie le lograba arrancar una palabra. Ella se tiraba a quien quería y adiós. Yo la dejé por imposible. Aquí hay muchas mujeres y no voy a perder el sueño por una más o menos. Oye, que me ha dado pena lo de su muerte. Pero yo me enteré ayer. No sabíamos nada.

—A mí también me gustaba. Era una mujer espectacular —interrumpió Fabio—. Pero si poco quería con él, que es alto y fuerte, imagínate conmigo, que parezco un zombi. Ella no necesitaba ataduras. Vivía al día. Había enterrado su pasado y el futuro no le preocupaba.

Hugo temía volver a Cádiz sin saber un poco más de la misteriosa vida de Aurora Fernández. Quizá se ocultó en aquel grupo con objeto de olvidar su historia. Se preguntó de quién huiría.

—¿Tenéis más ron? —preguntó Hugo a Fabio.

—Por supuesto.

El italiano le llenó un tercio del vaso e intentó completar el resto con zumo de limón.

—Solo el ron —dijo el inspector—. Gracias.

Se bebió el licor de un trago y luego pidió otro vaso. Echaba de menos la embriaguez de un destilado. Advirtió cómo le rasgaba la garganta emanando unos vapores que le nublaron la visión. Se sintió desinhibido y con veinte años menos.

Una carcajada hermosa y familiar sonó a espaldas de Hugo. El sol se posaba sobre el mar e iluminaba el rostro sonriente de Candela, quien no perdía el tiempo. Había viajado de la desconfianza al éxtasis. Reía ante los aullidos desgarbados de varios *hippies* y en la mano sostenía lo que parecía un cigarro de marihuana. Aspiraba y resoplaba sin ningún pudor. Uno de los melenudos le susurraba chistes al oído casi lamiendo su oreja. Ella no le hacía ascos. Reparó en la mirada censora de Hugo y respondió desafiante con una risa de embriaguez. Alzó su vaso de mojito brindando por él y dio un largo sorbo hasta dejarlo vacío. Era la respuesta de una rebelde ante las provocaciones del carca de su compañero, pensó. Ella siempre ganaba.

—Tu colega es muy guapa —dijo Fabio entre risas—. A ver si te la tiras.

Hugo pensó por unos instantes en romper el vaso de cristal en una piedra y clavárselo en los ojos al italiano. Pero quizá no saldrían de allí vivos. Prefirió reír y tomarse con cariño las palabras de Fabio. Forzó una madura condescendencia ante el espectáculo, del cual se encontraba totalmente de vuelta. Su pasado no tenía nada que

envidiar a aquella fiesta. En su juventud universitaria frecuentó el Madrid profundo, donde se embriagó con bandas de *rock* desconocidas y mucha ginebra. Mayores bacanales que aquella había contemplado. Por eso, la felicidad de la inspectora le causaba una desazón inexplicable. Candela era el eco palpitante de sus recuerdos.

Le devolvió la sonrisa y dio un último sorbo al vaso.

Capítulo 21

Se despertó empapado y muerto de frío. Los primeros rayos de sol asomaban mientras los tambores se apagaban de manera paulatina. La legión de fiesteros se había dispersado con diferentes propósitos. Algunos dormían, otros se marchaban con intención de proseguir la juerga en otros lugares. Ni rastro del italiano y sus amigos. Buscó a Candela entre los cuerpos derrotados. Sin éxito. Hugo se sintió ridículo y cansado. La inspectora era mayor de edad. Ya sabría sola cómo desenvolverse.

Caminó de vuelta al vehículo. Los estorninos cantaban al alba. El rocío empapaba las retamas. Buscó en los bolsillos delanteros la llave y no la encontró. Intentó en los traseros. La había perdido.

El coche esperaba en el mismo lugar, pero no permanecía vacío. En su interior aguardaba Candela. Golpeó la ventanilla. No estaba dormida, manejaba el ordenador portátil. Tenía los ojos hinchados y el pelo revuelto.

—No te quise despertar —dijo la inspectora—. Cogí la llave de tu pantalón.

—Decidiste que eso era mucho mejor para mí que dormir en el coche a salvo de la humedad.

—Joder, menudo policía. Anda, vamos a buscar un bar y te tomas un café para entrar en calor.

Hugo no se atrevió a preguntar si había pasado la madrugada sola. Sabía que ella era capaz de aventurarse en el amor de una noche, como ocurrió en la feria, y con más motivo si era bajo los efectos de las drogas.

Se pararon a desayunar en un pequeño bar. Hugo pidió un cortado. El día era espléndido. Desde la terraza se podía contemplar

el paraíso entre pinos y dunas inmaculadas. La primavera acariciaba aquella anárquica distribución de parcelas y chozos que en verano se transformaba en un infierno turístico. Candela lo puso al día: aquel era el olimpo de los pudientes disfrazados de *hippies.* Allí no había grandes hoteles ni resorts familiares. El que se mojaba en aquellas playas debía lidiar con el desgobierno inmobiliario, los atascos y el viento de levante. Era el precio de su belleza.

—Mientras dormías la mona he consultado los registros oficiales del Ministerio de Ciencia —dijo Candela—. El diploma de Aurora que encontramos me ha hecho replantearme varias cosas.

—¿Has visto algo?

—Pues resulta que Lucía era graduada en Biología, y con un expediente brillante.

—No me cuadra. Vimos su historial en la fábrica. Hicimos fotos. El mismo Parraverde lo dijo. Era operaria en el despiece.

—Ya, igual que Aurora. Pero vimos que tenía un máster en Oxford. A ella también la he investigado. Disfrutó de una excedencia en la fábrica con la que pudo estudiar en esta universidad, tanto la carrera como el máster. El caso de Lucía es diferente. La contrataron en la fábrica cuando ya era titulada.

—¿Ocultaron ellas su formación para trabajar en la fábrica de operarias? ¿Pensarían que eso podía ser un impedimento para ser contratadas?

—No sería la primera vez que ocurre. Pero yo creo que es la propia fábrica quien obvia estas titulaciones en el expediente.

—¿Por qué iba Parraverde a ocultar la formación de estas mujeres?

—Para nada bueno, inspector. —Candela dijo estas últimas palabras resoplando y estiró los brazos, desperezándose—. Quiero pasear por la arena.

Monforte la miró en silencio, inexpresivo. Remató el café con un último sorbo:

—Estoy agotado. Necesito una ducha y meterme en mi cama. Cerca de tu casa tienes todas las playas que quieras.

—Pero no como esta.

La inspectora dejó dinero sobre la mesa y comenzó a caminar con paso firme hacia la brisa fresca. No miró atrás. Hugo la observó desde la silla, contrariado:

—No me jodas.

Anduvieron sobre una arena completamente desierta y rizada. Un espectáculo imposible si hubiera sido verano. Tan solo salpicado de algunas gaviotas. Todavía era demasiado temprano incluso para los turistas extranjeros, los primeros en pisar la playa. El mar rugía.

Ante sus pies, Hugo contempló una enorme lengua de arena que se adentraba en el mar. A medida que caminaban crecía frente a él una colosal torre blanca. Se trataba de un faro.

—¿Qué es aquello? —preguntó Hugo.

—Trafalgar.

El inspector conocía el nombre y la historia del sitio, famoso por la batalla naval de hace dos siglos, pero ignoraba que formara parte de Los Caños de Meca. Aunque lo que en verdad lamentaba era desconocer la inmensa belleza de aquel lugar.

Subieron a la colina sobre la que se alzaba el elegante faro. El mar chocaba sin clemencia contra la piedra, aunque sin viento ni olas.

—Hay mar de fondo —comentó Candela—. Si yo tuviera que asesinar a alguien, lo traería aquí sin dudar.

—¿Por qué?

—Las aguas de Trafalgar están consideradas unas de las más peligrosas del mundo. Las corrientes y el oleaje son muy traicioneros.

Candela descendió de la roca a la arena que rodeaba el faro. Hugo reparó en lo feliz que era aquella mujer disfrutando de la playa desierta. Ella era reina única de aquel paraje. Se quitó los zapatos y caminó sobre la arena mojada, dando patadas a cada pequeña subida de ola. Dio vueltas sobre sí misma oteando el horizonte infinito del mar.

—Todavía está helada —dijo Candela—, pero se puede tomar el sol.

Comenzó a desvestirse y se quedó en ropa interior ante la mirada atónita de Hugo. Afloró un conjunto perfecto de músculos fruto de cientos de horas de gimnasio. Candela se tumbó en la arena y dejó

que el sol la poseyera. Cerró los ojos y permaneció inmóvil largo rato.

Hugo permaneció en una de las piedras del faro, extrajo su teléfono móvil y revisó los últimos mensajes. Buscó en la lista de contactos la letra S y entre ellos el nombre de Sara con la foto de una chica joven. Comenzó a escribir varios mensajes cortos. En todos, la intención era la misma: una petición de respuesta; una señal de vida. Los envió apretando el pulgar y se quedó a la espera. Observó con atención la pantalla del móvil, detrás de la cual se escondía el horizonte azul de las aguas de Trafalgar. Alternó su mirada entre el mar y las palabras, pero sus mensajes no obtuvieron respuesta. Se perdieron en el limbo de la mensajería instantánea. Se perdieron en el mar.

El inspector descendió hasta la arena, a pocos metros de Candela:

—¿Tienes ahí lo que le quitaste al italiano?

—Mira en mi bolso.

Registró el bolso de Candela, no sin cierto pudor, hasta encontrar lo que buscaba: dos objetos que la inspectora había metido con cuidado en sendas bolsas de plástico. Los iban a considerar pruebas. Uno era un monedero con una importante cantidad de dinero en billetes. El otro objeto era un llavero: una anilla de metal que unía la llave de un coche, otra convencional y una etiqueta de plástico.

—Queensway —dijo Hugo—. Me suena de algo.

—¿Dónde has leído eso? —Candela habló con cierta sorpresa, aunque permaneció tumbada sin abrir los ojos—. Pues claro que te suena. Se parece al texto del posavasos que me guardé en casa de los padres de Aurora: Queensway Garden.

—Es la inscripción de la etiqueta del llavero. Parece una dirección: 12 Queensway Rd.

—¿De aquí?

—Eso está en Londres.

—¿Aurora ha vivido en Londres?

—No lo sabemos.

Candela no parecía dispuesta a interrumpir su improvisada dosis de vitamina D a lo largo de aquel cuerpo decúbito supino. Sus

párpados cerrados continuaban orientados hacia el cielo. Los abrió y miró a Hugo:

—Abre el paquete.

—Nos cargaremos la prueba.

—Esto es arqueología, Monforte. Tienes que romper la pirámide para sacar la momia.

Hacer caso a Candela contravenía los fundamentos de la toma de pruebas, pensó Hugo. Si la Policía científica estuviera allí acabarían todos expulsados.

Rompió la pirámide y sacó la momia.

Manipuló la etiqueta de plástico y extrajo la cartulina con el nombre. Observó con atención anverso y reverso. Escondía un código en la parte oculta: «GX11 1AA». No tenía ni la más mínima idea de qué demonios significaba. Lo tecleó en el buscador de su móvil y entonces halló la respuesta.

—Lo tengo —dijo Monforte—. Es un código postal.

—Eso no es ningún código postal —agregó la inspectora.

—No es un código del territorio español, sino del británico.

—Joder. ¿Es lo que yo pienso?

—En efecto —dijo Hugo.

—Gibraltar.

El inspector volvió a realizar una búsqueda con su teléfono y localizó la avenida Queensway en un mapa de la ciudad. Era una de sus arterias principales.

—No hay en la calle ningún bar llamado Queensway Garden. Quizá cerró hace años. El posavasos era un poco viejo.

—Ya tenemos el paraíso fiscal que buscábamos —observó Candela —. La sociedad pantalla propietaria de la casa que alquilaba Aurora. Estaba más cerca de lo que pensábamos.

—Contactaremos con la Interpol —dijo Hugo sacudiéndose la arena de las manos—. Seguro que Aurora ocultaba una cuenta bancaria en Gibraltar. Es la mejor manera de pagar el alquiler a una sociedad de allí.

—No tenemos jurisdicción para intervenir las cuentas de un banco de Gibraltar, aunque podamos convencer al juez —agregó Candela—. El Peñón tiene acuerdos de transparencia fiscal con otros países,

pero no con España, dado que no reconocemos su soberanía. La Interpol lo único que hará será retrasarlo. Nos encargaremos nosotros.

—De eso nada. No podemos actuar.

Candela miró a Hugo con evidente desconcierto:

—No alargaremos más esta investigación. Mañana vamos a Gibraltar.

—Lo lamento, Candela, pero eso no lo voy a permitir.

La inspectora se puso en pie. Pasó del desconcierto a la indignación:

—No me jodas otra vez, Monforte. Déjame trabajar.

—No tenemos jurisdicción para actuar allí. Si nos pillan podemos provocar un conflicto diplomático.

—Nadie se va a enterar.

—Llamaré al comisario —añadió Hugo—. Le contaré lo de los porros.

Candela le clavó una mirada de ira contenida. Se sentó en la arena, en vías de resignarse. Los pómulos se le habían enrojecido, quizá tanto por el sol como por la pugna.

Se quitó el sujetador y se tumbó de nuevo en la arena con los ojos cerrados.

—¿Se puede saber qué haces? —exclamó Hugo.

—No me gustan las marcas.

—Tápate.

—Lo siento. Estamos en Los Caños de Meca.

El cuerpo semidesnudo de Candela se hizo enorme. Un monumento endiablado que ocupaba kilómetros de arena hasta sepultar el cabo, la roca y el faro. Una venus de piedra hecha carne. Una escultura tallada en mármol. Hugo sintió un bochorno imprevisible y volvió el rostro. Entonces entendió de qué iba aquello. Era su parte del desafío. La venganza de una mujer habituada a trabajar por libre. Un enfrentamiento profesional. Un gaje del oficio.

—Te espero en el coche.

Hugo regresó por el mismo sendero. Se reclinó en el asiento del vehículo mientras Candela terminaba su baño de sol, tan solo observada por el enorme ojo ciclópeo del faro de Trafalgar.

Capítulo 22

Hacía horas que el hambre devoraba los pensamientos de Hugo y se negaba a regresar sin llenar el estómago. Candela secundó la propuesta, afirmando que la playa daba apetito. Prosiguieron la línea de costa hacia la capital, a favor del levante de mediodía. De camino arribaron a la localidad marinera de Conil, blanca como el sol. Se lanzaron al primer restaurante que encontraron en la playa.

—Por aquí, por favor —les indicó el camarero al entrar.

Era un señor sexagenario uniformado de manera impoluta. Parecía muy nervioso y actuaba de modo extraño. Los ubicó junto a una ventana desde la que se divisaba la almadraba, y colocó en las manos de los inspectores dos cartas enormes como velas de barco.

—¿Qué vas a pedir? —dijo Candela.

—Atún, obviamente.

Hugo quiso una ventresca a la plancha vuelta y vuelta sin ningún aderezo. La promesa de las bondades del manjar no consiguió convencer al estómago de Candela, quien prefirió un filete con patatas. El camarero preparó los cubiertos con diligencia, pero le temblaban las manos. Hugo y Candela se miraron extrañados. Él pidió de bebida una copa de ribera del Duero, y ella, un vaso de agua.

Un pitido sonó en el interior del bolso de Candela.

—Mi móvil —dijo.

Lo cogió y comenzó a leerlo impaciente:

—Los peritos han analizado las imágenes del aparcamiento de la residencia. No les ha sido posible identificar al conductor. Apenas se distingue su rostro.

—¿Y la matrícula?

—Nada —prosiguió Candela—. La orientación de la cámara era perpendicular al sentido del vehículo. Lo único que se distingue es la cara de Lucía.

—Debe de haber pocos Talbot en circulación. ¿Por qué no solicitamos una lista y vamos descartando?

—¿Te crees que no lo he pensado? No hay ni un solo coche de ese modelo matriculado en toda la provincia de Cádiz, ni propietario con domicilio por aquí cerca. Si hay alguno, es una antigualla de colección en Madrid u otra ciudad grande.

—¿Sería un amigo quien acompañaba a Lucía?

—No tenía amigos. Eso nos contó Teresa en la feria.

—Pues entonces es un compañero de trabajo —afirmó tajante Hugo.

—¿Con confianza suficiente como para conocer a su madre? En ese círculo solo suelen entrar los amigos.

Hugo intentaba rebatir los argumentos de Candela antes de que llegara el atún. No le apetecía discutir mientras comía. Sobre la mesa se iluminó también su móvil. El inspector soltó un exabrupto, convencido de que había desactivado las notificaciones de la aplicación de citas. Candela ojeó el aparato y miró a Hugo con sorpresa. Él se lo guardó en el bolsillo, pero ya era demasiado tarde.

—Monforte, si querías follar bastaba con haberlo pedido.

Hugo mantuvo el rostro serio. Le costaba reconocerlo, pero se avergonzaba de que lo hubieran descubierto.

—Es broma, hombre —prosiguió Candela entre risas—. Eres alto y guapo, no necesitas para nada esas aplicaciones. Pero te confesaré una cosa: yo también las uso. Aunque hasta ahora ha sido un fracaso. Se liga mucho mejor en el gimnasio o el supermercado.

Monforte reconoció que le asfixiaba el muro que había levantado, de manera involuntaria, entre él y Candela. Ella era natural y espontánea; la vida misma. Él, solo un inepto que intentaba aparentar ser un policía duro. El destino le brindaba la oportunidad de trabajar y confesarse con alguien que no tendría reparo alguno en tomarlo como hermano adoptivo.

—Estoy hecho un vejestorio, Candela.

—Pregúntale a mi amiga Laura. Ella piensa que eres un bombón.

—Tu amiga es muy joven para saber lo que quiere.

—Déjate de llantos y cásate —dijo Candela, volviendo a reír.

—Ya lo hice una vez y no pienso repetir.

Eso era todo. Así de rápido. Un tajo fugaz en el hermetismo rancio que tantos años de su vida había dedicado a forjar. Hugo se enfrentaba a su propia verdad. Candela se quedó descolocada. Parecía tan solo intentar provocarle, como ya era habitual, y se había topado con un señor dispuesto a contarle su vida.

—¿Qué pasó?

—Un día se acabó el amor —susurró Monforte—. Eso es todo.

—No creo que fuera tan sencillo.

—Bueno, quizá también demasiado trabajo y poco interés.

—Por eso te viniste aquí, ¿no es así? Esas cosas hay que cuidarlas.

—No soy muy bueno cuidando nada. No se me dan bien las mujeres.

—Creo que no se te dan bien las personas.

Llegó la ventresca y desaparecieron las penas de Hugo. El atún era soberbio al lado del filete.

—¿Dónde la conociste? —dijo Candela.

—En Madrid, durante un concierto de Deep Purple. Teníamos veinte años.

Eran demasiadas preguntas para la primera vez, y además Hugo dudaba de que las respuestas interesaran a Candela. Ella no podía entender lo que aquello significaba. Conocer al amor de tu vida en el concierto de tus sueños durante una época en la cual todos escuchaban a Eros Ramazzotti provocaba un estallido de sentimientos difícil de transmitir.

—Yo estudiaba en la capital el primer año de Criminología —prosiguió Monforte—. Tras la oposición volví a Madrid y nos comprometimos. Conseguí mi plaza y a los cinco años pasé a la Brigada de Homicidios.

—Un chico aplicado —sonrió Candela—. Yo no fui a la universidad. Hice promoción interna.

Hugo rumió un chiste para burlarse de la inspectora, pero enmudeció. Tras la figura de Candela surgió un rostro conocido. Salía de la cocina por una puerta de servicio. Su cabeza era enorme y

redonda. Se acercó a los inspectores y tomó asiento sin pedir permiso.

—Buenas tardes —dijo—. Espero que estén disfrutando de la comida.

Candela se quedó petrificada ante la visión de Lucio Parraverde. Hugo supo reaccionar y miró hacia la barra, buscando al camarero inquieto que los había abandonado a su suerte. Luego habló sin inmutarse:

—Qué sorpresa, señor Parraverde. La verdad es que está exquisita.

—Me alegro de que lo digan. Llevo semanas pensando en despedir al cocinero.

—¿Es usted el dueño? —preguntó Candela.

—Del local y del atún —susurró Parraverde—. Quizá algún día también de la playa. Todo se verá.

Era difícil saber si se trataba de una casualidad o una acción premeditada. Pero ante la actitud de Parraverde y la desaparición del camarero, Hugo lo tuvo claro. Los habían reconocido, o quizá seguido, para a continuación dar aviso al jefe.

—El atún es como el cerdo —prosiguió Lucio Parraverde—. Se aprovecha todo. El tarantelo, el lomo, el morrillo. Mi parte preferida es la parpatana. No tenemos usted y yo los mismos gustos. Veo que prefiere la ventresca. Eso dice mucho de su persona. Es exigente, sabe lo que quiere. También lo que más le conviene. La señora es un poco más impulsiva. —Miraba a Candela—. Verá, Monforte. Ya le comenté en mi fábrica lo duro que había trabajado para levantar todo esto que ven. No pensarían que fuera a permitir, después de tanto esfuerzo, el más mínimo acoso a mi gente. Mi negocio está en regla, mi fábrica cumple todas las normas, mis trabajadores son honrados. No va a encontrar nada, así revuelva cielo, tierra o el fondo del mismísimo golfo de Cádiz. Por favor, busquen sus fantasmas en otro sitio y déjenme en paz.

—Debe de haber un error, señor Parraverde —sonrió Hugo—. Tan solo estamos de turismo por estas bellas playas. Nuestras dietas no dan para comer atún de almadraba. Me lo pago de mi bolsillo.

—Por eso no hay problema. Invita la casa. Pero no se me haga el listo, Monforte.

Parraverde cogió la copa de vino del inspector y la bebió de un trago. Luego le tendió su enorme mano, que Hugo apretó con decisión. Acercó su rostro al de Candela con intención de darle un beso. La inspectora se quedó paralizada. Hugo contempló los enormes labios de Lucio Parraverde adherirse a la mejilla de su compañera como una ventosa.

Apareció de la nada el camarero fugado, que repuso el vino y el agua.

—Que disfruten lo que les resta de comida —se despidió Parraverde.

El empresario desapareció con la misma rapidez con que había llegado. En el exterior, un vehículo le esperaba con el motor encendido.

—Dame tu bolso. —Hugo hizo señales a Candela, quien se encontraba todavía en estado de *shock*. Ella no atendió a las palabras de Monforte, que metió en el bolso la copa usada por Parraverde.

—¿Qué haces? —preguntó Candela, extrañada, recuperando el habla.

—Te has quedado hipnotizada.

—Lo siento.

—¿Qué te ocurre?

—No sabría explicarlo. —La inspectora habló en susurros—: A lo largo de mi vida he sido objeto de todo tipo de insolencias. Estoy curada de espanto. Pero el tacto de ese hombre me ha sobrecogido. He sentido el aliento de alguien perverso. He sentido que me besaba el mismísimo demonio.

Capítulo 23

La tarde y la noche las pasaron los inspectores en sus respectivos hogares. Hugo acumulaba muchas horas de cansancio sin dormir en blando. Estaba tan agotado que se quedó traspuesto en el sofá sin cenar.

En mitad de la noche sonaron unos gritos. El horror. Una serie constante y metódica de golpes de objeto contundente contra cuerpo humano. A cada embestida la seguía el lamento sordo de una boca cerrada. Hugo apostaba a que se trataba de una mujer. Abrió la ventana. Acercó la oreja a la puerta y al muro. Finalmente encontró respuesta tras el cabecero de la cama. Era la misma pareja que en otras dos ocasiones no le había dejado conciliar el sueño. Esta vez no eran gemidos de placer. Hugo pegó aún más el oído a la pared. Identificó entre golpe y golpe una boca amordazada presa del sufrimiento. No se lo pensó dos veces y se lanzó al rellano.

Tras la puerta de entrada se topó con la figura descamisada del marinero Cruz. Era un cuerpo escuálido y asustado en cuyo rostro se reflejaba la angustia de haber esperado una eternidad en la incertidumbre de llamar o no al nuevo vecino asturiano.

—Rápido —le tembló la voz—. La está matando.

Hugo comenzó a sacudir la puerta que le indicó el anciano. Los golpes cesaron, pero los lamentos sordos continuaron. Insistió, esta vez ordenando a gritos que abrieran, mas no hubo respuesta.

—Apártate —le dijo a Cruz.

Tomó aire, endureció los músculos del hombro y embistió la puerta. La madera aguantó y el brazo de Hugo se resintió. Fue doloroso, pero cedió tras varios golpes.

El piso era una pocilga. Los enseres y la ropa se hallaban esparcidos por el suelo. El fregadero lo ocupaba una montaña de platos y restos de comida. Sobre la encimera descansaban abiertas varias cajas de ansiolíticos. Hugo corrió al dormitorio, donde se encontró un espectáculo dantesco. Una chica estaba tumbada en la cama, desnuda de cintura para abajo y con los muslos magullados. Lloraba horrorizada. Aunque no podía articular palabra: estaba amordazada.

—Pero ¿tú quién eres, imbécil? —oyó Hugo a sus espaldas.

Recibió un inesperado puñetazo en el costado. El marido, compañero o violador de aquella joven se encontraba escondido tras la puerta y tuvo margen suficiente para pillar por sorpresa a Monforte. El policía cayó al suelo blasfemando y no pudo incorporarse. El agresor se montó sobre él como un jinete y comenzó a golpearle la cara. Hugo se tapó con los antebrazos y le desequilibró en un descuido. Corrió a través del pasillo de vuelta a su domicilio. El matón lo dejó ir.

Hugo volvió. Esta vez blandía su pistola reglamentaria.

—Al suelo, hijoputa —gritó—. Al suelo.

El agresor se quedó mirándole, estupefacto. Levantó las manos muy despacio. Al fin Monforte pudo verle la cara. Era un tipo rapado al cero y con el brazo tatuado. No tenía mal aspecto; incluso afirmaría que estaba en plena forma. Reparó en el tatuaje, un tribal enorme y surtido donde localizó una cruz gamada.

—¿No me has oído? —insistió Hugo, golpeando al calvo en la cabeza con la culata del arma.

—No pasa nada —gritó el agresor mientras se arrodillaba—. No me mates. No estaba haciendo nada malo. Ella está bien. ¿Lo ves?

Hugo se sacó unas esposas del bolsillo y lo inmovilizó en el suelo. El matón quedó tendido con las manos en la espalda, sin posibilidad de darse a la fuga.

—Joder, tío, ¿eres policía? Me cago en la puta. No le he hecho nada. Es que ella no quería follar hoy. Solo eso.

Hugo ayudó a la chica a incorporarse y le quitó la mordaza. Un cardenal le cubría el pómulo derecho. Tenía la mirada triste y la boca enrojecida. Al verse liberada no gritó, ni lloró, ni imploró justicia.

—Por favor —susurró—, no se lo lleve.

Hugo cubrió a la chica con una sábana mientras escuchaba atónito sus palabras.

—Es lo único que tengo —insistió—. Déjelo. No lo volverá a hacer.

—¿No quiere denunciar?

La chica negó con la cabeza.

Hugo no supo cómo actuar. Estaba obligado a detener de oficio a aquel miserable. Pero una orden de alejamiento no curaría la dependencia enfermiza de aquella chica. Pasarían los meses y volvería a sus brazos. Era una infeliz adicta a los tranquilizantes, pero también a su agresor. En una cosa tenía ella razón: no lo volvería a hacer.

Monforte se sentó encima de la espalda del calvo. Le comenzó a golpear la nuca, sacudiendo a su vez su cara contra el suelo. El hombre lloró pidiendo clemencia. Su rostro se amorataba a cada golpe sobre el piso. La chica, gritando horrorizada, suplicó que parara.

—Si vuelves a tocarla te mato. Os vigilaré de cerca.

Hugo se levantó liberando al camorrista y la mujer se acercó a curar sus heridas. El inspector abandonó la vivienda, aturdido, y cerró el portón de un golpe. Volvió a su casa con intención de meterse bajo las sábanas y recuperar la paz.

Dentro de su dormitorio se encontró con la sombra de Cruz, que le esperaba sentado en la cama. Estaba aún más asustado que antes.

—No me dijiste que fueras policía.

—No me habrías invitado a caballas.

—Tienes mal aspecto.

Hugo se miró al espejo y le dio pena de sí mismo. Necesitaría mucho tiempo y mucho alcohol para olvidar aquella noche.

—He dejado en tu mesilla de noche una taza de caldo de pescado —dijo Cruz—. Te caerá bien.

—Muchas gracias.

El viejo regresó a su propia soledad abandonando a Hugo en la suya. Las manos del inspector estaban hinchadas. Se aplicó hielo durante unos minutos y se las vendó con cuidado. Cogió la taza entre los muñones envueltos. Temblaba como un anciano. El caldo le

resucitó el estómago, pero el dolor que experimentó en lo más hondo aquella madrugada tardaría años en curar.

Capítulo 24

Gibraltar no tenía nada bonito, en opinión de Hugo. Lo recordaba como telón de fondo de aquella dramática mañana junto a la ballenera de Algeciras tras el cadáver de Aurora. Él nunca había visitado aquel lugar, ni siquiera sobrevolado el Estrecho. Tampoco fumaba Marlboro de contrabando, que era lo único bonito de Gibraltar, según palabras de Candela.

—¿Me obligarás a visitar algún restaurante, Monforte? —preguntó ella mientras se maquillaba frente al espejo del coche.

Hugo había dado su brazo a torcer en aquella aventura y no se encontraba de humor. Además, no le convencía aquella extraña mezcla de culturas, a caballo entre ingleses y andaluces. En lo último que pensaba era en comida.

—Somos turistas —contestó—. Echaremos unas fotos a los monos.

El pensamiento de Hugo era atravesar la frontera como excursionistas e indagar sobre las pistas que ya tenían en su poder. El sol brillaba radiante, la mañana invitaba a pasear por las calles de Gibraltar y los vehículos cargados de empleados, turistas o curiosos hacían cola en la frontera.

—Tú eres la experta —dijo Hugo ante aquel espectáculo.

—Demasiados coches y demasiado celo en la puerta. Será mejor entrar andando y esconderse entre los turistas.

Aparcaron junto a la frontera, en zona española, en una calle residencial de La Línea de la Concepción. Cientos de peatones habían tenido la misma idea que los inspectores y atravesaban la avenida con intención de acceder andando desde España a Gibraltar. Se camuflaron con facilidad en un grupo de turistas.

Mostraron su documentación a un genuino *Gibraltar defence policeman* con cara de resignación. El agente permitía la entrada en masa a los peatones mientras el compañero revisaba de manera aleatoria los vehículos.

La pista del aeropuerto atravesaba la vía de entrada a la ciudad. La cruzaron en manada, caminando a paso ligero. Aquello era un hervidero de transeúntes que iban al trabajo o realizaban compras. Los policías visitaron algunas tiendas de suvenires. Candela adquirió una postal. Hugo intentaba mantener la naturalidad. Dos niños se perseguían el uno al otro mezclando palabras en inglés y español con una fluidez pasmosa. Una señora tendía la ropa en un balcón sobre el rojo de una cabina de teléfonos británica. Un joven sentado en su coche con las ventanillas bajadas escuchaba una emisora gibraltareña que radiaba fútbol en perfecto inglés. El habla de la calle, por el contrario, era un extraño *spanglish* que dejaba perplejo a Hugo.

—Veo que nunca habías escuchado hablar en llanito —dijo Candela.

Monforte trató de orientarse entre tanta callejuela estrecha y en pendiente. La altura de la ciudad era uniforme en su avenida principal, pero se alzaba sobre la superficie de la roca como un manto de cemento hasta fundirse con la vegetación. Subieron a la cumbre y desde allí divisaron la bruma sobre África. Candela interpretaba a la perfección su papel de turista novata, retozando en torno a Hugo y asombrándose con cada curiosidad. Él no estaba de humor para aquellos trotes de colegiala.

—Nos estamos desviando —comentó el inspector—. El sitio que buscamos está más abajo.

Retrocedieron al centro de la ciudad, donde Candela señaló el nombre de una calle:

—Ahí la tienes.

Un cartel blanco bautizaba la vía como Queensway Rd. Pasaron junto al muelle deportivo del mismo nombre. La calle recorría de norte a sur la península de Gibraltar, paralela a la línea de costa, en los terrenos ganados al mar tras las murallas defensivas. Caminaron

hasta un edificio alto donde localizaron su objetivo junto a una hamburguesería.

—Ese es el número doce —dijo Candela.

No encontraron nada de especial. Era la entrada a un garaje con la pintura envejecida tras años de sol y levante.

—Tú vigila y yo entro —susurró el inspector.

—Que te crees tú eso, Monforte. No te vas a reservar lo bueno para ti solo.

Hugo comenzó a inquietarse. Era mal momento para que su compañera lo cuestionara. La calle se encontraba rodeada de viviendas y desde cualquier ventana los podían estar vigilando. Lo último que deseaba era un enfrentamiento con la Royal Gibraltar Police.

Intentó meter la llave de Aurora en la cerradura. Entró con suavidad. A los inspectores se les iluminó el rostro. Subieron la puerta a media altura intentando provocar el menor ruido posible. Hacía años que no la engrasaban y chirrió como el aullido de un animal. Se deslizaron por la abertura con la cautela de un ladrón.

Las paredes del interior eran lisas. No había ventana que comunicara con el exterior ni se podía acceder a ninguna vivienda desde el garaje. Era un cubículo aislado en medio de Gibraltar. En el centro descansaba un vehículo cubierto por una lona. Candela miró a Hugo:

—A qué esperas.

Monforte agarró la funda y tiró hacia arriba con todas sus fuerzas. Ella le siguió descubriendo el otro extremo.

Bajo la cubierta apareció un espectacular vehículo azul.

—Bonito coche —exclamó Candela.

—Esto no es un coche cualquiera.

En efecto, era un Bentley deportivo. Hugo reconoció al instante este modelo de alta gama de fabricación británica. Sacó del bolsillo el mando de apertura de Aurora unido al llavero y toqueteó los botones. Las luces del vehículo se iluminaron.

—Increíble —dijo la inspectora.

—Entra.

—Tú primero. Te lo has ganado.

Hugo se puso unos guantes de látex y se lanzó al interior. Ella hizo lo mismo ocupando el asiento del copiloto. Entrar en aquel vehículo era como visitar un museo. Cada detalle parecía una obra de arte e ingeniería a partes iguales. La tapicería en piel, el salpicadero en piedra, el panel de instrumentos en madera noble.

—¿Cuánto puede valer este coche? —preguntó Candela.

—No sé. ¿Trescientos? ¿Cuatrocientos?

—Es imposible que sea el vehículo de una pescadera.

La inspectora abrió la guantera. Se encontraba vacía.

—Ni un solo papel —exclamó—. No me lo creo.

—Hay que seguir buscando.

Hugo echó de menos a la Policía científica. Inspeccionó el maletero, los bajos, tras los espejos interiores y en la rueda de repuesto. Volvió a sentarse en el lugar del piloto y observó un mullido reposabrazos de piel entre los dos asientos. Lo acarició con suavidad y tiró levemente hacia arriba. La cubierta tapizada se levantó mostrando una pequeña puerta junto a un teclado numérico.

—*Et voilà* —dijo Monforte.

—¿Esto es una caja fuerte? No he visto algo igual en mi vida.

Las manos de Candela manipularon el teclado sin previo aviso. Introdujo varios números. Al pulsar el cuarto se activó una pequeña luz roja junto a la caja fuerte que indicaba que habían errado el tiro. Hugo clavó en la inspectora una mirada inquisitoria.

—Era el año de nacimiento de Aurora —explicó Candela—. Había que intentarlo.

—No vuelvas a hacer eso. Somos un equipo.

—Ya sabemos al menos que la contraseña tiene cuatro cifras.

—Estas cajas se bloquean por completo al tercer intento fallido —agregó Monforte, molesto.

—Vale. Pues ahora te toca a ti.

Hugo no tenía la más mínima idea de qué clave introducir. Poseían información sobre Aurora Fernández, pero no la suficiente como para averiguar el número de cuatro cifras que la chica había elegido como contraseña. Monforte salió del vehículo y comenzó a caminar en torno a él. Tuvo una idea y volvió al asiento.

Pulsó otros cuatro dígitos.

En esta ocasión no solo se iluminó el pequeño piloto rojo de la caja, sino que comenzó a sonar una alarma infernal. Un ruido ensordecedor que hacía peligrar la misión. Hugo entró en pánico. No sabía cómo desconectarlo. Pulsó varios botones del salpicadero y de la propia caja fuerte. Cerró de nuevo el reposabrazos y usó el mando a distancia para condenar desde dentro las puertas y el contacto. La alarma cesó; pero el sonido había llamado la atención de toda la manzana, eso era seguro.

—¿Se puede saber qué has tecleado? —preguntó Candela.

—La matrícula del coche. Es un número de cuatro cifras si eliminamos la letra final.

Cabía la posibilidad de que los vecinos avisaran a la Policía, así que no podían dormirse en los laureles, se dijo Hugo. Había que pensar rápido.

—¿Tenía Aurora preferencia por algo en especial? ¿Una canción quizá?

—Ahora es cuando nos damos cuenta de que no sabemos una mierda de ella —dijo Candela.

—Solo nos queda una oportunidad.

Hugo cogió su *smartphone* y comenzó a rebuscar en los documentos que tenía almacenados sobre el caso de Aurora. Localizó varias fotos. Se detuvo en una de ellas. La fotografía de John Lennon y Yoko Ono defendiendo el fin de la guerra.

Hugo comenzó a reír.

—¿Qué te pasa? —dijo la inspectora.

—Acabo de acordarme dónde se casaron estos dos. —Monforte le mostró la imagen.

—Esa me la sé —agregó Candela, risueña—. En Gibraltar.

Hugo aumentó la foto con los dedos y examinó el rótulo que aparecía al pie. La inspectora tecleó el número 1969. El índice le temblaba:

—El año del fin de la guerra.

Sonó un suave chasquido y se iluminó un pequeño piloto junto a la caja, esta vez en color verde.

—Ya te dije que la guerra no acabó ese año —agregó Hugo—, pero el error ha sido muy útil.

La tapa blindada se abrió de manera automática y el inspector introdujo una mano con la ilusión de un niño. Extrajo dinero: un rollo de libras gibraltareñas bien enrolladas. También un sobre cerrado. Esto último se lo ofreció a Candela, quien lo cogió muy agitada. Al abrirlo con las manos temblorosas cayeron cuatro tarjetas de plástico en su regazo. En todas figuraba el nombre de un banco y como titular Aurora Fernández.

—¿Son tarjetas de crédito?

—No exactamente —dijo Hugo tomando dos entre los dedos—. Estas sí, pero las otras son credenciales de identificación. Claves de acceso a una banca electrónica.

—¿No es demasiado inseguro este sitio para guardar unas tarjetas bancarias?

—Quizá mejor que una cabaña en Los Caños. De hecho, allí logró entrar un ladrón.

Hugo alargó la mano para tomar una tarjeta que Candela examinaba, pero ella la apartó de su alcance mostrando una sonrisa mordaz. Con la mano contraria manejó su *smartphone* para hacer uso de las claves que indicaba la tarjeta. Candela navegó por los menús del servicio bancario con destreza hasta que pudo acceder a la información que buscaba. Nunca había visto Hugo tal cara de asombro en la inspectora.

—Echa un vistazo —le ofreció Candela.

Monforte cogió el móvil y recorrió la lista de cifras. Era el extracto de una cuenta bancaria cuya titular era Aurora. Sumaba un saldo de cinco millones de libras esterlinas. Eso solo la primera tarjeta. Quedaba una segunda.

—Debe de haber un error.

—Parece que Aurora era millonaria —sonrió Hugo.

—Su trabajo no le permitía tener un coche como este y esa suma de dinero.

—Creo que la casa medio *hippie* era una especie de tapadera para aparentar una vida humilde. Resultaría muy difícil blanquear todo ese dinero para vivir en España. Supongo que Aurora estaba esperando el momento oportuno para viajar al extranjero, a algún país todavía menos transparente que Gibraltar. Le ocurre lo mismo

que a Lucía Pascual. Es imposible que con su sueldo pudiera mantener a sus padres en una residencia de lujo.

—¿A dónde crees que pensaba huir?

Hugo enmudeció, reflexivo. Aurora tenía reservada su propia Ítaca. Engañó a todos, pensó. Su paseo por las eternas playas gaditanas era solo una aventura adolescente. El preludio de una nueva vida repleta de comodidades. Guardaba sus ahorros en Gibraltar realizando pequeños ingresos, esperando la oportunidad de huir con el botín.

Monforte cogió todas las tarjetas y las inspeccionó una por una, anverso y reverso. Tuvo una respuesta para Candela:

—A Marruecos.

Mostró una de las tarjetas a la inspectora.

—Esta tarjeta es del Bank Al-Maghrib —prosiguió—. Es un banco marroquí. Aurora tenía previsto cruzar el Estrecho desde Gibraltar hacia Marruecos en ferri con su flamante Bentley. Allí, con esta cantidad de dinero, podía conseguir cualquier tipo de permiso de residencia y rehacer su vida.

—Espectacular, señor inspector —interrumpió Candela—. Pero ahora tenemos que poner pies en polvorosa.

La inspectora salió del vehículo y abrió la puerta del garaje. Asomó la cabeza y la volvió a introducir:

—Es buen momento.

Hugo se guardó en los bolsillos las tarjetas y el dinero. Cerró el vehículo y salió del garaje, bajando la puerta con cierto disimulo nervioso. Caminaron de vuelta a lo largo de la misma avenida gibraltareña.

—No mires —susurró Candela—. Dame la mano.

Hugo no entendía el gesto de la inspectora. Sintió la suavidad de sus dedos apretando con firmeza su mano derecha. Miró al frente y supo lo que estaba sucediendo. Un vehículo de la Policía se detenía en mitad de la calle, casi bloqueando la acera. Se bajaron dos agentes en actitud hostil. Uno de ellos se colocaba correctamente el arma y la porra. Hugo supo que aquellos hombres no estaban de rutina; venían a por ellos.

—Es inútil disimular —contestó entre dientes—. Hay que huir.

—Qué dices.

—Vamos.

Corrieron. Hugo saltó hacia un pequeño desvío y tiró con todas sus fuerzas de Candela, quien casi se estrella contra el asfalto. Se soltaron las manos y aceleraron sus piernas a la velocidad del rayo. Los policías les dieron el alto en inglés y empezaron a perseguirlos. La cabeza de Hugo fraguó un plan sobre la marcha. Los policías no podían utilizar el vehículo en aquel estrecho laberinto. Las opciones eran varias: correr a través de las callejuelas; esconderse en un portal; adentrarse en el monte. Hugo se decidió por esto último. Invadieron el verde de la inmensa roca. Penetraron la selva urbana como los monos gibraltareños. Monforte pensó en salvar el centro de la ciudad a través del borde de la montaña. Luego podrían llegar a la frontera y entremezclarse de nuevo con los turistas. No, pensó, imposible. Mejor lanzarse al agua junto a la pista del aeropuerto y nadar hasta la playa española. Era poca distancia. Quizá cien metros. Quizá doscientos. Hugo pensaba mientras su corazón bombeaba sangre hasta la extenuación.

Sin embargo se sintió desfallecer. No podía continuar. Fallaron sus cálculos.

—Vamos, Monforte.

Candela le adelantó varias decenas de metros. Le superaba en forma física. Él le hizo señales para que huyera sin mirar atrás. Le estallaba la cabeza. Las piernas le temblaban. Candela debía huir con las pruebas.

Monforte cayó redondo. Los policías se lanzaron sobre él y lo inmovilizaron en el suelo. Con las esposas atenazándole las muñecas vio cómo la inspectora se perdía entre los arbustos para luego volver sobre sus pasos. Mostró las manos a uno de los policías, quien le colocó otras esposas. Ella les permitió hacer, sonriendo:

—No pensarías que te iba a dejar solo.

Capítulo 25

El despacho de Antonio Redondo miraba hacia el mar. La luz la mañana se posaba sobre el remanso de pequeñas olas y refractaba en todas direcciones, transformando la habitación en un caleidoscopio. Era la segunda vez en su vida que Hugo pisaba aquella moqueta. Intentaba relajar el diafragma observando el Atlántico a través de la ventana, mientras Candela miraba un cuadro con las rodillas desnudas cruzadas. Un tic nervioso le hacía golpear el tacón contra el suelo. La moqueta amortiguaba el sonido, pero no la angustia.

El comisario entró como un caballo desbocado. Dejó su cartera en el cajón y las gafas sobre la mesa. Tomó asiento resoplando.

—Buenos días —dijo Candela.

Hugo dijo lo mismo en un susurro. El inspector no devolvió el saludo. Extrajo unos folios que arrojó en el escritorio y se volvió a levantar.

—¿Se puede saber qué coño os pasó ayer? —Redondo apoyó en la mesa los puños apretados como patas de elefante—. Esto es una denuncia del ministro principal de Gibraltar por intromisión de la Policía nacional española en su jurisdicción. Sustracción de pruebas, violación de la propiedad privada, registro sin orden judicial. Un rosario, vamos. El ministro ha presentado la denuncia ante el Gobierno británico, que a su vez ha contactado con España a través de nuestro ministro de Exteriores, quien se lo ha endosado al de Interior, y este, al director general de la Policía, el cual me conoce personalmente y ha llamado para echarme una bronca de mil pares de cojones. Nuestro cuerpo diplomático os ha sacado de allí a tiempo, pero han solicitado mi cabeza y las vuestras.

Hugo se estremeció. Se preguntó qué iba a ocurrir. Lo creía capaz de sacar allí mismo su revólver de John Wayne.

—Comisario, le podemos explicar —dijo.

—Pero ¿sabéis qué? Estáis de suerte, cabrones —prosiguió Antonio Redondo—. Parece que esto le ha caído bien a un pez gordo de Interior. Algún patriota de tres al cuarto que disfruta viendo cómo les joden el desayuno a los llanitos. Así que todo esto ha quedado en agua de borrajas.

No era la primera vez que España incordiaba a Gibraltar, se dijo Monforte. Y por supuesto tampoco la primera que hacían la vista gorda desde Madrid. Pero Hugo no creía en ángeles de la guarda. Sabía que en la capital vigilaban cada uno de sus pasos. Lo que más le preocupaba era que su nombre hiciera saltar las alarmas. Ya le había cogido el gusto al anonimato. Era feliz oliendo el mar y mirando las rodillas de Candela Martín.

—¿No nos van a expedientar, entonces? —preguntó la inspectora.

—Desde arriba no, pero a mí no me convencéis. Habéis cometido una imprudencia grave.

—Comisario, estamos muy cerca —agregó Hugo—. Era imprescindible investigar estas pruebas y el tiempo corre en nuestra contra.

—Pero ¿qué pruebas? Si todo se lo han quedado los gibraltareños. Suerte que no llevabais las pistolas, o si no también las habríais perdido. Monforte, no quiero más aventuras. Hay que actuar con profesionalidad. Candela, nada de experimentos. —El comisario golpeó con la palma de la mano derecha un documento sobre su mesa—. Tenéis que revisar toda la lista de empleados de la fábrica. Esta es la orden judicial que nos permite exigirles la documentación.

La suerte no era una montaña rusa, sino un vaivén de mareas, pensó Monforte. Saltaba de la mala a la buena con una parsimonia lenta y extraña. Quería manejar la situación, pero se le hacía imposible. Mejor dejarse arrastrar por la corriente cuando era propicia. Cogió el documento y atizó con él a Candela en el hombro. Abandonó la sala sin mediar palabra. La inspectora se despidió con amabilidad y siguió sus pasos.

Capítulo 26

Los dos inspectores decidieron permanecer en sus puestos, en la central, mientras un grupo de agentes registraba los ordenadores de la fábrica, donde Hugo imaginó a Lucio Parraverde iracundo, contemplando cómo la Policía husmeaba entre sus documentos. El inspector solicitó a los agentes que les enviaran los expedientes por correo electrónico. Revisarían uno por uno a todos los empleados de la fábrica, buscando cualquier pieza que no encajara con el resto del puzle.

—Vente a mi mesa —dijo Candela—. Estaremos más cómodos.

Hugo acercó su silla. La inspectora se pegó a él para tener mejor ángulo frente a la pantalla. Manejaba el ordenador con destreza, haciendo gala de una experiencia irreprochable en la búsqueda de sospechosos. Candela era una profesional.

—Estos son todos los expedientes de la fábrica. —La inspectora señaló la pantalla alzando el brazo. Olía a lavanda y jazmín.

—No vayas tan deprisa.

Ante los ojos del inspector desfiló un ejército de supervivientes de la precariedad laboral gaditana. Afortunados que lograron mediante la pesca alcanzar una dignidad que no hubieran podido por otros medios: jóvenes, viejos, hombres, mujeres, calvos, melenudos. Revisaron uno por uno los antecedentes policiales, los domicilios, el historial de trabajo, los parentescos entrecruzados.

—Un momento —exclamó Hugo.

Tomó la mano de Candela, quien detuvo el dedo sobre el ratón. En la pantalla se congeló el rostro de un joven con pose de matón de barrio venido a menos. Monforte lo reconoció sin dudas:

—El Choco.

Aquel chaval entrecerraba los ojos mirando al horizonte, a lo James Dean, se dijo Monforte. Aunque seguramente el Choco no había oído hablar de James Dean en su vida.

—¿Ese quién es?

—El que me zurró en la feria.

—¿Y por qué no hemos ido antes a la fábrica a detenerlo?

—No sabía que trabajara allí. Además, según este expediente lo despidieron hace años, cosa que me extraña dada la hermandad que profesa con Lucio. Quizá el despido fue un paripé para quedar a las órdenes del jefe en otros menesteres menos honrosos.

—Tiene antecedentes por tráfico de droga. Poca cosa, ni pisó la cárcel. —Candela posó la mano sobre la de Hugo—. Creo que solo por lo que te hizo pasar ya merece un interrogatorio.

—Pues no se hable más.

Se lanzaron por carretera a la caza del Choco. El GPS los llevó a un barrio humilde de casitas blancas, no demasiado lejos de la conservera. Los niños pequeños jugaban en la calle a la pelota lanzándose temibles chutazos. Los más mayores se apiñaban sobre un banco manoseando sus móviles con pasión. Una señora tendía en el balcón varias sábanas radiantes como el día.

—¿Debemos ir con cuidado? —preguntó Monforte.

—No hay nada que temer.

Hugo reconoció que se había equivocado al entrar en el barrio. Lucía sin poder evitarlo un cierto aire de policía salvapatrias. Miraba a izquierda y derecha esperando la embestida de una banda de narcos armados, pero se había encontrado solo con gente pobre.

—Es cierto que los traficantes gordos campan a sus anchas por estas tierras —continuó la inspectora—. Son muy peligrosos. Pero son habas contadas. La mayor parte del tráfico la llevan a cabo familias sin antecedentes. La zona ha sido muy castigada por el paro. Hace décadas esta costa era muy rica. Había cientos de barcos faenando y todo el mundo vivía de la pesca. Pero aquello acabó y muchos encontraron su medio de vida en la droga. No les quedaba otra cosa.

Se adentraron en un callejón muy largo flanqueado por puertas de diferentes colores. Algunas totalmente despintadas. Sonaba

reguetón a un volumen ensordecedor.

—Aquí es —dijo Candela.

La inspectora se hizo a un lado y Monforte comenzó a golpear una de las puertas. Los porrazos pasaron desapercibidos entre el bullicio del vecindario. En el domicilio no se oía un alma.

—Miraré por la ventana de atrás —comentó Hugo.

—Espera.

Fue Candela quien continuó aporreando. Dentro se oyeron unas pisadas y una voz grave:

—¿Quién es?

—Un amigo —contestó Monforte.

La puerta se entreabrió y Hugo puso el pie para bloquearla. Asomó un ojo morado. Los inspectores empujaron. No encontraron demasiada resistencia al invadir el pasillo de la vivienda.

El Choco tenía bastante peor aspecto que la última vez que lo vio. Todavía conservaba aquel moratón de dudoso pronóstico vestigio del aparatoso enfrentamiento con Hugo. Vestía pantalón de chándal y mostraba el torso descubierto. En esta ocasión no había ropa de moda que disimulara aquellos enclenques hombros.

—Eres el poli de la feria.

La voz del Choco era ruda y aguardentosa. En la práctica, incomprensible para alguien al norte de Despeñaperros.

—Tienes buena memoria. —Hugo observó tras las espaldas del joven, buscando posibles compinches.

—No tengo na que decir. Aquello fue un malentendido.

—Lo sé. No vengo por eso.

—No tengo causas pendientes ni na que ocultar.

—Eso ya lo veremos.

Hugo entró hasta el salón husmeando a su alrededor. El piso estaba desordenado pero limpio. Pocos muebles y de segunda mano. Flotaba un tremendo olor a hachís.

—¿Por qué te echaron de la fábrica, Choco? —preguntó Monforte.

—¿Me toman por gilipollas? Si han encontrado mi casa es que ya saben el resto de la historia. He dicho que no tengo causas pendientes.

—Si te echaron por traficar, dime por qué te llevas tan bien con el dueño. —Hugo insistía hostigando al Choco. Candela registraba la vivienda sin intervenir en el diálogo.

—Mire, yo me fumo un moro liao. Pero trapichear con un poco de hachís no es traficar. Se nota que usted no es de por aquí. Me denunció un compañero envidioso. El señor Parraverde me echó para no ensuciar el nombre de la fábrica, pero me llama cuando tiene alguna faenita.

—Por ejemplo, dar una paliza a un desconocido en la feria.

—Ya le he dicho que fue un malentendido —insistió el Choco—. El señor Parraverde jamás haría tal cosa.

Hugo continuó su paseo por la vivienda. En la cocina, una montaña de platos se amontonaba en el fregadero. Dentro del frigorífico solo halló medio limón y un yogur.

—¿Cuánto hace que no comes caliente, Choco? —irrumpió Candela.

—Tengo lo que necesito.

—Crees que le importas a Parraverde —continuó la inspectora—, pero si esta tarde te mueres ni se asomará por el entierro.

El Choco alzó las manos hacia Hugo, pareciendo rogar algún tipo de clemencia:

—Están aquí por lo de las chicas a las que han matao, ¿no es así? Pues les digo que no tengo na que ver, y el señor Parraverde mucho menos.

Candela dejó sobre la encimera un billete de cincuenta euros.

—Puedes coger esto y echarnos una mano o esperar sentado frente a tu nevera vacía a que encontremos al culpable y te enchironemos por obstaculizar a la justicia.

El Choco se quedó pensativo mirando el billete. Lo agarró como si fuera un niño pequeño al que ofrecen caramelos.

—Están buscando donde no deben —dijo.

—Pues habla —requirió Candela.

—Me han encontrado mirando los papeles de la fábrica, ¿verdad? Pero se quedan cortos. Hay mucha gente que trabaja en negro para las conserveras. Ya saben: porteadores, limpiadores, transportistas

que usan su propia moto. Muchas veces se les paga una miseria para trabajos puntuales.

—No querrás que vayamos preguntando a todo el pueblo —dijo Hugo.

—El año pasado metieron en la cárcel a un amigo mío —prosiguió el Choco—. Bueno, ya no es amigo. Demasiados líos. Trabajó de porteador en la fábrica, pero nunca lo contrataron. Acumuló delitos hasta que lo encerraron. Tiene para largo: tráfico de drogas, violación, intento de homicidio. Además, es un chivato asqueroso. Todo lo sabe y todo lo cuenta si le conviene.

—¿Crees que tuvo que ver? —preguntó Hugo.

—Apuesto el pescuezo a que sabe algo. Le va ese rollo violento.

—¿Cómo se llama tu amigo?

El Choco sacó un taburete de debajo de la mesa de la cocina. Abrió la puerta del fregadero, donde guardaba una botella de lejía y otra de *whisky* DYC. Tomó esta última, se sentó en el taburete y colocó los morros como un niño sorbiendo del gollete a palo seco. Se limpió la boca con la muñeca desnuda:

—Eso va a costar otro billete de cincuenta.

Capítulo 27

El vehículo de Hugo se deslizó entre campos de algodón hacia el interior de la provincia hasta casi rozar la campiña jerezana. Las fincas se perdían en el horizonte, sobre unos ásperos llanos de tierra albariza que alternaban vid, remolacha y girasol. El aire era tan seco que el mar parecía estar a miles de kilómetros. Cada finca la salpicaba un bello caserío blanco de construcción sencilla. Las viñas traían buenas noticias, pensó Hugo. Habría que probar unos caldos.

—Es tarde —dijo—. Tengo hambre.

Sonaba un recopilatorio con rarezas de Led Zeppelin. Entre los llanos de la campiña se alzaba un minarete gigantesco, un Polifemo expectante a cuyo ojo no escapaba ningún ser humano. Decían que desde la torre de vigilancia del centro penitenciario de El Puerto de Santa María se divisaba la campiña, la sierra y el mar. Algunos ingenuos aseguraban que incluso se avistaba África los días despejados.

—Entre la música y tu estómago me estás dando el viaje —replicó Candela—. A ver si nos dicen pronto la hora de la entrevista.

—Me da igual la hora. Somos policías y entramos cuando queremos. No es una visita familiar. Antes vamos a comer.

—Normalmente corren el rumor de que entrarán unos parientes. Nunca dicen que son policías. Deberíamos pasar con el resto de las visitas para no levantar sospechas.

—Pues que digan que somos abogados y que cerramos el bufete a las dos.

—Tú no tienes pinta de abogado, Monforte.

Hugo detuvo el coche en una pequeña explanada de tierra cerca de la prisión.

—Tengo hambre —insistió.

Allí se alzaba un restaurante de carretera cuyo rótulo rezaba Venta El Cepo. Los acomodaron junto a una ventana desde la que se divisaba la torre de vigilancia en un mar de girasoles. No había demasiada gente y el camarero los atendió de inmediato. Un joven moreno muy simpático con pantalón negro y camisa blanca de mangas cortas. Les entregó una carta a cada uno:

—Además de esto, tenemos caracoles y rabo de toro.

Candela miraba el menú por delante y por detrás. Fruncía el ceño y arrugaba la nariz.

—Pues yo tomaré caracoles —dijo Hugo—. De beber, una copa de fino, por favor.

Candela pidió su tradicional filete con patatas y una Coca-Cola. Sobre la mesa había un díptico con el horario de procesiones de la pasada Semana Santa. La portada era una enorme bandera de España. La inspectora le echó un vistazo.

—A qué sitio me has traído, Monforte.

El móvil de Candela sonó. Lo consultó y alzó las cejas, sonriendo al inspector:

—Hemos tenido suerte. Solicité hace una hora de urgencia la autorización a Instituciones Penitenciarias. Acaba de llegar.

—Las veces que he entrado en la cárcel no ha habido ningún problema.

—El amigo del Choco se ha hecho rogar. Mientras no dé su consentimiento no podemos entrar a verle.

—Ese se ha tomado su tiempo para pedir algo a cambio.

Candela lo miró absorta durante unos segundos. De primeras no pareció entender las palabras de Hugo. Entonces replicó indignada:

—¿Vamos a colaborar en la reducción de condena de un violador? No me jodas, Monforte.

—Espero que obtengamos algo de él. No me hace demasiada gracia visitar una cárcel.

Frente a la cara de Hugo aterrizó un vasito de cristal lleno de pequeños caracoles. Los empezó a chupar uno a uno mientras intercalaba sorbos de fino. La mezcla de vino, laurel e hinojo le supo

a campo y a gloria. Candela lo miraba con asco, entrecerrando los ojos a cada sorbo de caracol:

—No creo que visitar la cárcel sea peor que esto.

Capítulo 28

El amigo del Choco se llamaba Luis Román. Era un hombre joven, de entrecejo tupido y cara rajada. Los esperaba en una de las salas de comunicación vis a vis familiar. Era la primera vez que Hugo disfrutaba de tal privilegio. Él solo conocía los locutorios convencionales separados por un cristal. De aquella manera, pensó, quizá el preso se mostraría más colaborador. No podía sacar nada malo de aquel encuentro. En todo caso, volver con las manos vacías.

—Buenas tardes —dijo Candela.

Al aproximarse al recluso, Hugo comprobó que la sala de vis a vis resultaba un desacierto. Tal amplitud daba facilidades a Román para contemplar la figura de la inspectora sentada en la silla. Sus rodillas le llamaron de tal modo la atención que ignoró por completo la mano tendida de Hugo. El recluso marcó distancias respondiendo al saludo con un gruñido.

—Hola, Luis —dijo Monforte.

El inspector había pronunciado las primeras palabras que ascendieron a su cabeza. Le hubiera gustado que todo fuera un guion minucioso fraguado gracias a su experiencia, pero la verdad era que no recordaba una sola vez que se hubiese entrevistado con un informador en la cárcel y luego el soplo hubiera ayudado lo más mínimo. Revivía sobre todo el caso de las tragaperras coreanas. Habían recibido un chivatazo sobre una operación orquestada por un mafioso chino que pretendía introducir heroína en España a una escala sin precedentes. Se trataba de una nueva técnica mediante la cual se solidificaba la droga en planchas de un polímero parecido al plástico endurecido. Con estas planchas habían elaborado las armaduras de unas máquinas tragaperras fabricadas en Corea y

destinadas a la cadena de casinos más lujosa del país. Finalmente, la heroína logró entrar sin ser interceptada, dado que las tragaperras estaban limpias y la droga se encontraba camuflada en los palés de plástico sobre los que viajaron las máquinas. Descubrieron restos al desmontarlos meses después. A aquellas alturas, el chivato ya disfrutaba no solo de una sustanciosa reducción de condena, sino de la visita semanal durante tres meses de una prostituta a su elección pagada con fondos reservados del Ministerio del Interior.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Hugo.

Los inspectores habían revisado el historial delictivo de Luis Román. Como había dicho el Choco, el tal Luis era un elemento de cuidado. Las tres parejas que tuvo le denunciaron por malos tratos. La última, además, por intento de homicidio. Román le asestó una puñalada en el cuello con un cuchillo de cocina. La mujer salvó la vida de milagro. Cuando Luis se drogaba y bebía, cosa bastante frecuente, acudía en solitario a la discoteca de moda con intención de llevarse a alguna chica a la cama, cosa que nunca conseguía porque era feo y maleducado. Para resarcirse acabó en dos ocasiones violando al objeto de sus deseos. A la segunda víctima le dio tal paliza que la chica permaneció meses en la unidad de cuidados intensivos. Era muy peligroso toparse por la calle con Luis Román si previamente se había metido tres o cuatro rayas.

—No estoy mal —dijo el recluso—. ¿Sois policías?

Román vestía un chándal limpio y chanclas de playa. Mostraba barba de varios días y ojeras de varios años. Se rascaba el cuello con insistencia en lo que parecía un tic nervioso.

—Yo soy el inspector Monforte y ella es la inspectora Martín. ¿Te tratan bien aquí?

—Los funcionarios no son mala gente. Chiquillos que no quieren problemas. Hay que mimarlos. Lo peor son los presos. Unos hijos de puta.

—¿Te has vuelto a meter algo? —Hugo llevaba la iniciativa en la conversación mientras Candela callaba.

—Estoy limpio —contestó Román levantando las palmas de las manos—. Hacedme unos análisis y lo comprobaréis. En el patio hago

mi gimnasia y desayuno sano. Se acabó meterme mierda cada fin de semana.

Esto último lo dijo Román mostrando una amplia sonrisa a Candela, quien guardaba la compostura como buena profesional. Hugo intuyó un volcán bajo la delicada piel de la inspectora. No todos los días tenía oportunidad de entrevistarse con un violador.

—Verás, Luis —comentó Hugo—. Venimos porque sabemos que estuviste trabajando en una conservera de pescado. ¿No es así?

Román arrugó el entrecejo. Pareció sorprenderse de que fuera ese el motivo de la visita:

—De aquello hace mucho tiempo. Solo echaba una mano porteando cajas de pescado. Lo dejé porque pagaban una mierda y sacaba mucho más dinero con el hachís.

—Luis —susurró el inspector—, han matado a dos trabajadoras de la fábrica.

El recluso no pestañeó. Por el contrario, en su rostro solo se reflejó una tremenda indiferencia.

—¿Tenéis un cigarro?

—Aquí no se puede fumar —dijo Candela.

Hugo la miró haciendo un leve gesto con la cabeza. La inspectora sacó un cigarrillo y se lo tendió a Román con su encendedor.

—¿A quiénes han matado?

—Aurora Fernández y Lucía Pascual —contestó la inspectora.

El recluso dio una larga calada al cigarro y habló muy despacio:

—Esas eran unas putas. Se meterían en algún lío.

Los inspectores cruzaron una mirada. Luis prosiguió su breve discurso:

—En realidad, todas lo eran, pero estas dos más que ninguna. ¿Habéis tenido que llegar hasta aquí para que os lo cuenten?

—Háblanos —dijo Monforte.

—Las dos se acostaban con un traficante de atunes con el que estaban compinchadas.

—¿Traficante de atunes? —Hugo se rio.

—Un atún puede costar en la calle más de diez mil euros —continuó el recluso—. Este tío robaba un atún de la almadraba, volaba en su lancha rápida, lo vendía en el mercado negro y se

ponía las botas. Es un negocio menos rentable que la droga, pero si te pillan no te meten media vida en la cárcel. Estuvo un tiempo liado con Aurora, quien le ayudaba a cazarlo. Ella conocía muy bien el funcionamiento de la almadraba y lo tenía al tanto de todo. Cuando se peleó con Aurora se lio con Lucía, pero con las mismas intenciones.

—¿Cómo se llama? —preguntó Hugo.

—Nunca supe su nombre real. Yo lo conocía porque le pasaba hachís. De mis clientes prefiero no averiguar mucho. Él se hacía llamar el Califa.

—¿No sabes tampoco dónde localizarlo?

—Este se cubre bien las espaldas. Vive en Marruecos. En cuanto caza un bicho escapa a su refugio moruno y allí hace sus cuentas.

La cosa se complicaba, pensó Hugo. Tras la chapuza de Gibraltar no se podían arriesgar a actuar fuera del territorio español. Recurrir a la Interpol suponía perder el control sobre el caso. Aun así, no tenía suficiente material para una orden de busca y captura. Tan solo el testimonio de un traficante.

—¿Cómo sabemos que lo que estás contando no es una patraña para que te reduzcan la condena? —inquirió Candela.

—Busquen al Califa y pregúntenle —susurró Luis Román apurando la última calada—. Luego hablen con el fiscal y redúzcanme la puñetera condena.

Capítulo 29

Aquella noche, Cruz había vuelto a cocinar para los dos. Decidieron reunirse de nuevo en casa del inspector.

—Estás muy serio, Hugo. Este pescado requiere mejor cara.

Sobre la mesa descansaba un bacalao al pilpil como jamás Monforte había olido. El anciano le dio el punto exacto a la salsa. Hugo abrió para la ocasión un viura blanco de Rioja pálido como el cielo de Cádiz. El sonido del tapón y los aromas del descorche le pusieron de buen humor, pero no por demasiado tiempo.

—Este plato es vasco —dijo.

—Mi estómago no tiene patria —replicó Cruz—. He recorrido medio mundo gracias a mi trabajo. Me he encontrado gente muy buena, gente muy mala y luego auténticos cabrones. Pero la comida nunca defrauda. Donde quiera que vayas siempre encuentras una pobre señora viuda con dos guerras a sus espaldas y el monedero vacío, pero con la capacidad sobrenatural de cocinar auténticas delicias elaboradas a partir de la nada. El hambre agudiza el ingenio, como dicen.

—¿Estuviste también en el País Vasco?

—Y me traje lo mejor. El marmitako, los pinchos, este bacalao.

Aquellas comidas las conocía Hugo de primera mano. Su abuela se atrevía con cualquier plato, y no digamos con el pescado. La conversación le trajo recuerdos. La mirada se le volvió triste.

—¿Todo bien en el trabajo? —preguntó el anciano.

—Comamos.

Durante las anteriores citas, Hugo había procurado no desaprovechar los conocimientos de Cruz en materia marinera. Archivaba cada dato en su cabeza para aplicarlo con posterioridad

en la investigación. Se interesaba como lo haría cualquier curioso, sonsacando anécdotas y secretos de la vida cotidiana de aquellos hombres que salían a jugarse la piel para que los demás disfrutaran de los alimentos que ofrecía el mar.

—Me gustaría echarte un capote —comentó Cruz—. Pero no sé en qué puede ayudar un viejo marinero a todo un inspector de Policía.

—Más de lo que piensas. Una hora de conversación contigo equivale a una semana de psicólogo.

—A mí eso me parece una patraña. Eres joven. Te buscas una mujer guapa y te la follas. Yo hace décadas que no acudo al médico; y no digamos a un psicólogo.

—¿Cuál es tu secreto?

Cruz se abrió la camisa dejando al descubierto una débil mata de pelo banco. De su cuello colgaba una cadena de plata con un número indeterminado de pequeños tesoros. Señaló lo que parecía ser la osamenta ovalada de algún animal marino engarzada en una estructura también de plata.

—¿Es un amuleto?

—Un hueso de corvina —sonrió el anciano—. Un otolito. Lo cura todo. El dolor de cabeza, la depresión, la impotencia, los malos espíritus.

Hugo comenzó a reírse. Le encantaba escuchar las viejas historias del marinero. Era tal su convicción que Hugo se creía todos sus relatos a pies juntillas. O le gustaba creérselos.

—No se ría, inspector —prosiguió—. Esto ya lo usaban aquí los fenicios hace tres mil años y nunca ha fallado. No se le conocen efectos secundarios; a diferencia de las pastillas que te receta el médico, que la mitad te atontan o impiden que la picha se te levante.

—Lo mío no tiene cura.

—Para lo tuyo tengo otra cosa. —Cruz sujetó entre los dedos otro objeto blanco de su cadena.

—¿Eso es un colmillo de tiburón? —dijo Monforte observando el colgante.

—Aquí no tenemos tiburones. Lo más parecido es el marrajo, un poco más pequeño, pero que cuando se siente acorralado puede ser

muy peligroso. El filete de marrajo a la plancha está exquisito, aunque mi madre lo odiaba. Decía que se comía los cadáveres de los marineros.

Hugo no había oído en su vida hablar de los marrajos. Observó cómo desaparecía la sonrisa del viejo, que continuó conversando de manera pausada sosteniendo la copa de viura:

—En una de mis salidas a Marruecos tuvimos que enfrentarnos a un temporal de miedo. De esto hace por lo menos cincuenta años. Entonces no había manera de esquivar el mal tiempo. No existían los satélites que ahora te previenen de un temporal. Salías a la mar a pecho descubierto. Pues te digo, aquel día nos pilló un viento del demonio en pleno océano. No había posibilidad de regresar. Debíamos continuar hasta nuestro destino. Pero tampoco podíamos darle toda la potencia necesaria al motor para salir rápido del temporal, dado que navegábamos contra las olas y las sacudidas podían romper el casco. En una de estas me vi obligado a salir del puente de mando porque la puerta de la bodega se había abierto y el agua entraba en el barco como un torrente. Corrí, la cerré y al volver salí volando. Quiero decir, que una ola me empujó a traición desde atrás y de repente me vi elevado por los aires. La ola me acarreó consigo. Pero, amigo, todo lo que sube baja, y fue tal el golpe de la cresta contra el mar que me arrastró hacia las profundidades del abismo. Tuvo que empujarme a, qué sé yo, veinte o treinta metros de profundidad. A todo esto no sabía si mis compañeros me habían visto caer. Intenté recuperar la orientación. Era imposible apreciar si estaba bocarriba o bocabajo. De repente allí lo vi. Permanecía agazapado en el fondo, a cubierto del temporal. Yo había invadido su casa, su familia. Era un intruso y ya estaba condenado. Es casi imposible que un marrajo ataque a un hombre; sin embargo, aquella vez me tocó a mí. El temporal había trastornado la sesera de aquel bicho. No era muy grande. Unos dos metros. Me enseñaba los colmillos con objeto de espantarme, pero yo no podía reaccionar. No sabía hacia dónde debía nadar. Comenzó a rodearme, a aparecer y desaparecer. Yo lo buscaba para intentar esquivarlo si era posible.

»De repente sentí un dolor tremendo. —Cruz se levantó la camisa y enseñó a Hugo la barriga. La atravesaba de izquierda a derecha una enorme cicatriz—. Me había mordido, aunque sin afectar a ningún órgano vital. No perdí el conocimiento. Me armé de valor para conservar la vida. En el cinturón siempre portaba un machete destinado a cortar pescado o redes. Pues saqué fuerzas y le asesté una cuchillada en un ojo y otra en las branquias. Salí a la superficie como pude y sentí mi cuerpo enmarañado en una red. Los compañeros no habían tenido mejor idea que lanzar unas artes para cazarme en vez de un cabo. Me auparon a mí, pero también al marrajo malherido, al que dejamos colgado de la borda hasta que pasó el temporal. Una vez que llegamos a puerto me llevaron al hospital en muy mal estado. Perdí mucha sangre. Pero aquí estoy, vivo y coleando. Aquel bicho murió atado a las redes y como luego lo congelaron me lo comí a mi salida del hospital. Bueno, nos lo comimos entre varias decenas de marineros. Yo me quedé de recuerdo este colmillo.

La historia se debatía entre la realidad y el mito, pero Hugo escuchaba con fascinación.

—Te atacó un monstruo de las profundidades.

Cruz era un trovador de los siete mares. Un poeta culinario. El sabio de la tribu que relataba las leyendas a los niños:

—No. Me atacó un demonio. ¿Sabes si hay algún nombre para los demonios del mar?

—Pues creo que sí —hizo memoria el inspector—. En la Biblia hablan de él. Lo llaman Leviatán.

—Te hace falta un hueso de corvina o un colmillo de marrajo. —Cruz señaló a Hugo con el dedo índice—. Cualquiera de los dos te arregla esa cara.

—Me conformo con tu bacalao.

—Sé lo que te ocurre. Buscas a tu Leviatán, pero estás muerto de miedo. Intentas cazar al demonio y no logras encontrarlo. Aparece y desaparece. Escucha lo que te digo. —Cruz se acercó a Hugo, quien sintió en su cara el aliento cálido de un padre—. No debes cejar en el empeño. Mátalo antes de que te devore.

El anciano se quitó el colmillo y lo depositó en la mano de Hugo, quien lo rechazó.

—Guárdalo, amigo —susurró Monforte—. Cuando cace al demonio me lo das como premio.

Capítulo 30

Hugo se levantó antes del alba. Abrió la ventana, contempló la negra madrugada y regresó a la cama sin poder conciliar de nuevo el sueño. Conectó el ordenador y comenzó a teclear con vehemencia. Debía aprovechar cada hora muerta. Tras la información suministrada por el recluso se veía en la obligación de volver a repasar el perfil de cada trabajador. Intentó verificar el robo de aquellos atunes llevado a cabo por el famoso Califa. Debía coordinarse cuanto antes con Candela para darle caza. Si era cierto que había mantenido una relación íntima con las dos víctimas, eso lo convertía en el principal sospechoso.

Se sirvió una taza de café y untó la clásica tostada con manteca. Del tarro solo quedaban unas pequeñas vetas al fondo. Necesitaba hacer otra visita a la gruesa tendera de labios perfilados.

De repente, el móvil vibró en el silencio de la noche. Quizá era Candela con una nueva instrucción del comisario; o podía ser su exmujer pretendiendo un acuerdo imposible. Se tragó el último trozo de pan sin untar y cogió el móvil. Al examinarlo se quedó desconcertado.

Hola, ¿te acuerdas de mí?

Era un mensaje de número desconocido. No se mostraba foto alguna. Supuso que era publicidad. Se dispuso a bloquear al remitente, pero un nuevo mensaje surgió bajo el primero.

Soy Laura.

No tenía ni la más remota idea de quién era Laura. Hugo trató de ser educado, pese al mal humor de la mañana:

Creo que te has equivocado. No conozco a ninguna Laura.

¿Seguro?

Apareció en pantalla una foto. Era una chica joven, morena, de ojos profundos y enormes. La reconoció al instante. Se trataba de la amiga de Candela, la camarera que los había atendido hacía unos días. Hugo contestó preocupado:

¿Te ocurre algo? ¿Está bien Candela?

Todo en orden. Candela duerme. Ella me dio tu número y apareces en la *app* como activo. Me resultó raro a estas horas.

No había mirado con atención la foto. La amplió con los dedos. La chica aparecía tendida en su cama con muy poca luz, pero también con muy poca ropa. Quizá suficiente en una noche de primavera, aunque no para mostrarse ante un recién conocido. Una camiseta minúscula y un pantalón de pijama que más bien parecía un bikini. ¿Qué le importaba a aquella chica si él dormía o bailaba? Y, sobre todo, ¿qué interés podía tener en un hombre que la doblaba en años? Monforte pensó que quizá no debía subestimarse tanto.

Yo no he dormido en toda la noche, Hugo. Volví tarde de copas y el calor me desveló. No pude conciliar el sueño.

Monforte recelaba de que continuar la conversación fuera lo bastante seguro. Y por seguro se refería a su salud mental y emocional. La chica era bellísima y en el fervor de la noche se había acordado de él, no de otro. Hugo se recreó de nuevo en la fotografía. Tomada con un claro atisbo de improvisación, pero bajo la cual subyacía una planificación metódica fruto de años de entrenamiento en el dogma *zoomer.* Hugo sintió una excitación inusual. Lo prohibido trajo consigo un sofoco aventurado poco apropiado para un señor maduro. Escribió unas palabras y apagó el móvil.

Te tengo que dejar, Laura. Buenas noches.

Aquello no había manera de extinguirlo. No podía borrar de su mente la imagen de la chica. Necesitaba tomar medidas drásticas.

Se vistió con ropa deportiva y se lanzó a la calle.

Comenzó a correr en plena noche. Aunque no era buen atleta. No debía realizar ningún esfuerzo estúpido que le provocara una lesión. Comenzó un trote suave y recorrió las calles oscuras de La Viña. La ciudad dormía y algunos bares entreabrían sus puertas para servir los primeros cafés. Recorrió la playa de la Caleta, cuya penumbra se derramaba sobre las olas tranquilas. El trote se hizo carrera y

prosiguió bordeando la ciudad por el paseo marítimo, donde el primer atisbo de luz natural le salpicó el rostro. La catedral, bello edificio barroco al borde del mar, reflejó los primeros rayos del sol. Para cuando pisó la arena de Santa María del Mar, el astro rey lucía sobre el horizonte y el corazón se le salía por la boca. Se detuvo a hacer estiramientos frente a la orilla, pero el cuerpo le pedía vomitar hiel. De la excitación, gracias a Dios, no quedaba ni rastro.

—Monforte.

Oyó su nombre en la lejanía. Un débil murmullo borrado por la brisa matinal. Distinguió en la distancia la silueta de una mujer que corría. Levantaba el brazo con insistencia y pronunciaba su nombre a gritos. Cuando la tuvo más cerca identificó a Candela. Vestía mallas de correr y una camiseta muy ajustada. A cada zancada se avivaban los músculos tonificados de gemelos, muslos, espalda y brazos. Al llegar a su altura se detuvo a descansar sin mostrar la más mínima señal de agotamiento.

—Al fin decidiste venir a correr —dijo Candela—. ¿A qué se debe?

—Si te lo contara no me creerías.

El inspector se desplomó jadeando como un toro. La arena fresca de la mañana calmó el ardor que le recorría el cuerpo. Observó en el cielo un mar azul sobre el que navegaban unas nubes de algodón en forma de pequeños veleros fugaces. Los pesqueros en los que faenaba Cruz durante su juventud. La lancha rápida que pilotaba el Califa.

—Hay que echar un vistazo a esos atunes —comentó Hugo.

—¿Te crees la patraña de Román?

—Es una historia bastante creíble. Tendremos que cerciorarnos preguntando a los pescadores. Mañana buscamos un barco.

Hugo se levantó como un anciano. Se mantuvo unos segundos a cuatro patas y estiró las piernas hasta incorporarse. Todo le daba vueltas. Mantener el equilibrio no le resultó fácil.

—Monforte —rio Candela tendiéndole la mano—, estás hecho una pena.

Capítulo 31

El mar los esperaba impaciente. Era la primera vez que Hugo se adentraba en la inmensidad del Atlántico a bordo de una embarcación tan pequeña. Pretendían ser discretos, así que el inspector hizo buen uso de su amistad con Cruz. El viejo marinero les había buscado un contacto en el puerto de Barbate: Cosano, un pescador parado que se ganaba la vida como podía. Allá fueron a bordo del Virgen de la Merced, meciéndose sobre una suave marejadilla que Hugo miraba con desconfianza. Se alejaron tres millas de la costa. Hacia el sur, el horizonte era una línea perfecta en la que no se atisbaba sombra que deslustrara el azul brillante. Hacia el norte, los acantilados se levantaban como un muro infranqueable sobre el cual los pinares luchaban a capa y espada contra la invasión de piratas ingleses. Mirando a levante localizaron un grupo de embarcaciones que trabajaban en la almadraba. Allí se encontraba su destino.

A Hugo no le gustaba el agua, pero aquel era un caso de fuerza mayor. No estaba dispuesto a hacer el ridículo y había ingerido de incógnito dos Biodraminas antes de montarse en el barco. Se agarró a la borda sentado en popa. Candela navegaba en proa, con los brazos en jarra y la faz al viento. No había océano que la parase.

—Es Marcial —dijo cuando se acercaron.

La inspectora señaló al técnico de la fábrica lanzando a Hugo una amplia sonrisa. Tres barcos se agrupaban en la zona de la almadraba. Los operarios eran hombres robustos y valientes que vestían pantalón impermeable naranja hasta el pecho. Cosano habló con voz grave:

—Están revisando la almadraba.

Sobre la superficie del mar se distinguían unos senderos mágicos señalizados con boyas, de las cuales caían como cortinas hasta el fondo marino unas redes de abertura enorme donde en los próximos días solo se quedarían atrapados los atunes más grandes. Todo era un laberinto de múltiples anclas entrecruzadas. Un arte tan milenario como complejo. Hugo intentó distinguir la almadraba bajo las aguas, pero estas permanecían tupidas. Un verde oceánico y salvaje propio del golfo de Cádiz.

—Vamos a subir —dijo Candela.

El marinero acercó su barco al de Marcial, echó el ancla y pudieron saltar sin esfuerzo. Cosano comenzó a fumarse un Ducados y se desentendió de ellos.

—Buenos días —saludó Hugo, cordial.

Marcial atendía con diligencia sus labores de inspección verificando el estado de la almadraba. Los recibió con cierta frialdad. Candela le estampó dos besos.

—¿Qué tal la faena, Marcial?

—No me quejo. Apenas hace viento o mar de fondo. Se trabaja tranquilo.

Marcial era tímido, aunque audaz. Parecía desenvolverse con soltura tanto en tierra como en alta mar. Pero Hugo sospechaba quién helaba la sonrisa del joven.

—¿Sabe el señor Parraverde que están aquí? —preguntó Marcial.

Los inspectores se miraron. El silencio ocupó la cubierta. La brisa aulló débil entre las escotillas del barco.

—No necesitamos pedir permiso a nadie —agregó el inspector.

—Bueno, sí para subir a este barco —dijo Marcial con firmeza, agarrándose el peto impermeable—. Es una propiedad privada, y necesitan orden judicial.

—¿Nos estás echando? —preguntó Candela—. Pero si ya nos has dejado subir.

Hugo volvió la vista hacia el barco en el que habían venido. Cosano identificó una señal previamente acordada. Arrojó el Ducados por la borda, levó el ancla y arrancó el motor, escapando como alma que lleva el diablo.

—Parece que no podemos irnos —sonrió Candela.

—Por favor, no quiero líos —replicó Marcial con evidente preocupación.

—Venimos a ayudar —agregó la inspectora—. ¿Tienes un pantalón de sobra?

Hugo se echó a reír. A Candela no le faltaban arrestos para vestirse el traje de faena.

—No te va a ocurrir nada, Marcial —susurró el inspector—. Te advierto que obstaculizar a la justicia sí que tiene malas consecuencias.

—No los puedo ayudar en nada.

—Seguro que sí.

Marcial atendió a los policías en la proa del barco, mientras los operarios trabajaban la almadraba a unos metros en la misma cubierta. No parecían percatarse de lo que estaba ocurriendo. Hugo se asomó al puente de mando y comenzó a curiosear. Se acercó a los marineros que instalaban las redes.

—¿Han entrado ya atunes en la almadraba? —preguntó.

—Algunos hay —contestó Marcial.

El complejo laberinto había cumplido su función atrapando entre los muros algunos suculentos ejemplares. Hugo se imaginó a los animales tan tranquilos, paseando ante las enormes calles que formaban las redes, devorando camarones y conversando con otros congéneres acerca de la monotonía de sus vidas, sin reparar en la trampa mortal que habitaban.

Hugo observó durante largo rato el agua asomado a la borda. Luego se volvió de nuevo a Marcial:

—¿Alguna vez os han robado un atún?

El rostro del joven se torció:

—¿Han venido por eso?

—Ya hemos dicho que estamos aquí para ayudar —dijo Monforte.

Se hizo un largo silencio que rompió el técnico con cierta desconfianza:

—Si a lo que se refiere es si roban atunes de la propia almadraba, alguna vez que otra ha ocurrido. Más de las deseables. He visto de todo.

—¿Siempre ocurre de la misma manera?

—Las que yo he conocido sí. Nos han fastidiado bastante. Un buzo baja en plena oscuridad y corta las redes. Atrae al atún con comida, le pega un arponazo y se lo lleva. Nunca llegamos a verlo. Sabe a las horas que puede actuar.

Los operarios que estaban montando la almadraba comenzaron a vocear. Habían avistado algo en el agua.

—Ya sube el buzo —dijo Marcial.

Varios marineros se arremolinaron en torno a la escala para ayudar al operario que inspeccionaba la almadraba veinte metros bajo la superficie. Del agua emergió una elegante figura revestida de neopreno turquesa. Parecía una mujer. Subió la escala y saltó a la cubierta con la agilidad de una gacela. Se quitó la máscara de buceo. Hugo reconoció el rostro empapado y espléndido de Teresa Martínez.

—Te conozco —dijo la mujer.

Ella se sacudió los cabellos mojados con la soltura propia de quien trabaja duro bajo el agua para luego hacerse un moño de flamenca y reírse del mundo.

—Es el inspector que investiga la muerte de Aurora y Lucía —aclaró Marcial.

—No —replicó Teresa—, es el maleducado que me dejó tirada en la feria.

Hugo había olvidado por completo aquel episodio. Los golpes del Choco le causaron tal conmoción que borraron de su mente muchos detalles. Teresa se abrió ligeramente la cremallera del neopreno. Una cadena dorada brilló en su cuello.

—No te quitas la gargantilla ni para bucear —dijo Monforte.

—Sabes que me encanta el oro —contestó muy seria.

—¿Vienes de hacerle otro reportaje al mero?

—Teresa antes muerta que revelar dónde toma las fotos —interrumpió Marcial, riéndose.

—Siento mucho lo ocurrido en la feria. —Hugo procuraba disculparse de alguna manera, aunque sabía que poco arreglo tenía aquello—. Me pegó tu novio.

Teresa apenas lo miró, abstraída en secarse el pelo con una toalla:

—Yo no tengo novio.

Arrojó la toalla mojada a Hugo, quien la recibió inesperada como un balón de fútbol. Olía al mismo perfume que aquella noche en la feria. Un aroma embriagador que las saladas aguas del Atlántico eran incapaces de borrar.

—¿Quieres decir que no conoces al Choco? —preguntó.

—Quiero decir que no es mi novio. Vale, sí, ese fumeta me gustaba y me lo tiré varias veces. Pero era un cateto de narices; y, como has podido comprobar, un violento.

—De todas maneras, espero que aceptes mis disculpas.

—No me perdí gran cosa aquella noche, creo. Por cierto, ¿cómo va la investigación?

—Por ahora nada —mintió Hugo.

—No me fío de vosotros. ¿Tendré que echaros una mano?

—Estoy abierto a cualquier propuesta.

Teresa recibió con desaire el comentario del inspector:

—Con vuestro permiso, voy a cambiarme.

Desapareció bajo la cubierta, llevándose consigo el esplendor que había iluminado por momentos aquel barco.

—Discúlpenla —dijo Marcial—, llevamos varios días trabajando sin parar y debe de estar agotada. Es difícil pillarla de buen humor.

—¿No tenéis más buzos en la empresa? —preguntó Candela.

—Sí, pero ninguno como Teresa. Ella se conoce estos fondos a la perfección. Siempre intentamos que sea la que inspeccione los trabajos.

—Deberíais disponer de un sistema de vigilancia para evitar esos robos —agregó Hugo.

—Todo se realiza en plena oscuridad, de madrugada. Antes de que nos demos cuenta, el atún ya está despedazado y vendido. Técnicamente no se produce ningún robo. El pescado se encuentra en el mar. Solo podríamos denunciar los desperfectos en la red. Habría que disponer de un equipo de personas dedicado en exclusiva a eso. No merece la pena. Tenemos mucho trabajo cuando llega la temporada.

—¿Qué te parece si somos nosotros los que vigilamos? —dijo la inspectora.

Los mofletes de Marcial se enrojecieron:

—Debería pedir autorización.

—Entiendo que le tengas cariño a tu jefe —observó Monforte—. Pero te va a salpicar. Mejor dicho, te vas a caer con todo el equipo.

—El señor Parraverde no tiene nada que ver con los crímenes —Marcial alzó las cejas—. Es un buen hombre.

—Seguro —ironizó Candela.

La inspectora susurraba desde atrás buscando la complicidad de Monforte. Tomó de la mano al chico, arrastrándolo hacia la intimidad de popa. Hugo contempló los labios carnosos y seductores de Candela embrujando a Marcial mediante buenas palabras. Mantuvieron una larga charla a distancia prudencial. Finalmente, ella regresó exultante junto a Hugo, dejando al joven apoyado en la borda mientras observaba el horizonte:

—Me pregunta qué tiene que hacer.

Capítulo 32

Los inspectores eran conscientes de que Antonio Redondo jamás les facilitaría una embarcación rápida para dar caza al famoso Califa. La historia no convencía ni al propio Monforte, así que aún menos al comisario, quien desconfiaba mucho de ellos tras la desventura gibraltareña. Las conjeturas de Hugo eran muy arriesgadas. No sabía en realidad si los robos habían sido llevados a cabo por el hombre al que buscaban. El comisario dijo que su cometido allí era localizar a un asesino, no solucionar robos de peces. Aun así, le permitió permanecer en la costa cerca de la almadraba durante algunos días. Los suficientes para que se diera cuenta de que aquello era una locura y volviera avergonzado. Hugo confiaba en su instinto. Candela le seguía el juego. Convencieron a Marcial, quien los ayudó a localizar una lancha rápida semirrígida de alquiler.

La misma tarde que el trabajador consiguió la embarcación apareció esgrimiendo una carpeta con documentos en la mano y una sonrisa en la cara.

—Creo que esto os va a interesar.

Marcial extrajo una de las hojas y la mostró a los inspectores:

—Esto es un registro de atunes automatizado llevado a cabo por la fábrica. Todos los que han entrado desde que instalaron la almadraba esta temporada y permanecen todavía atrapados. Cada ejemplar está numerado y se acompaña de diferentes datos, como la fecha de entrada, el tamaño, peso aproximado y sector de la almadraba. Se trata de información muy valiosa para el negocio.

—¿Y esto de qué nos puede servir? —preguntó Monforte.

—El propio sistema de seguimiento detecta cuando falta un ejemplar y lo da de baja del inventario. Todos estos con asterisco a

la derecha han desaparecido.

—¿Quieres decir que los han robado? —dijo Hugo.

—En efecto.

Los inspectores se miraron. Era un punto de partida excelente para comenzar a investigar.

—Puede que haya algún criterio que distinga a estos atunes de los demás —agregó Monforte.

—Pues claro que lo hay —exclamó Candela—. ¿No ves que son los de mayor peso?

Hugo miró la lista de arriba abajo. La inspectora tenía razón. Casi siempre faltaba el ejemplar más generoso. Todo aquel que superaba los doscientos kilos. Cuando entraba una pieza de peso excepcional, al día siguiente desaparecía.

—¿Cómo puede saber el ladrón cuál es de mayor peso? —se preguntó Hugo en voz alta.

—Alguien de la conservera está compinchado —afirmó Candela—. Un cómplice.

—O alguien que quiere joder a Parraverde —agregó el inspector.

Candela miró el papel por delante y por detrás, agitándolo en el aire:

—¿La lista está actualizada?

—A día de ayer —contestó Marcial.

Monforte recorrió con su dedo el papel. Se detuvo en una línea. Un nuevo ejemplar que había entrado el día anterior.

—¿Doscientos cincuenta kilos son muchos kilos? —preguntó.

—Eso es un ejemplar nada común —aclaró Marcial—. Un gigante.

—Pues esta noche va a ser —agregó Monforte con seguridad—, mañana como mucho. Tomemos nota del sector de la almadraba.

Candela le miró de reojo, burlándose de su imprevista fe. Alzó las cejas y ojeó de nuevo el documento:

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—El comisario nos ha dado de plazo solo este fin de semana. Si no obtenemos resultados, el lunes debemos presentarnos en Cádiz y seguir con las pistas oficiales. Esta noche haremos la primera guardia.

Candela lo miró extrañada:

—¿Insinúas que vamos a dormir todo el fin de semana sobre la arena de la playa?

—Tranquila. He alquilado una habitación turística frente a la almadraba. Nos turnaremos para descansar.

Monforte les mostró el lugar. El apartamento era más bien una chabola. Una vivienda ilegal frente a la playa. Instó a Marcial a varar allí la lancha rápida.

El atardecer descendió con cautela sobre las aguas y más tarde cubrió la minúscula azotea donde se habían reunido Candela, Hugo y Marcial. La almadraba era visible a simple vista, aunque se hundió en la oscuridad tras la puesta de sol.

—No se ve absolutamente nada —dijo Hugo.

Candela abrió una pequeña mochila que portaba al hombro. De su interior sacó material de equipamiento especial. Arma corta, casco balístico, chaleco. Sacó unos prismáticos y se los pasó a Monforte.

—¿Todo esto te lo ha conseguido el comisario? —preguntó el inspector.

—El comisario no sabrá ni que existe.

—Yo también tengo unos prismáticos —dijo Marcial.

—Estos tienen visión nocturna —replicó Candela.

Monforte probó el aparato observando el horizonte. Los prismáticos eran una maravilla. En plena noche se distinguía con nitidez la sinuosidad de las olas en un verde brillante:

—Nos está echando una buena mano el novio geo.

—Ya me estás cansando con tus mierdas —replicó Candela—. Lo que tienes que hacer es contarnos tu plan, si es que tienes alguno.

Por supuesto que tenía un plan, Hugo ya lo había fraguado en su cabeza. Era una persona paciente. Estaba dispuesto a esperar la misma eternidad en aquella terraza. Si los otros se dormían, él permanecería alerta. Si aparecía el ladrón, él le daría caza. Por supuesto, si aquel plan fracasaba, él tendría que dar la cara. Por ahora, la temperatura se mantenía agradable y Marcial parecía colaborador. No era poca cosa.

Los compañeros de Hugo se durmieron, aunque bien entrada la madrugada. No hubo rastro de actividad diferente a la de la brisa nocturna y el graznido de las gaviotas. Amaneció. El inspector hizo

café para todos, se tumbó en un sofá y durmió hasta la hora del almuerzo.

La noche siguiente volvieron a la carga. Quizá aún con más fuerza. Candela le prometió no dormirse.

—Apuesto a que pocas veces en tu vida te has visto en una como esta —retó la inspectora a Hugo sosteniendo en la izquierda los prismáticos y en la derecha una taza de café.

—¿Observando el mar durante la noche?

Se preguntó si Candela era merecedora de conocer la belleza de la costa asturiana a través de las experiencias de su niñez. Desde lo alto del faro de Lastres había saboreado la inmensidad del mar en todas sus tonalidades. Bermejo sanguíneo al amanecer, azul cobalto a mediodía, cobrizo casi púrpura al atardecer. Negro turbador en plena noche. Aquella torre nacarada sobre un manto verde vigilaba con celo el acantilado bajo la supervisión de su tío Ginés. En realidad, se trataba de un tío segundo, pero de un carácter hermético fuera de lo común. Una persona de pocas inquietudes familiares, aunque consideraba a Hugo como un hijo propio. Recordaba las veces que había contemplado la puesta de sol desde aquella lujosa atalaya. Las noches que durmió en la cama de su tío tras contar cientos de estrellas fugaces que morían bajo el horizonte sombrío. En las últimas ocasiones, Ginés lo despertaba a base de cosquillas. Por aquel entonces, Hugo ya se había convertido en la única persona del mundo en conquistar el corazón del farero.

—Te cuesta la misma vida compartir tus cosas —afirmó Candela.

La mujer había aprendido a interpretar sus largos silencios. Era cierto que se correspondían con reflexiones íntimas. Casi todas relacionadas con tiempos más fáciles, como su niñez en Asturias. Hugo se preguntó dónde guardaba Candela sus secretos. ¿En el histrionismo de cada carcajada? ¿En cada golpe de tacón?

—Algo ocurre —dijo la inspectora.

Hugo contempló cómo Candela se incorporaba sosteniendo los prismáticos con las dos manos.

—¿Qué ves? —preguntó.

El inspector se acercó a la mujer. Miró el horizonte con sus propios ojos, pero solo distinguía la oscuridad de la noche. Ella le arrojó los

prismáticos y se enfundó la pistola.

—Hay una lancha detenida sobre la almadraba.

Capítulo 33

Cuando Hugo saltó sobre la embarcación, los motores ya rugían. Marcial se había lanzado antes que el resto a arrancarlos. Monforte perdió el equilibrio en la maniobra. Candela se agazapó en la proa. La lancha rápida se adentró en las oscuras aguas del Estrecho para dar caza a un fantasma.

—Adelante, Marcial —gritó Hugo—. Todo recto.

Era inútil continuar usando los prismáticos. A la primera embestida de las olas, el artilugio se fue al agua. Tenían una idea aproximada de dónde se encontraba la embarcación, oculta en plena oscuridad, sin una sola luz. Perseguían una sombra en la noche.

—Conectad el foco —gritó Marcial.

Hugo y Candela a duras penas podían sostenerse en la cubierta de la lancha. A aquella velocidad no tardarían en dar alcance al supuesto ladrón. Tomaron el foco y apuntaron hacia el horizonte. Hugo rectificó la trayectoria del haz de luz, buscando a la presa y gritando a Marcial:

—¡Para el motor!

Su voz se ahogó entre el ruido de la máquina y el azote del mar.

—Para, Marcial —insistió—. Ya deberíamos haberlo alcanzado.

Cuando se detuvieron no quedaba rastro de luces ni sombras. No se distinguía ruido alguno de lancha motora, ni tan siquiera en la lejanía. Solo el rumor del mar.

—No puede ser —dijo Candela—. Hemos visto que estaban aquí ahora mismo.

—Han huido al encender el foco —agregó Hugo—. Su lancha es más rápida que esta.

Monforte sintió una gran impotencia. Habían perdido su única oportunidad.

—Se ha llevado el atún —exclamó Marcial.

—¿Cómo dices? —preguntó Hugo, extrañado.

—El localizador del animal sigue funcionando correctamente —continuó el piloto mirando su teléfono móvil—. Pero está fuera del agua, a bordo de un barco.

Monforte no daba crédito a aquellas palabras.

—¿Quieres decir que el atún tiene un localizador implantado?

—Todos lo tienen.

—¿Y por qué no lo has comentado antes?

—Os lo expliqué en la fábrica, el día de la visita.

—¿Podemos seguir el rastro? —preguntó Candela.

—Por supuesto.

Marcial arrancó de nuevo el motor y le entregó su teléfono móvil. En la pantalla se apreciaba con claridad una cuadrícula de coordenadas en las que se dispersaban varios puntos, uno de ellos en evidente fuga mar adentro.

—Avante toda —gritó la inspectora.

Hugo señalaba con el foco la nada absoluta. Volaban hacia el abismo. A ciegas en pos de las tinieblas, donde igual les esperaba la gloria que las mismísimas fauces de Leviatán.

—Estamos de suerte —gritó Candela—. Nos acercamos.

—Este trasto también corre —apuntó Marcial.

Hugo confiaba en que el localizador fuera efectivo. En la lejanía no se distinguía embarcación alguna. Ni luces, ni motor. Nada. Solo el mar.

—¡Allí!

El grito de Candela alertó a Hugo. A lo lejos distinguió una débil sombra. Su corazón trepidaba casi asfixiándole. Estaban muy cerca.

Cinco minutos más tarde, la silueta la embarcación enemiga era visible con precisión. Los aventajaba en no más de cien metros. Una lancha rápida de modelo parecido al que ellos pilotaban. No se apreciaba tripulación alguna, pero volaba en su empeño de perderse en la inmensidad del Estrecho.

—Ya lo tenemos —exclamó Hugo.

Se agarró a la embarcación con la ingenuidad de quien no había galopado en su vida a bordo de una lancha rápida, misión exclusiva de narcotraficantes y patrulleros. Pasaron los minutos. Las manos de Monforte eran guiñapos entumecidos por la humedad y el esfuerzo. La embarcación saltaba como un bisonte y las fuerzas del inspector fallaban. No lograría aguantar más tiempo.

De repente sonó un estampido.

Hugo pensó que los había engullido una tormenta. Sin embargo, el cielo permanecía estrellado. Sintió un dolor agudo en el oído derecho. A su lado, el brazo recto y firme de Candela se alzaba como un cañón de acero. Sostenía en la mano su arma reglamentaria. Había disparado contra la embarcación a la fuga.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —gritó Hugo.

—Intimidarlo.

Los movimientos de la lancha contraria se volvieron erráticos. Redujo la velocidad tras varias eses involuntarias. Marcial logró situarse a su altura aprovechando la confusión. Candela gritaba al patrón alzando el arma:

—¡Policía! ¡Deténgase ahora mismo!

El haz de luz iluminaba de pleno la cara del piloto. Era un hombre joven, de pelo corto moreno y camiseta de licra ajustada. No parecía preocuparse por las maniobras de Marcial. Sujetaba el timón con firmeza y miraba al frente.

—¡Pégate más! —ordenó Hugo.

—No puedo. Vamos a chocar.

—Ya has oído a Monforte —insistió Candela—. Pégate.

La lancha de los policías se acercó peligrosamente a la adversaria. Durante varios segundos se mantuvieron unidas, casi rozando los cascos. Hugo no vio mejor ocasión.

Saltó con todas sus fuerzas.

Fue una zancada enorme. Era alto, así que se permitió abordar el objetivo cual corsario. Cayó de bruces sobre la cubierta de la lancha contraria, besando el suelo encharcado de agua salada y agarrando con un brazo el enorme atún que todavía palpitaba en el piso. Intentó incorporarse, pero dos golpes en el cráneo le dejaron aturdido. Tardó en reparar en que se trataba del propio piloto de la

embarcación, que le asestaba patadas sin abandonar el timón. Aquel desgraciado le iba a destrozar la cara.

—Para el motor —gritó Monforte.

Logró incorporarse, tomando con la mano izquierda un asidero y con la derecha su arma reglamentaria. Amenazó al patrón encañonando su cabeza. Este no se dejó amedrentar y continuó navegando cara al viento. Hugo le golpeó con rudeza el hígado y el piloto soltó las manos del timón. El inspector detuvo la embarcación. El joven moreno de licra ajustada trató de incorporarse. Monforte le golpeó de nuevo en la cara y el estómago. Comenzó a vomitar y el policía aprovechó las convulsiones para colocarle las esposas.

—No me pegue más, por favor.

—Tranquilo, yo he terminado —contestó Hugo—. Ahora vienen a sustituirme.

—Esto no es necesario. Hablemos.

—Tu tiempo de hablar ya ha pasado.

—No pueden detenerme. Tenemos que negociar.

—Pues claro que puedo detenerte, imbécil.

Los gritos de Candela alertaron a Hugo. Desde su embarcación le hacía señales con la mano. En plena refriega, las lanchas se habían separado más de lo esperado. Monforte no lograba entender los gestos de la mujer. Distinguió su brazo apuntando al horizonte. Una tenue claridad asomaba al final de las aguas. El amanecer era inminente. Bajo los destellos del alba se distinguían unas luces, y tras ellas edificios y montañas. Habían arribado a tierra.

—¿Dónde estamos? —preguntó Hugo.

El piloto se incorporó sangrando por la nariz:

—En Tánger. Por favor, quíteme las esposas.

Capítulo 34

Tres figuras se asomaban a un balcón privilegiado del Atlántico. Dos de ellas eran inspectores de policía, rectos, alertas, dispuestos a entrar en acción en tierra extraña, aunque les fuera en ello la carrera. El tercer individuo era un anfitrión repentino. Un pirata forjado a sí mismo con sonrisa relajada y cautela veterana. Se apretaba con la mano izquierda un algodón contra la nariz. En la derecha sostenía una tetera moruna:

—Por favor, prueben el té.

Marcial no había querido abandonar la lancha. Se quedó durmiendo sobre la duna de una inhóspita playa marroquí. El piloto de sonrisa relajada convenció a Hugo y le condujo finalmente a una zona sin vigilancia de la costa donde pudieron atracar las dos embarcaciones. Un atajo perfecto para traficar con tabaco, drogas, personas e incluso atunes. Los invitó a conocer su casa y allí ofrecerles todas las explicaciones que pidieran. Hugo no bajaba la guardia y acariciaba su arma de vez en cuando. Aquel sujeto tenía toda la razón. Sabía dónde ponía los pies. No existía la posibilidad de detenerle. Debían aprovechar aquella inesperada hospitalidad.

—¿Eres tú el Califa? —preguntó Hugo.

El té con hierbabuena estaba exquisito. El anfitrión cogió uno de los vasos de cristal con ribetes dorados y se lo echó entre pecho y espalda. Contestó al inspector con frescura:

—Ya nadie me llama así, pero pueden hacerlo si quieren. Permítanme que no les dé mi nombre real.

—No requiere demasiado esfuerzo solicitar una orden internacional y volver a ponerte las esposas —observó Candela.

—Me temo que no les conviene.

Desde la casa del Califa se divisaba la silueta de la ciudad de Tánger frente al mar. Un gigante dormido en el norte de África. Una amalgama de culturas y pasiones vigilada con celo por el minarete de la Gran Mezquita. Hugo no conocía aquel rincón del mundo y se sorprendió del carácter occidental de la ciudad, regada de emblemáticos edificios coloniales portugueses, españoles y británicos.

—¿El robo de atunes da para tanto lujo?

El Califa se rio ante las palabras de Hugo:

—Cualquier vivienda de clase media puede tener una vista bonita de la ciudad. No hace falta ser millonario. El lujo es vivir aquí. Por otra parte, yo no robo atunes, sino que los pesco. El mar no pertenece a nadie, salvo las doce millas de rigor, que son de todos los españoles.

—¿Por qué huías entonces?

—No pensaba que fueran policías, sino matones de Lucio.

—¿Quién es Lucio? —disimuló Candela.

El Califa volvió a reír y se tomó otro vaso de té:

—A mí no me engañan. Dos inspectores de policía no cruzan el Estrecho por un atún.

—No nos envía ese tal Lucio —prosiguió Candela—. Pero observo que no te faltan motivos para temerle. Si te dedicaras a una actividad lícita, no tendrías estas preocupaciones.

—Un atún no te hace millonario —dijo el Califa—, aunque permite llevar una vida sin demasiados problemas. Cuando me vine aquí a vivir tuve muchas oportunidades de negocio. Marruecos es un país en crecimiento. Tánger es la torre de Babel del norte de África. Aun así, no puedo resistirme a pillar un atún de vez en cuando. ¿Saben por qué? Odio a Lucio Parraverde. Yo vivía en una casita cerca del mar, a diez minutos de Barbate. Tenía mi propio negocio de pescados, y Lucio, el suyo. Manteníamos acuerdos comerciales. Él cuidaba su cartera de clientes del mismo modo que yo la mía y de vez en cuando nos beneficiábamos de la almadraba a partes iguales. Pero él era más listo que yo. Triunfó. Me borró del mapa. Divulgó mentiras sobre mi persona y mis artes. Así que cerré el negocio y decidí marcharme. De vez en cuando me permito el lujo de robarle

un atún a ese cabrón, y ya decido lo que hago con él. Quizá me lo como, quizá lo vendo.

Hugo y Candela escuchaban atónitos la historia de aquel hombre. El Califa se mostraba convencido y exultante de sus estériles fechorías.

—¿Cómo eres capaz de encontrar en el mar el atún que estás buscando y no otro? —dijo Candela.

—Tengo mi propio rastreador de balizas. Me pasan un código de identificación y persigo el ejemplar correspondiente.

—¿Quién te pasa esta información? —preguntó Monforte.

El Califa se echó a reír:

—Les he ofrecido mi té y mi compañía, pero no les voy a poner mi culo en bandeja. Esa información me la guardo. No es trascendente.

—Eso lo diremos nosotros.

El inspector comenzaba a cansarse. Todo le parecía un farol tras otro y fue al grano:

—¿Conoces a estas mujeres?

Hugo mostró en su móvil las fotos de Aurora y Lucía. El Califa las contempló. Primero con curiosidad. Luego con desconcierto.

—No las conozco —afirmó rotundo.

—No estamos aquí por tus robos —dijo Hugo—, sino por un caso de asesinato.

El Califa enarcó las cejas. Un gesto de incontrolada sorpresa afloró en su rostro. Era evidente que no esperaba aquel giro en el encuentro que con tanta comodidad había dirigido en su propia vivienda.

—Han hallado sus cadáveres —prosiguió el inspector—. Sabemos que las conocías. Incluso que mantenías una relación muy cercana con ellas.

Hugo descubrió en los ojos del Califa la zozobra del terror. Se levantó para observar la vista de Tánger, evitando cruzar la mirada con la de los policías.

—¿De qué las conoces? —dijo Hugo.

—¿Quién ha sido? —replicó el Califa.

—¿Las conoces o no?

—Son Aurora y Lucía. —El Califa moduló su voz hasta convertirla en un susurro inaudible—. Dígame quién ha sido.

—Lo estamos investigando. Te agradecería que nos ayudaras.

—¿Ha sido Lucio Parraverde?

El Califa cerró las manos alrededor de la baranda, simulando retorcer el metal como si apretara el cuello de su peor enemigo. Se soltó de manera repentina y tomó asiento frente a las tazas de té.

—Si el asesino es Parraverde —prosiguió—, los ayudaré en lo que haga falta.

Hugo y Candela se miraron. El silencio se hizo eterno.

—No saben quién es Parraverde, ¿verdad? —dijo el Califa.

Los inspectores volvieron a mirarse. Candela tomó la palabra:

—Tú lo has dicho. Un empresario de la Janda.

El Califa sacó un cigarro y lo encendió. Pegó dos caladas con arrojo:

—No saben quién es.

Se levantó de improviso y desapareció en el laberinto de pasillos que atravesaba la vivienda. Hugo se puso en guardia. En la lejanía se oyeron ruidos de muebles. El Califa volvió con una enorme caja de pasteles rotulada en árabe. La depositó sobre la mesa, junto a los vasos de té, pero no la abrió.

—Lucio Parraverde es uno de los individuos más peligrosos del mundo. Es cierto, como les he comentado, que comenzó de pequeño empresario en el negocio de la pesca. Pero Lucio es un depredador. Un ser ambicioso y egoísta cuyo poder creció a gran velocidad. Amplió sus redes comerciales y se hizo millonario. Primero con el atún de manera lícita. Pronto comprendió que para ser el mejor debía infringir las normas. Actualmente es el líder de una red internacional de tráfico ilegal que llaman Isurus.

Las palabras del Califa sobrecogieron a Hugo. No le era indiferente aquel nombre. Candela identificó la sorpresa en su rostro.

—Su principal cliente es Japón —prosiguió el Califa—. Ignora las cuotas legales de pesca. Se ha especializado en el tráfico ilegal de atún. Tiene un trato con la *yakuza* japonesa, que es quien controla la distribución del atún en Japón. Esto es la punta del iceberg. Isurus

trafica con varios negocios. No solo pescado. También, por ejemplo, oro.

Se hizo de nuevo el silencio. Candela lo rompió, agitada:

—¿Oro?

—En lingotes. Toneladas.

—¿Cómo sabes todo esto?

El Califa rio.

—Al conseguir arruinarme, Lucio intentó que trabajara para él. De hecho, lo hice, hasta que descubrí sus planes. Aquello no iba conmigo y decidí desaparecer.

Abrió la misteriosa caja. En su interior no había pasteles marroquíes, sino una montaña de fotografías desordenadas. Rebuscó y extrajo una. Se la entregó a Hugo. En la foto aparecían cuatro personas brindando felices en torno a una comida. Dos hombres y dos mujeres. Los primeros eran Lucio Parraverde y el Califa. Ellas tenían por nombre Aurora Fernández y Lucía Pascual.

—Comenzaron trabajando conmigo. Dos mujeres maravillosas. Muy inteligentes. También muy ambiciosas.

Los rostros de las víctimas rezumaban felicidad y juventud. Dos diosas imbatibles dispuestas a devorar el mundo.

—Cuando Lucio me fichó —prosiguió—, también Aurora y Lucía se incorporaron a su equipo. Eran muy buenas en su trabajo y él lo sabía. Aurora tenía una mente privilegiada para los números que Parraverde supo utilizar. Él la había observado en su trabajo como operaria. La reclutó y pagó sus estudios en las mejores universidades. Aurora se convirtió en el brazo financiero de Lucio. Se encargaba de mover el dinero negro y administrar las sociedades pantalla. A Aurora la perdía la ambición. Ella siempre antepuso su interés al de los demás. Cortó su relación con Lucio y dejó la fábrica hace un año. Ella misma me dijo que ya no obtenía más beneficio del que podía esperar. Creo que él jamás se lo perdonó.

—¿También reclutó a Lucía? —preguntó Hugo.

—Su caso era diferente. Fue la primera de su promoción en Biología. Aunque parezca mentira, no es una profesión bien pagada. Sus padres enfermaron y ella necesitaba dinero para una buena residencia. Le pidió ayuda a Lucio y él le ofreció un puesto técnico

acorde a su formación, pero dentro del entramado criminal. Su acceso a los laboratorios le permitía ocultar muestras ilegales de productos, alterar registros o certificar como aptos lotes que no lo son. Conocía al detalle la legislación sanitaria de cada país. Esto permitió a Parraverde lucrarse aún más. Creo que empezó en la trama solo para pagar los gastos y luego quedó atrapada.

—Mientras que Aurora buscó el riesgo por elección, la otra lo asumió por obligación —comentó Candela.

—Así es.

—¿Y el resto de trabajadores de la fábrica?

—Ellas entraron en el círculo de confianza de Parraverde, pero de una manera muy discreta. A la vista de todos eran trabajadoras corrientes de la fábrica, a modo de tapadera. En realidad, gestionaban el negocio negro de Lucio. A cambio, ellas se enriquecían como nunca hubieran podido imaginar. En aquel entonces, yo ya había volado. No necesito mucho dinero para ser feliz.

Hugo rebuscó en la caja de dulces. Solo contenía fotografías en las que de una manera u otra aparecía Lucio en compañía de otras personas, algunas muy famosas. Reconoció a políticos españoles, ministros y empresarios de banca. También a delincuentes de prestigio internacional. En una fotografía aparecía Parraverde pescando con el rey de Marruecos. Algunas eran imágenes antiguas, tomadas en años en los que no existía la fotografía digital. Aquella caja no era el baúl de los recuerdos del Califa, sino una póliza de seguros por si le cazaban.

—¿Tenías una relación sentimental con algunas de estas dos mujeres? —preguntó Hugo.

El Califa volvió a reírse. Hizo una pausa mirando al infinito:

—En absoluto. A mí siempre me gustó Aurora, pero nunca fui correspondido. Era libre como el viento. Se refugió en Los Caños de Meca dándose un cierto aire bohemio. Aunque en realidad soñaba con tener un palacio aquí en Marruecos. Disfrutar del exotismo magrebí como occidental rica y sofisticada.

—¿De veras que no te hacía caso?

Hugo ponía a prueba el testimonio de Román, el violador al que visitaron en la cárcel. Solo había oído campanas.

—Si alguien le ha dicho lo contrario, miente, inspector.

El Califa introdujo la mano en la montaña de fotografías. Sacó tres fotos Polaroid arrugadas. Parecían haber vagado clandestinas de bolsillo en bolsillo. La primera era una escena de sexo. Pero no se trataba de un erotismo elegante. Ocultaba la sordidez del escándalo. Cuerpos grotescos y desenfocados. Miradas ebrias teñidas de rímel corrido. Una juerga cuyos protagonistas no supieron finalizar con dignidad. Eran un cuerpo masculino y dos femeninos. Él era obeso. Hugo logró identificar, no sin esfuerzo, las lorzas de Lucio Parraverde. Las dos mujeres, sin embargo, no podían ocultar la belleza de sus cuerpos. Se apreciaban los rostros inconfundibles de Aurora Fernández y Lucía Pascual.

—Era Lucio quien se las beneficiaba —dijo el Califa—. El dinero hace bello al peor de los adefesios.

Hugo contempló la orgía confuso. Parraverde mentía como un bellaco. Ni siquiera recordaba sus nombres, comentó en la fábrica. Monforte pasó a la siguiente fotografía. Los mismos personajes en las mismas circunstancias, pero sobre el pubis rasurado de Aurora descansaban dos rayas de cocaína. La tercera fotografía estaba tomada en otro momento y lugar, aunque el motivo de la reunión era el mismo. Solo que en aquella ocasión una tercera chica se había incorporado a la bacanal. Sus ojos profundos y la melena brillante le resultaron muy familiares.

Era Teresa Martínez, la buceadora que bailaba sevillanas en sus ratos libres.

—¿Y esta chica? —preguntó Hugo.

—Una cómplice más de Lucio —agregó el Califa.

—¿Cómplice?

—Teresa lidera un equipo de submarinistas. Guía a los barcos con la mercancía ilegal hasta puntos de entrega seguros, revisa contenedores sumergidos y se asegura de que no haya vigilancia. Es capaz de meterse bajo los cascos y sacar de ahí los paquetes escondidos, como si fuera algo rutinario.

—Joder —exclamó Candela.

El inspector se sintió estafado. Tuvo a aquella mujer delante de sus narices.

—Así que las tres formaban parte de la trama. —Monforte devolvió la foto.

El Califa tapó la caja con delicadeza, retirándole los dedos:

—Mucho más que eso, inspector. Las tres eran el cuerpo de élite de Lucio. Sin ellas jamás habría logrado llegar tan lejos.

Capítulo 35

A su regreso a la embarcación, Hugo y Candela se vieron obligados a cruzar el corazón de la ciudad buscando el camino más corto. Podía parecer la opción más imprudente, pero a Monforte no le quedaba aliento para encontrar una alternativa. Consideró que no era necesario molestar más al Califa, aunque horas antes hubiera pretendido apalearlo y encerrarlo. Sabía dónde podían localizarlo en un futuro, una vez obtenido el permiso para capturar aquellas comprometedoras fotos con su móvil y guardarlas como prueba. Poner en orden sus ideas bajo el trastorno propio de haber descubierto semejantes noticias no fue sencillo para Hugo. Un torbellino de pensamientos le soliviantó, contemplando con claridad anteriores dilemas y nublando lo que ya daba por sabido:

—Necesitamos localizar a Teresa de manera inmediata.

—¿Por qué tanta urgencia? —preguntó Candela.

La pareja caminaba con paso firme entre improvisados expositores de tomates, naranjas y pimientos sobre mantas en el suelo. Hugo esquivó a un vendedor ataviado con una chilaba azul desteñida que le ofreció unos melocotones frescos. Los europeos en aquella selva solo podían ir armados de una generosa billetera o una buena dosis de paciencia.

—Cuando trabajé en Madrid —contestó Monforte— todo el mundo sabía que la Unidad de Crimen Organizado seguía los pasos de Isurus.

—Entonces, ¿es verdad que existe? —Candela comenzó a manipular su teléfono móvil mientras caminaba a toda prisa.

—Desde luego. Esta organización mueve miles de millones en los negocios ilegales más lucrativos del mundo: drogas, falsificación de

medicamentos, tráfico de armas, personas y órganos. Hoy he descubierto que también tienen negocios en la pesca, una práctica demasiado inocua. Ya vemos que es una tapadera.

—Me cuesta trabajo creer toda esta historia.

—La unidad lleva más de diez años buscando al cabecilla de la organización, sin éxito.

—¿Detenemos a Parraverde?

—No podemos dar un paso en falso ante un objetivo tan peligroso. Hay que interrogar a Teresa y trazar un plan seguro. Lo importante ahora es localizar a esa mujer. Dedicaremos todo nuestro esfuerzo a ello.

—Joder, no hay casi nada de cobertura aquí —comentó Candela manipulando su móvil—. Estoy buscando información sobre la organización. No encuentro nada, pero sí el significado de la palabra *isurus.*

—¿Qué es?

—Es latín. Significa 'marrajo'.

Un cántico se filtró entre los centenarios arcos de la medina. Hugo observó el cielo en busca del origen del hipnótico sonido. Procedía del minarete de la Gran Mezquita. Llamaban para la oración preceptiva. Jamás había oído algo igual.

—Creo que te está gustando esto —dijo la inspectora entre risas —. Vente a vivir a África. Espantará tus malas sombras.

—Solo si te vienes conmigo —bromeó Hugo.

—Antes me hago monja.

Los dos se rieron al trote. Candela compró un botellín de agua mineral fresca y el comerciante le ofreció a Monforte cambiar a la chica por un camello. La forzada broma que siempre gastan en Marruecos a las parejas europeas.

De repente se vieron rodeados. Un enjambre de niños con chilaba formó un cinturón en torno a ellos. Alzaban la mano pidiendo cualquier cosa. Uno de los críos, el más pequeño, vestía una camiseta del Barça. Hugo buscó en su bolsillo dispuesto a sacar unas monedas. Candela le sujetó el brazo.

—Estos niños no necesitan tu limosna, Monforte.

Candela se dirigió a los niños en un perfecto francés. A los chiquillos se les cambió la cara y salieron en estampida. Hugo miró estupefacto a la inspectora.

—Les he dicho que me llevaran ante sus padres —dijo Candela—. Aquí el colegio es gratis. Deberían estar en casa estudiando para labrarse un futuro en vez de intentar estafarnos.

Hugo sintió una leve desazón. No se atrevió a confesarle a Candela el motivo real por el que pretendía ayudar a aquellos niños. Entre ellos había una chica. Era una joven alta, sin hiyab cubriéndole la cabeza. Cuidaba de un niño pequeño, que alargaba la palma de la mano hacia Monforte. La niña le recordaba a Sara. El mismo pelo negro azabache y los ojos profundos, grandes y oscuros.

—Despierta, Monforte —exclamó Candela—. Debemos regresar a la playa.

Capítulo 36

Se alzaba el mediodía del domingo como un gigante de fuego sobre la gelidez del mar. Uno de esos días ociosos bendecidos por la brisa marina, se dijo Monforte, en los que cientos de familias se mojaban los tobillos en el agua fresca de la primavera.

Al descender de la lancha, los inspectores pisaron tierra casi tambaleándose y se despidieron de Marcial, que rogaba desde hacía horas volver a su cama. El cansancio también golpeaba las sienes de Monforte. Sintió una profunda envidia de las parejas que paseaban felices por la orilla o se tumbaban vestidas bajo el sol radiante. Era capaz de derrumbarse sobre la arena y dormir hasta que lo arrastrara la marea.

El móvil de Candela sonó. Un leve pitido de notificación. La inspectora observó la pantalla, sorprendida:

—No te lo vas a creer, Monforte.

Candela le mostró el texto.

—Al recuperar la cobertura española no paran de entrarme mensajes —dijo—. Es una llamada perdida de Teresa a la misma hora en que hablábamos con el Califa. La itinerancia del móvil en Marruecos no me funcionaba correctamente.

—Llámala —ordenó Hugo.

—Eso hago.

Tras varios intentos, Candela se dio por vencida. Teresa tenía el móvil apagado o fuera de cobertura.

—Vayamos a descansar al apartamento —comentó Candela—. No hay que desalojarlo todavía.

La ansiedad por localizar a Teresa devoraba a Hugo:

—¿Por qué te habrá llamado?

El inspector arrancó su vehículo.

—Estás agotado, Monforte.

—Avisa al comisario. Dile que necesitamos ayuda en la localización de Teresa Martínez. Se nos acaba el tiempo.

—A Redondo es imposible encontrarlo un domingo si hace buen tiempo.

Hugo soltó un exabrupto.

—Si lo que buscas es el domicilio de Teresa, Marcial me lo facilitó antes de irse. Se lo pedí yo misma. —Candela mostró a Hugo la dirección en la pantalla de su teléfono.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque sigo pensando que debes descansar.

Monforte ignoró las palabras de Candela y pisó a fondo el acelerador.

No tardaron en llegar a la urbanización donde residía Teresa. No muy lejos del apartamento que habían alquilado. La chica vivía en un piso modesto de un barrio discreto.

Aporrearon la puerta durante varios minutos. No habían pasado ni cinco cuando una vecina de su rellano salió a dar testimonio sin ser preguntada:

—No la van a encontrar ahí. Hace días que no aparece.

La señora lucía bata de franela rosa con topitos rojos y llevaba un tazón de migotes. Una colilla le colgaba del labio.

—Es buena chica —prosiguió—. Muy trabajadora. No se habrá metido en un lío, ¿verdad?

Hugo vestía vaqueros y camisa informal. Candela, unas mallas baratas y zapatillas deportivas. Nada daba a entender que fueran una pareja de policías en misión crítica. Pero la vecina los había olido a distancia.

—¿Sabe usted si vive sola? —preguntó el inspector.

—Lo poco que sé de ella es que está escarmentada de hombres. Lo mismo ya ni le gustan. ¿Que si vive sola? Eso es seguro. Ahí no se oyen ni las moscas.

—Si dice eso ahora de los hombres —dijo Candela—, ¿es porque alguno vivió con ella anteriormente?

—Uno mono pero muy golfo. También un poco tonto, que todo hay que decirlo.

—¿El Choco? —preguntó la inspectora.

—Sí, así le llamaban —contestó la vecina apretándose la bata—. No sé por qué, con lo guapo que era.

Hugo no tenía tiempo ni ganas de explicarle que se trataba de un apelativo cariñoso entre amigos, como aquellos que bautizan Chato al narigudo del grupo.

—¿Sabe por qué se separaron? —preguntó Candela.

—¿Separaron? —se rio la vecina—. Ella lo echó.

La señora hizo el ademán de cerrar la puerta.

—Por favor, si ve algo sospechoso llámeme —agregó Candela, entregándole una tarjeta con sus datos.

La vecina le echó un leve vistazo y la arrojó al bolsillo de su bata, antesala de la papelera, pensó Hugo.

De vuelta al vehículo, el inspector comprobó cómo Candela aminoraba el paso hasta casi detenerse. La observó inquisitivo mostrando su palma derecha. Ella se llevó el dedo índice a los labios y volvió a la vivienda.

Antes de que Monforte pudiera abrir la boca, la inspectora trepaba por la reja del primer balcón. Lo hacía con intención de alcanzar el segundo, que carecía de protección. Era el apartamento de Teresa. Hugo maldijo para sus adentros. Se acercó a la reja haciendo aspavientos. Candela le hizo una señal de despejado, animándolo a subir.

Hugo también trepó, como un vulgar ratero.

—¿Qué mierda te pasa por la cabeza? —susurró iracundo.

—No me voy a ir con las manos vacías. Debería haber sido iniciativa tuya. Estás más interesado que yo.

Los ojos de Monforte se clavaron en la inspectora como dos puñales. Le turbaban los desplantes de la mujer. No sé si pareces celosa, aburrida o las dos cosas, pensó. ¿Estoy nervioso por la desaparición de Teresa? Y en ese caso, ¿por qué te das cuenta antes que yo mismo?

—¿Te vas a quedar todo el día mirando o vas a entrar de una vez? —Candela sujetaba la hoja de la persiana que había logrado levantar.

Quedaba un pequeño hueco por el que podían colarse los dos.

Se trataba de un apartamento minúsculo y poco amueblado, propio de alguien que vive su vida con una relativa provisionalidad. Sobre el televisor, en el salón, se alzaba un enorme lienzo con la famosa *Gran ola de Kanagawa.* A lo largo de la pared del pasillo se exponían varias pequeñas imágenes submarinas, seguramente tomadas por Teresa.

—Yo miraré en la cocina —dijo Candela—. Ve tú al dormitorio.

Monforte revisó los armarios, deshizo la cama y husmeó bajo otro cuadro marítimo sobre el cabecero. Abrió el cajón de la mesa de noche. Vio una foto y dio una voz:

—Candela.

Cuando la inspectora hizo acto de presencia en el dormitorio, Hugo ya le tendía la foto, tras la cual vinieron otras parecidas, o puede que iguales.

—Pero ¿qué coño es esto? —exclamó Candela.

Era la imagen del interior de una taquilla. Dentro solo había cajas de medicamentos. Decenas de ellas amontonadas. Todas iguales. Y todas de morfina en ampollas inyectables.

—Conozco estas taquillas —agregó la inspectora—. Son de la conservera.

—¿Tiene esto alguna explicación? —dijo Hugo.

En el resto de las fotografías variaban el ángulo y la iluminación. En total eran cinco imágenes.

—¿Es Teresa la asesina? —preguntó Candela—. ¿Por eso ha desaparecido?

—Pues te libraste de milagro. —Monforte extrajo del cajón una tarjeta de visita con el teléfono de Candela y su domicilio manuscrito.

—La tarjeta que le entregué en la feria.

No era momento de reprochar a la inspectora sus imprudencias, pero a Hugo ganas no le faltaban. Intentó no empeorar las cosas y concentrarse en la foto:

—Creo que Teresa no tiene nada que ver con los asesinatos. Todo lo contrario. Está recopilando pruebas. ¿Recuerdas cuando bromeó en el barco diciendo que nos echaría una mano?

—¿Pruebas contra quién?

—Contra Parraverde. Estoy convencido de que es responsable de las muertes. Al menos en parte. Puede que Teresa se oliera algo y comenzara a cubrirse las espaldas.

—¿La morfina es de Parraverde? ¿De dónde la ha sacado?

—Me consta que alguna vez se ha usado morfina de manera ilegal en granjas de animales.

—Por favor, Monforte —rio Candela—. Que son atunes.

—La taquilla de la foto es de la fábrica. No cabe duda. La morfina también se usa en piscifactorías.

—Pues si lo que quiere Teresa es ayudar, haría mejor hablando directamente con nosotros. Y, ya puestos, podría guardar las fotos en un *pendrive* o enviarlas por *mail*, no en papel.

—Teresa es fotógrafa —Hugo agitó la estampa en el aire—, sabe lo que hace. Alardeó en mi presencia de hacer siempre fotografía analógica como señal de extravagancia. Pero no es gilipollas. El papel es seguro. La protege. Las fotografías digitales contienen metadatos que puede rastrear un forense o un perito. De esta manera, ella conserva mejor el anonimato si así lo necesita.

Los inspectores abandonaron la vivienda con el mismo sigilo con que la habían ocupado y regresaron al vehículo. Se quedaron clavados en sus asientos recalentados por el sol. Se produjo un efecto narcótico sobre aquellos dos cuerpos machacados por la eterna vigilia.

—¿A dónde vamos? —preguntó Candela.

—A buscar al Choco.

—¿Otra vez?

—Las que haga falta —dijo Monforte—. Ese tiene todavía mucho que contar.

Se dirigieron de nuevo al domicilio que habían visitado días antes. Lo encontraron en una situación lamentable. La cerradura parecía forzada y las puertas estaban abiertas de par en par. Ni rastro del Choco. Tampoco de los niños que jugaban a la pelota. Un rostro cadavérico ensombrecido por una larga barba asomó con cautela tras una ventana. Cerró de golpe la persiana.

—Esto parece desierto —comentó Candela—. Aquí no está el guapo.

En una calle tropezaron con medio bidón de metal en llamas. En su interior ardían cientos de documentos.

—La brigada de estupefacientes ha hecho una visita rutinaria y nos ha espantado al personal —agregó el inspector.

—Pues qué mala suerte.

—Nada de mala suerte.

Candela miró a Hugo extrañada:

—¿Insinúas que alguien nos está jodiendo?

—En Madrid tengo muchos enemigos —dijo el inspector—. Nada puede sorprenderme.

Candela miró a su alrededor. Allí poco podían hacer.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó.

—De eso nada. No me vuelvo sin el Choco.

—Pues ya me dirás dónde encontrarlo, tío listo.

—En un sitio donde le presten ayuda.

—¿Y quién ayuda a semejante despojo humano?

No fueron necesarias más palabras. Candela entendió los pensamientos de Monforte y le devolvió una sonrisa.

Se lanzaron al interior del vehículo y volaron adentrándose en la vasta inmensidad de los pinares barbateños. De nuevo el mar. De nuevo la sal, la marisma y el enebro. De nuevo la conservera de pescado.

Era domingo y la fábrica tenía sus puertas cerradas, pero en el restaurante incluso había cola para coger mesa y degustar el mejor atún. Candela permaneció en el coche, junto a la puerta. Hugo entró dando las buenas tardes a los camareros. Revisó un salón, luego el siguiente, la terraza de verano, los aseos y el almacén. En el exterior, sentados a una impecable mesa, charlaba un nutrido grupo de trabajadores de la fábrica. Reconoció algunas caras.

—Disculpe, señor —exclamó un camarero—, ¿le puedo ayudar en algo?

Monforte lo apartó para asaltar sin vacilación la cocina. Allí se encontró con un chef, dos pinches y un individuo con mal aspecto

sentado en una silla. Lo agarró de los cuellos del chándal para arrastrarlo un par de metros.

—Cuánto tiempo, Choco —dijo Monforte.

El joven le miró con horror.

—¿Esperas a Lucio? —prosiguió Hugo—. Me parece que todavía le quedan unas horas para venir a hacer la caja.

El cocinero y los pinches huyeron de la cocina asustados. Monforte arrastró de nuevo al Choco para sentarlo en una encimera. Lo agarró del cuello con fuerza. Tomó de la mesa un cuchillo de treinta centímetros de hoja y se lo acercó a la yugular.

—¿Dónde está Teresa? —dijo.

El Choco había colapsado. Era incapaz de hablar. Seguramente no esperaba que lo localizaran, y mucho menos que lo amenazaran de aquella manera.

Hugo le golpeó la cabeza con el mango del cuchillo. El Choco soltó un débil quejido.

—Te lo preguntaré una segunda vez y si no contestas iremos a comisaría. ¿Dónde está Teresa?

—No lo sé —suplicó el Choco—. Rompió conmigo hace mucho tiempo. Pregúntenle a Parraverde. Se ha pegado a él como si fuera su sombra.

—No me tomes por estúpido. Eres tú la sombra de Parraverde. Dime dónde está Teresa.

Monforte agarró de la muñeca al Choco y la dispuso con elegancia sobre una tabla de cortar. Alzó el cuchillo como si fuera a cercenar su mano derecha. El joven comenzó a llorar.

—La conozco muy bien —gimió—. Esa ha escapado con todo el dinero que le ha sacado a Parraverde. Usted no la conoce. No sabe de lo que es capaz.

—Déjalo, Monforte.

La voz de Candela sonó a espaldas de Hugo. Ella cogió su mano armada y la bajó con mesura. Había presenciado la escena en silencio. El inspector clavó el cuchillo sobre la tabla y salió de la cocina. Ella corrió tras él y le dio alcance en el pasillo:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Hugo no se reconoció. El cansancio y la falta de sueño habían mermado su templanza. Candela le cogió las manos. Las de ella eran suaves y muy grandes. La bestia se desvaneció en el interior del policía. Sintió un aliento cálido que le alivió la angustia. La desaparición de Teresa suponía para él una tragedia en todos los sentidos.

Soltó las manos de Candela y habló:

—Parece que te buscan.

Desde el exterior, alguien la saludaba a través del vidrio. Era el grupo de trabajadores que Hugo había reconocido. La inspectora se acercó y lo dejó en el pasillo lamiéndose las heridas. Vio cómo cruzaba besos con algunas mujeres. La puerta de la cocina permanecía entreabierta, mostrando los restos del Choco, que trataba de resucitar con un vaso de vino. Necesitaba tiempo, se dijo Hugo, descansar y recomponer las piezas. Intentó olvidarse de él y salió a buscar a Candela.

—Monforte, ¿te acuerdas de Carmen?

Reconoció a la señora que conversaba con la inspectora. Era Carmen Ronda, quien hizo de guía el día que visitaron la planta y los acompañó en la feria. La señora cuyo hijo adolescente había fallecido el año pasado. Compartía una comida con más personas.

—Cuánta gente, Carmen —exclamó Candela.

—Son compañeros de trabajo con sus parejas. Ahora vendrá mi marido.

—¿Tu marido al que no le gusta la feria? —bromeó la inspectora.

Carmen se echó a reír, tomando el brazo de Candela:

—Te voy a contar una cosa —susurró avergonzada—, no es mi marido, al menos todavía. Llevamos poco tiempo, pero me está ayudando mucho. Por cierto, ¿es verdad que no aparece Teresa?

Hugo recordó entonces que las dos mujeres eran amigas.

—Sabemos poca cosa —contestó Candela—. La estamos buscando para que nos ayude.

—Tengo mucho miedo —dijo Carmen—. Todas lo tenemos.

La voz se había corrido entre el personal de la fábrica. Eso era inevitable. Algunas de las personas que acompañaban a la mujer en

la mesa mostraban una cierta preocupación. Los rostros miraban hacia abajo, desazonados.

—No temas, Carmen —intentó tranquilizarla Candela—. Estamos aquí para protegeros.

Hugo contempló cómo las manos de la inspectora acariciaban las de Carmen como a un recién nacido. Sintió envidia de Candela. De su libertad, de su cercanía. De ese descaro tan indomable que ella convertía en cariño a capricho. A Monforte le hubiera gustado tener el valor para darle las gracias por todo lo que les quedaba por vivir. Pero de momento se conformaba con hacerlo en silencio.

Capítulo 37

A través de la lama carcomida de una persiana se filtró un rayo de sol traicionero que despertó a Monforte de su letargo. La luz le taladró el ojo derecho hasta obligarle a girar hacia el otro lado de la cama. Pero ya no hubo vuelta atrás: le fue imposible conciliar de nuevo el sueño. Había dedicado toda la tarde del domingo, madrugada y parte de la mañana del lunes a dormir con objeto de reponerse del esfuerzo que había hecho.

Preparó un completo desayuno-almuerzo de inspiración británica a base de huevos fritos, habichuelas y chorizo serrano. Una mezcla que habría condenado su vecino Cruz, cuya ausencia aprovechó Hugo para remojar semejante festín en una taza de café con leche. El banquete resucitó aquel sufrido cuerpo; se sintió entonces con energía para enfrentarse al comisario.

Una vez en las dependencias policiales, Antonio Redondo le recibió en su despacho.

—¿No viene Candela? —dijo.

Hugo la había engañado con la hora de la cita. Necesitaba presentarse antes que ella para evitar ciertas discrepancias en la descripción de los hechos.

—Se ha retrasado.

—Pues cuéntame de qué va esto. De todas maneras la inspectora me ha pasado un informe.

Hugo maldijo en silencio a su compañera. No debió enviar informe alguno. Mantuvo un gesto de falsa aprobación, simulando estar al corriente de todo. El comisario leyó en diagonal los documentos que descansaban sobre su mesa. Hugo imaginó cómo Candela se había anticipado al engaño: ella le había prometido que se iría a casa y se

metería en la cama, pero sabía que el comisario exigiría explicaciones antes del mediodía. Se habría pasado la noche redactando el maldito informe.

—Buenos días —saludó Candela, entrando en el despacho.

—Siéntate, por favor —contestó el comisario—. Has llegado a tiempo.

Antonio miraba los folios con atención. Por delante, por detrás y del revés.

—Así que Isurus —dijo.

Monforte se contrarió. Aquella era la palabra que el comisario no debía conocer. Candela miraba a Antonio, sonriente y optimista. Hugo observaba con indignación la candidez de su compañera. Aunque reconocía que el error era de él, por no ponerla en antecedentes. Ella solo pretendía su correspondiente medalla.

—Monforte —prosiguió el comisario—, ¿qué conclusiones sacas de todo esto?

—Estoy convencido de que el responsable de las muertes es Lucio Parraverde. Aunque no tengo pruebas que lo incriminen.

—¿Con qué razón las mató, si puede saberse?

—De alguna manera ya no le interesaba que estas mujeres trabajaran para él. Eran demasiado ambiciosas. Tenían proyectos propios. Disponían de mucho dinero ahorrado, lo suficiente como para comprar una isla en el Pacífico y pasar allí el resto de sus días. Aurora en concreto había trazado un plan de fuga que la llevaba a Marruecos a través de Gibraltar. Parraverde no podía permitir que sus secretos vagaran sin control fuera de sus dominios.

—¿Y la tercera chica de la que hablan? —dijo Redondo.

—Se refiere a Teresa —agregó Candela.

—No sabemos si ha huido o la han asesinado como a las otras dos —comentó Monforte—. En cualquier caso, no da señales de vida desde hace tres días.

—Pues, si ha huido —interrumpió el comisario—, ¿dónde guardaba el dinero? Y si la han matado, ¿dónde está el cadáver?

Era cierta la reflexión de Antonio. Los dos asesinatos se habían realizado al viento, con intención de darlos a conocer al máximo

número de personas. El dinero que guardaba Aurora para su posible huida había sido relativamente fácil de localizar.

—La única solución es detener a Parraverde e interrogarle para conocer el paradero de Teresa —dijo Hugo—. Tenemos las fotos. Las aportaremos como pruebas. Hablaremos con el juez.

—Las fotos son papel mojado —replicó el comisario—. Míralas bien. A esas mujeres se las ve felices en plena bacanal. No puede alegarse ningún tipo de abuso.

El comisario no estaba dispuesto a pillarse los dedos, pensó Hugo. No quería otro Gibraltar.

—¿Creéis que el Califa querría testificar? —preguntó Redondo.

—Al Califa no lo sacan de Tánger ni con agua caliente —contestó Candela—. Ya sabemos de lo que es capaz Parraverde. Dudo incluso que vuelva aquí e intente de nuevo robar un solo atún. No le hace falta para sobrevivir en Marruecos. Pisar España significa descubrirse ante Isurus y amanecer convertido en atún enlatado.

La mala suerte perseguía a Hugo en lo que a testigos se refería. Se le habían muerto dos en tan solo un año. Primero, un traficante de armas arrepentido que perdió a su mujer y a un hijo. No quería condenar a su otra hija. Pero la mafia ucraniana no tuvo piedad. Mandaron una pareja de expertos chefs desde Kiev para eliminar al testigo. A la hija la violaron entre los dos cocineros durante horas sobre la encimera de una parrilla industrial. Luego la asaron viva a fuego lento y echaron la carne a los perros. A los pocos meses asesinaron al segundo testigo de Monforte. Este tuvo más suerte. Era la amante arrepentida de un traficante de cocaína pontevedrés. Hugo recordaba cómo le endosaron un vuelo a Ibiza y una identidad falsa que *a priori* tenía que funcionar a la perfección. No contaban con lo atractiva que era la examante. A la chica la localizaron los mafiosos sin esfuerzo, dado que se convirtió en el objeto de deseo de todos los porteros de discoteca ibicencos. La joven amaneció muerta sobre una mesa de billar. Hugo Monforte decidió entonces renunciar al programa de protección de testigos. En España no era el camino de rosas que se describe en las películas americanas, recordó. Allí incluso en determinados casos de importancia nacional te acababan poniendo un piso y un sueldo. Aquí te ponían la caja de

pino y doce avemarías. Así que no estaba dispuesto a arriesgar la vida del Califa.

—Investigad un poco más la participación de Lucio Parraverde en el entramado criminal que me habéis comentado —dijo el comisario —. Cuando todas las pruebas lo confirmen lo comunicaremos a la Unidad de Crimen Organizado.

Se hizo el silencio.

—De eso nada, comisario —replicó Monforte.

Antonio Redondo lo miró alzando las cejas.

—No se lo tome a mal —prosiguió Hugo—. Si lo comunica a Madrid vendrán a por todas. Se llevarán a Parraverde acusado de pertenencia a organización criminal. Nos podemos olvidar de los asesinatos en esta comisaría. Serán otros los que se lleven las medallas. Sé que es obligación suya, pero haga una excepción y respete nuestro trabajo. Debemos detenerlo por homicidio en primer lugar y ya veremos luego el resto de las acusaciones.

Hugo sintió un sofoco abrasador que le recorrió el tórax y ascendió hasta la cabeza. Unos golpes de cincel que le aporreaban la base del cráneo. El comisario había enmudecido ante las palabras de Hugo. No por respeto o admiración, pensó, sino porque con seguridad era la primera vez en veinte años que alguien se le enfrentaba.

—Tienen dos días para encarcelar a Parraverde o quien demonios haya asesinado a esas mujeres —comentó el comisario—. Finalizado ese plazo lo comunicaré a Madrid. Salga el sol por Antequera.

Antonio Redondo se levantó para despedir a los inspectores; o quizá para echarlos. Ellos abandonaron el despacho en silencio.

—¿Un café? —dijo Candela.

—Sí, por favor.

Los inspectores se reunieron en torno a la máquina expendedora. Mantuvieron una calma tensa prestando falsa atención al infernal ruido de elaboración de las bebidas. Cuando estuvo la primera a punto, Candela se la ofreció a Hugo, quien observaba el suelo pensativo. Ella mantuvo el café en el aire, haciendo el ademán de no entregárselo.

—A mí no me engañas, Monforte.

El inspector alzó la mirada, extrañado. Candela prosiguió:

—No te importan las muertas ni las vivas. No te preocupa la disciplina profesional. Competir en un caso o en otro para ti es indiferente. Te voy conociendo. Consideras que ya has dado todo lo que tenías que dar. Te mantienes en el puesto con el mínimo esfuerzo. Tú no quieres complicaciones.

Hugo observaba aquellos grandes ojos que devoraban su intimidad.

—Sorpréndeme —dijo.

—Tú no tienes miedo de que te quiten el caso —siguió Candela—. Tú temes que te visiten desde Madrid. No quieres enfrentarte a alguien por algún motivo que desconozco; pero me juego el cuello a que no es nada profesional.

Hugo le quitó el café y se lo bebió de un trago. Quemaba como el infierno, pero menos que las palabras de Candela.

—Ayúdame a buscar las pruebas que incriminen a Parraverde —contestó Monforte arrojando el vaso a la papelera—. Luego tendrás tiempo de conocer mis miedos. Te los presentaré yo mismo.

Capítulo 38

Aquella noche se le hizo tarde a Monforte. La habitual cena en casa tuvo que ser sustituida por una improvisada rueda de tapas en la tasca del barrio. Candela le había enseñado que ciertos bares, y en concreto el preferido de Hugo, eran denominados baches. Él pensaba que la inspectora le tomaba el pelo. Pero así se llama en Cádiz a una minúscula tasca poco refinada en la cual es fácil entrar, aunque difícil salir. El camarero del bache favorito de Monforte era un chico muy joven, sin uniformar y con una argolla que le taladraba la nariz. Aquella noche le había puesto delante una ristra de tapas a cuál más contundente. Incluía dos medias bolas de ensaladilla volcadas con una pala de helado, bombita picante regada con mojo picón y tortillitas de camarones. Una batería excepcional de manjares, quizá demasiado fuerte para meterse en la cama de inmediato. Dejó una buena propina y subió a su casa. A través de los muros del rellano, pudo oír el sonido de una copla lejana. Un retumbe de cimientos milenarios que trepidaban permitiendo a oídos furtivos deleitarse con la música de la tierra. Era un número indeterminado de gaditanos que ensamblaban sus vocecillas como piezas de un colorido puzle y las aderezaban con dos o tres acordes de guitarra a lo sumo. Tan simple como bello. Hugo no entendía de aquella música. No obstante, sabía reconocer cuando algo era bueno. Eran coplas de carnaval, se dijo. Ya le había advertido Candela en más de una ocasión. Pudo entonces comprobar que allí estaban de carnaval todo el año, según también palabras de la inspectora.

Se tumbó en el sofá con una copa de *brandy* en la mano derecha y el ordenador portátil entre las piernas. De fondo sonaba *rock*

prehistórico. Revisó toda la información recopilada sobre Isurus y Lucio Parraverde. La postura era cómoda, aunque el mojo picón le comenzó a abrasar el esófago y decidió cambiarse al escritorio.

Cuando se le empezaron a caer los párpados llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

Otra vez Cruz, pensó. Quizá pretendiendo algún tipo de acuerdo culinario para el día siguiente.

—Hola. Soy Laura.

No le fue fácil reconocer aquella voz y aquel nombre. La noche se cernía sobre sus pensamientos, ralentizándolos. Eran torpes y ancianos. Necesitaba dormir. Sin embargo, la amiga de Candela venía a incordiar su sueño con motivos seguramente injustificables.

—Hola, Laura —contestó procurando amabilidad mientras abría la puerta—. Pasa.

La chica sonreía debatiéndose entre la turbación y el arrojo. Traía una botella de vino tinto en la mano.

—Perdona que me presente sin avisar. Esta noche libro en el bar. Candela se ha ido al cine, pero a mí no me gusta la peli. Me da miedo quedarme sola y mis amigos trabajan hoy. Te he traído una botella de rioja, que sé que te encanta.

Hugo no habría sabido decir si se sintió más abrumado por la retahíla de excusas o por el gran reserva que seguramente había robado del bar donde trabajaba. De una manera u otra admiró las ganas de Laura por agradar. No entraba en sus planes tener compañía aquella noche, ni ninguna otra. No había huido a Cádiz buscando reconocimiento social ni admiradores confundidos.

—¿Te ha dicho Candela dónde vivo?

—Espero que no te enfades con ella.

—No te preocupes.

—Vaya —se disculpó la chica—. Estabas trabajando, ¿no?

Laura señalaba el ordenador portátil que descansaba conectado sobre el escritorio. Hugo bajó la tapa:

—Ya había terminado, descuida.

Extendió la mano derecha mostrando a Laura el camino hacia el sofá. Se sintió un poco fuera de sitio, sin saber qué era lo más correcto ante una persona cuyas intenciones tampoco parecían muy

claras. Laura tomó asiento. Vestía de lunes noche: maquillaje natural, vaqueros ajustados, medio tacón y una chaquetilla de piel bajo la que descubrió una fina blusa roja. En definitiva, igual de espectacular que con chándal, bikini o bata. Porque, como decía la madre de Monforte, cuando una es joven todo le cae de maravilla.

—Gracias por el vino —dijo Hugo—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un refresco? ¿Café?

—Si vas a abrir el rioja, me beberé una copa contigo.

No eran horas. Pero nunca era mal momento para ventilarse un vinazo como ese, pensó. Sacó dos copas y las llenó.

—¿Qué tal por el bar?

Laura se encogió de hombros y torció los labios:

—Es algo provisional. No me gusta mucho la hostelería.

—¿Estás buscando otra cosa?

—Este mes empieza la recta final del curso. Me tengo que centrar en los estudios.

—¿Estudios?

—Estoy haciendo tercero de Historia. Me vine a Cádiz con la ilusión de seguir la carrera mientras me sacaba un dinero por las tardes. Pero no esperaba estar tanto tiempo de camarera. Me apasionaba este rincón del mundo. Soñaba con trabajar en el archivo de un museo o en unas excavaciones, aunque fuera llevando los cafés. Ya sabes, Cádiz, ciudad trimilenaria y tal.

—Te has hecho gaditana de adopción.

—Me considero más bien romana. De la Cádiz romana.

—No sé mucho de romanos.

—Pues por tus venas corre sangre romanísima.

—Recomiéndame un romano.

—El mejor, el emperador Adriano, sin duda.

—Me suena. ¿Era de aquí?

—Su madre lo era —sonrió Laura—. En Cádiz se le admira mucho.

—¿Qué te atrae de él?

—A mi parecer recogía todas las virtudes de Roma. Fue sin duda el más enigmático de los emperadores. Muy sabio y muy poderoso. Visito su busto con frecuencia; como el que le pone flores a la Virgen.

—Te acompañaré la próxima vez que vayas y rezaremos juntos.

Laura volvió a reír con la boca muy abierta dando un manotazo a Hugo. Sus labios se hicieron grandes y carnosos, como aquella tarde en su bar.

—¿Qué música estás escuchando? —preguntó la joven.

—Iggy Pop.

—¿Es pop?

—Pues no. Es *rock.*

—Ya son ganas de confundir.

—Es un poco antiguo.

—¿De antes de que yo naciera?

—Yo tampoco había nacido —rio Monforte.

Laura cogió la funda de cartón del disco. Lo leyó por delante y por detrás. Con seguridad era el primer vinilo que tenía entre sus manos.

—Lo he comprado esta tarde en una tienda de segunda mano que hay en esta misma calle. ¿Te gusta esta música? —preguntó Hugo.

Laura arrugó el entrecejo:

—Prefiero el reguetón.

—No está mal probar cosas nuevas de vez en cuando.

—Hugo —la chica se echó a reír—, el *rock* es música de viejos.

—El vino es de viejos, el *rock* es de viejos. ¿Qué os pasa a la juventud?

—Esta música ya no la escucha nadie.

—Eso dice también Sara.

—¿Quién es Sara?

—Iggy Pop ha sacado un nuevo disco este año y suena más actual que nunca. Te podría gustar.

—Entiendo que pretendas conservar esa condición de *outsider* que cultivaste en la juventud a base de *rock* clásico. —Laura se le acercó sosteniendo su copa—. Pero te voy a decir una cosa: el reguetón, o incluso el trap, es todo lo transgresor que en tu época era el *rock*.

—No sé lo que es el trap.

—Vamos, Hugo. ¿Quién quiere hoy un hijo con chándal, gorra y cadenas de oro? Pues igual que antes ningún padre lo quería

melenudo. Eres presa del sistema. El *rock* se ha convertido en una música, digamos, institucional.

Hugo se quedó un poco trastocado con las palabras de Laura. No porque careciera de razón, que la tenía, sino porque él había prejuzgado aquellos ojos pueriles. La chica tenía mundo. Quizá más que él.

—Hugo, vamos a follar.

El inspector no movió un músculo de su rostro. Se levantó y cogió el disco de vinilo para guardarlo de nuevo en su funda. Lo apiló en una pequeña estantería junto a otras viejas leyendas.

—Te doblo la edad —dijo Monforte.

—Eres más joven de lo que pretendes aparentar.

—Me gustas, Laura. Pareces muy amable y eres muy guapa. Pero te veo un poco confundida. Quizá estás pasando por un mal momento.

La chica dejó de sonreír. Se bebió la copa de vino de un sorbo.

—No te ofendas —prosiguió Hugo—. Tengo una hija de tu edad. Un poco más joven. Me recuerdas terriblemente a ella. Yo tampoco estoy pasando un buen momento. Prefiero que hablemos si quieres; o que escuchemos reguetón.

—¿Cómo se llama ella?

—Sara.

—¿Vive aquí contigo?

—A decir verdad, no sé siquiera si vive.

—Pues tienes que buscarla, entonces.

—Estoy en ello.

Laura había abandonado el sofá para hacer turismo por el salón de Hugo. En una pared colgaba un corcho donde el inspector pinchaba sus pistas, sus fotos o sus desaciertos, estos últimos en mayor cantidad que todas las demás categorías.

—Oye, ¿te gusta el manga? —dijo Laura.

—¿Te refieres a los dibujos japoneses? Soy un total ignorante.

—Pues no lo parece.

Señaló con el dedo índice una fotografía. Eran los símbolos del sello escondido en la herida mortal de Aurora.

—¿Insinúas que eso es japonés? —inquirió Hugo.

Para él eran solo dos garabatos. Se sintió estúpido. No había considerado que aquello fuera japonés. La extraña hache mayúscula del rabito y una equis. Más derecha o más torcida, pero aquello era una equis como él se llamaba Hugo Monforte.

—Desde pequeña me ha interesado ese rollo. Tenía una prima de la que aprendí mucho. Íbamos juntas a las fiestas disfrazadas y nos sabíamos de memoria los diálogos de las películas. En japonés, por supuesto.

—¿Puedes traducirlo? —preguntó Monforte, un tanto excitado.

—Pues hace años que lo dejé; aunque algo puedo recordar. Son sílabas *katakana.*

—¿Eso qué es?

—Digamos que es una especie de alfabeto reducido dentro del japonés. Cada carácter representa una sílaba. Tienen un trazo muy sencillo, por eso quizá no te parece japonés. Es muy útil para no aprenderse los miles de caracteres que usan los nipones. Es el que enseñan a los niños.

—¿Sabrías decir qué significa?

El dedo índice de Laura era delgado, elegante y perfecto. La uña estaba vestida de un rojo intenso que recorrió con ternura aquellos caracteres japoneses como si los dibujara con un pincel. De sus labios carnosos brotaron dos breves fonemas, impronunciables para Hugo. A oídos de un occidental, algo parecido a *same.*

—No sabría decirte con seguridad —dijo Laura—. Está relacionado con un pez. Quizá un pez muy grande. Como un tiburón.

Hugo abrió su ordenador portátil y sentó a Laura frente a la pantalla.

—¿Hay alguna manera de localizar estas sílabas en internet para luego utilizarlas como búsquedas? —preguntó el inspector.

—Por supuesto.

Laura tecleó con destreza en el ordenador portátil de Hugo. Localizó una página de composición y traducción de japonés cuyo funcionamiento parecía conocer de sobra. Encontró los caracteres, los copió y pegó en la barra del buscador. Apareció un sitio de internet propiedad de una empresa japonesa de pescado. Todo entero escrito, evidentemente, en japonés.

—Esto no soy capaz de traducirlo —dijo Laura.

—No te preocupes. No hace falta.

La web mostraba imágenes de la empresa. Naves industriales repletas de pescado. Flotas de camiones y barcos. Procesos de conservación y envasado. También una tienda virtual. Fue Hugo quien siguió manejando el portátil. Sus manos empezaron a temblar.

En la pantalla identificó una preciosa caja de madera con piezas doradas. Le resultó muy familiar. Buscó en la biblioteca de fotografías de su portátil. Era idéntica a la que regalaron aquellos clientes japoneses a Lucio el día en que lo conocieron.

Hugo abrió un pequeño cajón de madera, del cual extrajo un vaso de cristal envuelto en plástico. Luego cogió su móvil y se lo pegó a la oreja derecha.

—¿A quién llamas? —preguntó Laura.

—A Candela.

—Ya habrá vuelto del cine. Estará durmiendo.

—Precisamente por eso —contestó el inspector—. Esta noche no vamos a dormir.

Capítulo 39

Hugo y Candela fueron los últimos en personarse en la fábrica. A su llegada, la Policía ya había establecido un perímetro en torno al edificio. En el interior, una brigada desmantelaba con meticulosidad el despacho de Parraverde y todo rincón susceptible de sospecha. Dos furgonetas almacenaban una cantidad considerable de objetos.

—Buenos días, agente —saludó Monforte.

—Buenos días, inspector —contestó uno de los oficiales.

—¿Quién queda dentro?

—La Policía científica.

Hugo prestaba atención a cada uno de los enseres que los agentes transportaban.

—Te veo radiante, Monforte —dijo Candela.

En efecto, Hugo experimentaba una tremenda placidez al comprobar que al fin obtenían algún fruto por el trabajo realizado. Los asesinatos no iban a quedar impunes.

El comisario Antonio Redondo descendió de su coche con aparente molestia. Avanzó hacia los inspectores con las cejas alzadas y los puños apretados:

—Espero que me hayas hecho venir por una buena razón, Monforte.

Hugo apostaba a que el comisario conocía de sobra los sucesos que habían acontecido. Aquello era una puesta en escena. Su examen de aptitud.

—Candela y yo hemos trabajado toda la noche recopilando la información necesaria —explicó el inspector—. Conseguimos a primera hora de la mañana una orden judicial para el registro

completo de la fábrica. Si las pruebas son concluyentes, procederemos a la detención de Parraverde.

—¿Cómo habéis convencido al juez?

—El sello que encontramos en el cuerpo de Aurora pertenece a Lucio.

El comisario arrugó la frente. No parecía fiarse demasiado de las palabras del inspector:

—¿Y cómo acabó ese sello en la espalda de Aurora?

—Pronto lo sabremos.

A lo lejos rugió un motor. Se trataba de una enorme berlina semiblindada, de color negro y lunas tintadas. Parecía haberse escapado de alguna película norteamericana.

—Alguien viene a reclamar lo suyo —sonrió Candela.

Las puertas del coche se abrieron y del asiento del conductor descendió un individuo vestido de traje, rapado al cero y con gafas oscuras. De la parte de atrás surgió el cuerpo colosal de Lucio Parraverde, que bajó el escalón del vehículo con torpeza.

—Les ruego me permitan acceder a mi propiedad —gritó el empresario.

—No puede acercarse mientras la Policía realiza el registro —contestó Candela.

Cortaron el paso a Lucio, quien extrajo un puro habano y comenzó a fumárselo con calma. Uno de los agentes que salía de la fábrica se acercó a Hugo y le susurró al oído:

—Hemos encontrado lo que usted buscaba, inspector.

Le trajeron varias cajas de madera metidas en bolsas de plástico transparente. El policía le ofreció una de ellas con delicadeza, como una enfermera que le entrega el recién nacido a su madre. Hugo se calzó unos guantes de látex, cogió la caja y la abrió a la vista de todos.

En su interior descansaban dos cuchillos de acero enormes.

—Ayúdame, Candela —dijo Monforte.

La inspectora, también con las manos enguantadas, sostuvo la caja mientras él examinaba los cuchillos. Uno de ellos mostraba un extraño círculo en la empuñadura, una marca inconfundible. Hugo comenzó a dar explicaciones blandiendo la brillante hoja de acero.

—Comisario, estas cajas son regalos de la empresa japonesa Same. Una importadora de pescado que tiene un sólido acuerdo comercial con Parraverde. Es habitual este tipo de presentes entre pescadores orientales. Cuchillos japoneses para el ronqueo del atún. Los mejores del mundo.

El comisario atendía a las palabras de Monforte en total silencio. Unos metros más atrás, Lucio le observaba con templanza mientras continuaba expeliendo el humo de su puro como una locomotora.

—Esta sociedad —prosiguió Hugo— compra habitualmente mercancía a Lucio Parraverde a través de una compleja red mercantil donde la mafia japonesa impone sus normas. No es casualidad que su nombre signifique 'tiburón'. Del mismo modo que Isurus, la red ilegal que dirige Parraverde, significa 'marrajo', un tipo de tiburón. Same no es más que un brazo de la *yakuza* japonesa creado expresamente para comerciar con Isurus.

—Menuda sarta de tonterías —dijo Parraverde blandiendo amenazador su habano.

—Este hombre asesinó a dos mujeres que formaban parte de su equipo, pero en las que había dejado de confiar hacía tiempo. De hecho, las dos víctimas tenían un plan de fuga que Parraverde logró detectar y abortar. Las asesinó de una manera ejemplar para infundir respeto a toda su organización. Utilizó un cuchillo como este, empleando tal violencia que el sello conmemorativo de la firma japonesa, adherido solo con un propósito estético, dado que son cuchillos para exposición, se desprendió durante el crimen y se alojó en el cuerpo de una de las víctimas.

—Pagarás por las mentiras que estás rebuznando, Monforte —exclamó Parraverde mostrando media sonrisa.

El comisario observaba atónito el cuchillo en manos de Hugo. Recuperó el aliento y lanzó una orden a los agentes:

—Detengan a Lucio Parraverde.

El empresario hizo una señal a su guardaespaldas y no opuso ningún tipo de resistencia. Lo esposaron e introdujeron en el interior de un vehículo policial. Apenas cabía por la puerta.

Un oficial de policía se acercó a Monforte:

—Inspector, no hemos encontrado en la fábrica ningún tipo de droga.

El comisario torció el gesto:

—¿Qué drogas estás buscando, Monforte?

—Morfina. La misma que usaron con las víctimas.

Para el inspector esto se trataba de una contrariedad. Contaba con este hallazgo, tal como mostraba la fotografía que hizo Teresa. Sin embargo, no podía comentar esto último al comisario. Oficialmente no habían registrado el apartamento de la mujer ni requisado sus fotografías.

—Sí que hemos encontrado algo que puede ser de su interés —comentó el oficial entregando una bolsa transparente a Hugo.

—¿Qué es esto?

—Lo único que hallamos en la taquilla de Teresa Martínez.

La bolsa era la habitual para recogida de pruebas y en su interior había un uniforme de trabajo reglamentario de la fábrica. También le entregó a Monforte un pequeño papel en otra funda de plástico más pequeña:

—Esto lo encontramos en uno de los bolsillos del uniforme, inspector.

Monforte sujetó el objeto y lo inspeccionó de cerca. Era una servilleta de papel clásica de los bares, algo arrugada. Tenía impreso el nombre de un establecimiento: El Capitán.

—Candela, ¿te suena este sitio?

—En absoluto.

La inspectora buscó el nombre en su *smartphone,* sin éxito.

—¿Te has fijado en que hay algo escrito detrás? —dijo.

Hugo giró el papel. En el reverso había una inscripción a bolígrafo. La letra P seguida del número quince.

—¿Qué puede ser? —agregó Candela.

—Esperemos que sea Teresa quien nos lo explique.

A mediodía ya había finalizado el registro y las patrullas comenzaban a alejarse de la fábrica, dejando rezagadas las figuras de Hugo, Candela y Antonio.

—Muchas gracias por su ayuda, comisario —comentó Monforte.

—No debes dármelas. Si piensas que me fío de ti, te equivocas.

Se hizo un leve silencio cortado por la brisa fresca. Hugo insistió al comisario:

—Tiene usted entre rejas a uno de los hombres más peligrosos del país.

—Si realmente Parraverde es quien dices —replicó Redondo—, ¿por qué ha sido tan fácil darle caza?

—Nadie ha dicho que el trabajo esté acabado —agregó Monforte —. Quizá ahora empieza lo más difícil.

—Te empeñaste en detenerlo por tus propios medios. Yo quise recurrir a la Unidad de Crimen Organizado. Lo que te ocurra como consecuencia de esta decisión es responsabilidad tuya.

—Descuide, comisario —dijo Monforte en tono recio y subiéndose al coche—. Sabré cuidar de mí.

Capítulo 40

En la comisaría los dos inspectores tomaban un café, como mandaba la tradición en la dura jornada policial. Se hallaban enfrascados en un acalorado debate sobre si Hugo podía acceder solo a la sala de interrogatorios para enfrentarse sin armas al Leviatán de las profundidades.

—Entraremos juntos —dijo Candela—. Como hemos hecho siempre en esta comisaría.

—Tú no has interrogado a alguien así en tu vida.

Hugo pretendía negociar con Parraverde antes de que llegara su abogado, así que no había tiempo de discutir. Aquel hombre no era un simple delincuente. Llevaría años entrenando para enfrentarse a esta situación.

—Entraré yo solo, Candela —declaró Hugo con firmeza.

La inspectora cruzó los brazos, iracunda:

—Estaré vigilándote por las cámaras.

Mientras Monforte giraba la manilla de la puerta, reparó en que jamás había pisado la sala de interrogatorios de aquella comisaría. Quizá hubiera sido más prudente visitarla con tiempo, conocer los espacios y las esquinas, como un general que estudiara los mapas antes de bombardear territorio enemigo. Al abrir la puerta ya era demasiado tarde. Se encontró con un Parraverde sosegado que había dispuesto de todo el tiempo del mundo para escrutar su terreno y trazar el plan de defensa. Hugo debió llevar consigo la artillería pesada y no luchar en solitario con una bayoneta oxidada. Pero ya poco importaba. El duelo había comenzado.

—Buenos días —dijo.

Parraverde no contestó. Mantenía un rictus serio aunque sereno.

—¿Le han tratado bien? —preguntó Hugo.

—No he desayunado, si a eso te refieres.

—Puedo pedir algo.

—Por mí te puedes meter el desayuno por el culo.

—¿Sabe usted por qué está detenido?

—¿Es esto una broma? —rio Parraverde—. Me has acusado a los cuatro vientos, en plena calle.

—Es una formalidad. Me obligan a preguntarlo.

—Déjate de tonterías.

—¿No desea esperar a que esté presente su abogado?

—Está al llegar, pero no lo necesito para merendarme a un novato como tú.

—Novato no es la palabra exacta.

—¿A qué te has dedicado antes de trabajar aquí? —exclamó Parraverde—. ¿A detener carteristas? ¿A hacer duplicados de DNI? Eres un puto novato. No sabes siquiera por dónde empezar.

—Qué tal si empezamos por Isurus.

—¿Eso qué es?

—La organización criminal que usted creó.

—No tengo ni puta idea de lo que me estás hablando.

—Isurus es la red de tráfico ilegal que usted organizó para introducir en el mercado internacional su propia mercancía.

—Yo solo vendo pescado legal.

—Sabemos que exporta a todo el mundo atún capturado ilegalmente. La infraestructura legal de su fábrica le permite, por llamarlo de alguna manera, blanquear ese atún. Hablemos de ello; y ya de paso también del tráfico de drogas, medicamentos, armas o personas.

—Chico, has visto muchas películas de mafiosos —dijo Parraverde —. Yo solo soy un pescador.

—Deje que le enseñe algo.

Hugo depositó sobre la mesa algunas de las fotos más sórdidas que el Califa le había permitido copiar. En la primera permanecía tumbado en la cama con Aurora y Lucía desnudas mientras esnifaban cocaína.

—Pero bueno —exclamó Parraverde, contrariado—, ¿es que ahora no se puede echar un polvo tranquilo? No estoy haciendo nada ilegal. Es consumo personal.

Le mostró otra foto en un yate junto a Ruipérez, célebre narcotraficante ya fallecido. Los acompañaba Serrano-Masaveu, famoso ministro que fue llevado a prisión por malversación de fondos y evasión de capitales.

—Tendríamos que ver tus amistades, Monforte. Seguro que son también malos chicos, pero más pobres que las ratas. Estas fotos no demuestran nada. Solo que soy muy amigo de mis amigos. Cada cual es responsable de sus actos. No me irás a meter en la cárcel por invitar a un político. Tus superiores son también cargos políticos y eso no te hace cómplice de sus disparates.

—Conmigo tiene una oportunidad —dijo Hugo—. Soy así de benevolente. El acuerdo que le propongo es el siguiente: usted me dice dónde se encuentra Teresa Martínez y yo me olvido de su chanchullo japonés. Abandonaría el caso.

—A mí eso no me beneficia en nada —replicó Parraverde—. Siempre habrá otros policías ineptos dispuestos a perseguir casos imposibles. Tú te volverías a la pocilga de la cual has salido, pero el comisario jamás dejaría escapar una oportunidad como esta, única en su carrera. Ya no hay vuelta atrás, pese a vuestras mentiras.

—Por el asesinato de Aurora y Lucía le caerán más de treinta años. Con la agravante de pertenencia a organización criminal puede que el fiscal pida la permanente revisable. Por muchos millones de euros y atunes que regale a sus abogados, con su edad y estado de salud ninguna reducción de condena le permitirá salir vivo de la cárcel. Si me ayuda a encontrar a Teresa, podemos llegar a un acuerdo con el fiscal.

—Dígame, ¿por qué iba yo a matar a esas mujeres?

Hugo volvió a señalar las fotos que reposaban sobre la mesa. Orgías, brindis y cenas.

—En nuestra primera entrevista me dijo que apenas las conocía —insistió Monforte—. Luego ha quedado demostrada la estrecha relación de confianza que guardaban. Pero ellas no le querían, Lucio. Usted pensaba que le admiraban, que le amaban como a un padre.

Sin embargo, estuvieron años preparando su plan de fuga. Esperaron pacientes a amasar toda la fortuna que pudieran para así perder de vista su rechoncho cuerpo desnudo.

—Estás loco, Monforte.

Hugo extrajo otro documento. Era un informe de la Policía científica con fotos y muestras de un vaso de cristal y la pulsera hallada en Tarifa.

—Las huellas de este vaso que usted utilizó en su restaurante me han ayudado a convencer al juez. Esta es la pulsera que llevaba Lucía el día de su muerte. Tiene huellas suyas, Lucio.

Parraverde se levantó de su asiento visiblemente encolerizado. Su rostro redondo y enardecido levitó sobre la mesa de interrogatorios como una lámpara japonesa.

—Pues sí —gritó—. Me la follé aquella tarde. ¿Y qué? Yo no la maté. La dejé en su casa sana y salva. Te crees que lo sabes todo de mí. Pretendes hacerte el héroe. No tienes idea de nada. Jamás les habría puesto una mano encima. Yo soy incapaz de hacerles daño a los míos. Los mantengo siempre a mi lado como polluelos. Ellos son mi familia. Tú sin embargo desatiendes a los tuyos. No te remuerde la conciencia vivir alejado de tu hija. A su edad ahora te necesita más que nunca. Si quieres te puedo prestar ayuda para que cuiden de ella; tengo buenos amigos en Madrid. ¿Ves la diferencia entre tú y yo? ¿Quién es el bueno y quién el malo, Monforte?

Hugo experimentó una alteración en el sentido de la vista. La imagen de Lucio Parraverde ocupó todo su campo visual, a la vez que un velo negro ocultaba los límites de este. Sintió desvanecerse la razón devorada por la cólera. Alzó las manos intentando recuperarla como a un hijo perdido, pero fue inútil. Despertó tumbado bocabajo sobre la mesa de la sala de interrogatorios, con la mano izquierda en el hombro de Parraverde y la derecha aferrando su insólito cuello. Apretaba sin medida, invocando a la muerte. Su hija había sido el resorte de una compleja red de mecanismos emocionales latentes durante años. La lengua de Parraverde sobresalía de sus gruesos labios y comenzaba a amoratarse. Intentó agarrar las manos de Monforte, pero le atenazaban con demasiada fuerza. De haber llevado las esposas, el mafioso ya estaría muerto.

Hugo escuchó su apellido en la distancia. Un rumor de voces apagadas que clamaba en algún rincón de su cabeza:

—Suéltalo, Monforte.

Candela había entrado en la sala y gritaba intentando separarle las manos del cuello de Parraverde. Aunque Hugo no despertó hasta que la inspectora se abalanzó sobre él placándolo con fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Candela.

Desde el punto de vista técnico, Hugo tenía total conocimiento de sus actos. Una llave de estrangulación aprendida en defensa personal apta para asfixiar a elefantes y sin dejar ningún tipo de huella. Pero no supo dar explicación a aquel comportamiento.

Lucio Parraverde respiró aliviado y comenzó a toser.

—Encontraré a Teresa —dijo Hugo—. Luego volveré para encerrarle de por vida.

El rostro hinchado de Parraverde sonrió.

—No la vas a encontrar. —Lucio apenas podía hablar entre tosidos —. Teresa me llamó hace dos días. Temía por su vida. Yo la animé a irse si era lo que ella quería. Ahora estará muy lejos, a salvo. Sobre todo de vosotros.

Una voz rugió a espaldas de Hugo:

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Antonio Redondo entró en la sala de interrogatorios y observó atónito la escena.

—Le puedo explicar, comisario —dijo Hugo.

—Sal ahora mismo.

—Podemos hablarlo.

—He dicho que salgas —insistió Redondo—. Acompáñame afuera.

Hugo y el comisario se reunieron en el pasillo. El inspector temió las consecuencias de sus acciones. Sabía que aquello podía significar la expulsión de la comisaría, e incluso del cuerpo.

—Monforte, acabamos de recibir una llamada del Ministerio del Interior.

Las palabras confundieron al inspector. ¿Qué tenía eso que ver con él?

—Me han contado una monserga —prosiguió el comisario—. Al parecer, debido a presiones diplomáticas, el ministro se ve en un

aprieto. Peligran ciertos acuerdos económicos con un país tercero. Incluso ha intervenido la Comisión de Pesca del Parlamento Europeo.

Por unos instantes, Monforte no tuvo ni pajolera idea de lo que le estaba contando Antonio Redondo. Aunque no tardó en hallar la luz.

—¿Ese país es por un casual Japón? —dijo.

—Así es, me temo —susurró el comisario.

—¿Insinúa que vamos a soltar a Parraverde?

Redondo permaneció unos segundos en silencio. Lo suficiente para que Monforte pudiera oír sus propios latidos.

—Es una medida temporal hasta que tengamos pruebas más contundentes.

—No me joda, comisario. ¿No van a esperar a que pase a disposición judicial? ¿Lo va a soltar antes aun sabiendo que puede destruir pruebas, e incluso huir al extranjero? ¿Esta es la vergüenza de cuerpo de policía que tenemos en este país?

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

—No. No lo sé, y me importan una mierda. Lo llevaré ante el juez personalmente. Así el ministro no podrá intervenir.

—Mientras yo esté a cargo, ni hablar.

—Pues habrá que hacer algo.

—¿Me vas a ahogar a mí también?

Monforte y Redondo se sostuvieron la mirada. Volvía a enfrentarse al comisario. Los músculos de su abdomen continuaban en tensión, canalizando la ira que no había sido capaz de aplacar frente a Parraverde. Sintió en su hombro la mano sedante de Candela:

—Hugo, bajemos a tomar otro café.

Capítulo 41

Monforte y Candela ocupaban una mesa frente a la playa de Santa María del Mar, a pie de comisaría. La terraza presentaba un lujo para los sentidos que el inspector era incapaz de disfrutar. Dos surfistas torpes intentaban montar las minúsculas olas que se deslizaban sobre aquel remanso de paz. Candela los miraba y sonreía con prudencia:

—Se te va a enfriar el cortado.

El inspector no tenía humor para mares ni surfistas. La imagen del mafioso asfixiándose entre sus pulgares le afligía.

—No te atormentes más —agregó Candela.

Hugo alzó la mano restando importancia mientras daba un sorbo a la taza.

—A veces pierdo totalmente el control —dijo—. Es algo que luego lamento. Me ocurrió con un vecino la semana pasada. En ciertas situaciones me arde el alma por dentro. Pierdo la cabeza. Salta la chispa y no hay vuelta atrás.

—Ya lo pude comprobar cuando visitamos al Choco.

—En este caso Parraverde lo ha tenido fácil. Sabe sacar lo peor de cada persona. Me provocó utilizando aquello que más quiero.

—Bueno, supongo que está entrenado para ello, si es quien tú dices.

—Lo es sin duda. Me ha estado vigilando. Sabe que tengo una hija. La ha amenazado de manera indirecta. Conoce mis problemas familiares.

—Todos los hombres de tu edad tenéis problemas familiares.

—Ni siquiera mis compañeros de Madrid sabían lo de mi hija.

—Yo tampoco. Pero bien que se lo dijiste a Laura.

Monforte replicó mientras daba sorbos cortos a la taza:

—Espero que sea lo único que te haya contado.

Candela no quiso tirar más del hilo. Aquella terraza era la unidad de cuidados intensivos que necesitaba Monforte y ella parecía no tener intención de amargarle el mediodía. Más bien todo lo contrario: se prestaba como facultativa experta en los dolores del alma. La inspectora le había ofrecido a lo largo de la última semana su rostro más amable. Ella sabía que su vida personal era un desastre. Monforte le había ocultado que tenía una hija. Él albergaba sus motivos. En aquel oficio no le quedaba otra que esconder sus debilidades para sobrevivir en la selva de la comisaría y de la calle. Aun así, Candela le mostraba su mejor sonrisa. Quizá ella buscaba un hombre y lo había encontrado. Aunque no debía hacerse ilusiones, se dijo. ¿Quién es más libre, la inspectora sagaz, bella e independiente que ha renunciado al amor por voluntad propia o el maduro resultón que vigila discusiones de pareja a través de su tabique y se bebe a solas sin motivo una botella de Moët & Chandon?

—Voy a refrescarme los pulgares.

Hugo no gesticuló ante el comentario de la inspectora. Observó los pies descalzos de Candela Martín deslizarse sobre la fina arena gaditana. Golpeaban el líquido turquesa para pulverizarlo en nívea espuma. Tonteó con los surfistas sin recato, como correspondía a su corazón salvaje, y saludó a Monforte desde la orilla. Al inspector no le quedó más remedio que acudir a la llamada.

—Quítate los zapatos —dijo Candela.

—Teresa ya conoce la identidad del asesino.

—¿Cómo dices?

—Si lo que confesó Parraverde es cierto, Teresa ha terminado su propia investigación. Por eso ha desaparecido. Se siente amenazada.

—¿No irás a creer las palabras de ese individuo?

—Hay que contemplarlo —dijo Monforte—. Puede que esto nos ayude a encontrarla. Y el dinero.

—¿Qué dinero?

—El de Teresa. Si ha huido con todo su botín, ¿dónde lo ha guardado hasta ahora?

—Pues en un colchón —bromeó Candela.

—Esas cantidades tan elevadas no pueden pasar desapercibidas. Aurora invirtió su dinero en Gibraltar. Lucía se pudo permitir una residencia de lujo para sus padres. Pero desconocemos la suerte que ha corrido Teresa. Hemos registrado su casa sin hallar pista del dinero. Aunque haya huido con él, debe de haber quedado algún rastro.

Sonó un teléfono móvil. Candela se palpó el bolsillo trasero y sacó el suyo. Miró la pantalla esbozando una sonrisa y se lo mostró a Hugo:

—Videollamada de tu fan número uno.

En la pantalla aparecía el rostro lozano de Laura. La inspectora contestó.

—¿Otra vez te has dejado la llave dentro? —dijo Candela en tono jocoso.

—¿Es cierto lo que ven mis ojos? —rio Laura—. ¿En la playa en horas de trabajo?

—Hemos bajado a respirar, que el señor se cansa. —Orientó la cámara del *smartphone* hacia Hugo, quien saludó con la mano—. ¿Entras ahora en el bar?

—Sí. Dejo *pizza* casera en el horno. Te llamo para que no te entretengas por ahí con tu amigo. Que se pone fea.

—Mis amigos los elijo yo, y no es el caso.

—El mensajero te ha dejado un paquete.

—Será ropa. Déjalo en el armario de mi dormitorio.

—De acuerdo. Un beso. Chao.

Candela se despidió saludando con la mano. Tras la llamada siguió manipulando el aparato:

—Tengo un mensaje del juzgado. Han autorizado el acceso al registro de geolocalización del móvil de Teresa. Podemos consultar los datos en comisaría.

—Esperemos que sirva de algo —dijo Hugo mientras recogía los zapatos de Candela.

Una vez en la comisaría se reunieron en torno al ordenador de la inspectora. El comisario había salido. Parraverde ya estaba de vuelta

en su madriguera. Monforte se encontraba mejor. Serio, aunque sereno.

—Esto ofrece un margen de varios cientos de metros. —Candela manejaba el ratón con destreza—. En algunos casos de poca cobertura pueden ser kilómetros.

—Será suficiente.

Sobre un mapa interactivo pudieron seguir los recorridos de Teresa. En principio, todos habituales. Propios de su trabajo.

—No pensarás que esta chica es tonta —dijo Candela—. Habrá apagado el móvil en los desplazamientos que puedan ser sospechosos.

Hacía dos días que su teléfono no daba señal. El rastro se perdía en la localidad de Barbate, en el puerto pesquero.

—¿No ves algo extraño en estos movimientos? —preguntó Monforte.

—Casi todos se producen en el puerto de Barbate. Es lógico, puesto que es su trabajo.

—Es su trabajo siempre que se mueva por la parte más al este. Esto de aquí —Hugo señaló con un bolígrafo— es la zona comercial del muelle. Donde atracan los barcos pesqueros que mantienen la almadraba o llevan a cabo la pesca del atún. Pero Teresa se mueve demasiado en la parte opuesta, más al oeste. Es el puerto deportivo.

—¿Por qué demonios una trabajadora de la pesca de atún se pasea por el puerto deportivo? Creo que solo hay una manera de saberlo.

—Dile a tu amiga que hoy no comes *pizza* —comentó Monforte—. Salimos para el puerto de Barbate.

Capítulo 42

El sol vespertino se cernía sobre las filas de embarcaciones alineadas y correctas a lo largo de cada pantalán. En la distancia, a Hugo le parecieron pequeños pájaros que flotaban sobre las aguas, mecidos por las suaves olas del trasiego de yates.

Cuando los inspectores arribaron al puerto de Barbate, el ajetreo de la mañana ya había dado paso a la calma tras el almuerzo. Candela se asomaba al cantil del muelle, curioseando las mojarras que se arrimaban con timidez a los cascos de los barcos en busca de restos de comida. Pasearon hacia poniente a lo largo de la ribera del puerto. Las gaviotas combatían sobre el asfalto disputando unas raspas de pescado. A lo lejos, Hugo distinguió un área recreativa con varios negocios náuticos. A medida que se aproximaban a la zona de bares, identificó un cartel y maldijo en voz alta:

—No puede ser.

—¿Qué pasa?

Hugo señaló con el dedo un establecimiento cuyo nombre les resultó familiar: Restaurante El Capitán.

—Así que lo teníamos delante —rio Candela.

Hugo buscó en su móvil la carpeta con las fotos de todas las pruebas. Localizó la servilleta arrugada hallada en el bolsillo de Teresa. Era el mismo nombre y logotipo.

—¿Y el número? —preguntó la inspectora.

Monforte lo había olvidado. Pasó las fotos hasta dar con el reverso de la servilleta. Era un texto manuscrito con la letra P y el número quince. Teresa había apuntado en el papel de su puño y letra aquel extraño binomio.

—Con total seguridad significará algo relacionado con este puerto —agregó Hugo.

—¿Pantalán quince?

El inspector oteó el horizonte con la palma derecha sobre la frente, protegiéndose los ojos del sol. Desde aquel punto tenían una perspectiva general del puerto deportivo.

—Aquí no hay quince pantalanes —dijo—. Es un puerto muy pequeño.

El restaurante tenía un elegante mirador con motivos marineros. Disponía de bar y comedor. Los inspectores se acomodaron en la barra sobre unas sillas altas. El camarero, un chico joven, les preguntó qué deseaban.

—Buenas tardes —dijo Hugo—. Veníamos buscando este sitio, pero no ha sido fácil. No lo hemos encontrado en internet.

—Sí, puede ser —replicó el muchacho—. Verá, el local es una concesión y por ahora no nos dejan usar otro nombre oficial que no sea el del propio puerto. Hemos podido cambiar el cartel de la entrada y poco más. No nos permiten poner el nombre que nos gusta. Espero que esto cambie en unos meses.

Hugo pensó que ese había sido el motivo de que no localizaran el negocio el día que registraron la fábrica.

—Necesitamos un poco de ayuda. —Monforte enseñó la placa con la mano izquierda y su teléfono móvil con la derecha—. ¿Conoce a esta persona?

El camarero se vio sorprendido por la pregunta del inspector. Observó con atención la foto y afirmó con la cabeza:

—Sí, viene a desayunar con frecuencia. Una chica muy guapa. Pero ahora que lo dice, hace tiempo que no la veo.

—¿Sabe si amarra aquí su barco?

—Creo que no tiene barco. Lo que suele hacer es alquilar alguno y salir sola al mar.

—¿Sola? —dijo Candela extrañada.

—Sí, aunque poco más le puedo decir. No soy trabajador del puerto, solo me dedico al restaurante. Tendrían que preguntar a otra persona.

—Gracias por la ayuda, amigo —dijo Hugo—. Por favor, pon dos cafés.

Candela dio un sorbo a la taza y se volvió a dirigir al camarero:

—Disculpa, ¿sabes si en este puerto hay un embarcadero o pantalán con el número quince? —Mostró al chico en su teléfono móvil la letra y el número manuscritos.

—Aquí no hay pantalán quince —contestó el camarero sonriendo —. Eso parece un número de pañol.

—¿Pañol? —preguntó la inspectora.

—Un trastero para guardar el material del barco. P15 es el pañol número quince.

Monforte se bebió de un solo trago el café:

—Pues habrá que echar un vistazo a ese pañol.

Capítulo 43

Los inspectores no tardaron en localizar los trasteros del muelle, todos cerrados a cal y canto. Por supuesto, también el número quince. A esas horas de la tarde nadie deambulaba por el puerto deportivo, pero llamaron la atención de un guardia de seguridad, que se dirigió a ellos nada más verlos:

—Buenas tardes, ¿les puedo ayudar en algo?

Habían estado demasiado rato frente al trastero y era lógico que les preguntaran. Candela se anticipó a Hugo, sacando su placa y su mejor sonrisa:

—Hola. Necesitamos echar un vistazo a este cuarto. ¿Puede abrirnos?

El vigilante observó la placa no sin cierta desconfianza. Se mantuvo serio, aunque cordial:

—Yo no tengo llaves. Tendrían que hablar con el propietario del trastero.

—Precisamente por eso le estoy preguntando —dijo Candela—. Conocemos a la dueña, pero no se encuentra localizable. Es un asunto urgente.

—Les puedo facilitar el nombre del propietario, aunque me temo que no es una mujer.

Candela miró a Hugo, quien se encogió de hombros.

—De acuerdo —agregó la inspectora—. Díganos cómo localizarlo.

—Pues ahí lo tienen —contestó el vigilante señalando con el dedo.

A lo lejos distinguieron una figura que chorreaba con la manguera algunos aparejos. Se encontraba al final de un embarcadero. Los inspectores dieron las gracias al guardia y se dirigieron al encuentro del individuo señalado. A medida que se acercaban, Hugo pudo

distinguir su aspecto, una especie de patrón con aires rebeldes. Lucía pañuelo pirata y larga barba blanca. Tenía los dos brazos marcados con extraños tatuajes y el rostro cuarteado de miles de horas al sol. No pudo calcular exactamente su edad. Las arrugas de la inclemencia lo habían envejecido como una momia. Al verlos llegar se incorporó con reserva. Hugo tomó la palabra:

—Buenas tardes. Estamos buscando al dueño de uno de los trasteros. Nos indican que es usted.

—Así es —contestó con seriedad.

El inspector reparó en la doble mirada del marino. Los observaba alternando el ojo entre Hugo y Candela, relajando el rostro cuando ojeaba a esta última. La inspectora pareció considerar esto como una ventaja y empezó a hablar:

—Somos agentes de la Policía de Cádiz. Estamos buscando a una persona llamada Teresa Martínez. ¿La conoce de algo?

El marino arrugado no contestó a la primera. Se quedó mirándolos en silencio. Candela sonrió y el tipo le devolvió el gesto:

—Sí que conozco a Teresa. Es una trabajadora del puerto. Le he alquilado un pañol.

La inspectora le mostró en su teléfono móvil la imagen de la servilleta con la letra y el número.

—Ese papel lo escribí yo —prosiguió el marino—. Se lo entregué como recibo. Estábamos en el bar tomando un café y es lo que encontré a mano.

—¿Sabe algo de ella? —preguntó Candela.

—No guardo relación con mis clientes. No es la única persona que usa estos cuartos.

A medida que avanzaba la conversación, el marino se tomaba más confianzas con Candela. Se acercó a ella, casi ocupando su distancia personal mínima. La inspectora no se dejó intimidar:

—¿Qué tal si nos abre el cuarto número quince y echamos un vistazo?

—Yo respeto la privacidad de mis clientes —dijo el marino—. A menos que traigan algún escrito de la propia inquilina. O una orden judicial.

—¿Está de broma? —replicó Candela—. ¿El único documento que justifica el alquiler es una servilleta de bar y pretende que pidamos permiso al juez?

—Lo que quiere decir mi compañera, por si no lo ha entendido —intervino Monforte—, es que si no accede a abrir ese cuarto lo denunciaremos por alquilar en negro y sin contrato pasándose por los cojones la ley de arrendamientos y seguramente la de puertos.

Candela mantuvo su rostro a menos de medio metro del individuo. Ella mostró una espléndida sonrisa, pero en esta ocasión no obtuvo otra por respuesta. El marino se apartó y habló muy serio:

—Me llamo Juan, para servirles. Vengan por aquí.

El tal Juan les contó que Teresa utilizaba el trastero desde hacía un mes. Al parecer, la chica lo había justificado buscando privacidad para su equipo de trabajo, y en la fábrica no se fiaba de sus compañeros. Tras la puerta encontraron bien ordenadas todas las propiedades de Teresa. En un armario se guardaba material de buceo diverso: máscaras, aletas, guantes y otros enseres. Luego varios libros sobre fauna marina y submarinismo. También un pequeño bolso con documentación. Eran licencias profesionales, todas de Teresa: manipuladora de alimentos, pesca submarina, buceo, primeros auxilios. Un archivador con documentos. Unas doscientas páginas. Todas en japonés. En algunas, el sello de la sociedad Same.

—Voy a llamar para buscar un traductor —dijo Candela.

—No te precipites —agregó Hugo.

En un cajón localizaron un libro de viaje. Era una guía de Egipto, con los mejores rincones para sumergirse y disfrutar de la belleza de los fondos marinos.

—¿Sabe si Teresa tenía previsto realizar próximamente algún viaje? —preguntó Candela a Juan.

—No que yo supiera.

—Ella soñaba con escapar a Egipto —dijo Hugo.

Teresa era un espíritu libre. Un alma errante que no asumía patrón ni amo. Quizá soñaba con transformarse en sirena.

Monforte revisó con detenimiento las páginas:

—Aquí hay algo escrito.

Apuntó con el dedo índice lo que parecía un número de teléfono anotado en el interior de la cubierta de cartón: «36-09-38-5-57-05».

—No perdamos tiempo —exclamó Candela.

La inspectora tecleó en su móvil el número. Mantuvo el terminal pegado a su oído durante medio minuto. Al otro lado persistía una señal de llamada. Contestó una señorita en un idioma indescifrable. Candela intentó comunicarse con su interlocutora. Probó inglés y francés. También un árabe escueto. Todo sin éxito.

—El prefijo 36 no es de Egipto —dijo Monforte consultando su *smartphone*—, sino de Hungría.

Candela colgó la llamada:

—Avisaremos a la central para que nos ayuden en la búsqueda. Puede que el número esté incompleto y necesitemos un prefijo.

—Quizá no sea un número de teléfono —dijo Hugo.

Reinó un breve mutismo. La brisa primaveral silbó entre los tragaluces. Candela inquirió efusiva:

—¿Qué es entonces?

El inspector abrió de nuevo la guía de viajes. La hojeó del derecho y del revés y comenzó a reír.

—Son los números que apuntaría un marinero en su bitácora.

Candela le arrebató la guía e interrumpió con cierto nerviosismo:

—Todos son menores que sesenta. Son coordenadas geográficas: grados, minutos y segundos.

—¿Tenemos manera de averiguar a qué lugar apuntan? —inquirió Monforte— Necesitamos una carta náutica.

—Podemos usar mi *smartphone* —señaló Candela.

La inspectora introdujo las coordenadas en el aparato: 36°09'38"N 5°57'05"W. Apareció en pantalla un rectángulo celeste. Modificó su tamaño con los dedos.

—Es un punto en el mar cerca de la costa —agregó—. Quizá es el destino que Teresa tenía previsto en Egipto.

—Disculpen que les diga —intervino Juan—. Eso no es Egipto. Es una zona dos millas mar adentro aquí mismo, frente a nuestras costas.

Candela se guardó la guía de viaje en el bolsillo:

—Voy a llamar a la central. Creo que vamos a sumergirnos.

Capítulo 44

Decidieron pasar la noche cerca del puerto, en un hostal. Durante la cena, Candela hizo buen uso de su red de contactos y el favor del comisario para conseguir la ayuda de una unidad del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil perfectamente equipada con material de buceo autónomo. Una colaboración especial entre dos cuerpos diferentes.

—Salimos en cinco minutos. —La voz de Candela sonó tras su puerta tocando con los nudillos—. Me informan de que el barco está ya preparado.

El inspector no había dormido bien. Se encontraba muy inquieto. Le faltaban fuerzas para contestar a Candela. Sin embargo, la voz de ella sonaba contundente. Intensa. Segura de sus decisiones.

Se dirigieron de nuevo al puerto de Barbate, el lugar más próximo al punto geográfico que indicaban los misteriosos números de Teresa. Allí los esperaban los agentes especiales a bordo de su barco. Uno de ellos se cuadró dirigiéndose a Candela:

—Lo que ha pedido, inspectora.

Le hizo entrega de un equipo completo de buceo. Ella lo agradeció con una sincera sonrisa.

—¿Te vas a sumergir? —preguntó Hugo.

—Y tú también.

No es que tuviera miedo al agua, pero no recordaba haberse remojado por debajo de dos palmos de mar en toda su vida. Alguna vez tenía que ser la primera, se dijo. Pensaba que Candela bromeaba. Prefería no hacerse el valiente. Siempre podía permanecer en el barco dirigiendo la operación.

La embarcación policial se adentró en el mar. Aquella mañana arreciaba el viento de levante y la leve marejada se transformó en feroces olas que aupaban al barco en su marcha. El sol deslumbraba a los tripulantes. Hugo usó la mano como visera y maldijo en voz alta:

—Nos ha jodido.

Señaló con el índice hacia proa. En el horizonte se apreciaba un barco pesquero. El inspector se alarmó cuando se transformó en otros cinco. Se distribuían en una especie de formación ordenada.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Hugo.

—Es una levantá —contestó Candela—. Están sacando los atunes atrapados. Todo esto es la almadraba.

—¿Podemos sortearlos y continuar?

—Imposible. Se encuentran justo encima del punto de inmersión.

Cuando alcanzaron la formación de pesqueros fue consciente de la dificultad de la operación que pretendían llevar a cabo. Los marineros se encontraban en el ecuador de su faena. Las redes habían comenzado a acercarse a la superficie y los primeros atunes ya asomaban sus hocicos. Aquellos hombres los observaban extrañados y algunos de ellos inquietos por la presencia de la Guardia Civil.

Hugo cogió el megáfono y gritó con voz firme:

—Detengan la faena de inmediato. Es una emergencia.

Los marineros confusos se inquietaron y los inquietos se enojaron. El inspector reconoció que les estaba causando un tremendo agravio, pero la situación lo requería. Uno de los guardias lanzó un cabo a la boya de la almadraba. La embarcación quedó unida a uno de los barcos pesqueros. El oficial saltó dando con amabilidad los buenos días. Los marineros respondieron al saludo y calmaron sus ánimos sofocados.

—Vamos allá —exclamó Candela.

Otro de los agentes comenzó a montar los equipos de buceo autónomo. Hugo los miró con desconfianza. Estuvo tentado de rechazar el ofrecimiento, pero el vaivén del barco causado por las olas comenzaba a provocarle mareo. Bajo el agua, pensó, estaría más tranquilo.

—No he hecho esto en mi vida —dijo a la inspectora.

—Calma. Yo te guío.

Candela manejó con destreza aquellos artilugios. Hugo se enfundó un traje de neopreno que le ajustaba la barriga como sardina en lata. Ella le puso un chaleco hidrostático con una botella de aire comprimido que pesaba como un muerto.

—¿Dónde has aprendido esto? —preguntó Monforte.

—Me enseñó el novio geo.

Hugo se quedó descolocado con la contestación.

—Te pregunto en serio —dijo.

—Es la respuesta que te mereces.

—La inspectora tiene todas las certificaciones de buceo que se imparten a los grupos especiales —aclaró uno de los agentes.

Candela nunca dejaba de sorprenderle. Era la manera de decirle que nunca hubo novio geo, ni padrino, ni nada que se le pareciese. Ella era un gigante en su trabajo capaz de lo imposible. La saludó llevándose la mano a la frente en señal de aprobación y ella le devolvió el mismo gesto conteniendo la risa.

Dos agentes especiales se arrojaron al agua equipados y permanecieron flotando en la superficie. Luego se lanzó Candela e hizo señales a Hugo para que saltara. Él comenzó a sentir una leve falta de aire, en parte por la presión del traje, que le quedaba pequeño; aunque también, pensó, a causa de la ansiedad que le generaba la nueva experiencia. Se armó de valor y avanzó con el pie derecho cayendo a plomo sobre el mar. El chaleco le mantuvo flotando en la superficie.

—Esto es muy sencillo —explicó Candela—. Te metes el regulador en la boca y respiras despacio y de forma ininterrumpida. Para bajar pulsa el botón del chaleco. Cuando desciendas te pinzas la nariz y soplas, así la presión exterior no te dañará los oídos. No se te ocurra volver a la superficie demasiado rápido si no quieres morir de una embolia.

Hugo le hizo una señal de aprobación y contuvo una sonrisa nerviosa. La sonrisa de aquel cuya vida va a depender del contrario durante los siguientes minutos. Un silencio agitado por el rumor de las olas se interpuso entre los dos inspectores.

—Candela —susurró Monforte.
—Dime.
—¿Qué buscamos?
Ella le acarició los hombros:
—La verdad.
Y se sumergieron.

Capítulo 45

Bajo el mar se desvaneció la vehemencia de las olas. El silbido del levante y el crujir de los barcos fueron engullidos por un leve tintineo de burbujas que salían por arte de magia de los labios de Monforte y ascendían acariciando sus orejas. Se acostumbró rápido al artilugio que llevaba metido en la boca y se concentró en respirar según las instrucciones de Candela. Ella controlaba su flotabilidad y la presión de la botella. Descendieron muy despacio hasta tocar el fondo con las rodillas, donde los esperaban los agentes.

Se permitió el lujo de observar a su alrededor, en actitud contemplativa. El sol de la mañana se filtraba iluminando el fondo con unos azules etéreos que jamás había visto antes. En las alturas, los barcos pesqueros flotaban como nubes formando un círculo perfecto. Los atunes eran ángeles que se deslizaban entre las redes de la almadraba sin saber que acabarían devorados por aquella trampa mortal. Una sucesión elegante de arena blanca y roca irregular se tendía a sus pies. Los bancos de peces pequeños se deslizaban por doquier y Hugo no sabía adónde mirar. Candela le tocó el hombro para llamar su atención, haciéndole un gesto moviendo los dedos índice y corazón. Debía dejar de mirar el paisaje y comenzar a aletear.

Monforte perdió la noción del tiempo. No supo si estuvo buceando durante diez, veinte o treinta minutos; y si le hubieran dicho que el recorrido fue de dos kilómetros de suelo marino se lo habría creído. Las rocas se hicieron enormes y empezaron a formar pasillos cuyos muros altísimos presentaban una colosal oquedad en la base, a la que se adherían corales y estrellas de mar. Hugo comenzó a entusiasmarse.

Candela hizo una señal a los demás submarinistas. Se separaron en dos equipos. Ella y Monforte marcharon en dirección contraria y no tardaron en perderlos de vista. La inspectora se aproximó a una enorme estructura rocosa con aspecto de queso gruyer. Él la siguió; acercó demasiado la cara a sus aletas y recibió una consecuente patada en la máscara. Ella inspeccionaba absorta cada agujero. Se hicieron más grandes, hasta que toparon con una cueva de casi un metro de altura en la que cabía perfectamente un buceador arrodillado. Era negra como la noche y Hugo se mantuvo distante. Candela levantó la mano rogándole que esperara.

No tardó en advertir otra cueva, esta un poco más pequeña, situada frente a la elegida por Candela. Él dudó si arriesgarse y al final tomó su decisión por libre. Inclinó la cabeza, se situó a ras de suelo y la introdujo en la pequeña cueva.

Allí distinguió un pez enorme, con la mirada serena y aburrida. Era un mero. Pero no uno cualquiera. Reconoció al amigo de Teresa tantas veces fotografiado.

Alzó la mano y el pez se retiró asustado. Tras él distinguió un objeto extraño. Era duro y liso. Palpó con las dos manos y comprobó que se trataba de una caja metálica que dormía pegada al suelo como un pecio. Retrocedió hasta la posición de Candela y tiró de su aleta. Ella se giró para realizar la misma maniobra que él, solo que usando la linterna que portaba en la mano derecha. Iluminó la caja y pudieron distinguir las letras japonesas emblemáticas de Same. Hugo gritó de emoción, escupiendo burbujas de aire ininteligibles.

La felicidad de su rostro no duró demasiado.

Candela había expresado su alegría al encontrar la caja, pero tras unos instantes el inspector vio en sus ojos el reflejo del terror. Al principio pensó que se espantaba de él mismo. No tardó en comprobar que la inspectora observaba algo a sus espaldas. Hugo miró hacia atrás y perdió el control.

En la penumbra flotaba una bella sirena, de tez muy blanca y desnuda. Mostraba los ojos y la boca abiertos. Unos hilos de tinta negra se filtraban hacia la superficie. Hugo comprendió que no eran negros, sino rojos. El fondo del mar anulaba los tonos más cálidos para permitir solo los azules apagados. Era sangre. Como única

prenda, una gargantilla de oro en su cuello. El sobresalto obligó a Monforte a toser. Primero de manera leve, luego su boca expulsó el regulador. Intentó recuperarlo, pero fue imposible. Entró en pánico y subió como Candela le había advertido que no hiciera jamás.

Monforte gritó entre tosidos y lamentos al llegar a la superficie. Tras él ascendió Candela. Mientras flotaban ella le agarró la cabeza, mirándole a los ojos, temerosa por su salud:

—¿Estás bien?

—La han matado, Candela —exclamó Monforte, jadeando—. Han matado a Teresa.

Capítulo 46

El puerto se atestó de policías, servicios sanitarios y curiosos en pocos minutos. Los agentes establecieron un cordón policial. Hugo observaba el cadáver durmiendo sobre el cantil del muelle, envuelto en una impoluta bolsa blanca. Sentía que la joven le vigilaba a través del vinilo, embalsamada aunque altiva, tenaz como una reina egipcia, increpándole su falta de diligencia. No era la primera vez que se producía una muerte bajo su responsabilidad, pero sí la primera en la que se sentía responsable.

Hizo acto de presencia el comisario Antonio Redondo, quien se acercó a los inspectores con gesto serio. No saludó a nadie. Se aproximó luego al cadáver y preguntó a Monforte sin mirarle a los ojos:

—¿Ha sido el mismo?

—La herida es idéntica a las anteriores —intervino Candela—. Tras desangrarla han arrojado el cadáver al mar con los pies atados a un lastre. El agua ha eliminado todas las huellas.

—¿La ha visto el forense? ¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—La trasladan ahora al instituto —replicó Monforte—. Todavía quedaban restos de sangre. No creo que haya transcurrido más de un día.

—Difícilmente podremos implicar a Parraverde —dijo el comisario —. Lo hemos tenido entre rejas.

—No le faltan sicarios —agregó Hugo.

Redondo dirigió su mirada hacia el barco:

—¿Qué es eso?

Dos agentes especiales de la Guardia Civil descargaban el hallazgo de Monforte.

—Lo encontramos en el fondo marino —dijo Candela.

—No sé lo que es —replicó Hugo—, aunque puedo imaginarlo. Teresa murió por protegerlo.

A plena luz del día, la caja recobraba todo su esplendor. Parecía un recipiente hermético especial para permanecer sumergido durante años, construido de un material inmune a las inclemencias del mar. El comisario lo acarició, rozando con el pulgar las letras japonesas grabadas en el metal.

—¿Pueden abrirlo? —preguntó.

—Está cerrado con llave —contestó un agente—. Tiene una cerradura estanca. Pero creo que algo podremos hacer.

El oficial venía bien equipado. Sacó del furgón un maletín con herramientas donde guardaba un pequeño taladro. En pocos minutos, la cerradura se dejó vencer, desintegrada gracias a la pericia de los agentes.

El comisario abrió la caja:

—Joder.

De su interior extrajo oro. Lingotes de medio kilo en forma de tabletas de chocolate.

—Le encantaba el oro —susurró Monforte.

Candela se enfundó las manos en látex y cogió uno de los lingotes. Tenía impreso el mismo sello de Same.

—Oro japonés —dijo.

—¿Me lo podéis explicar? —preguntó Antonio Redondo.

—Este era todo el patrimonio de Teresa —contestó Hugo—. Gran parte del dinero que fluye entre la mafia japonesa y el imperio de Parraverde se convierte en oro. Estos son los beneficios de años de colaboración con el mafioso.

—¿No es más fácil con billetes de quinientos euros? —preguntó Candela—. Pesan bastante menos y son más cómodos de transportar.

—A los billetes grandes les queda poca vida —aclaró Monforte—. Tarde o temprano los retirarán de la circulación. En billetes de cincuenta, cualquier cantidad de dinero pesa más o menos igual que su equivalente en oro. Dentro de poco será más útil pagar con estos lingotes. Es mucho más fiable que el dinero allá donde vayas; y te

aseguro que Teresa quería irse muy lejos. El sitio más seguro para esconder su dinero era el que mejor conocía: el fondo de la almadraba. Ella intentaba recuperar su botín y marcharse del país, pero su asesino se anticipó, obligándola a revelar dónde guardaba el dinero. La raptó y la trasladó en barco hasta la almadraba. Pero Teresa se negó a revelar el sitio exacto. Fue entonces cuando la mató y arrojó su cadáver por la borda.

Los inspectores y el comisario permanecieron en silencio en torno a la caja abierta, admirando el brillo de aquellos lingotes pagados con sangre.

—Guardemos esto cuanto antes. Lo llevaremos en mi coche —dijo Candela—. Hoy mismo tiene que pasar a disposición del juez. Yo me encargo de ello.

—Aquí hay mucha gente husmeando —agregó Hugo—. Antes de transportar la caja voy a despejar el terreno.

Monforte sacó la placa de policía y la mostró a todos los curiosos que se congregaban tras el cordón policial. Los conminó con amabilidad a que se marcharan del puerto para dejar trabajar a la Policía. Eran en su mayoría pescadores o turistas. Al principio, todos pusieron malas caras, e incluso se negaron a marcharse. Al comprobar que se trataba de un policía de paisano obedecieron entre gruñidos. Una señora entrada en edad con chándal y pendientes de corales se encaró con Monforte. Sus hijos, adolescentes escuálidos con un anillo en cada dedo, la convencieron de que abandonara el lugar. Un grupo de niños retornó a zancadas hasta su posición de pesca sobre el espigón. Un jubilado acompañado de tres chihuahuas también se retiró entre bufidos.

Sonó una nota discordante en aquel barullo. Un excéntrico vehículo cruzó ante los ojos de Hugo. Salía del bullicio en aparente calma. Sin embargo, algo atrajo la atención del inspector. No era el color, ni el ritmo pausado, aunque sí la antigüedad del coche. Fue entonces cuando reconoció el modelo.

Era un Talbot.

Demasiada casualidad. Quizá pecaba de suspicaz, pero jamás se perdonaría dejarlo ir sin satisfacer su curiosidad. Se acercó con naturalidad al vehículo, que esperaba paciente el avance de una

motocicleta. El conductor llevaba gafas oscuras, gorra y braga negra al cuello que le cubría la boca. Demasiado abrigado para aquel junio espléndido. Hugo le dio el alto alzando la palma de la mano, sin más intención que pedirle la documentación y hacer un par de preguntas. El conductor, de manera imprevista, aceleró con un volantazo e invadió la acera. Monforte intentó esquivarlo sin éxito. El capó le golpeó en el muslo derecho y lo derribó sobre el asfalto. El inspector quedó dolorido en el suelo mientras el Talbot huía a todo gas.

Capítulo 47

—¿Se encuentra bien, señor?

—Acelera —dijo Monforte.

El inspector montó de copiloto en el vehículo policial que le había auxiliado. La intención del conductor era atenderle, pero Hugo rechazó la ayuda y su orden directa fue perseguir al fugitivo.

—Atención a todas las unidades —gritó Monforte por radio—. Sospechoso a la fuga en vehículo Talbot Horizon de color marrón. Bloquead salidas desde el puerto hacia los pinares. Tengan cuidado. Puede ser muy peligroso. Repito: muy peligroso.

El vehículo policial rugía entre los pinos barbateños. Corría como el diablo y no tardaron en dar alcance al Talbot. El piloto a la fuga se permitió el lujo de mirar hacia atrás y dio más gas. Comenzó a zigzaguear para desconcertar a los policías, quienes trataban de adelantarle para cortarle el paso, algo imposible.

—No se preocupe, inspector —dijo el agente—. Hay dos unidades esperando en el próximo cruce.

Monforte sentía que el corazón se le iba a salir del pecho. Abrió la ventanilla y asomó su arma reglamentaria. Apuntó hacia las ruedas y apretó el gatillo. El estampido le dejó sordo, aunque el Talbot prosiguió su camino con la misma elegancia. El sospechoso escuchó el disparo y eso intensificó su batería de zigzags.

De pronto se esfumó.

Un desvío a la derecha cubierto tan solo por gravilla y polvo engulló al fugitivo. Era un camino rural. El policía frenó en seco y Hugo oyó en la lejanía el ruido de aquel viejo motor.

—Nos vamos a cargar la suspensión, inspector.

—Síguelo.

Continuaron la carrera. Aunque el vehículo fugado incrementaba a cada segundo su distancia con el coche de policía. En aquel terreno, el sospechoso se defendía a conciencia. Los agentes alcanzaron un desvío en pleno bosque de pinos que abría el camino en otros cinco. Era imposible saber el destino elegido. El Talbot desapareció definitivamente.

El policía detuvo el coche. Hugo salió para blasfemar a los cuatro vientos. Al menos habían podido tomar nota de la matrícula. El sospechoso había escapado porque era más rápido y más ágil, pero también más inteligente. Se trataba con seguridad de un buen conocedor de la zona. Monforte tomó asiento sobre el tronco decapitado de un pino. Los árboles le rodearon como espectadores de un circo y le arrebataron el juicio. Se sintió observado en aquella encrucijada. El cuerpo sin vida de Teresa apareció detrás de un árbol para ocultarse tras otro. Sintió unas náuseas repentinas y comenzó a vomitar.

—¿Volvemos al puerto, inspector?

—Lléveme a comisaría —contestó entre resuellos—. Necesito una ducha.

Capítulo 48

Una mano húmeda frotó el espejo empañado del vestuario masculino. Monforte contempló reflejado el rostro de un hombre que había envejecido diez años en tan solo diez minutos. Su piel estaba escaldada tras la sesión de agua a la temperatura del mismo infierno. Respiraba el vapor ardiente como un vaho medicinal. Nada le era suficiente para lograr la catarsis que necesitaba. Pensaba que se había aclimatado a los vientos del fracaso, pero era mentira.

Papá, ¿te estás afeitando?

Aprovechó la sauna para rasurarse la cara. La cubrió de espuma y paseó sobre ella la cuchilla. Al menos dejó de tener el aspecto de un náufrago.

Déjame verte, porfa.

Ahora no puedes entrar, Sara.

No debía permitir que los recuerdos le hundieran aún más, se dijo. Mejor salvar primero al inspector y luego al padre. Dispersarse en la resolución de problemas solo podía llevarle al colapso.

La comisaría se hallaba desierta a aquellas horas de la tarde. Los agentes hacían guardia bien lejos de su departamento. Salió del vestuario tan solo cubierto con la toalla y oyó una voz:

—¿A dónde vas así, campeón?

—¿Qué haces aquí? —dijo Hugo.

—Mirarte.

—No estoy para bromas, Candela.

—Si quieres me voy por donde he venido, pero me llevo esto de vuelta. —La inspectora alzó una abultada bolsa de plástico.

—¿Qué es?

Le arrojó el paquete con violencia. Hugo casi perdió la toalla, lo que hizo que gesticulara con los brazos de manera ridícula.

—Ropa limpia.

—¿Tuya?

—He estado en tu casa —contestó Candela—. Me dijeron los agentes que te habían traído a comisaría hecho un trapo. Tu vecino Cruz me dejó entrar muy amable hasta tu azotea y pillé ropa tendida.

—Gracias.

Volvió al vestuario para ponerse una camisa y un pantalón. Al salir se encontró a Candela en la sala tecleando en el ordenador.

—¿Ya te has gastado los lingotes? —dijo Hugo.

—Los tiene el juez. El funcionario no daba crédito al regalito que le hemos dejado. Nunca habían confiscado algo así.

Se hizo el silencio entre los dos inspectores. Susurró el mar. Era la primera vez que Hugo advertía el azote de las olas desde su mesa. La quietud de la tarde permitía que el rumor los abrazara en la distancia.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Candela.

—Me dieron un buen golpe, pero más me duele la dignidad.

—Necesitas una copa, Monforte.

Candela se equivocaba. Necesitaba un banquete sin fondo con vistas al atardecer regado con dos botellas de Dom Pérignon. Era la única forma de recuperar el aliento.

—Estás pensando en comida, ¿verdad? —agregó la inspectora.

Monforte comenzó a reírse entre dientes. Negó con la cabeza.

—Te conozco —rio la mujer—. Sé la cara que pones cuando piensas en comida.

—¿Y cuando pienso en otras cosas?

—Solo tienes una cara para el deseo, da igual su naturaleza. Eres así de rudimentario.

Candela habló sin despegar la mirada de la pantalla. Monforte se sentó a su lado.

—¿Estás revisando la matrícula del Talbot?

—No está siendo fácil. Es un vehículo antiguo con varios cambios de propietario a sus espaldas. Pero creo que lo tengo.

Los ojos de Candela se abrieron de par en par y lanzó un exabrupto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Monforte.

—Este coche fue dado de baja hace tres años. Prácticamente es un vehículo para desguace. Por eso no lo pudimos encontrar desde el principio.

—¿Qué tipo de persona conduce un coche de desguace?

—Apenas lo habrá movido del barrio en estos tres años —agregó Candela—. Puede que lo tenga en un garaje particular. Su último dueño fue un tal Pedro Villalba Soto. Sesenta años.

—Mira si tiene antecedentes.

En la pantalla apareció una ficha policial con un historial bastante extenso. La inspectora contestó con firmeza:

—Joder si los tiene.

Ante ellos apareció un rostro enjuto, calvo y con bigote. Una faz neutra. Ni feo ni guapo, ni rico ni pobre. Podría ser el vecino que te ayuda a sacar la basura.

—Tres años de prisión por acumulación de delitos menores. Hurto, tráfico de drogas, estafa. Atropelló a un peatón en estado de embriaguez. Luego lo hospitalizaron durante un largo periodo por una enfermedad grave y detuvo su magnífica carrera.

—Te tenemos, cabrón —susurró Hugo—. ¿Tienes el domicilio?

—Pues no te lo vas a creer. Está empadronado en una jodida caravana.

Monforte enmudeció ante la afirmación de Candela.

—No recuerdo que eso fuera legal —dijo.

—Lo es —replicó la inspectora—. Se aplica en casos de indigentes, chabolistas y gente en riesgo de exclusión. Este parece un ejemplo bastante claro: el domicilio es un aparcamiento de caravanas en la barriada del Río San Pedro.

—¿Eso dónde está?

—A poca distancia de aquí. Unos minutos. Un núcleo industrial en plena bahía. Junto a las marismas y los astilleros.

Candela se levantó y apagó el ordenador. Monforte miró absorto cómo se equipaba a conciencia, con otra arma además de la

reglamentaria. Con el rostro duro y el semblante inquieto, dispuesta a lo imposible. Se dirigió al inspector con una orden seca:

—No perdamos tiempo.

Capítulo 49

Mientras abandonaban la ciudad, el atardecer abrigó la insólita composición de astilleros, pinos y marismas que coronaba el centro de la bahía de Cádiz junto a la isla del Trocadero, convirtiendo los pequeños caños en espejos ocres que sorprendieron a Hugo. Tan cerca y tan diferente de aquellas playas doradas que besaban el paseo marítimo. Tan lejos de las corrientes convulsas del Estrecho. Las marismas se extendían al otro lado del mundo. Quizá como refugio, pensaba Hugo, de quien escondiera secretos inconfesables.

—Tras el polígono industrial hay un paseo que mira al río —dijo Candela.

Desde la cima del levadizo puente Carranza distinguió con claridad la masa informe de esteros con flamencos y retazos de buques que se adentraba en la bahía ofreciendo soporte a los dos grandes puentes que daban acceso a la ciudad.

—Ese es el lugar. —Candela pisaba el acelerador con prisa quieta, tal vez con la misma congoja que él experimentaba. Con ganas de llegar, pero no demasiadas.

Las grúas mastodónticas de los astilleros dieron paso a los pinares flanqueados por el caño del Trocadero y el río San Pedro, brazos de mar sin origen regados de minúsculas embarcaciones pesqueras. Candela aparcó el vehículo en el paseo fluvial del segundo. A esas horas, el sol se posaba sobre el mar plácido del parque natural. Las aves vespertinas atravesaban el disco solar buscando cobijo en los pinares de los Toruños. Un silencio hipnótico discurría por las aguas. El tal Pedro había hallado su propio fin de ninguna parte.

—Tiene buenas vistas este desgraciado —comentó Hugo.

Candela ordenó silencio a Monforte. El vehículo de los inspectores quedó lejos del aparcamiento de caravanas, al que pretendían acceder a pie para no llamar la atención. Cuando alcanzaron la explanada, solo había un vehículo. Era una caravana sin tracción. Un modelo muy antiguo con varias décadas a sus espaldas. La matrícula coincidía con el domicilio registrado del tal Pedro Villalba.

La inspectora se deslizó rozando uno de los laterales. Al asomarse a la ventana hizo un gesto a Monforte. Todo despejado. Señaló la puerta con la mano.

—¿Vas a entrar? —susurró el inspector, escandalizado como siempre.

—Creo que está abierto.

Candela se llevó la mano derecha al arma colgada del cinto mientras abría la puerta con la izquierda. La cerradura no ofreció resistencia. Hugo protegió la entrada vigilando el acceso al aparcamiento. La inspectora lo invitó a entrar y encendió una linterna.

En el habitáculo no había nadie. Se encontraron en una *roulotte* sencilla, con muebles y enseres antiguos. Todo bastante ordenado. Registraron cajones y estantes. Hugo husmeó en una torre de documentos que se apilaba en un armario. Eran notificaciones de los servicios sociales. Sobre ellas descansaban varios folletos informativos de hospitales en el extranjero, algunos de Estados Unidos. Desmontó la torre de papeles y los inspeccionó uno a uno.

—Esto es de la fábrica —dijo.

Candela se acercó y comenzó también a mirar los documentos. Localizaron varios listados con inventarios de atunes, ubicación y peso.

—Creo que ya sabemos quién enviaba al Califa la información —agregó la inspectora.

Candela tomó asiento en uno de los sofás para inspeccionar los documentos. Fue entonces cuando separó las manos y observó sus propios pies.

—¿Has visto esto? —dijo.

Las patas del sofá tenían restos de bridas cortadas. Eran sencillas, de las que se adquieren en ferreterías. Desmontaron la estructura

del asiento y descubrieron más.

—Aquí trajo a las víctimas —agregó Candela—. Las amordazó e inmovilizó. Las bridas coinciden con las marcas en los cuerpos. —Se inclinó en el suelo buscando huellas—. Este aparcamiento parece desierto, es un buen lugar para drogar e interrogar sin molestias.

—¿Interrogar?

—¿Para qué si no iba el asesino a recorrer más de cincuenta kilómetros con la víctima a cuestas? Las sedó con morfina y las trajo hasta aquí. Las interrogó aturdidas, sin poder defenderse. A esta distancia de la Janda, el asesino se cree impune. Libre de miradas. Lejos de su radio de acción. Supongo que les intentaría sonsacar dónde guardaban el dinero. Luego las transportó dormidas a los sitios que conocemos para darles muerte.

A Hugo no le terminaban de satisfacer los comentarios de Candela. Este comportamiento no demostraba pulcritud en la labor del asesino. Suponía un claro síntoma de trastorno. ¿Recorrer la provincia en un coche de desguace? ¿No falsificar al menos la matrícula? ¿Dejar la caravana abierta? Tumbos que nunca daría un profesional del crimen.

De repente oyeron unos pasos. Fuera de la caravana ya reinaba la oscuridad. Tan solo una farola ofrecía algo de luz. Los inspectores se agazaparon en el vehículo y apagaron la linterna, esperando que se tratara de un peatón despistado que sacara al perro. Sin embargo, no era así. Hugo escuchó cómo giraba la manija interior de la puerta.

Un individuo entró en la caravana. El brillo de la farola se filtró por la puerta. De sus dos manos colgaban sendas bolsas de la compra, que acomodó sobre una encimera. Entonces encendió la luz.

Unos gritos sobrecogedores violentaron a Hugo. Era Candela, quien se había abalanzado sobre el sospechoso, le había clavado el cañón de su arma en la nuca y le ordenaba que se tumbara. El recién llegado hincó las rodillas en el suelo e intentó colocar las manos sobre la cabeza. Pero los zarandeos de la inspectora le hicieron perder el equilibrio. Quedó bocabajo, inmovilizado a la vez que aturdido.

—Pedro Villalba, supongo —dijo Hugo.

El tipo guardó silencio. Candela apretó el arma contra su cabeza.

—Así es —contestó finalmente.

Monforte hizo gestos a la inspectora con la mano izquierda mientras sostenía el arma con la derecha. Mostró su palma y la agitó hacia arriba, suplicando en silencio a Candela que se calmara. No quería devolverle al comisario un fiambre sin interrogar.

El tipo mantenía la calma. Su actitud era de total indiferencia. No aparentaba miedo ni desconcierto. Hugo le hizo algunas preguntas relacionadas con el caso a las que no contestó. Candela procedió también a interrogarle, aunque empleando más vehemencia. El hombre callaba.

Entonces Hugo sintió miedo. Habían invadido un domicilio sin autorización. La única pista que relacionaba a aquel hombre con el caso era un vehículo de desguace. Recordó cuando detuvieron a Parraverde y lo tuvieron que soltar de inmediato. ¿Y si no era capaz de convencer al comisario ni al juez? La actitud tranquila del tal Pedro era propia de alguien que sabe lo que hace. El inspector no tenía el control, y eso era bastante malo.

—¿Por qué has matado a Teresa? —preguntó.

—Yo no he hecho nada. Se equivocan de persona —contestó Pedro Villalba.

Hugo cacheó al sospechoso en busca de algún tipo de arma, sin éxito. Registró sus bolsillos y extrajo su cartera. La abrió sobre la mesa, y cayeron unas monedas y varios recibos pequeños. Uno de ellos era de una empresa de mensajería. Parecía un comprobante de un envío reciente. Monforte no dio crédito a lo que estaba leyendo.

El destinatario era la propia Candela.

En el comprobante figuraba el nombre completo de la inspectora, su domicilio y el tipo de envío realizado. Ordinario, entrega en tres días, máximo dos kilos.

—¿Qué es eso?

Candela preguntó a Hugo, alarmada por el rostro estupefacto del inspector. Este dudó en mostrarle el documento. Ella insistió en la pregunta y le arrebató el papel de las manos.

Tras leerlo en silencio golpeó la cabeza del sospechoso con la culata del arma.

—Explica esto —exclamó Candela junto al oído de Pedro—. ¿Cómo sabes mi dirección?

El detenido comenzó a lamentarse. Hugo detuvo la mano de Candela, dispuesta a asestar un nuevo golpe.

—Lo tenía la chica —dijo el sospechoso.

—¿Qué dices? —preguntó Hugo.

Candela lo agarró por la nuca.

—El papel lo llevaba la chica en el bolsillo —insistió el detenido, alzando la voz—. Esa tal Teresa.

Escuchar ese nombre jaleó la furia de Monforte, quien se vio tentado de golpear a Pedro igual que Candela. Contuvo su ira, respirando profundamente. La situación era bastante confusa y necesitaban dar los pasos adecuados. Precisaban serenarse. Los dos.

—¿Qué contiene ese paquete? —preguntó Monforte.

La inspectora apretó desde atrás el cuello de Pedro con todas sus fuerzas. El sospechoso gritó de dolor:

—Fotos. Eso dijo ella.

Candela aflojó la mano y respiró con rostro de preocupación. Hizo una señal al inspector para salir de la caravana sin perder de vista a Pedro, que continuaba tumbado.

—Tenías razón con las intenciones de Teresa —susurró a Hugo, más sosegada—. Estaba recopilando pruebas, y me las envió a mí.

—Debió entregarlas en comisaría.

—No se fiaba de ti, Monforte. Ya la dejaste una vez tirada.

Sonó el móvil de Candela. En la pantalla apareció el nombre de Antonio Redondo.

—Hola, comisario —contestó la inspectora activando el manos libres—. Buenas noticias, lo tenemos.

Recibieron como respuesta el silencio. Candela miró de nuevo la pantalla. Tras varios segundos eternos sonó la voz de Redondo:

—No puede ser. Tenemos localizado el Talbot en Cádiz.

—¿Dónde? Eso es imposible —exclamó Candela—, hemos detenido al dueño.

—En el paseo marítimo, frente a la playa de Cortadura.

Entonces, en el rostro de la inspectora se reflejó el horror y colgó la llamada para realizar inmediatamente una nueva.

—¿A quién llamas? —preguntó Monforte.

—A Laura.

Hugo tardó en discernir la realidad, que Candela ya conocía de sobra: el asesino no trabajaba solo. Pretendía recuperar el paquete con las pruebas que Teresa había enviado días antes y que ya se hallaba en el domicilio de Candela. Aunque lo peor de todo fue recordar que a esta hora Laura ya habría terminado el turno de tarde y regresado a casa.

El sospechoso continuaba tumbado en el suelo, pero Monforte lo agarró del cuello de la camisa y lo incorporó con rudeza.

—¿Cuántos sois? Dime la verdad, cabrón —exclamó mientras lo zarandeaba.

—Laura no contesta —dijo Candela, afligida.

El sospechoso se quitó el sudor con la palma de la mano, susurrando sin inmutarse:

—Ya es tarde.

Capítulo 50

Candela pisaba el acelerador hasta el fondo, volando treinta centímetros por encima del asfalto y haciendo del puente Carranza una pista de carreras en plena noche. El tráfico era inexistente. Hugo conectó la sirena auxiliar. En el asiento trasero, Pedro Villalba viajaba con la cabeza entre las piernas y esposado.

Llegaron a su destino en pocos minutos. La goma de los neumáticos golpeó la acera con un chirrido seco. Era un edificio enorme de doce pisos. En el horizonte de la eterna y recta avenida principal el inspector divisó las luces de varios vehículos policiales.

—Al tercer piso —gritó Candela.

Los dos portaban sus armas reglamentarias en alto. Corrieron y saltaron por las escaleras. La inspectora jadeaba mientras que la falta de entrenamiento volvía a provocarle náuseas a Hugo.

La puerta del piso se encontraba entreabierta.

Se apostaron a ambos lados de la entrada, con la espalda en la pared y el arma en el pecho. Candela abrió la puerta con cautela. Aunque se arriesgaban a perder ventaja del factor sorpresa, él respetó la decisión de la inspectora.

El interior de la vivienda parecía arrasado por un ejército. El mobiliario se esparcía por el suelo y no quedaba un solo objeto en su sitio. El intruso había registrado hasta el último rincón. Hugo y Candela pisaron con sigilo. Ella le hizo señales para que avanzara hacia el interior del apartamento, separándose. La figura de la inspectora se rezagó cauta en la cocina, apuntando con su arma a cada rincón. La perdió de vista. Hugo superó el pasillo, la sala de estar y finalmente un dormitorio, sobre cuya cama blanca reposaba bocabajo el cuerpo desnudo de Laura.

Hugo se arrodilló frente al rostro de la chica.

—¿Estás bien? —le susurró al oído.

Un esparadrapo le sellaba la boca. Laura gesticuló ofreciéndole una mirada inclasificable entre el pavor y el alivio. Varios retales de sábana le ataban las manos y piernas a la cama. Hugo se concentró en despegar la cinta causándole el menor daño posible. Laura volvió a mirarle, agradecida, pero el terror asomó a su rostro y comenzó a resoplar por la nariz. Hugo no terminó de despegar la cinta. Giró la cabeza y se encontró con el individuo al que había perseguido en coche, vestido con gorra, gafas oscuras y braga de cuello hasta la nariz, que alzaba con la izquierda un cuchillo de enormes dimensiones y con la derecha una palanca metálica que le golpeó el cráneo.

Monforte cayó a plomo, como un fardo de arena.

Todo se volvió oscuro en el interior de su cabeza. No perdió el conocimiento, pero quedó postrado en el suelo en una postura antinatural, besando el pavimento. Podía haberse incorporado y luchar; sin embargo, le incapacitaba un profundísimo dolor en el cráneo que sacudía todo su cuerpo como una campana. Desde el suelo, Hugo recuperó la visión y enfocó la escena. El agresor se aproximó y se arrodilló a sus pies, manipuló un objeto que no logró identificar y se lo clavó en el muslo. El inspector reconoció el dolor inconfundible de una jeringa. De inmediato se apoderó de él un sopor irrefrenable. Su cuerpo se relajó de una manera enfermiza. Permanecía consciente, pero incapaz de realizar ningún movimiento. El agresor le había clavado el inyectable de morfina destinado a Laura. La dosis era lo suficientemente elevada para casi matarlo sin que perdiera el conocimiento. Hugo intentó gritar para llamar la atención de Candela, pero su laringe se había relajado hasta el punto de no poder articular palabra. Arrinconado en el suelo, Monforte se convirtió en espectador impotente del asesino, que retomó su tarea en el punto en el que había sido interrumpida. Depositó la pistola de Monforte en una mesa mientras se sentaba en el lateral de la cama, sosteniendo en la mano derecha el enorme cuchillo y acariciando con la izquierda la espalda de Laura, localizando con mesura cada uno de los huesos de su columna

vertebral. Los llantos sordos de la chica sobrecogieron a Monforte. El agresor le terminó de quitar a su víctima el esparadrapo.

—Suéltame —lloró Laura—. Ya tienes lo que buscabas.

En efecto, el asesino había hallado el paquete con las pruebas y lo mantenía en su poder. Sin embargo, no necesitaba una justificación para continuar su prolífica carrera. Su comportamiento era el preludio de otra orgía de sangre. Hugo conocía muy bien la mente de estos psicópatas. Una vez activados los resortes de la maldad, no había vuelta atrás.

Monforte sintió unos pasos junto a la puerta del dormitorio.

—Suelta el cuchillo y túmbate en el suelo.

Era la voz quebrada de Candela, que sostenía su arma reglamentaria.

—Te digo que te tumbes —insistió.

Al asesino no le tembló el pulso y depositó lentamente el cuchillo sobre la misma mesa donde descansaba la pistola de Hugo. Al soltar el arma blanca cogió la de fuego y disparó a Candela en un acto tan temerario como torpe. El miedo bloqueó a la inspectora, cuya pistola no llegó a detonar. Los movimientos del agresor con el arma fueron toscos, pero un segundo estampido golpeó los oídos de Monforte y el pecho de Candela, quien cayó de espaldas, fulminada.

—Hijo de puta —susurró Hugo en un quejido incomprensible y lejano.

Laura gemía y se convulsionaba, contemplando la escena desde una postura imposible. El asesino se acercó al cuerpo de la inspectora para quitarle la pistola.

Emergieron dos brazos en torno a su cuello.

Las manos de Candela atenazaron al agresor y se produjo un forcejeo entre ambos. Ella logró desequilibrar al asesino, no demasiado robusto, y cayeron sobre la mesa del dormitorio. Candela usó el cuerpo de su oponente como amortiguación, provocando que el borde del mueble se le clavara en un costado. El agresor comenzó a jadear entre estertores, se había lesionado de gravedad. Aun así, el forcejeo prosiguió con rudeza. Los dos cuerpos continuaron la lucha en el suelo y las manos asesinas enfundadas en negro lograron rodear el cuello de Candela. La ahogaban con fuerza. Pero

la inspectora era más fuerte que su agresor: logró interponer la rodilla y presionar como una palanca. Estiró la pierna contra el pecho del asesino, zafándose de él y enviándole de nuevo al suelo. Este cayó bocabajo y perdió la orientación. Candela se incorporó, decidida, imparable. Cogió el cuchillo que todavía permanecía intacto sobre la mesa y lo clavó en la espalda del agresor con toda su rabia. El arma, afilada como el odio, penetró sin resistencia. Sonó un aullido de dolor. El cuerpo del asesino convulsionó, incapaz de proseguir la batalla. Sus gritos, de mujer, desconcertaron a Candela, quien le arrancó la prenda que le cubría la cara para descubrir el rostro afligido de la trabajadora Carmen Ronda.

Capítulo 51

Las luces azules colapsaban la avenida como luciérnagas en una noche de verano. Monforte descansaba sobre la camilla de una ambulancia en estado de semiinconsciencia. A su brazo tenía conectado un gotero. Candela lo observaba preocupada. Un médico regulaba la dosificación.

—Es naloxona —dijo el doctor—, un antídoto. Se repondrá.

—¿Está bien Laura? —susurró Monforte.

—Creo que sí —contestó Candela, que volvía de animar a su amiga—, solo tiene rasguños.

—¿Y tú?

La inspectora se desabrochó la camisa y mostró a Hugo un enorme cardenal morado en el escote.

—Mejor prevenir —afirmó sonriente.

—Debe de doler mucho.

—Más me duele no poder usar bikini.

—Voy a regalarte un chaleco antibalas nuevo —dijo Monforte.

—Te advierto que este era bueno, elegante y caro.

Incluso tras haber sido impactada por un disparo, Candela lucía espléndida. Hugo, sin embargo, se sentía como si hubiera bajado a los infiernos. Apenas podía hablar y la cabeza le daba vueltas. Aunque se negaba a que la ambulancia lo llevara al hospital hasta que la avenida estuviera despejada y todos volvieran a sus casas.

Hizo acto de presencia en la ambulancia el comisario Redondo:

—Buenas noches, Monforte.

El inspector le devolvió el saludo casi sin poder alzar la mano. Candela fue directamente al grano:

—Quiero verla, comisario.

—La han estabilizado en la ambulancia —dijo Redondo—. Tiene un pulmón perforado. Necesita un cirujano.

—Quiero verla —insistió Candela.

El comisario miró su reloj con gesto serio:

—Solo cinco minutos.

Hugo Monforte hizo el intento de levantarse.

—¿Qué haces? —exclamó Candela—. No te debes mover.

—No pensarás que te voy a dejar sola —susurró el inspector—. Ayúdame, por favor. Tengo que ver a esa mujer.

Hugo se agarró del cuello de Candela, quien lo sacó de la ambulancia con precaución portando su gotero. Comenzaba a encontrarse mejor. La medicación surtía efecto.

Carmen Ronda reposaba sobre la camilla de la ambulancia contigua observando un cielo imaginario, inexpresiva, fruto de la sedación. Pero nadie iba a convencer a Candela de que no era el momento ni el lugar.

—¿Por qué lo hiciste, Carmen? —dijo la inspectora.

La mujer no se inmutó. Ni siquiera le dirigió la mirada. Hugo dudó de que se encontrara lúcida.

—Eran tus compañeras —prosiguió Candela—. Teresa era tu amiga. Has hecho algo terrible.

Carmen la miró:

—Ellas sí que hicieron algo terrible.

Candela le mostró el paquete enviado por Teresa.

—Era esto lo que buscabas en mi piso, ¿verdad?

Extendió un puñado de fotografías sobre la camilla.

—¿Recuerdas cuando Teresa te acompañó a la feria? En realidad, te vigilaba de cerca —continuó la inspectora—, imagino que siguiendo instrucciones de Parraverde, y solo se me ocurre un motivo: quisiste formar parte del negocio ilegal del jefe. Conocías de primera mano los asuntos sucios de las tres asesinadas y Lucio. Deseaste formar parte de Isurus. Pero te rechazaron, ¿verdad? No te veían mentalmente capacitada. Por eso facilitabas la información para los robos de atunes. Una pataleta infantil.

Aquellas fotos representaban la verdad sobre el lienzo crudo. El hecho tenaz inmutable. Como aquel día con el Califa, el papel

sacaba la realidad a flote, como aceite sobre el agua. Teresa había cazado a Carmen en situaciones reveladoras: buscando el lugar idóneo en Tarifa y Algeciras para ejecutar los asesinatos; conduciendo el famoso Talbot para acompañar a Lucía a la residencia. Tendiendo las trampas que acabaron con la vida de aquellas mujeres.

—Lo que quizá no se esperaba Teresa es que te convirtieras en una asesina —prosiguió Candela—. Dejaste pistas falsas de los crímenes culpando a Parraverde, incluido el sello en el cuerpo de Aurora. Te vengaste por rencor. ¿O fue por codicia? Fue entonces cuando recibí la llamada perdida de Teresa, quizá para decirme que me había enviado sus fotos. Pero nunca hubo una segunda llamada. La mataste antes. ¿Mereció la pena, Carmen? ¿Valían esas vidas el dinero que buscabas?

Candela recogió las fotografías y las guardó con delicadeza en la bolsa. Continuó su perorata mirando fijamente a los ojos de Carmen:

—¿Sabes por qué me envió las fotos Teresa? Porque de habérselas mostrado a Parraverde, tal como le había encargado, él te habría mandado asesinar en menos de un suspiro. Pero ella te quería. Llevarte a la cárcel significaba salvarte la vida.

Carmen no reaccionaba ante las palabras de Candela. La inspectora tomó una de las fotos. Aparecían las dosis de morfina guardadas en una taquilla de la fábrica.

—Esta es tu taquilla, Carmen, y tu morfina. Decenas de cajas. La que administraste durante meses a tu hijo enfermo, ¿no es así?

Carmen despertó de su letargo al oír mencionar a su hijo. Observó a Candela con una mirada vacía, moribunda, para a continuación llorar a lágrima tendida:

—Ellas fueron las culpables de la muerte de mi hijo. La curación de su leucemia era posible. Tenía preparado el ingreso en el mejor hospital de Estados Unidos. Pero eran unas hijas de puta. Querían todo el dinero para ellas —suspiró gimoteando—. Mi niño.

Los llantos impidieron a Carmen proseguir su discurso. Pero ya había sido suficientemente descriptivo. Así que era eso, pensó Monforte. Una venganza personal. Una muerte a cambio de otra.

—Llorarás a tu hijo en la cárcel —dijo Candela.

La inspectora había subido el tono, rozando la vehemencia. Hugo posó la mano derecha sobre su hombro. Se sorprendió de su propio sosiego ante el descubrimiento del asesino. Su devoción por Teresa debería haber despertado al animal, pero permaneció dormido. Quizá porque tenía sus razones:

—¿Cómo te ayudó Pedro Villalba?

Carmen se giró hacia Monforte. Lo atravesó con la mirada como un cuchillo japonés.

—No meta a Pedro en esto. Él no tiene culpa de nada.

—Solo preguntaba —dijo Hugo—. Es el marido del que tanto hablas, ¿verdad? ¿Dónde lo conociste?

—En el hospital. Fue compañero de habitación de mi hijo. Estuvo enfermo de cáncer. Es un hombre muy bueno.

—No lo dudo.

Monforte hizo una señal a Candela y salieron de la ambulancia. Fuera los esperaba Redondo, que había escuchado sorprendido las conclusiones de la inspectora.

—Comisario —susurró Monforte—, quiero participar en la instrucción, pero hablaré con el fiscal para que centre la acusación en la pareja sentimental de Carmen.

—Estarás de broma —replicó Candela—. Esta mujer se merece una permanente revisable.

—Disiento —prosiguió Hugo, jadeante—. Carmen jamás hubiera podido cometer los asesinatos sin la ayuda de Pedro, creo que en eso estaremos de acuerdo. Seguramente colaboró en transportar a las víctimas, drogarlas y acuchillarlas. Cedió el coche para llevarlas, y su precaria caravana para torturarlas. Pero el verdadero artífice del proyecto es él mismo. Carmen era una señora trabajadora, sencilla. Su hijo enfermó muy grave y tuvo la mala suerte de coincidir en la habitación del hospital con uno de los mayores sinvergüenzas que se pudiera encontrar. El peritaje del forense nos ayudará a averiguar cómo este hombre la empujó a cometer los crímenes. Pedro la convenció para involucrarse en los negocios de Parraverde y, viendo que no era posible, la conminó a matar a las mujeres, instaurando el pánico en las filas de Parraverde y, con un poco de suerte, apropiándose del dinero negro que ellas guardaban. Carmen hacía

meses que actuaba fuera de sí, muy trastornada, apenas ayudada por la medicación.

Candela escuchaba las palabras de Hugo no demasiado convencida, pero en vez de iniciar un debate improductivo le sujetó por la axila, ayudándole a regresar a la camilla.

—Él las mató, comisario —insistió el inspector—. Las asesinó con las manos de Carmen. Mató a Aurora en uno de sus viajes a Gibraltar. Mató a Lucía mientras se ganaba su confianza ayudándola a visitar la residencia de sus padres. Mató a Teresa intentando que confesara dónde había sumergido su dinero.

—No hables más, Monforte —replicó Redondo—. Todo a su debido tiempo. Ahora es momento de recuperarse.

El comisario se equivocaba. Era el momento de cambiar de objetivo. Hugo no se podía permitir el lujo de bajar la guardia tras haber conseguido adaptarse a su nuevo hábitat. Tenía que buscar otros Parraverdes, otras Cármenes. Debía dar caza al Leviatán.

Capítulo 52

Los médicos aconsejaron a Hugo permanecer en el hospital el tiempo suficiente para recuperarse de la intoxicación de morfina y monitorizar la lesión en la cabeza que le produjo Carmen. Pero tras un día de ingreso decidió que ya se encontraba totalmente recuperado y pidió el alta voluntaria, presentándose luego directamente en comisaría. Llamó a Candela para que hiciera el favor de recogerle, pero no contestaba al teléfono. Le dejó un mensaje y pidió finalmente un taxi.

En la comisaría su departamento se encontraba desierto. Tan solo el ruido de una impresora y el rumor lejano de un depósito de agua refrigerado. Le resultó extraño. Tomó asiento, encendió su ordenador y sacó un café de la máquina.

Tras unos minutos de trabajo sonó su móvil:

—Monforte, ¿dónde estás? Soy Redondo.

—Estoy sentado en mi sitio, comisario.

—Ven deprisa a mi despacho.

Hugo se levantó y caminó con decisión hasta la puerta del jefe, no sin cierta desconfianza. Ya conocía a Redondo.

Tras el golpe de nudillos y el correspondiente permiso, Monforte entró en el despacho del comisario, transformado de manera eventual en una sala de reuniones donde se concentraba una treintena de agentes policiales. Entre ellos se encontraba también Candela. El comisario dio la mano a Monforte:

—Enhorabuena. Nos hemos reunido todos aquí por unos momentos para realizaros un pequeño homenaje por vuestro último caso. Es un privilegio contar con personas como vosotros.

Los agentes empezaron a aplaudir. Hugo no supo qué responder. Se sintió un tanto abrumado.

—Brindemos —exclamó el comisario descorchando una botella de cava.

Tras la copa, Redondo mostró dos paquetes. Entregó a Hugo el más pesado. Era un estuche de madera con una botella de ribera del Duero. A Monforte le pareció haber sido agraciado con un lingote de oro.

—Este para ti, Candela —dijo el comisario, lanzando a la inspectora un paquete muy liviano. Ella lo desenvolvió y aparecieron dos minúsculas prendas de ropa de llamativo color naranja.

—¿Un bikini? —exclamó, torciendo el gesto.

Redondo sonrió esperando conformidad. Ella miró a Monforte, contrariada. Luego al comisario. Bajo su rostro de indignación mantuvo el tipo:

—Gracias, comisario.

De repente sonó el teléfono fijo de Redondo, quien lo cogió con entusiasmo. Parecía estar esperando aquella llamada.

—Dígame —dijo haciendo una larga pausa—. Sí, por favor, que aguarden. —Colgó el auricular y se dirigió al inspector—: Monforte, ven conmigo.

El comisario se excusó con el resto de su equipo y los dejó que se terminaran el cava allí mismo. Salió del despacho y Hugo tras él.

Entraron en una sala donde los esperaban dos individuos bien vestidos. El comisario les tendió la mano:

—Monforte, te presento a Fernando Uriarte y Jesús Oliva. Son agentes de la Unidad de Crimen Organizado, de Madrid.

El comisario había cumplido su palabra. Esperó a que detuvieran al asesino para denunciar a Isurus ante estamentos superiores.

—Un placer —dijo Fernando apretándole la mano con fuerza.

Hugo no respondió. Una avalancha de emociones le estremecieron. Pero guardó calma tan solo por un motivo: el tal Fernando también había fingido no conocerle.

—Tomen asiento, por favor —dijo Antonio Redondo.

Los dos agentes se dispusieron frente a la pareja formada por Monforte y el comisario. Uno sacó una carpeta mientras el otro

comenzaba un breve discurso en un tono monótono y distante. Jesús Oliva era calvo, y su ropa, discreta. Fernando Uriarte tenía un pelo muy sano, pero engominado y planchado hacia atrás. Lucía un afeitado perfecto y su chaqueta hacía juego con los calcetines. Fue el primero en hablar:

—El motivo de nuestra visita es solicitarles su colaboración en la detención de Lucio Parraverde.

El agente hizo una pausa esperando algún gesto de Hugo. El comisario le miró, aguardando la misma respuesta. Monforte se hizo de rogar y habló con calma:

—No tenemos gran cosa.

Antonio Redondo alzó las cejas y le lanzó una mirada inquisitiva.

—Sabemos —continuó Fernando Uriarte— que esta semana le han detenido bajo una serie de premisas efectistas. Entendemos la fascinación que puede causar en un grupo de policías sin experiencia este tipo de criminales. Estas premisas han sido, por llamarlo de una manera suave, poco realistas. Tan poco que su detención ha durado menos de veinticuatro horas.

Monforte no lamentaba el error de cálculo al perseguir una línea de investigación fallida. Había puesto a Parraverde en el punto de mira. El sacrificio de su reputación había merecido la pena.

—No los puedo ayudar en nada —dijo—. Fue el comisario quien ordenó la detención de Parraverde. Pregúntenle a él.

—Monforte, por favor —se indignó Redondo.

—Usted realizó un registro completo de la tapadera de Parraverde y los domicilios de sus colaboradoras —insistió Uriarte—. Le ha estado vigilando estrechamente. Sabemos que Parraverde es su obsesión personal. Si no quiere colaborar podemos tirar de los archivos.

—Pues tiren.

—Parraverde no es ninguna broma, Monforte.

El engominado soltó encima de la mesa una carpeta repleta de folios del grosor de tres dedos:

—Esta documentación —dijo— es una ínfima parte del expediente. Llevamos cinco años vigilando de cerca su organización.

Monforte observó la carpeta con los brazos cruzados. El comisario la abrió. De su interior surgieron las fotos de un barco.

—Este es el buque pesquero Walaasha —prosiguió el agente—, de bandera somalí. El año pasado, su tripulación se levantó en armas como vigilantes costeros. Lo que aquí llamamos piratas de toda la vida. En dos ocasiones abordaron un pesquero de atún perteneciente a Parraverde frente a sus costas. No hubo una tercera.

El comisario ojeó las fotos y las fue depositando en la mesa ante Monforte. En todas las imágenes aparecían cadáveres; decenas de ellos. Jóvenes subsaharianos casi niños mutilados, degollados o ahorcados del puente. El horror dentro del horror del tercer mundo.

—Para dar ejemplo, los marineros de Parraverde abordaron el buque pirata y lo pilotaron hasta encallarlo en una playa, invadiendo la arena a la vista de todos. Nadie se atrevió a tocarlo. Creen que fue maldecido por los marineros blancos. Allí los cadáveres todavía se pudren hoy en día.

Hugo no se inmutó:

—¿Han terminado?

—Parraverde posee tanto dinero —prosiguió Uriarte— que podría hacerle asesinar más de mil veces; y le aseguro que lo hará si tiene oportunidad.

—Díganle que aquí le espero —replicó Hugo—. Ahora, si me disculpan.

El inspector abandonó su asiento sonriente. Los policías se miraron, extrañados. Antonio Redondo también se levantó, bastante molesto. Se aproximó a la puerta con intención de acompañarlos:

—Por aquí, por favor.

—Descuide, comisario —dijo Monforte—, yo mismo les enseñaré la salida.

Redondo permaneció en la entrada de la sala, estupefacto. Hugo y los dos agentes de Madrid caminaron hasta la calle.

Al abandonar el edificio, Monforte hizo una pregunta directa a Fernando Uriarte:

—¿Qué tal con Elena?

El otro compañero se percató de la naturaleza del comentario y los abandonó en la acera.

—Ya no estamos juntos —contestó Fernando.

Era lo último que Monforte hubiera esperado escuchar.

—¿Cómo está Sara?

—Hugo, no vuelvas a enfrentarte solo a Parraverde. Hazlo al menos por tu hija.

Y se marcharon.

Monforte permaneció en la puerta del edificio observando cómo los dos policías caminaban calle abajo.

Candela le esperaba a la entrada, apoyada en la pared:

—Te lo dije.

—Eres muy bruja —replicó Monforte.

—No me has presentado a tus miedos.

—Estabas muy liada probándote el bikini.

—¿Quién era el engominado? —Candela sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Un hijo de puta que me robó la novia.

—Algo harías.

—Mi matrimonio se iba a la mierda. Yo solo vivía para mi trabajo. Este casanova llegó en el mejor momento.

—¿Y este casanova ha venido hoy por negocios o por placer?

—Por negocios.

—Pues te digo una cosa —susurró Candela dando una calada al cigarro—: Los negocios se pueden arreglar por teléfono.

—Dime tú para qué ha venido entonces.

—¿No te estás viendo? Para comprobar la cara de amargado que arrastras. Para asegurarse de que su victoria no fue en vano. Para ver que en un rincón apartado del sur se encierra prisionero y derrotado el único valiente capaz de hacerle sombra.

Capítulo 53

Hugo Monforte regresó a su domicilio caída la noche. Le perseguían las ánimas húmedas del viento de poniente. Abrió el portón en silencio, entró en el piso y se tumbó en la cama sin desvestirse.

Sonó el timbre de la puerta. Su cuerpo había empezado a elevarse hacia el techo, mezclando vigilia con sueño en una alucinación imposible. Se calzó maldiciendo y abrió la puerta.

—Buenas noches. Disculpe que le moleste —le habló un señor vestido de manera elegante, aunque con la cara maltrecha por el cansancio. Monforte no lo había visto en su vida—. He venido varias veces a buscarle hoy. Soy hijo de Cruz, su vecino.

—Buenas noches —respondió Monforte, confuso.

—Lamento decirle que mi padre falleció esta mañana.

El corazón de Hugo se paralizó.

—Estaba muy enfermo —prosiguió—. Era algo que esperábamos tarde o temprano. Me insistió mucho en que le entregara esto.

Aquel hombre rebuscó en su bolsillo y sacó un objeto pequeño. Hugo extendió la mano. Se trataba del colgante con el colmillo de marrajo que siempre portaba Cruz en el cuello. Lo acarició entre los dedos y le dio las gracias con un gesto silencioso. Cerró la puerta sin musitar palabra. Con educación, pero sin aliento.

Tomó asiento en la cama y se colgó el colmillo del cuello. Bebió un vaso de agua, se quitó los zapatos y se acostó. Aguantó los sollozos hasta que le venció el cansancio.

Se despertó en plena madrugada. Su teléfono móvil vibraba como un condenado. Lo cogió para comprobar que tenía un mensaje nuevo:

Buenas noches, papá. Soy Sara.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todas las personas que de una manera u otra han colaborado en la creación de esta novela, algunas de ellas sin saber que lo hacían. En primer lugar, a mi familia por su paciencia infinita. A Jesús, José Ángel y Mario por sus consejos como excelentes lectores de ficción. A Pedro, culpable de la idea original. A Eugenio y Emilio, por su valiosa ayuda en materia legal. Gracias también a los amigos garfianos. Sin ellos no habría mares que describir. Gracias a los amigos de la partida de los viernes. Sin ellos no habría historias que contar.

Todos los personajes y acontecimientos de esta novela son fruto de la imaginación. Por tanto, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Sin embargo, los escenarios que se describen son reales. Lugares de gran belleza que recomiendo encarecidamente conocer. El lector se preguntará si también son ciertos los establecimientos, sus nombres y sus comidas. Dejo a su elección investigar tales cuestiones. Pese al variado abanico de paisajes que se describen en esta historia, representa una mínima parte de todas las maravillas que ofrece la provincia de Cádiz y que daría para una extensa colección de libros de suspense, romance o aventuras.

Índice

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Agradecimientos
Índice
Créditos

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

El fin de ninguna parte
© Israel Díaz Reinado, 2025
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Diseño de cubierta: LookAtCia

ISBN: 9788419809711

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.